BLAKE PIERCE
la
casa
perfecta
un thriller de suspense psicológico con jessie hunt—libro tres

BLAKE PIERCE
la
casa
perfecta
un thriller de suspense psicológico con jessie hunt—libro tres

l a c a s a p e r f e c t a

(un thriller de suspense psicológico con jessie hunt—libro 3)

b l a k e p i e r c e

Traducido al español por Asunción Henares

Blake Pierce

Blake Pierce es el autor de la serie exitosa de misterio RILEY PAIGE que cuenta con trece libros hasta los momentos. Blake Pierce también es el autor de la serie de misterio de MACKENZIE WHITE (que cuenta con nueve libros), de la serie de misterio de AVERY BLACK (que cuenta con seis libros), de la serie de misterio de KERI LOCKE (que cuenta con cinco libros), de la serie de misterio LAS VIVENCIAS DE RILEY PAIGE (que cuenta con tres libros), de la serie de misterio de KATE WISE (que cuenta con dos libros), de la serie de misterio psicológico de CHLOE FINE (que cuenta con dos libros) y de la serie de misterio psicológico de JESSE HUNT (que cuenta con tres libros).

Blake Pierce es un ávido lector y fan de toda la vida de los géneros de misterio y los thriller. A Blake le encanta comunicarse con sus lectores, así que por favor no dudes en visitar su sitio web www.blakepierceauthor.com para saber más y mantenerte en contacto.

Copyright © 2016 por Blake Pierce. Todos los derechos reservados. Excepto por lo que permite la Ley de Copyright de los Estados Unidos de 1976, ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio, o almacenada en una base de datos o sistema de recuperación sin el permiso previo del autor. Este libro electrónico tiene licencia para su disfrute personal solamente. Este libro electrónico no puede volver a ser vendido o regalado a otras personas. Si desea compartir este libro con otra persona, por favor, compre una copia adicional para cada destinatario. Si está leyendo este libro y no lo compró, o no lo compró solamente para su uso, entonces por favor devuélvalo y compre su propia copia. Gracias por respetar el duro trabajo de este autor. Esta es una obra de ficción. Los nombres, los personajes, las empresas, las

organizaciones, los lugares, los acontecimientos y los incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia. Imagen de portada Copyright lassedesignen, utilizada con licencia de Shutterstock.com.

LIBROS ESCRITOS POR BLAKE PIERCE

SERIE DE THRILLER DE SUSPENSE PSICOLÓGICO CON JESSIE HUNT

EL ESPOSA PERFECTA (Libro #1)

EL TIPO PERFECTO (Libro #2)

LA CASA PERFECTA (Libro #3)

SERIE DE MISTERIO PSICOLÓGICO DE SUSPENSO DE CHLOE FINE

AL LADO (Libro #1)

LA MENTIRA DEL VECINO (Libro #2)

CALLEJÓN SIN SALIDA (Libro #3)

SERIE DE MISTERIO DE KATE WISE

SI ELLA SUPIERA (Libro #1)

SI ELLA VIERA (Libro #2)

SI ELLA CORRIERA (Libro #3)

SI ELLA SE OCULTARA (Libro #4)

SI ELLA HUYERA (Libro #5)

SERIE LAS VIVENCIAS DE RILEY PAIGE

VIGILANDO (Libro #1)

ESPERANDO (Libro #2)

ATRAYENDO (Libro #3)

SERIE DE MISTERIO DE RILEY PAIGE

UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1)

UNA VEZ TOMADO (Libro #2)

UNA VEZ ANHELADO (Libro #3)

UNA VEZ ATRAÍDO (Libro #4)

UNA VEZ CAZADO (Libro #5)

UNA VEZ AÑORADO (Libro #6)

UNA VEZ ABANDONADO (Libro #7)

UNA VEZ ENFRIADO (Libro #8)

UNA VEZ ACECHADO (Libro #9)

UNA VEZ PERDIDO (Libro #10)

UNA VEZ ENTERRADO (Libro #11)

UNA VEZ ATADO (Libro #12)

UNA VEZ ATRAPADO (Libro #13)

UNA VEZ INACTIVO (Libro #14)

SERIE DE MISTERIO DE MACKENZIE WHITE

ANTES DE QUE MATE (Libro #1)

ANTES DE QUE VEA (Libro #2)

ANTES DE QUE CODICIE (Libro #3)

ANTES DE QUE SE LLEVE (Libro #4)

ANTES DE QUE NECESITE (Libro #5)

ANTES DE QUE SIENTA (Libro #6)

ANTES DE QUE PEQUE (Libro #7)

ANTES DE QUE CACE (Libro #8)

ANTES DE QUE ATRAPE (Libro #9)

ANTES DE QUE ANHELE (Libro #10)

ANTES DE QUE DECAIGA (Libro #11)

SERIE DE MISTERIO DE AVERY BLACK

CAUSA PARA MATAR (Libro #1)

UNA RAZÓN PARA HUIR (Libro #2)

UNA RAZÓN PARA ESCONDERSE (Libro #3)

UNA RAZÓN PARA TEMER (Libro #4)

UNA RAZÓN PARA RESCATAR (Libro #5)

UNA RAZÓN PARA ATERRARSE (Libro #6)

SERIE DE MISTERIO DE KERI LOCKE

UN RASTRO DE MUERTE (Libro #1)

UN RASTRO DE ASESINATO (Libro #2)

UN RASTRO DE VICIO (Libro #3)

UN RASTRO DE CRIMEN (Libro #4)

UN RASTRO DE ESPERANZA (Libro #5)

CONTENIDOS

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISÉIS

CAPÍTULO DIECISIETE

CAPÍTULO DIECIOCHO

CAPÍTULO DIECINUEVE

CAPÍTULO VEINTE

CAPÍTULO VEINTIUNO

CAPÍTULO VEINTIDÓS

CAPÍTULO VEINTITRÉS

CAPÍTULO VEINTICUATRO

CAPÍTULO VEINTICINCO

CAPÍTULO VEINTISÉIS

CAPÍTULO VEINTISIETE

CAPÍTULO VEINTIOCHO

CAPÍTULO VEINTINUEVE

CAPÍTULO TREINTA

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

CAPÍTULO CUARENTA

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

CAPÍTULO UNO

Eliza Longworth estaba tomando un sorbo largo de su café mientras oteaba el Océano Pacífico, maravillándose ante la vista que tenía a pocos pasos de su dormitorio. En ocasiones, tenía que recordarse a sí misma lo afortunada que era.

Su amiga desde hacía veinticinco años, Penélope Wooten, estaba sentada en una tumbona adyacente en el patio con vistas al cañón de Los Leones. Era un día relativamente despejado de marzo y, en la lejanía, se vislumbraba Isla Catalina. Si miraba a su izquierda, Eliza podía ver las deslumbrantes torres del centro de Santa Mónica.

Era media mañana de un lunes. Ya había enviado a los niños a la guardería y a la escuela y la hora punta del tráfico se había terminado. Lo único que tenían planeado hacer las viejas amigas hasta la hora del almuerzo era pasar el rato en la mansión de tres pisos de Eliza en las colinas de Pacific Palisades. Si no se sintiera tan feliz en este momento, puede que empezara a sentirse un tanto culpable. Sin embargo, cuando la noción se deslizó dentro de su mente, la expulsó de inmediato.

Vas a tener mucho tiempo para estresarte después. Date el gusto de disfrutar del momento.

"¿Quieres que te rellene el café?", preguntó Penny. "Necesito hacer una pausa de todas maneras".

"No, gracias. Estoy bien por ahora", dijo Eliza, antes de añadir con una sonrisa maliciosa, "A propósito, ¿sabes que puedes llamarlo un descanso para ir al baño cuando solo hay adultos presentes, ¿verdad?".

Penny le sacó la lengua por toda respuesta mientras se incorporaba, desdoblando sus piernas imposiblemente largas para levantarse de la tumbona como una jirafa que se despertara de la siesta. Llevaba su cabello rubio y largo, lustroso, mucho más elegante que el estilo castaño claro a la altura de los hombros que llevaba Eliza, atado en

una cola de caballo moderna y utilitaria. Todavía tenía el aspecto de la modelo de pasarela que había sido cuando tenía veintitantos años antes de dejarlo por una vida claramente menos emocionante, pero también mucho menos ajetreada.

Se metió al interior de la casa, dejando a Eliza a solas con sus pensamientos. Casi al instante, a pesar de sus esfuerzos, su mente regresó a la conversación que acababan de tener hacía unos minutos. La reprodujo como si fuera una grabación que no pudiera apagar.

“Últimamente, Gray parece muy distante”, había dicho Eliza. “Nuestra única prioridad ha sido siempre cenar en familia con los niños, pero desde que le han hecho socio de la firma, ha estado yendo a un montón de reuniones por las noches”.

“Estoy segura de que se siente tan frustrado como tú”, le había dicho Penny para reconfortarla. “Una vez se asienten las cosas, seguro que volvéis a vuestra rutina habitual”.

“Puedo entender que pase más tiempo fuera de casa. Lo comprendo. Ahora tiene mayor responsabilidad por el éxito de la firma, pero lo que me incomoda es que no da la impresión de que él tenga ninguna sensación de estar perdiéndose algo por todo ello. Jamás ha expresado ningún reparo por lo que se está perdiendo. Ni siquiera estoy segura de que se dé cuenta”.

“Estoy segura de que sí lo hace”, le había dicho Penny. “Seguramente se siente culpable por ello. Si reconociera lo que se está perdiendo, haría las cosas más difíciles. Apuesto a que lo ha bloqueado de su mente. Yo también hago eso a veces”.

“¿Haces qué exactamente?”, preguntó Eliza.

“Pretender que cierta cosa que estoy haciendo con mi vida y que puede que no sea muy admirable no es para tanto porque admitir que lo es solo haría que me sintiera peor acerca de ello”.

“¿Y qué es lo que haces que es tan terrible?”, preguntó Eliza burlonamente.

“Pues la semana pasada me comí la mitad de una lata de Pringles de una sentada, por decirte una. Y después les grité a los niños porque querían un helado de aperitivo por la tarde. Ahí lo tienes”.

“Tienes razón. Eres una persona horrible”.

Penny sacó la lengua antes de responder. A Penny le gustaba mucho eso de sacar la lengua.

“Lo que quiero decir es que quizá no sea tan olvidadizo como parece. ¿Has pensado en ir a terapia?”.

“Ya sabes que no creo en todas esas tonterías. Además, ¿por qué tendría que ver a un terapeuta cuando te tengo a ti? Entre la terapia de Penny y el yoga, estoy arreglada en el aspecto emocional. Hablando de ello, ¿sigue en pie lo de quedar mañana por la mañana en tu casa?”.

“Por supuesto”.

Al pensar en ello ahora, bromas aparte, quizá no fuera mala idea lo de ir a terapia para parejas. Eliza sabía que Penny y Colton iban cada dos semanas y parecían contar con una mayor fortaleza gracias a ello. Si decidía ir, al menos sabía que su mejor amiga no se lo restregaría por la cara.

Se habían apoyado mutuamente desde que se conocieran en la escuela primaria. Todavía se acordaba de cuando Kelton Prew le tiró de las coletas y Penny le dio una patada en la espinilla. Eso fue el primer día del tercer grado. Habían sido las mejores amigas del mundo desde entonces.

Se habían ayudado mutuamente en innumerables situaciones. Eliza había estado junto a Penny mientras atravesaba su lucha con la bulimia en la secundaria. Durante su segundo año en la universidad, Penny había sido la que le había convencido de que no solo había sido una mala cita, sino que Ray Houson le había violado.

Penny la acompañó cuando fue a hablar con la policía del campus y estuvo presente en la sala del tribunal para ofrecer apoyo moral cuando testificó. Y cuando el entrenador de tenis quiso echarla del

equipo y retirarle la beca porque todavía tenía dificultades con el tema meses después, Penny fue donde él y le amenazó con que ayudaría a su amiga a presentar una demanda. Eliza permaneció en el equipo y ganó un premio a la mejor jugadora de conferencias junior del año.

Cuando Eliza tuvo un aborto natural después de tratar de quedarse embarazada durante dieciocho meses, Penny vino a su casa cada día hasta que por fin estuvo lista para salir de la cama. Y cuando diagnosticaron al hijo mayor de Penny, Colt Jr., con autismo, fue Eliza quien llevó a cabo una investigación durante semanas hasta que encontró la escuela que acabó por ayudarle a salir adelante.

Habían pasado por tantas batallas juntas que les gustaba apodarse a sí mismas las Guerreras del Westside, a pesar de que sus maridos pensaran que ese nombre era ridículo. Así que, si Penny le estaba recomendando que considerara terapia para parejas, quizá debiera hacerlo.

Un zumbido proveniente del teléfono de Penny sacó a Eliza de sus pensamientos. Se acercó y lo agarró, lista para decirle a su amiga que alguien se había puesto en contacto, pero cuando vio el nombre en el texto, abrió el mensaje. Provenía de Gray Longworth, el marido de Eliza. Decía:

Estoy deseando verte esta noche. Añoro tu olor. Tres días sin ti son demasiado. Le dije a Lizzie que tenía una cena con un socio. Lugar y hora de costumbre, ¿te parece?

Eliza dejó el teléfono sobre la mesa. De repente, la cabeza le daba vueltas y se sentía débil. Se le cayó la taza de la mano, que se golpeó con el suelo, y se rompió en docenas de esquirlas de cerámica.

Penny salió corriendo de la casa.

“¿Anda todo bien?”, le preguntó. “Escuché cómo se rompía algo”.

Bajó la mirada para señalar a la taza con el café derramado a su alrededor, y después la elevó para mirar el rostro atónito de Eliza.

“¿Qué pasa?”, le preguntó.

Los ojos de Eliza se movieron involuntariamente hacia el teléfono de Penny y vio cómo su amiga le seguía la mirada con la suya. Notó el momento de reconocimiento en la mirada de Penélope cuando cayó en la cuenta de lo que debía haber sorprendido tanto a su querida, vieja amiga.

“No es lo que parece”, le dijo Penny con nerviosismo, descartando cualquier intento de negar lo que ambas sabían.

“¿Cómo pudiste?”, exigió Eliza, apenas capaz de dejar salir las palabras de su boca. “Confiaba en ti más que en nadie en todo el mundo. ¿Y vas y haces esto?”.

Le parecía como si alguien hubiera abierto la puerta de una trampilla por debajo suyo y se estuviera cayendo a un vacío abismal. Todo aquello sobre lo que su vida estaba asentada parecía empezar a desintegrarse delante de sus ojos. Pensó que iba a vomitar.

“Por favor, Eliza,” le rogó Penny, arrodillándose junto a su amiga. “Deja que te explique. Sucedió, pero fue un error, uno que he estado tratando de arreglar desde entonces”.

“¿Un error?”, repitió Eliza, sentándose erguida en su tumbona mientras las náuseas se mezclaban con la ira, haciendo que un hervidero humeante de bilis burbujeara desde su estómago hasta su garganta. “Error es resbalarse en una curva y darse de bruces con alguien. Error es olvidarse de llevarse el uno en una resta. ¡Un error no es dejar que el marido de tu mejor amiga se meta accidentalmente dentro de ti, Penny!”.

“Lo sé”, admitió Penny, con la voz ahogada por el arrepentimiento. “No debería haber dicho eso. Fue una decisión terrible, realizada en un momento de debilidad, estimulada por demasiadas copas de viognier. Le dije que se había terminado”.

“‘Terminado’ me indica que sucedió más de una vez”, notó Eliza, poniéndose en pie de repente. “Exactamente, ¿cuánto tiempo llevas acostándote con mi marido?”.

Penny se quedó de pie en silencio, obviamente debatiendo consigo misma si ser honesta iba a hacer más daño que bien.

“Casi un mes”, admitió finalmente.

De pronto, todo ese tiempo que se había pasado su marido alejado de su familia cobró mayor sentido. Cada nueva revelación parecía venir a darle otro puñetazo en el estómago. Eliza creía que lo único que evitaba que se derrumbara era su sensación de rabia justificada.

“Tiene gracia”, señaló Eliza con amargura. “Ese es más o menos el tiempo que Gray lleva teniendo todas esas reuniones nocturnas con socios sobre las que me dijiste que seguramente se siente mal. Vaya coincidencia”.

“Pensé que podía mantenerlo bajo control…”, empezó a decir Penny.

“No me vengas con esas”, dijo Eliza, cerrándole la boca. “Las dos sabemos que te puedes alterar, pero ¿así es cómo te enfrentas a ello?”.

“Ya sé que esto no va a servir de ayuda”, insistió Penny. “Pero iba a cortar con él. No he hablado con él en tres días. Estaba tratando de encontrar la manera de terminar las cosas con él sin estropearlo todo contigo”.

“Parece que vas a necesitar un plan nuevo”, le escupió Eliza, reprimiendo las ganas de arrojarle las esquirlas de la taza del café a su amiga. Solo sus pies descalzos se lo impedían. Se agarró a su ira, sabiendo que era lo único que evitaba que se derrumbara del todo.

“Por favor, deja que encuentre la manera de arreglar esto. Tiene que haber algo que pueda hacer”.

“Lo hay”, le aseguró Eliza. “Vete ahora mismo”.

Su amiga se le quedó mirando por un instante, pero debió de sentir lo seria que estaba Eliza porque su titubeo no duró mucho.

“Muy bien”, dijo Penny, recogiendo sus cosas y apresurándose para

salir por la puerta principal. “Me iré, pero vamos a hablar más tarde. Hemos pasado por muchas cosas juntas, Lizzie. No podemos dejar que esto lo arruine todo”.

Eliza se obligó a sí misma a no soltar vituperios por respuesta. Puede que esta fuera la última vez que veía a su “amiga” y necesitaba que entendiera la magnitud de la situación.

“Esto es diferente”, le dijo lentamente, poniendo énfasis en cada palabra. “En todas las demás ocasiones éramos nosotras frente al mundo, cubriéndonos las espaldas la una a la otra. Esta vez me has apuñalado en la mía. Nuestra amistad se ha terminado”.

Entonces cerró la puerta de golpe en la cara de su mejor amiga.

CAPÍTULO DOS

Jessie Hunt se despertó sobresaltada, sin saber a ciencia cierta dónde se encontraba durante unos instantes. Le llevó un momento recordar que estaba en el aire, en el vuelo del lunes por la mañana desde Washington, D.C., de regreso a Los Ángeles. Echó una ojeada a su reloj y vio que todavía tenía dos horas más antes de aterrizar.

Tratando de no quedarse dormida de nuevo, se despejó con un trago de la botella de agua que había metida en el bolsillo del asiento delantero. Se enjuagó la boca con ella, intentando deshacerse de la sequedad que atenazaba su lengua.

Tenía buenas razones para echarse una siesta. Las diez semanas pasadas habían sido de las más agotadoras de toda su vida. Acababa de completar la Academia Nacional del FBI, un programa de formación intensiva para personal de las fuerzas de seguridad, diseñado para familiarizarles con las técnicas de investigación del FBI.

El exclusivo programa solo estaba disponible para aquellos que fueran nominados por sus supervisores. A menos que le aceptaran en Quantico para convertirse en una agente oficial del FBI, este curso intensivo era la segunda mejor opción.

En circunstancias normales, Jessie no hubiera sido elegible para hacerlo. Hasta hace muy poco, solo había trabajado como criminóloga en ciernes para el L.A.P.D. Entonces, tras resolver un caso célebre, sus activos subieron como la espuma.

En retrospectiva, Jessie entendía por qué la academia prefería oficiales con más experiencia. Durante las dos primeras semanas del programa, se sintió completamente abrumada por el mero volumen de información con que le habían recibido. Había clases de ciencia forense, ley, mentalidad terrorista, y su área de especialidad, ciencia del comportamiento, que enfatizaba la idea de penetrar las mentes de los asesinos para entender mejor sus motivaciones. Y nada de eso incluía el imparable entrenamiento físico que le dejaba

todos los músculos doloridos.

Con el paso del tiempo, se empezó a sentir cómoda. Los cursos, que le recordaban a su trabajo como recién graduada en psicología criminal, empezaron a tener sentido. Después de un mes más o menos, su cuerpo había dejado de gritarle por las mañanas. Y lo mejor de todo, el tiempo que se había pasado en la Unidad de Ciencias del Comportamiento le había permitido interactuar con los mejores expertos en asesinos en serie de todo el mundo. Algún día, esperaba formar parte de ese grupo.

Había un beneficio añadido. Como había trabajado tan duro, tanto mental como físicamente, durante casi cada momento de su vida de vigilia, apenas tenía ningún sueño. O al menos, no tenía pesadillas.

En su casa, a menudo se despertaba gritando con un sudor frío cuando los recuerdos de su infancia o sus traumas más recientes se reproducían en su inconsciente. Todavía recordaba su fuente más reciente de ansiedad. Fue su última conversación con el asesino encarcelado Bolton Crutchfield, en la que le dijo que iba a charlar con su padre el asesino muy pronto.

Si hubiera estado en L.A. durante las últimas diez semanas, se hubiera pasado la mayoría de tiempo obsesionándose con la duda de si Crutchfield le estaba diciendo la verdad o le estaba tomando el pelo. Y si estaba siendo honesto, ¿cómo se las iba arreglar para coordinar una conversación con un asesino prófugo si estaba detenido en un hospital mental con medidas de seguridad?

Sin embargo, como había estado a miles de millas de distancia, enfocada en tareas implacablemente difíciles durante casi cada segundo de vigilia, no había podido concentrarse en lo que le había dicho Crutchfield. Seguramente lo volvería hacer muy pronto, pero todavía no. Ahora mismo, estaba simplemente demasiado cansada como para que su mente le jugara una mala pasada.

Mientras se asentaba de nuevo en su sitio, permitiendo que le envolviera el sueño de nuevo, a Jessie se le ocurrió una cosa.

Así que lo único que tengo que hacer para dormir como un bebé el resto de mi vida es pasarme todas las mañanas entrenando hasta que casi vomite, para seguirlo con diez horas de instrucción profesional sin pausa. Suena genial.

Antes de que formara del todo la sonrisa que le empezaba a asomar en los labios, se volvió a quedar dormida.

*

Esa sensación de acogedora incomodidad desapareció en el instante que salió al exterior del aeropuerto de Los Ángeles poco después del mediodía. A partir de ese momento, necesitaba estar en constante alerta de nuevo. Después de todo, como se había enterado antes de dejar Quantico, un asesino en serie al que nunca habían atrapado estaba acechándole. Xander Thurman le llevaba buscando varios meses. Y resulta que Thurman también era su padre.

Tomó un taxi compartido para ir del aeropuerto a su lugar de trabajo, que era la Comisaría de Policía de la Comunidad Central en el centro de Los Ángeles. Oficialmente, no empezaba a trabajar de nuevo hasta mañana y no estaba de humor para charlar, así que ni siquiera se acercó al patio principal de la comisaría.

En vez de eso, se dirigió al cubículo del buzón que le habían asignado y recogió su correo, que le habían reenviado desde un apartado de correos. Nadie, ni siquiera sus compañeros de trabajo, ni sus amigos, ni siquiera sus padres adoptivos, conocían su dirección actual. Había alquilado el apartamento a través de una compañía de alquileres, su nombre no figuraba en ninguna parte del contrato y no había papeleo que le conectara con el edificio.

Cuando recogió su correo, caminó a lo largo del pasillo lateral hasta el parque de vehículos, donde siempre había taxis a la espera en el callejón de al lado. Se montó en uno de ellos y le dijo que le llevara a la zona comercial que estaba situada junto a su edificio de apartamentos, a unas dos millas de distancia.

Una de las razones por las que había escogido este lugar para vivir después de que su amiga Lacy insistiera en que se mudara era lo difícil que era de encontrar y lo todavía más difícil que era entrar al edificio sin permiso. En primer lugar, su estructura de aparcamiento estaba debajo del complejo comercial en el mismo edificio, así que cualquier persona que le siguiera lo tendría muy difícil para determinar hacia dónde se dirigía en realidad.

Incluso si alguien lo averiguaba, el edificio tenía portero y un guarda de seguridad. Tanto la puerta principal como los ascensores requerían de llave de acceso. Y ninguno de los apartamentos tenía el número de unidad en su exterior. Los residentes tenían que recordar qué puerta era la suya.

Aun así, Jessie tomó precauciones extraordinarias. Una vez el taxi, que pagó en metálico, le dejó en su destino, entró al centro comercial. Primero, atravesó a toda prisa una cafetería, moviéndose entre la multitud antes de tomar una salida lateral.

Entonces, cubriéndose su melena castaña a la altura de los hombros con el gorro de la sudadera, atravesó un comedor hasta meterse a un pasillo que tenía unos lavabos junto a una puerta con un letrero que decía “Solo Personal”. Le dio un empujón a la puerta del cuarto de aseo para mujeres para que, si alguien le estaba siguiendo, la viera cerrándose y pensara que ella había entrado al aseo. En vez de ello, sin mirar atrás, corrió hasta la entrada del personal, que era un pasillo alargado con entradas de servicio a todas las tiendas del centro.

Trotó por el pasillo curvado hasta que dio con una escalera y un letrero que decía “Mantenimiento”. Apresurándose a bajar las escaleras lo más sigilosamente posible, utilizó la llave que había conseguido del manager del edificio para abrir también esa puerta. Había negociado una autorización especial gracias a su conexión con el L.A.P.D. en vez de intentar explicar que sus precauciones tenían más que ver con el hecho de que tuviera a un asesino en serie suelto por padre.

Cuando salió, la puerta de mantenimiento se cerró y se bloqueó mientras ella transitaba por un estrecho pasadizo con tuberías a la vista que salían de todos los ángulos y jaulas de metal para

salvaguardar maquinaria que no comprendía. Tras varios minutos esquivando y maniobrando todos los obstáculos, llegó a una pequeña alcoba cerca de un enorme calentador.

A mitad de camino del pasadizo, la zona de descanso estaba oscura y era fácil pasarla por alto. Se lo habían tenido que mencionar la primera vez que había estado por aquí. Entró a la alcoba mientras sacaba la vieja llave que le habían dado. La cerradura de esta puerta consistía en uno de esos pestillos de toda la vida. Lo giró, empujó la pesada puerta, y rápidamente la cerró y la bloqueó tras pasar al otro lado.

Ahora ya en la sala de suministros del sótano de su edificio de apartamentos, se había trasladado oficialmente de la propiedad del centro comercial al complejo de apartamentos. Corrió a través de la sala oscura, casi cayéndose encima de una bañera llena de lejía que yacía en el suelo. Abrió esa puerta, pasó a través de la oficina vacía del jefe de mantenimiento, y subió la estrecha escalera que daba al pasillo trasero del piso principal del edificio de apartamentos.

Dobló la esquina para dar con el vestíbulo donde había un grupo de ascensores, y donde podía escuchar a Jimmy el portero y a Fred el guarda de seguridad charlando amigablemente con un residente en el vestíbulo principal. No tenía tiempo para ponerse al día ahora mismo, pero se prometió a sí misma reconectar con ellos más tarde.

Ambos eran dos tipos muy agradables. Fred había sido un policía de patrulla de autopistas que se había retirado prematuramente después de sufrir un accidente de moto mientras estaba de servicio. Le había dejado con cojera y con una enorme cicatriz en su mejilla izquierda, pero eso no impedía que gastara bromas constantemente. Jimmy, que tenía unos veintitantos años, era un joven agradable y servicial que se estaba pagando la universidad con este trabajo.

Caminó a través del vestíbulo hasta el ascensor de servicio, que no era visible desde la recepción, deslizó su tarjeta, y esperó con ansiedad para ver si alguien le había estado siguiendo. Sabía que las posibilidades eran remotas, pero eso no le impidió balancearse nerviosamente de un pie al otro hasta que llegó el ascensor.

Cuando lo hizo, entró, le dio al botón del cuarto piso, y después

cerró las puertas. Cuando se abrieron de nuevo, salió disparada por el pasillo hasta llegar a su apartamento. Tras darse un momento para recuperar el aliento, examinó la puerta.

A primera vista, parecía tan corriente como las demás puertas en ese nivel, pero había añadido varias medidas adicionales de seguridad después de mudarse. Primero, dio un paso atrás hasta estar a un metro de la puerta y en línea directa con la mirilla. Un resplandor verdoso que no era visible desde ningún otro ángulo emanaba del borde del agujero, indicando que nadie había forzado su entrada al apartamento. De haberlo hecho, el borde alrededor de la mirilla hubiera sido de color rojo.

Además de la cámara Nest que había instalado en la puerta, también había múltiples cámaras escondidas en el pasillo. Una tenía una vista directa de su puerta. Otra se enfocaba en el pasillo que había delante del ascensor y la escalera adyacente. Una tercera cámara apuntaba en la otra dirección del segundo grupo de escaleras. Las había comprobado todas de camino en el taxi sin descubrir ningún movimiento sospechoso en los alrededores de su casa.

El siguiente paso era el acceso. Utilizó una llave tradicional para abrir el cerrojo, después deslizó su tarjeta y escuchó cómo el otro cerrojo deslizante también se abría. Pasó al interior cuando la alarma del sensor de movimiento se disparó, dejó su mochila en el suelo, e ignoró la alarma mientras volvía a cerrar las dos puertas y colocaba la barra de seguridad deslizante. Fue entonces cuando introdujo el código de ocho dígitos.

Después de eso, agarró la barra luminosa que guardaba junto a la puerta y se apresuró a ir a su habitación. Levantó el marco extraíble junto al interruptor de la luz para revelar un panel de seguridad oculto e introdujo el código de cuatro dígitos para la segunda alarma, la silenciosa, la que iba directamente a la policía si no la desactivaba en cuarenta segundos.

Solo entonces se permitió respirar tranquila. Mientras inhalaba y exhalaba lentamente, caminó por el pequeño apartamento, con la barra luminosa en la mano, lista para cualquier cosa. Examinar todo el espacio, incluyendo los armarios, la ducha, y la despensa, le llevó

menos de un minuto.

Cuando tuvo la certeza de que estaba a solas y a salvo, comprobó la media docena de cámaras para bebés que había colocado por todo el piso. Entonces examinó los cerrojos de las ventanas. Todo estaba en perfecto orden. Eso solo le dejaba un sitio que revisar.

Entró al cuarto de baño y abrió el estrecho armario que estaba formado por varios estantes con suministros como papel higiénico extra, un desatascador, algunas barras de jabón, esponjas de ducha, y líquido para limpiar el espejo. Había un pequeño pasador a la izquierda del armario, invisible a menos que uno supiera dónde buscar. Lo giró y tiró, escuchando cómo el cerrojo oculto chasqueaba. El grupo de estanterías se abrió de par en par, revelando un hueco increíblemente estrecho detrás suyo, con una escalera de soga agregada a la pared de ladrillo. El pasadizo y la escalera se extendían desde su apartamento en el cuarto piso hasta un espacio que accedía a la lavandería del sótano. Estaba diseñado como su salida de emergencia de último recurso en caso de que todas sus demás medidas de seguridad le fallaran. Esperaba no necesitarlo jamás.

Reemplazó la estantería y estaba a punto de regresar a la sala de estar cuando se vio de pasada en el espejo del baño. Era la primera vez que se estudiaba a sí misma con detenimiento desde que se había marchado. Le gustaba lo que veía.

En apariencia, no tenía un aspecto tan distinto al de antes. Había pasado por su cumpleaños en el FBI y ahora tenía veintinueve años, pero no parecía más mayor. A decir verdad, pensó que tenía mejor aspecto que antes de irse.

Su cabello todavía era castaño, pero parecía algo más vibrante, menos lacio de lo que estaba cuando había salido de L.A. todas esas semanas atrás. A pesar de sus largos días en el FBI, sus ojos verdes resplandecían con energía y ya no tenía esas sombras oscuras debajo de ellos que se habían hecho tan familiares para ella. Todavía era una esbelta mujer de metro ochenta de alto, pero se sentía más fuerte y más muscular que antes. Sus brazos estaban más torneados y su zona abdominal estaba tensa de las interminables sesiones de abdominales y de lagartijas. Se sentía… preparada.

Pasando a la sala de estar, por fin encendió las luces. Le llevó un segundo recordar que todos los muebles que había en ese espacio eran suyos. Había comprado la mayoría de ellos antes de salir para Quantico. No había tenido muchas opciones. Había vendido todas las cosas de la casa que poseía junto con su exmarido sociópata, en este momento encarcelado. Durante un tiempo después de eso, se había estado quedando a vivir con su vieja amiga de la universidad, Lacy Cartwright. Sin embargo, cuando alguien allanó el lugar para enviarle un mensaje a Jessie cortesía de Bolton Crutchfield, Lacy había insistido en que se marchara, básicamente de inmediato.

Así que ella había hecho exactamente eso, alojándose en un hotel durante semanas hasta encontrar un lugar, este lugar, que encajara con sus necesidades de seguridad. Pero estaba desamueblado, así que se había fundido de golpe una buena parte del dinero de su divorcio en muebles y electrodomésticos. Como se había tenido que ir a la Academia Nacional poco después de comprarlo todo, no había tenido oportunidad de disfrutar de nada de ello.

Ahora esperaba hacerlo. Se sentó en una butaca y se reclinó, relajándose. Había una caja de cartón que decía en su exterior "cosas que revisar" asentada en el suelo junto a ella. La recogió y empezó a revolver en su interior. La mayoría de ello era papeleo con el que no tenía ninguna intención de lidiar en este instante. Al fondo de la caja había una foto de 8x10 de su boda con Kyle.

Se la quedó mirando casi como si no la entendiera, asombrada de que la persona que tenía esa vida fuera la que estaba sentada aquí ahora mismo. Casi una década antes, durante su segundo año en USC, había empezado a salir con Kyle Voss. Se habían ido a vivir juntos poco después de la graduación y se habían casado hacía tres años.

Durante mucho tiempo, la cosa pareció ir sobre ruedas. Vivían en un apartamento genial bastante cerca del centro de Los Ángeles, o D.T.L.A. como se le llamaba a menudo. Kyle tenía un buen puesto en la industria financiera y Jessie estaba sacando su máster. Tenían una vida cómoda. Iban a inauguraciones de restaurantes y pasaban por todos los bares de moda. Jessie era feliz y seguramente hubiera podido continuar así durante largo tiempo.

Entonces, Kyle consiguió una promoción a la oficina de su firma en Orange County e insistió en que se mudaran a una mansión de la zona. Jessie había accedido, a pesar de sus temores. Y no fue hasta este momento que la auténtica naturaleza de Kyle salió a la luz. Se obsesionó con hacerse miembro de un club secreto que resultó ser una fachada para un anillo de prostitución. Comenzó una aventura con una de las mujeres que había allí. Y cuando salió mal, la mató y trató de inculpar a Jessie por ello. Para coronar todo esto, cuando Jessie descubrió su trama, también intentó matarla a ella.

Hasta en este momento, mientras examinada la foto de su boda, no había ni un indicio de lo que su marido era capaz de llegar a hacer. Parecía un apuesto, amigable y tosco futuro amo del universo. Hizo una bola con la foto y la tiró hacia la papelera que había en la cocina. Cayó justo en el centro, lo que le provocó una inesperada sensación de catarsis.

¡Vaya! Eso debe de ser significativo.

Había algo liberador en este sitio. Todo ello, los muebles nuevos, la carencia de recuerdos de carácter personal, incluso las medidas de seguridad que bordeaban la paranoia, le pertenecían a ella. Había conseguido un comienzo nuevo.

Se estiró, permitiendo que sus músculos se relajaran después del largo vuelo en un avión que iba hasta la bandera. Este apartamento era suyo, el primer lugar en más de seis años del que podía decir algo así. Podía comer pizza en el sofá y dejar la caja tirada sin preocuparse de que alguien se quejara de ello. Y no es que ella fuera de las que hacía ese tipo de cosas. Pero la cuestión era, que podía hacerlo.

El pensamiento de la pizza despertó su hambre repentinamente. Se levantó y miró en el frigorífico. No solo estaba vacío, ni siquiera estaba enchufado. Entonces recordó que lo había dejado así a propósito, al no ver razón alguna por la que pagar la cuenta de la electricidad si no iba a estar por aquí en dos meses y medio.

Lo enchufó y, sintiéndose nerviosa, decidió ir de compras al supermercado. Entonces tuvo otra idea. Como no empezaba a trabajar hasta el día siguiente y no era demasiado tarde, había otra

parada que podía hacer: un lugar, y una persona, que sabía que acabaría visitando.

Aunque había conseguido sacárselo de la cabeza la mayor parte del tiempo que había pasado en Quantico, estaba el asunto de Bolton Crutchfield. Sabía que tenía que olvidarlo, que él le había estado poniendo un cebo durante su última reunión.

Aun así, tenía que saberlo: ¿Habría encontrado Crutchfield la manera de verse con su padre, Xander Thurman, el Ejecutador de los Ozarks? ¿Habría encontrado la manera de contactar con el asesino de innumerables personas, incluida su madre, el hombre que le había abandonado, con solo seis años, dejándola atada junto al cadáver para que sufriera una muerte inevitable por congelación en una cabaña aislada?

Estaba a punto de descubrirlo.

CAPÍTULO TRES

Eliza estaba esperando cuando Gray llegó a casa esa noche. Llegó a tiempo para cenar, con una mirada en el rostro que sugería que sabía lo que le aguardaba. Como Millie y Henry estaban allí sentados, comiendo sus macarrones con queso con rebanadas de salchicha, ninguno de los padres mencionó una palabra sobre la situación.

No fue hasta que los niños estuvieron acostados que surgió la conversación. Eliza estaba de pie en la cocina cuando Gray entró después de acostar a los niños. Se había quitado su abrigo deportivo, pero todavía llevaba puesta la corbata aflojada y sus pantalones. Eliza sospechaba que era para parecer más creíble.

Gray no era un hombre muy alto. Con un metro ochenta de altura y ochenta y cinco kilos de peso, solo era una pulgada más alto que ella, aunque pesara quince kilos más. Sin embargo, los dos sabían que resultaba bastante menos imponente con camiseta y chándal. El traje formal era su armadura.

“Antes de que digas nada”, comenzó, “te ruego que me dejes explicarme”.

Eliza, que se había pasado gran parte del día dándole vueltas a cómo podía haber pasado esto, se alegró de dejar que su angustia pasara temporalmente a un segundo plano y permitirle que se retorciera mientras trataba de justificarse a sí mismo.

“Adelante”, le dijo.

“En primer lugar, lo siento. No importa qué otras cosas te vaya a decir, quiero que sepas que te pido disculpas. Jamás debería haber dejado que sucediera. Fue un momento de debilidad. Me ha conocido durante años y sabe de sobra mis vulnerabilidades, lo que despertaría mi interés. Debería haber estado alerta, pero caí en ello”.

“¿Qué es lo que estás diciendo?”, preguntó Eliza, tan confundida como dolida. “¿Qué Penny es una loba que te manipuló para que cometieras una infidelidad con ella? Los dos sabemos que eres un hombre débil, Gray, pero ¿me estás tomando el pelo?”.

“No”, dijo él, eligiendo no responder al comentario sobre su debilidad. “Asumo total responsabilidad por mis acciones. Me tomé tres whiskey sours. Le oteé las piernas en ese vestido con el corte lateral. Y ella sabe lo que me pone a cien. Supongo que se debe a todas esas charlas a corazón abierto que habéis tenido las dos a lo largo de los años. Sabía muy bien lo de acariciarme el antebrazo con sus dedos. Sabía qué decir, casi ronroneando en mi oído. Probablemente sabía que tú no habías hecho ninguna de esas cosas en mucho tiempo. Y sabía que no ibas a hacer aparición en esa fiesta de cócteles porque estabas en casa, inconsciente debido a las pastillas para dormir que te tomas la mayoría de las noches”.

Eso se quedó suspendido en el aire durante unos segundos, mientras Eliza trataba de recomponerse. Cuando estuvo segura de que no le iba a gritar, le respondió con una voz sorprendentemente calmada.

“¿Me estás culpando a mí de esto? Porque parece que suena a que dices que no pudiste guardártela en tus pantalones porque tengo problemas para dormir por la noche”.

“No, no lo dije con esa intención”, lloriqueó, retrocediendo ante la ira que había en sus palabras. “Es solo que tú siempre tienes problemas para dormir por la noche. Y nunca pareces muy interesada en quedarte levantada conmigo”.

“Solo para que quede claro, Grayson, dices que no me echas la culpa a mí, pero entonces pasas de inmediato a decir que estoy demasiado colocada de Valium y que no te doy bastante atención de chico grande, así que tuviste que tirarte a mi mejor amiga”.

“¿Qué clase de mejor amiga es para hacer algo así?”, le lanzó Gray desesperado.

“No cambies de tema”, le espetó ella, obligándose a mantener una voz moderada, en parte para evitar despertar a los niños, pero principalmente porque hacerlo era lo único que evitaba que

perdiera los estribos. “Ya está en mi lista. Ahora es tu turno. No podías haber venido donde mí y decirme, “mira cariño, realmente me encantaría pasar una velada romántica contigo esta noche” o “cielo, me siento desconectado de ti últimamente. ¿Podemos acercarnos esta noche?” ¿Es que eso no era una opción?”.

“No quería despertarte para molestarte con preguntas como esa”, contestó él, con voz tímida, pero palabras cortantes.

“¿Y así que decidiste que el sarcasmo es la mejor manera de tratar este tema?”, exigió ella.

“Mira”, dijo él, revolviéndose como un escarabajo en busca de una salida, “se ha terminado con Penny. Ella me dijo eso esta tarde y yo estoy de acuerdo. No sé cómo saldremos adelante después de esto, pero quiero hacerlo, aunque solo sea por los niños”.

“¿Aunque solo sea por los niños?”, repitió, asombrada de todas las maneras en que podía fallarle al mismo tiempo. “Lárgate de aquí ahora mismo. Te doy cinco minutos para que hagas una maleta y te metas en tu coche. Reserva un hotel hasta futuro aviso”.

“¿Me estás echando de mi propia casa?”, le preguntó, incrédulo. “¿De la casa que yo he pagado?”.

“No solo te estoy echando”, le susurró llena de ira, “si no estás saliendo del garaje en cinco minutos, llamo a la policía”.

“¿Para decirles qué?”.

“Ponme a prueba”, dijo ella, encendida.

Gray se la quedó mirando. Imperturbable, Eliza caminó hacia el teléfono y lo descolgó. Hasta que no oyó el tono de llamada, él no se puso en marcha. En tres minutos, estaba saliendo a todo correr por la puerta como un perro con el rabo entre las piernas, su bolsa de viaje repleta de camisas y chaquetas formales. Se le cayó un zapato mientras se apresuraba a ir hacia la puerta. No se dio cuenta y Eliza no le dijo nada.

Hasta que no escuchó cómo salía disparado el coche del garaje, no volvió a colgar el teléfono. Bajó la vista a su izquierda y vio que le

sangraba la palma de la mano de clavarse las uñas. Ni había notado el escozor hasta este instante.

CAPÍTULO CUATRO

A pesar de que le faltara práctica, Jessie transitó el tráfico desde el centro de Los Ángeles a Norwalk sin demasiados apuros. Por el camino, como una manera de alejar su destino inminente de sus pensamientos, decidió llamar a sus padres.

Sus padres adoptivos, Bruce y Janine Hunt, vivían en Las Cruces, New México. Él era un agente retirado del FBI y ella una profesora jubilada. Jessie había pasado unos cuantos días con ellos de camino a Quantico y tenía pensado hacer lo mismo en su camino de vuelta, pero no tenía suficiente tiempo entre el final del programa y su regreso al trabajo, así que tuvo que olvidarse de la segunda visita. Esperaba volver otra vez muy pronto, sobre todo porque su madre estaba batallando un cáncer.

No parecía justo. Janine llevaba peleando con ello más de una década y eso venía a coronar la otra tragedia a la que se habían enfrentado hacía años. Justo antes de que acogieran a Jessie cuando tenía seis años, acababan de perder a su bebé, también debido a cáncer. Estaban deseosos de rellenar ese hueco en sus corazones, incluso aunque supusiera adoptar a la hija de un asesino en serie, uno que había matado a su madre y le había dejado a ella por muerta. Como Bruce estaba en el FBI, el emparejamiento les resultó lógico a los alguaciles que habían colocado a Jessie en el programa de Protección de Testigos. En teoría, todo tenía sentido.

Alejó esto a la fuerza de sus pensamientos mientras marcaba su número.

“Qué hay, Pa”, dijo. “¿Cómo van las cosas?”.

“Bien”, respondió él. “Tu madre está echándose una siesta. ¿Quieres volver a llamar más tarde?”.

“No, podemos charlar nosotros. Ya hablaré con ella esta noche o lo que sea. ¿Qué está sucediendo por allí?”.

Cuatro meses antes, se hubiera resistido a hablarle a él sin la presencia de su madre. Bruce Hunt era un hombre difícil que no regalaba la confianza y tampoco es que Jessie fuera una bola de peluche mimosa. Los recuerdos que albergaba de sus años jóvenes con él eran una mezcla de alegría y frustración. Hubo excursiones para ir a esquiar, de acampada y de senderismo por las montañas, y vacaciones familiares a México, que solo estaba a sesenta millas de distancia.

Claro que también tuvieron sus concursos de gritos, sobre todo cuando era una adolescente. Bruce era un hombre que apreciaba la disciplina. Jessie, que albergaba años de resentimiento acumulado por la pérdida de su madre, su nombre, y su hogar al mismo tiempo, tendía a portarse mal. Durante sus años en USC y después, seguramente hablaron menos de dos docenas de veces en total. Las visitas de uno a otro lado eran una rareza.

Pero recientemente, la vuelta del cáncer de su madre les había obligado a hablar sin un mediador. Y, de alguna manera, habían acabado por romper el hielo. Hasta se había pasado por L.A. para ayudarle a recuperarse de su herida en el abdomen, después de que Kyle le atacara el otoño pasado.

“Las cosas siguen tranquilas por aquí”, le dijo, respondiendo a su pregunta. “Tu madre tuvo otra sesión de quimioterapia ayer, razón por la que está descansando ahora. Si se siente lo bastante bien, puede que salgamos a cenar más tarde”.

“¿Con toda la banda de la policía?”, le preguntó jocosamente. Pocos meses atrás, sus padres se habían mudado de su hogar a una instalación de vivienda asistida, poblada principalmente por retirados del Departamento del Alguacil de Las Cruces, y del FBI.

“Qué va, solo nosotros dos. Estoy pensando en una cena con velas, pero en alguna parte donde pueda llevar el balde para poner debajo de la mesa en caso de que ella tenga que vomitar”.

“Sin duda, eres todo un romántico, Pa”.

“Lo intento. ¿Cómo van las cosas por allí? Asumo que aprobaste el entrenamiento con el FBI”.

“¿Por qué asumes eso?”.

“Porque sabías que te preguntaría por ello y no me hubieras llamado si tuvieras que darme malas noticias”.

Jessie tenía que reconocer su talento. Para ser ya un perro viejo, todavía veía las cosas bastante claras.

“Aprobé”, le aseguró ella. “Estoy de regreso en L.A. Empiezo a trabajar mañana de nuevo y… estoy haciendo unos recados”.

Jessie no quería preocuparle hablando de su destino real.

“Eso suena nefasto. ¿Por qué tengo la sensación de que no estás de compras en busca de algo de pan?”.

“No tenía intención de que sonara así. Creo que estoy barrida de tanto viaje. Lo cierto es que casi estoy allí ya”, mintió. “¿Te debería llamar esta noche o espero hasta mañana? No quiero interrumpir tu cena de gala con tu balde para el vómito”.

“Quizá mejor mañana”, le aconsejó él.

“Muy bien. Dile hola a Ma. Te quiero”.

“Yo también te quiero”, dijo él, colgándole el teléfono.

Jessie intentó enfocarse en la carretera. El tráfico estaba empeorando y todavía le faltaba media hora de trayecto hasta la instalación del DNR, que llevaba unos cuarenta y cinco minutos de viaje.

La D.N.R., o División No Rehabilitadora, era una unidad especial autónoma afiliada con el Hospital Metropolitano estatal de Norwalk. El principal hospital albergaba a una gran variedad de perpetradores trastornados mentalmente y catalogados como no aptos para servir su condena en una prisión convencional.

Pero el anexo del DNR, desconocido para el público y todavía más para el personal de las fuerzas de seguridad y del sector de salud mental, servía un papel más clandestino. Estaba diseñado para albergar un máximo de diez condenados fuera del sistema común.

Ahora mismo, solo había cinco personas allí detenidas, todas ellas hombres, todos violadores y asesinos en serie. Uno de ellos era Bolton Crutchfield.

La mente de Jessie vagabundeó hasta la ocasión más reciente en que había estado allí de visita. Fue su última visita antes de largarse a la Academia Nacional, aunque no le había dicho eso a él. Jessie había estado visitando a Crutchfield con regularidad desde el pasado otoño, cuando había obtenido permiso para entrevistarle como parte de las prácticas de su máster. Según el personal de las instalaciones, casi nunca accedía a hablar con médicos o investigadores. Pero, por razones que no se le aclararían hasta más adelante, se había mostrado de acuerdo en verse con ella.

Durante las siguientes semanas, llegaron a una especie de acuerdo. Le hablaría de los detalles de sus crímenes, incluyendo los motivos y los métodos, si ella compartía algunos detalles de su propia vida. Inicialmente, parecía un trato justo. Después de todo, su meta era convertirse en una criminóloga especializada en asesinos en serie. Que hubiera uno dispuesto a hablar de los detalles de lo que había hecho podría resultar inestimable.

Y, además, resultó que tenía otro bonus adicional. Crutchfield tenía un olfato a lo Sherlock Holmes para deducir información, incluso aunque estuviera encerrado en una celda de un hospital mental. Podía discernir detalles de la actual vida de Jessie solo con mirarla.

Había utilizado esa capacidad, junto con la información sobre el caso que ella le transmitía, para darle pistas sobre varios crímenes, incluido el asesinato de una filántropa adinerada de Hancock Park. Y también le había avisado de que su propio marido no se merecía tanta confianza como había depositado en él.

Por desgracia para Jessie, sus capacidades para la deducción también operaban en su contra. La razón por la que quería reunirse con Crutchfield en primer lugar era porque ella había notado que modelaba sus asesinatos siguiendo los métodos de su padre, el legendario, asesino en serie, jamás atrapado, Xander Thurman. Pero Thurman había cometido sus crímenes en el Missouri rural hacía dos décadas. Parecía una elección al azar, oscura, para un asesino basado en el sur de California.

Lo que pasaba era que Bolton era un gran fan suyo. Y cuando Jessie empezó preguntándole por su interés en esos asesinatos antiguos, no le llevó mucho recomponer el puzle y determinar que la jovencita que tenía delante de él estaba personalmente conectada con Thurman. Con el tiempo, admitió que sabía que ella era su hija. Y le reveló otro detalle, que se había visto con su padre hacía dos años.

Con regocijo en la voz, le había informado de que su padre había entrado a las instalaciones haciéndose pasar por un médico y que se las había arreglado para tener una conversación extensa con el encarcelado. Por lo visto, estaba buscando a su hija, cuyo nombre había cambiado y a quien habían puesto en Protección de Testigos después de que mataran a su madre. Sospechaba que acabaría visitando a Crutchfield en algún momento debido a las similitudes entre sus crímenes. Thurman quería que Crutchfield le contara si aparecía por allí en algún momento y le daba su nuevo nombre y dirección.

Desde ese momento, su relación había estado marcada por una desigualdad que le hacía sentir terriblemente incómoda. Crutchfield todavía le transmitía información sobre sus crímenes y pistas sobre otros. Pero ambos sabían que era él el que tenía todas las cartas en la manga.

Él sabía su nuevo nombre. Sabía el aspecto que tenía. Sabía la ciudad en que vivía. En cierto momento, descubrió que hasta sabía que estaba viviendo con su amiga Lacy y dónde estaba el apartamento. Y aparentemente, a pesar de estar encarcelado en una instalación supuestamente secreta, tenía la capacidad de darle todos esos detalles a su padre.

Jessie estaba bastante segura de que esa era en parte la razón de que Lacy, una aspirante a diseñadora de modas, hubiera aceptado trabajar por seis meses en Milán. Era una oportunidad genial, pero también estaba a medio mundo de distancia de la peligrosa vida de Jessie.

Mientras Jessie tomaba la salida en la autopista, a solo unos minutos de llegar al DNR, recordó que Crutchfield había acabado por tirar del gatillo de la amenaza silenciosa que siempre había

pululado en el aire durante sus reuniones.

Quizá fuera porque él había sentido que se iba durante unos meses. Quizá solo fuera por orgullo. Pero la última vez que había mirado al otro lado del cristal para ver sus ojos de trastornado, le había dejado caer una bomba encima.

“Voy a tener una pequeña conversación con tu padre”, le había dicho con su acento cortés y sureño. “No voy a estropear las cosas diciéndote cuándo, pero va a ser deliciosa, estoy bastante seguro de eso”.

Apenas se las había arreglado para sacar de su garganta la palabra “¿Cómo?”.

“Oh, no te preocupes por eso, señorita Jessie”, le había reconfortado. “Solo que sepas que cuando acabemos por hablar, me encargaré de pasarle tus saludos”.

Mientras giraba para entrar a los terrenos del hospital, se planteó la misma pregunta que le había estado reconcomiendo desde aquel entonces, la que solo se podía sacar de la mente cuando estaba concentrada con atención en otros trabajos: ¿lo había hecho de verdad? Mientras ella había estado aprendiendo a atrapar a gente como él y su padre, ¿se habían reunido esos dos por segunda vez, a pesar de las precauciones de seguridad diseñadas para prevenir ese tipo de cosas?

Tenía la sensación de que ese misterio estaba a punto de ser resuelto.

CAPÍTULO CINCO

Entrar a la unidad del DNR era igual que como lo recordaba. Después de obtener la autorización para entrar al campus cotado del hospital a través de una verja protegida por guardias de seguridad, se dirigió a la parte de atrás del edificio principal hacia un segundo edificio más pequeño, de aspecto corriente.

Se trataba de una anodina estructura de acero y hormigón en medio de un aparcamiento sin asfaltar. Solo se divisaba el tejado por detrás de una valla metálica de malla verde y alambre de púas que rodeaba el lugar.

Atravesó una segunda verja custodiada para acceder al DNR. Después de aparcar, caminó hacia la entrada principal, fingiendo ignorar las múltiples cámaras de seguridad que le observaban a cada paso. Cuando llegó a la puerta exterior, esperó a que le dejaran entrar. A diferencia de la primera vez que había venido aquí, ahora el personal le reconocía y le admitían nada más verla.

Pero eso solo pasó en la puerta exterior. Después de pasar por un pequeño patio, llegó a la entrada principal a las instalaciones, que tenía unas gruesas puertas de cristal blindado. Deslizó su tarjeta de acceso, y se encendió la luz verde en el panel. Entonces el guarda de seguridad detrás del escritorio, que también podía observar el cambio de color, le abrió la puerta, completando el procedimiento de acceso.

Jessie se quedó de pie en un pequeño vestíbulo, esperando a que se cerrara la puerta exterior. La experiencia ya le había enseñado que la puerta interior no podía abrirse hasta que la exterior se hubiera cerrado del todo. Una vez lo hizo audiblemente, el guardia de seguridad desbloqueó la puerta interior.

Jessie pasó adentro, donde le esperaba un segundo oficial armado. Recogió todos sus efectos personales, que eran mínimos. Había aprendido con el tiempo que era mucho más conveniente dejar casi todo en el coche, que no corría ningún peligro de ser asaltado.

El guardia le pateó y le hizo un gesto para que pasara por el escáner de ondas milimétricas como los de seguridad de los aeropuertos, que proyectaba una impresión detallada de todo su cuerpo. Cuando pasó al otro lado, le devolvieron sus cosas sin mediar palabra. Era la única indicación de que tenía luz verde para continuar.

"¿Voy a ver a la Oficial Gentry?", preguntó al agente que estaba sentado detrás del escritorio.

La mujer levantó la vista, con una expresión de absoluto desinterés en su rostro. "Saldrá en un momento. Ve a esperar junto a la puerta de Preparación Transicional".

Jessie así lo hizo. Preparación Transicional era la sala a donde iban todos los visitantes a cambiarse antes de interactuar con un paciente. Una vez dentro, les pedían que se cambiaran y se pusieran una bata gris de hospital, que se quitaran toda la bisutería, y se limpiaran el maquillaje. Como le habían advertido, estos hombres no precisaban de ninguna estimulación adicional.

Un instante después, la oficial Katherine "Kat" Gentry salía por la puerta de la sala para recibirla. Daba gusto verla. Aunque no es que hubieran empezado precisamente con buen pie cuando se conocieron el verano anterior, ahora las dos mujeres eran amigas, conectadas por su consciencia compartida de la oscuridad que subyace en alguna gente. Jessie había llegado a confiar tanto en ella que Kat era una de las menos de seis personas en todo el mundo que sabían que era la hija del Ejecutador de los Ozarks.

Cuando Kat se le acercó, Jessie admiró una vez más la tipa dura que resultaba ser como jefa de seguridad del DNR. Físicamente imponente a pesar de medir solo uno setenta, su cuerpo de 75 kilos consistía casi por completo de músculo y voluntad de hierro. Previamente comando en el ejército, había servido dos temporadas en Afganistán, y llevaba puestos los mementos de aquellos días en su cara, que estaba agujereada por cicatrices de quemaduras con metralla y tenía una muy larga que empezaba desde debajo del ojo izquierdo para caerle en vertical por la mejilla izquierda. Sus ojos grises estaban calmados, quedándose con todo lo que veían para decidir si se trataba de una amenaza.

Era obvio que no pensaba que Jessie fuera una. Sonrió abiertamente y le dio un gran abrazo.

“Cuánto tiempo sin verte, dama del FBI”, le dijo con entusiasmo.

Jessie estaba recuperando el aliento tras sentirse estrujada en sus brazos, y solo habló cuando la soltó.

“No soy del FBI”, le recordó a Kat. “No era más que un programa de formación. Todavía sigo afiliada con el L.A.P.D.”.

“Lo que tú quieras”, dijo Kat con desdén. "Estuviste en Quantico, trabajando con los mayores expertos en tu campo, aprendiendo técnicas alucinantes que usa el FBI. Si quiero llamarte dama del FBI, es lo que voy a hacer”.

“Si eso significa que no me vas a partir la espalda por la mitad, puedes llamarme lo que tú quieras”.

“A propósito, ya no creo que pudiera hacer eso”, notó Kat. “Pareces más fuerte que antes. Supongo que no solo te hicieron entrenar la mente mientras estabas allí”.

“Seis días a la semana”, le dijo Jessie. “Carreras por el monte, carreras de obstáculos, autodefensa, y entrenamiento de armas. Sin duda alguna, me dieron la patada que necesitaba para ponerme en una forma medio decente”.

“¿Debería preocuparme?”, le preguntó Kat fingiendo preocupación, dando un paso atrás y elevando sus brazos en postura defensiva.

“No creo que suponga ninguna amenaza para ti”, admitió Jessie. “Pero creo que podría protegerme a mí misma frente a un sospechoso, algo que no sentía antes en absoluto. Mirando al pasado, tuve suerte de sobrevivir mis encuentros recientes”.

“Eso es genial, Jessie”, dijo Kat. “Quizá podamos buscar un día que tengamos libre, ir por unas rondas, para mantenerte despierta”.

“Si lo que quieres decir con unas cuantas rondas, es unas cuantas rondas de chupitos, cuenta conmigo. De lo contrario, puede que me tome un pequeño descanso de las carreras diarias y de los puñetazos

y esas cosas.”

“Retiro todo”, dijo Kat. “Sigues siendo el mismo ratoncillo que fuiste siempre”.

“Bueno, esa sí que es la Kat Gentry que he acabado conociendo y adorando. Sabía que había una buena razón para que fueras la primera persona que quería ver después de regresar a la ciudad”.

“Me siento halagada”, dijo Kat. “Pero creo que las dos sabemos que no soy la persona que has venido a visitar. ¿Dejamos de remolonear y vamos al grano?”.

Jessie asintió y siguió a Kat al interior de la sala de Preparación, donde la esterilidad y el silencio pusieron punto final al ambiente jocoso de la visita.

*

Quince minutos después, Kat escoltaba a Jessie hasta la puerta que conectaba con el ala de seguridad del DNR donde estaban algunas de las personas más peligrosas del planeta. Ya habían pasado por su oficina para ponerse al día sobre los últimos meses, que habían sido sorprendentemente aburridos.

Kat le informó de que, como Crutchfield le había amenazado con que se iba a ver enseguida con su padre, habían aumentado todavía más las ya estrictas medidas de seguridad. Las instalaciones contaban ahora con cámaras de seguridad adicionales y hasta con mayor comprobación de identidad para visitantes.

No había pruebas de que Xander Thurman hubiera intentado visitar a Crutchfield. Sus únicas visitas habían sido la del médico que venía todos los meses para comprobar sus constantes vitales, el psiquiatra con el que casi nunca intercambiaba ni una palabra, un detective del L.A.P.D. que esperaba, resultó que fútilmente, a que Crutchfield compartiera información sobre un caso sin resolver en el que estaba trabajando; y el abogado que le había asignado el tribunal, que solo

aparecía para asegurarse de que no le estuvieran torturando. Apenas había entablado conversación con ninguno de ellos.

Según decía Kat, no había mencionado a Jessie delante del personal, ni siquiera a Ernie Cortez, el agente que supervisaba sus duchas semanales. Era como si ella no existiera. Jessie se preguntaba si estaría enfadado con ella.

“Ya sé que te acuerdas del procedimiento”, dijo Kat, mientras esperaban de pie delante de la puerta de seguridad. “Como han pasado unos cuantos meses, deja que repase los procedimientos de seguridad como medida de precaución. No te acerques al prisionero. No toques la barrera de cristal. Y ya sé que esta te la vas a pasar por alto de todas maneras, pero oficialmente, se supone que no puedes compartir ninguna información personal. ¿Entendido?”.

“Claro”, dijo Jessie, contenta de que le recordara todo. Le servía para ponerse en el estado mental adecuado.

Kat deslizó su placa y asintió ante la cámara encima de la puerta. Desde dentro, alguien les dejó pasar. Jessie se sintió abrumada al instante por la sorprendente ráfaga de actividad. En vez de los cuatro habituales guardias de seguridad, había seis. Además, había tres hombres vestidos con uniforme de trabajo dando vueltas alrededor de algunas piezas de equipo técnico.

“¿Qué pasa?”, preguntó ella.

“Oh, olvidé mencionarlo, vamos a recibir unos cuantos residentes a mitad de semana. Vamos a estar al completo en las diez celdas, así que estamos comprobando el equipo de vigilancia en las celdas vacías para asegurarnos de que todo está en perfecto funcionamiento. También hemos aumentado el personal de seguridad en cada turno de cuatro a seis agentes durante el día, sin incluirme a mí, y de tres a cuatro por la noche”.

“Eso suena… arriesgado”, dijo Jessie diplomáticamente.

“Me mostré en contra”, admitió Kat. “Pero el condado tenía ciertas necesidades y nosotros teníamos las celdas disponibles. Era una batalla perdida”.

Jessie asintió mientras miraba a su alrededor. Las cosas esenciales del lugar parecían ser las mismas. La unidad estaba diseñada en forma de rueda con la base de operaciones en el centro y con pasillos que salían en todas direcciones, y que llevaban a las celdas de los prisioneros. En este momento, había seis oficiales en el espacio ahora abarrotado del centro de operaciones, que parecía un centro de enfermería de un hospital lleno de pacientes.

Algunas de las caras le resultaban nuevas, pero la mayoría le eran familiares, incluida la de Ernie Cortez. Ernie era un espécimen masivo, de más de dos metros y 140 kilos de músculos bien formados. Tenía unos treinta y tantos años y le empezaban a asomar las canas en su cabello negro de corte militar. Ernie esbozó una enorme sonrisa al ver a Jessie.

“Chica Vogue”, le llamó, utilizando el apodo afectuoso que le había dado durante su primer encuentro, en que él había tratado de mostrar su interés, sugiriendo que debería ser una modelo. Le había cerrado el pico a toda prisa, pero él no parecía guardarle ningún rencor.

“¿Cómo va, Ernie?”, le preguntó, sonriendo de vuelta.

“Como siempre, ya sabes. Asegurándonos de mantener a raya a los pedófilos, los violadores, y los asesinos. ¿Y tú?”.

“Básicamente igual”, dijo ella, decidiendo no meterse en detalles sobre sus actividades de los últimos meses con tantas caras desconocidas a su alrededor.

“Así que ahora que has tenido unos cuantos meses para superar tu divorcio, ¿te gustaría pasar algo de tiempo de calidad con el Ernster? Tengo pensado ir a Tijuana este fin de semana”.

“¿Ernster?” repitió Jessie, incapaz de impedir que le saliera una risita.

“¿Qué?”, dijo él, fingiendo ponerse a la defensiva. “Es un apodo”.

“Lo lamento, Ersnter, estoy bastante segura de que tengo planes para el fin de semana, pero pásalo en grande en la pista de jai alai.

Cómprame unos Chiclets, ¿de acuerdo?".

"Ay, vaya", replicó él, poniéndose la mano en el pecho como si ella le hubiera lanzado una flecha al corazón. "Sabes qué, los chicos grandes también tenemos sentimientos. También somos, ya sabes… chicos grandes".

"Muy bien, Cortez," interrumpió Kat, "ya está bien con eso. Me acabas de hacer vomitar un poco dentro de mi boca. Y Jessie tiene asuntos que atender".

"Hiriente", murmuró Ernie entre dientes mientras volvía a poner su atención en el monitor que tenía delante. A pesar de sus palabras, su tono sugería que no le importaba demasiado. Kat hizo un gesto para que Jessie le siguiera al pasillo donde estaba la celda de Crutchfield.

"Vas a querer esto," le dijo, sujetando la pequeña llave electrónica con el botón rojo en el centro. Era su aparato para los casos de emergencia. Jessie lo consideraba algo así como una manta de seguridad digital.

Si Crutchfield le sacaba de sus casillas y ella quería salir de la sala sin que él se enterara del impacto que estaba teniendo en ella, tenía que presionar el botón oculto en su mano. Eso alertaría a Kat, que podría sacarle de la sala con algún pretexto oficial inventado. Jessie estaba bastante segura de que Crutchfield sabía que tenía ese aparato, pero, aun así, se alegraba de que así fuera.

Agarró la llave electrónica, asintió a Kat indicando que estaba lista para pasar, y respiró profundamente. Kat abrió la puerta y Jessie pasó al interior.

Por lo visto, Crutchfield había anticipado su llegada. Estaba de pie, a solo unas pulgadas del cristal que dividía la habitación en dos, sonriéndole abiertamente.

CAPÍTULO SEIS

A Jessie le llevó un segundo despegar su mirada de sus dientes retorcidos y evaluar la situación.

En apariencia, no tenía un aspecto tan distinto de lo que ella recordaba. Todavía tenía su pelo rubio, esquilado casi al rape. Todavía llevaba su uniforme obligatorio de color turquesa. Todavía tenía la cara un poco más regordeta de lo que cabría esperar de un tipo que medía 1,75 metros y pesaba 80 kilos. Hacía que pareciera que estaba más cerca de tener veinticinco años que de los treinta y cinco que tenía en realidad.

Y aún tenía esos inquisitivos ojos marrones, casi avasalladores. Eran la única pista de que el hombre que tenía delante de ella había matado al menos a diecinueve personas, y quizás hasta el doble.

La celda tampoco había cambiado. Era pequeña, con una cama estrecha sin sábanas que estaba empotrada en la pared. Había un pequeño escritorio con una silla incorporada en la esquina de la derecha, junto a un pequeño lavabo de metal. Detrás de eso estaba el servicio, colocado en la parte trasera, con una portezuela deslizante de plástico para dar una mínima sensación de privacidad.

“Señorita Jessie,” ronroneó con suavidad. “¡Menuda sorpresa inesperada encontrarme contigo aquí!”.

“Y, aun así, estás de pie ahí como si estuvieras esperando mi llegada inminente”, le contradijo Jessie, que no quería darle a Crutchfield ni un momento de ventaja. Se acercó y se sentó en la silla detrás de un pequeño escritorio al otro lado del cristal. Kat tomó su posición habitual, de pie y completamente alerta en un rincón de la celda.

“Percibí un cambio en el aire de las instalaciones”, le contestó, con su tono de Luisiana más exagerado que nunca. “El aire parecía más dulce y pensé que podía escuchar cómo piaba un pájaro afuera”.

“Por lo general, no sueles tener tantos cumplidos”, notó Jessie. “¿te

importa decirme qué es lo que ha conseguido que te pongas de un humor tan generoso?".

"Nada en concreto, señorita Jessie. ¿Es que no puede un hombre apreciar la pequeña alegría que resulta de tener una visita inesperada?".

Algo en el modo que pronunció la última línea hizo estremecer el cuero cabelludo de Jessie, como si el comentario estuviera cargado de significado. Se quedó allí sentada un momento, dejando a su mente que trabajara, ignorando por completo las restricciones temporales. Sabía que Kat le dejaría manejar la entrevista de la manera que ella quisiera.

Dándole vueltas a las palabras de Crutchfield en su cabeza, se dio cuenta de que podían referirse a más de una sola cosa.

"Cuando hablas de visitas inesperadas, ¿te refieres a mí, Crutchfield?".

Él se la quedó mirando durante varios segundos antes de hablar. Finalmente, con lentitud, la amplia, forzada, sonrisa en su rostro se transformó en una expresión burlona más malévola, y también más creíble.

"No hemos establecido las reglas de juego para esta visita", le dijo, girándose de repente sobre sus espaldas.

"Creo que hace mucho que han terminado los días de las reglas de juego, ¿no crees, Crutchfield?", le preguntó. "Hace mucho que nos conocemos, y podemos simplemente charlar, ¿no es cierto?".

Regresó a la cama empotrada en la pared de la celda y se sentó, con la expresión ligeramente oculta en la penumbra.

"Entonces, ¿cómo puedo estar seguro de que vas a ser tan honesta como quieres que yo sea contigo?", le preguntó.

"Después de que le ordenaras a uno de tus compinches que entrara al apartamento de mi amiga y le diera un susto tal que todavía no pega ojo por las noches, no estoy segura de que te hayas ganado mi confianza o mi buena voluntad".

“Sacas ese incidente a colación”, le dijo él, “pero olvidas mencionar las múltiples ocasiones en que te he ayudado, tanto en lo profesional como en lo personal. Por cada supuesta indiscreción que ha habido por mi parte, te he compensado con información que te ha resultado inestimable. Lo único que estoy pidiendo son ciertas garantías de que esto no va a ser solo trabajo mío”.

Jessie le miró con dureza, intentando determinar la buena voluntad que podía mostrar al tiempo que mantenía una distancia profesional.

“¿Y qué es exactamente lo que estás buscando?”.

“¿Ahora mismo? Solo tu tiempo, señorita Jessie. Preferiría que no tardaras tanto en regresar por aquí. Han pasado setenta y seis días desde que me concediste la gracia de tu presencia. Un hombre un poco más inseguro podría ofenderse ante tan larga ausencia”.

“Muy bien”, dijo Jessie. “Prometo visitarte de manera más regular. De hecho, me aseguraré de pasar por aquí al menos otra vez esta semana. ¿Cómo suena eso?”.

“Es un comienzo”, dijo sin entusiasmo.

“Genial. Entonces regresemos a mi pregunta. Antes dijiste que apreciabas la alegría que te producía tener una visita inesperada. ¿Te estabas refiriendo a mí?”.

“Señorita Jessie, aunque siempre sea una delicia regodearme en tu compañía, debo confesar que mi comentario sin duda alguna se refería a otro visitante”.

Jessie podía escuchar cómo se tensaba Kat en el rincón de atrás.

“¿Y a quién te refieres?”, le preguntó, manteniendo el mismo volumen.

“Creo que ya lo sabes”.

“Me gustaría que me lo dijeras tú”, insistió Jessie.

Bolton Crutchfield se volvió a poner de pie, ahora más visible

debajo de la luz, y Jessie pudo ver que estaba dándole vueltas a la lengua en la boca, como si fuera un pez en un anzuelo con el que estuviera jugueteando.

“Como te aseguré la última vez que hablamos, pensaba tener una charla con tu papi”.

“¿Y la has tenido?”.

“Sin duda alguna”, respondió tan casualmente como si le estuviera dando la hora. “Me pidió que te transmitiera sus saludos cordiales, después de que le ofreciera los tuyos”.

Jessie le miró de cerca, en busca de cualquier indicio de engaño en su rostro.

“¿Hablaste con Xander Thurman,” reconfirmó, “en esta habitación, en algún momento de las últimas once semanas?”.

“Así es.”

Jessie sabía que Kat estaba deseando hacer sus propias preguntas para intentar confirmar la veracidad de su afirmación y de cómo podía haber sucedido. Pero, en su mente, eso era secundario y podía abordarlo más tarde. No quería que la conversación se desviara del tema así que lo continuó antes de que su amiga pudiera decir nada.

“¿De qué hablasteis?”, le preguntó, intentando mantener un tono de neutralidad.

“Pues bien, tuvimos que ser bastante crípticos, para que los que nos estaban escuchando no descubrieran su verdadera identidad. Pero el tema central de nuestra charla fuiste tú, señorita Jessie”.

“¿Yo?”.

“Sí. Si recuerdas, él y yo hablamos hace un par de años y me advirtió que puede que un día me visitaras. Que tendrías un nombre diferente del que él te había puesto, Jessica Thurman.”

Jessie se estremeció involuntariamente ante el nombre que no había escuchado salir de los labios de nadie más que de sí misma en dos

décadas. Sabía que él había visto su reacción, pero no había nada que pudiera hacer por evitarlo. Crutchfield sonrió complacido y continuó.

“Quería saber cómo le iba a esta hija suya perdida hace tanto tiempo. Estaba interesado en todo tipo de detalles, cómo te ganas la vida, dónde vives, el aspecto que tienes ahora, cómo te llamas en este momento. Está deseando reconectar contigo, señorita Jessie”.

Mientras hablaba, Jessie se obligó a sí misma a respirar muy lentamente hacia dentro y hacia fuera. Se recordó cómo destensar el cuerpo y hacer lo mejor posible por parecer tranquila, aunque fuera una fachada. Tenía que parecer imperturbable mientras le hacía la siguiente pregunta.

“¿Y le contaste alguno de esos detalles?”.

“Solamente uno”, dijo con malicia.

“¿Y de cuál se trata?”.

“El verdadero hogar está dónde uno tiene a los suyos,” dijo él.

“¿Qué diablos significa eso?”, exigió Jessie, que sentía cómo se aceleraba por momentos el latido de su corazón.

“Le dije la ubicación del lugar al que llamas hogar”, le dijo, con toda naturalidad.

“¿Le diste mi dirección?”.

“No fui tan específico. Para ser honestos, no conozco tu dirección exacta, a pesar de todo lo que he hecho para descubrirla. Pero sé lo suficiente como para que te acabe encontrando si es listo. Y como ambos sabemos, señorita Jessie, tu papá es muy listo”.

Jessie tragó saliva y reprimió las ganas de ponerse a gritar. Todavía estaba respondiendo a sus preguntas y necesitaba tanta información como pudiera obtener antes de que se detuviera.

“Entonces, ¿cuánto tiempo me queda antes de que venga llamando a mi puerta?”.

“Eso depende de lo que él tarde en reunir las piezas”, dijo Crutchfield encogiendo los hombros de manera exagerada. “Como ya dije, tuve que ser algo misterioso. Si hubiera sido muy específico, hubiera creado señales de alerta para los tipos que monitorean cada una de mis conversaciones. Eso no hubiera resultado productivo”.

“¿Por qué no me dices con exactitud lo que le dijiste? De ese modo, me puedo figurar la línea temporal por mi cuenta”.

“¿Y dónde estaría la diversión en eso, señorita Jessie? De verdad que tienes mi admiración, pero eso me resulta una ventaja poco razonable. Tenemos que darle una oportunidad al hombre”.

“¿Oportunidad?”, repitió Jessie, incrédula. “¿De qué? ¿De ir un paso por delante para acabar destripándome como le hizo a mi madre?”.

“Bueno, eso es de lo más injusto”, replicó, pareciendo calmarse cuanto más se agitaba Jessie. “Podía haber hecho eso en aquella cabaña en la nieve hace todos esos años, pero no lo hizo. Así que, ¿por qué asumir que te quiere hacer daño ahora? Quizá solo quiera llevar a su damita a pasar el día a Disneyland”.

“Perdona si no me siento tan inclinada a darle el mismo beneficio de la duda”, le espetó. “Esto no es un juego, Bolton. ¿Quieres que te visite de nuevo? Necesito estar con vida para hacerlo. No voy a poder darte mucha coba si tu mentor acaba por descuartizar a tu amiguita favorita”.

“Dos cosas, señorita Jessie: en primer lugar, entiendo que son noticias perturbadoras, pero preferiría que no emplearas ese tono tan familiar conmigo. ¿Me llamas por mi primer nombre? No solo es poco profesional, no es propio de ti”.

Jessie mantuvo un incómodo silencio. Incluso antes de que le dijera lo segundo, ya sabía que no le iba a decir lo que ella quería. Aun así, permaneció en silencio, mordiéndose literalmente la lengua en caso de que él cambiara de idea.

“Y en segundo”, continuó, disfrutando claramente de la inquietud de Jessie, “aunque disfruto de tu compañía, no presupongas que

eres mi amiguita favorita. No nos olvidemos de la siempre alerta Oficial Gentry ahí detrás. Es todo un bombón, un bombón rancio y podrido. Como le he dicho en más de una ocasión, cuando salga de este lugar, tengo intención de darle un regalo especial de despedida, no sé si me entiendes. Así que no trates de saltarte la cola de las amiguitas".

"Yo…" comenzó Jessie, esperando que cambiara de idea.

"Me temo que ya se acabó nuestro tiempo", dijo con voz cortante. Dicho eso, se giró y caminó hacia el diminuto nicho de su celda con retrete y tiró del divisor de plástico, dando por terminada la conversación.

CAPÍTULO SIETE

Jessie giraba la cabeza de un lado a otro, en busca de alguien o algo fuera de lo normal.

Mientras regresaba a su casa, siguiendo la misma ruta tortuosa que había recorrido por la mañana, todas las medidas de seguridad de las que se había sentido tan orgullosa pocas horas antes le resultaban ahora terriblemente inadecuadas.

En esta ocasión, se ató la melena en un moño y la ocultó debajo de una gorra de béisbol y de la capucha de una sudadera que se había comprado de regreso desde Norwalk. Llevaba una pequeña mochila que se enganchaba por delante, abrazándole el torso. A pesar del anonimato adicional que podrían haberle proporcionado, no llevaba gafas de sol porque le preocupaba que limitaran su campo visual.

Kat había prometido que revisaría las cintas de seguridad de todas las visitas recientes de Crutchfield para ver si se habían pasado algo por alto. También dijo que, si Jessie pudiera esperar hasta que terminara su turno, conduciría hasta DTLA, a pesar de que ella vivía al otro extremo en la Ciudad de la Industria, y le ayudaría a asegurarse de que llegaba a salvo a casa. Jessie rechazó la oferta con amabilidad.

“No puedo contar con tener escolta armada a cualquier parte que vaya a partir de ahora”, insistió.

“¿Por qué no?”, le había preguntado Kat solo medio en bromas.

Ahora, mientras descendía por el pasillo que llevaba a su apartamento, se preguntaba si hubiera debido aceptar la oferta de su amiga. Se sentía especialmente vulnerable con la bolsa de las compras en los brazos. Había un silencio sepulcral en el pasillo y no había visto a nadie en absoluto desde que entrara al edificio. Antes de descartarlo sin más, surgió una noción alocada en su cabeza, que su padre había matado a todo el mundo en su piso para no tener que lidiar con complicaciones cuando se le acercara.

La luz de su mirilla estaba verde, lo que le ofreció cierto alivio mientras abría la puerta, mirando a ambos lados del pasillo por si había alguien que se le fuera a tirar encima. Nadie lo hizo. Una vez en el interior, encendió las luces y después cerró todas las cerraduras antes de desactivar las dos alarmas. Inmediatamente después, volvió a activar la alarma principal, poniéndola en función "casa" para poder moverse por el apartamento sin hacer que saltaran los sensores de movimiento.

Colocó la bolsa de las compras sobre el mostrador de la cocina y examinó el lugar, con la barra luminosa en la mano. Le habían concedido su solicitud de un permiso de armas antes de irse a Quantico y se suponía que le darían su arma cuando fuera a trabajar a comisaría al día siguiente. Parte de ella deseaba que ya la hubiera pasado a recoger cuando se presentó por allí para recoger su correo. Cuando por fin tuvo la seguridad de que su apartamento estaba a salvo, empezó a ordenar las compras, dejando fuera el sashimi que había comprado para cenar en vez de una pizza.

No hay como un sushi de supermercado un lunes por la noche para hacer que una chica sin plan alguno se sienta especial en la gran ciudad.

La idea le provocó una breve risa antes de recordar que le habían dado un mapa de su residencia a su padre el asesino en serie. Quizá no se tratara de un mapa completo con direcciones, pero, por lo que había dicho Crutchfield, era bastante como para que él le acabara encontrando con el tiempo. La pregunta del millón era: ¿y cuándo sería exactamente "con el tiempo"?.

*

Hora y media después, Jessie estaba boxeando con una bolsa pesada, y el sudor le rodaba por el cuerpo. Después de terminar su sushi, se había sentido inquieta y había decidido ir a ejercitar sus frustraciones de manera constructiva al gimnasio.

Nunca había sido una gran adepta al gimnasio, pero durante su

tiempo en la Academia Nacional había hecho un descubrimiento inesperado. Cuando entrenaba hasta el agotamiento, no le quedaba espacio por dentro para la ansiedad y el temor que le consumían la mayor parte del resto del tiempo. Si hubiera sabido esto hace una década, se hubiera podido ahorrar miles de noches en vela, y hasta las noches repletas de pesadillas interminables.

También podía haberle salvado unas cuantas visitas a su terapeuta, la doctora Janice Lemmon, una célebre psicóloga forense por derecho propio. La doctora Lemmon era una de las pocas personas que conocían cada uno de los detalles del pasado de Jessie. Le había proporcionado una ayuda inestimable durante los últimos años.

En este momento, estaba en convalecencia de un trasplante de riñón y no estaba disponible para concertar sesiones durante unas cuantas semanas más. Jessie se sentía tentada de pensar que podía saltarse del todo estas visitas, pero, aunque puede que fuera más barato ir solo a la terapia del gimnasio, sabía que seguramente habría momentos en que necesitaría hablar con su doctora en el futuro.

Cuando fue a su consulta para ponerse una serie de vacunas, recordaba cómo, antes de su viaje a Quantico, se había estado despertando cubierta de sudor, respirando con dificultad, intentando recordarse a sí misma que estaba a salvo en Los Ángeles y no de vuelta a la pequeña cabaña en los Ozarks de Missouri, atada a una silla, viendo cómo goteaba la sangre del cadáver cada vez más congelado de su madre muerta.

Ojalá todo eso hubiera sido tan solo un mal sueño, pero era todo cierto. Cuando tenía seis años y el matrimonio de sus padres pasaba por problemas, su padre las había llevado a ella y a su madre a la cabaña que tenía en algún lugar aislado. Mientras estaban allí, les había revelado que había estado secuestrando, torturando, y asesinando a gente durante años. Y después le hizo lo mismo a su propia mujer, Carrie Thurman.

Mientras la esposaba las manos a las vigas del techo de la cabaña e intermitentemente, acuchillaba a su madre con un enorme cuchillo, hizo que Jessie, por aquel entonces Jessica Thurman, lo viera todo. Le ató los brazos a una silla y le forzó a mantener los párpados abiertos mientras acababa de descuartizar a su madre del todo.

Después utilizó el mismo cuchillo para hacer un corte enorme en la clavícula de su hija desde el hombro izquierdo hasta la base del cuello. Después de eso, se marchó de la cabaña sin más. Tres días después, conmocionada y con hipotermia, fue hallada por dos cazadores que pasaban por allí de casualidad.

Cuando se recuperó, le contó toda la historia a la policía y al FBI. Sin embargo, para ese momento, su padre se había largado hacía mucho y con él toda esperanza de atraparle. Metieron a Jessica en el Programa de Protección de Testigos de Las Cruces con los Hunt. Jessica Thurman se convirtió en Jessie Hunt y comenzó una vida nueva.

Jessie se sacudió los recuerdos de su mente, moviendo su atención de las vacunas a las patadas con la rodilla con intención de darle a la entrepierna de tu asaltante. Se regodeó en el dolor que sintió en sus cuádriceps cuando golpeaba hacia arriba. Con cada golpe, la imagen de la piel pálida y sin vida de su madre se desvanecía.

Entonces apareció otro recuerdo en su mente, el de su antiguo marido, Kyle, atacándole en su propia casa, tratando de matarla y de inculparla por el asesinato de su amante. Casi podía sentir el escozor del atizador de la chimenea que le había clavado en el lado izquierdo del abdomen.

El dolor físico de ese momento solo era equiparable con la humillación que todavía sentía por haber pasado una década en una relación íntima con un sociópata sin darse cuenta de ello. Después de todo, se suponía que era una experta en identificar estos tipos de personas.

Jessie subió la potencia una vez más, esperando alejar la vergüenza de su mente con una serie de lanzamientos de codo contra la bolsa a la altura donde estaría la mandíbula de su oponente. Sus hombros estaban empezando a quejarse del dolor, pero ella continuó sacudiendo la bolsa, sabiendo que enseguida su mente estaría demasiado cansada como para estar desasosegada.

Esta era la parte de sí misma que no se había esperado descubrir en el FBI, lo duro que podía llegar a entrenar. A pesar de la típica aprensión que sintió al llegar, había pensado que seguramente le

iría bien en el lado académico. Se acababa de pasar los tres años anteriores en ese entorno, inmersa en psicología criminal.

Y no le había faltado razón. Las clases de derecho, ciencia forense, y terrorismo le resultaban fáciles. Incluso el seminario de ciencias del comportamiento, donde los instructores eran sus héroes de toda la vida y pensaba que quizá estaría nerviosa, resultó de lo más natural. Sin embargo, en las clases de preparación física, y especialmente en el entrenamiento de autodefensa, era donde más se había sorprendido a sí misma.

Sus instructores le habían demostrado que con su metro ochenta y sus 75 kilos, tenía el tamaño necesario para vérselas con la mayoría de los perpetradores, si estaba adecuadamente preparada. Probablemente, nunca tendría las habilidades de combate personal de una veterana de las Fuerzas Especiales como Kat Gentry. Y salió del programa con la confianza de que podría defenderse en la mayoría de las situaciones.

Jessie se sacó los guantes de un tirón y pasó a la cinta de correr. Echó un vistazo a su reloj, vio que ya eran casi las 8 de la tarde. Decidió que una carrera de cinco millas la dejaría lo bastante exhausta como para permitirle dormir sin sueños por la noche. Esa era una prioridad ya que mañana regresaba de nuevo al trabajo, donde sabía que todos sus compañeros la freirían a preguntas, esperando que ahora fuera una especie de superhéroe del FBI.

Se dio un periodo de cuarenta minutos, presionándose a sí misma para completar las cinco millas a un ritmo de ocho minutos por milla. Entonces les subió el volumen a los cascos. Cuando empezaron a sonar los primeros segundos de “Killer” de Seal, su mente se quedó en blanco, enfocándose solamente en lo que tenía delante de ella. No albergaba la menor noción respecto al título de la canción o de los recuerdos personales que pudiera sacar a la superficie. No había nada más que ese ritmo y sus piernas moviéndose al unísono. Era lo más cerca de la paz que Jessie Hunt podía sentirse.

CAPÍTULO OCHO

Eliza Longworth iba corriendo para llegar hasta la casa de Penny cuando antes le fuera posible. Eran casi las 8 de la mañana, la hora a la que su profesora de yoga solía aparecer.

Había pasado una noche básicamente en vela. Solo cuando llegó el primer rayo del alba le pareció saber qué ruta tomar. Una vez tomó la decisión, Eliza sintió cómo se le quitaba un peso de encima.

Le envió un mensaje de texto a Penny para decirle que la noche en vela le había dado tiempo para pensar, y para reconsiderar si se había precipitado al terminar con su amistad. Tenían que ir a la lección de yoga. Y después, una vez su profesora, Beth, se hubiera ido, podían encontrar la manera de aclarar las cosas.

A pesar de que no había recibido respuesta alguna por parte de Penny, Eliza se dirigió hacia su casa de todas maneras. En el momento que llegaba a la puerta principal, vio cómo Beth conducía por la serpenteante carretera residencial y le saludaba.

“¡Penny!”, le chilló mientras llamaba a la puerta. “Beth está aquí. ¿Sigue en pie la clase de yoga?”.

No obtuvo respuesta así que presionó el timbre y se puso a mover los brazos delante de la cámara.

“Penny, ¿puedo pasar? Tenemos que hablar un momento antes de que llegue Beth”.

Siguió sin obtener respuesta y Beth ya estaba a solo cien metros así que decidió entrar, dejando la puerta abierta para Beth.

“Penny”, gritó. “Te dejaste la puerta abierta. Beth está aparcando. ¿Recibiste mi mensaje? ¿Podemos hablar un minuto en privado antes de empezar?”.

Pasó al recibidor y esperó. No hubo ninguna respuesta. Se movió a

la sala de estar donde generalmente recibían las lecciones de yoga. También estaba vacía. Estaba a punto de entrar a la cocina cuando Beth entró a la casa.

"¡Damas, estoy aquí!", les llamó desde la puerta principal.

"Hola, Beth", dijo Eliza, girándose para saludarle. "La puerta estaba abierta, pero Penny no me responde. No estoy segura de lo que pasa. Quizá se quedó dormida o está en el baño o algo así. Puedo mirar arriba… si quieres, puedes prepararte algo de beber. Estoy segura de que solo tardará un minuto".

"No te preocupes", dijo Beth. "Mi cliente de las nueve y media me ha cancelado así que no tengo prisa. Dile que se tome su tiempo".

"Muy bien", dijo Eliza mientras empezaba a subir las escaleras. "Danos solo un minuto".

Iba a mitad de camino por las escaleras cuando se preguntó si a lo mejor hubiera debido tomar el ascensor. El dormitorio principal estaba en el tercer piso y el ascensor no le hacía la menor gracia. Antes de que pudiera reconsiderarlo en serio, escuchó un grito que venía del piso de abajo.

"¿Qué pasa?", gritó mientras se giraba sobre sí misma para bajar a toda prisa las escaleras.

"¡Date prisa!", gritó Beth. "¡Por Dios, corre!".

Su voz provenía de la cocina. Eliza echó a correr cuando alcanzó el piso de abajo, atravesando la sala de estar a toda prisa para doblar la esquina.

En el suelo de baldosas hispánicas de la cocina, tumbada en un charco inmenso de sangre, estaba Penny. Se le habían quedado los ojos abiertos de terror, y el cuerpo estaba contraído por un horripilante espasmo mortal.

Eliza se apresuró a acercarse a su mejor y más antigua amiga, resbalándose con el líquido espeso al hacerlo. Su pie salió hacia adelante y se cayó de espaldas al suelo, donde todo su cuerpo se bañó de sangre.

Tratando de no echarse a vomitar, gateó y le puso las manos en el pecho a Penny. Hasta con la ropa puesta, estaba fría. A pesar de ello, Eliza le sacudió, como si eso pudiera despertarla.

“Penny”, le rogaba, “despierta”.

Su amiga no le respondía. Eliza miró a Beth.

“¿Conoces alguna técnica de reanimación?”, le preguntó.

“No”, dijo la joven con voz temblorosa, sacudiendo la cabeza. “Pero creo que es demasiado tarde”.

Ignorando su comentario, Eliza intentó acordarse de la clase de reanimación que había tomado hacía años. Era para tratamiento infantil, pero supuso que deberían aplicarse los mismos principios. Abrió la boca de Penny, le echó la cabeza hacia atrás, le cerró los orificios de la nariz con dos dedos, y sopló con fuerza sobre la boca de su amiga.

Entonces se encaramó a la cintura de Penny, puso una mano sobre la otra con las palmas hacia abajo, y presionó la palma de su mano sobre el esternón de Penny. Lo hizo por segunda vez y después una tercera, intentando crear cierto ritmo.

“Oh, Dios”, escuchó murmurar a Beth. Elevó la vista para ver lo que pasaba.

“¿Qué pasa?”, le exigió con firmeza.

“Cuando presionas sobre ella, le rezuma sangre del pecho”.

Eliza bajó la vista. Era cierto. Cada presión causaba una lenta filtración de sangre desde lo que parecían ser unos cortes bastante anchos en su cavidad pectoral. Elevó la vista de nuevo.

“¡Llama al nueve-uno-uno!”, gritó, aunque sabía que no serviría de nada.

*

Jessie, que se sentía sorprendentemente nerviosa, llegó pronto al trabajo.

Con todas las medidas adicionales de seguridad que había dispuesto, decidió salir de casa con veinte minutos de antelación para su primer día de trabajo en tres meses, para asegurarse de llegar antes de las 9 de la mañana, la hora a la que le había pedido el Capitán Decker que apareciera. Pero parece que su capacidad de transitar las curvas y descensos ocultos había mejorado mucho, porque no tardó tanto como esperaba en llegar a la Comisaría Central.

Mientras caminaba desde la zona de aparcamiento a la puerta principal de la comisaría, sus ojos se movían de un lado a otro, en busca de cualquier cosa fuera de lo normal. Entonces recordó la promesa que se había hecho a sí misma justo antes de quedarse dormida la noche anterior. No iba a permitir que la amenaza de su padre le reconcomiera por dentro.

No tenía la menor idea de lo específica o general que fuera la información que le había pasado Bolton Crutchfield a su padre. Ni siquiera podía estar segura de que Crutchfield estuviera diciendo la verdad. De todas maneras, no había mucho más que pudiera hacer al respecto además de lo que ya estaba haciendo. Kat Gentry estaba repasando las cintas de video de las visitas que había recibido Crutchfield. Básicamente, vivía en un búnker. Hoy le iban a dar su arma oficial. Más allá de esto, tenía que vivir su vida. De lo contrario, se volvería loca.

Regresó hasta la zona de oficina principal de la comisaría, más que un tanto aprensiva de la recepción que le darían después de estar fuera tanto tiempo. Por no añadir que la última vez que había estado aquí era solo una criminóloga asesora interina.

Ahora la etiqueta de interinidad había desaparecido y, aunque técnicamente todavía era una asesora, ahora le pagaba el L.A.P.D. y recibía todos los beneficios del cuerpo. Esto incluía el seguro médico que, a juzgar por su experiencia reciente, iba a necesitar a granel.

Cuando puso el pie dentro de la zona central de trabajo, que consistía de docenas de escritorios, separados solamente por unos paneles de corcho, respiró y esperó, pero no pasó nada. Nadie le dijo ni palabra.

De hecho, nadie pareció notar que había llegado. Algunos tenían la cabeza agachada, examinando los archivos de varios casos. Otros estaban concentrados en la gente que tenían al otro lado de la mesa, en su mayoría testigos o sospechosos esposados.

Se sintió ligeramente decepcionada. Aunque más que eso, se sintió como una tonta.

¿Y qué me esperaba, un desfile?

No es como si hubiera ganado el mítico Premio Nobel por su resolución de crímenes. Había ido a una academia de formación del FBI durante dos meses y medio. Estaba bastante bien, pero nadie se iba a poner a aplaudir por ella.

Atravesó silenciosamente el laberinto de escritorios, pasando junto a detectives con los que había trabajado previamente. Callum Reid, de cuarenta y tantos años, levantó la vista del archivo que estaba leyendo. Cuando le hizo un gesto de asentimiento, casi se le caen las gafas de la frente, donde estaban apoyadas.

Alan Trembley de veintitantos años, con sus ricitos rubios y revueltos como de costumbre, también llevaba gafas, pero las suyas estaban sobre el puente de su nariz mientras interrogaba sin piedad a un hombre mayor que parecía ebrio. Ni siquiera cayó en la cuenta de que Jessie había pasado a su lado.

Alcanzó su escritorio, que estaba vergonzosamente ordenado, se quitó de encima la chaqueta y la mochila, y se sentó. Mientras lo hacía, pudo ver cómo Garland Moses se acercaba lentamente desde la sala de descanso, y empezaba a subir las escaleras a su oficina en el segundo piso en lo que básicamente era un cuarto de limpieza.

Resultaba ser una estación de trabajo de lo menos deslumbrante para el criminólogo más célebre que tenía el L.A.P.D., pero a Moses no parecía importarle. De hecho, no había gran cosa que le

consiguiera alterar. Con más de setenta años y trabajando como asesor para el departamento más que nada para esquivar al aburrimiento, el legendario criminólogo podía hacer prácticamente lo que le diera la gana. Agente del FBI en el pasado, se había mudado a la costa oeste para retirarse, pero le habían acabado convenciendo para que asesorara al departamento. Le pareció bien, siempre y cuando pudiera escoger sus casos y trabajar las horas que quisiera. Considerando su historial de éxitos, nadie puso ninguna objeción en su momento ni la tenían hasta ahora.

Con un asomo de pelo canoso despeinado, piel cuarteada, y un guardarropa del año 1981, tenía reputación de ser un gruñón en el mejor de los casos, y de francamente grosero en el peor de ellos. Sin embargo, durante la única interacción significativa que Jessie había tenido con él, le había resultado, si no cálido, al menos dispuesto a conversar. Quería hurgar todavía más en su cerebro, pero todavía le daba algo de reparo ponerse a hablar con él directamente.

Mientras él bajaba las escaleras y salía de su campo visual, echó una mirada alrededor, en busca de Ryan Hernández, el detective con el que había trabajado con más frecuencia y con quién ya se sentía lo bastante cómoda como para considerarle un amigo. De hecho, acababan de empezar a llamarse por el nombre de pila, algo de lo más serio en círculos policiales.

Lo cierto es que se habían conocido en circunstancias no profesionales, cuando el profesor de Jessie le había invitado a dar una charla en su clase de psicología criminal en su semestre final en UC-Irvine el pasado otoño. Ryan había presentado un caso de estudio, que solo Jessie de toda su clase había sido capaz de resolver. Más tarde, ella se había enterado de que solo era la segunda persona que lo adivinaba.

Después de eso, se habían mantenido en contacto. Ella le había llamado para pedir ayuda cuando aumentaron sus sospechas sobre los motivos de su marido, pero antes de que él tratara de matarla. Y cuando se mudó de regreso a DTLA, le asignaron a la Comisaría Central, donde él trabajaba.

Habían trabajado en varios casos juntos, entre ellos el asesinato de una filántropa de la alta sociedad, Victoria Missinger. En gran parte,

fue gracias a que Jessie descubrió a su asesina que se había ganado el respeto que le aseguraba el curso del FBI. Y no hubiera sido posible sin la experiencia y los instintos de Ryan Hernández.

De hecho, le tenían en tal estima que le habían asignado a una unidad especial en Robos-Homicidios llamada la Sección Especial de Homicidios, o S.E.H. Se especializaban en casos de gran renombre que generaban un montón de interés mediático o escrutinio del público. En general, eso significaba incendios provocados, asesinatos con múltiples víctimas, asesinatos de individuos conocidos y, por supuesto, asesinos en serie.

Además de sus talentos como investigador, Jessie debía admitir que tampoco era mala compañía en absoluto. Tenían una buena comunicación entre ellos, como si se hubieran conocido desde mucho más tiempo. En unas cuantas ocasiones mientras estaba en Quantico, cuando tenía las defensas bajas, Jessie se preguntaba si acaso las cosas hubieran podido ser diferentes de haberse conocido en otras circunstancias. Pero en ese momento, Jessie todavía estaba casada y Hernández llevaba más de seis años con su mujer.

Justo en ese instante el Capitán Roy Decker abrió su despacho y salió afuera. Alto, delgado, y casi completamente calvo excepto por cuatro pelos desmandados, Decker todavía no tenía ni sesenta años, pero parecía mucho mayor, con un rostro cetrino y arrugado que sugería un estrés constante. Su nariz acababa en punta y sus ojillos estaban alerta, como si estuviera siempre a la caza, algo que Jessie daba por sentado.

Cuando entró al patio de la oficina principal, alguien le siguió desde adentro. Era Ryan. Era el mismo que ella recordaba. Con su metro ochenta y pico y 90 kilos de peso, con pelo moreno corto y ojos castaños, llevaba puesto un abrigo y una corbata que ocultaban lo que ella sabía era un cuerpo bien musculado.

Tenía treinta años, bastante joven para ser todo un detective, pero había ascendido rápidamente, sobre todo después de que, cuando era agente de patrulla, ayudara a atrapar al notorio asesino en serie Bolton Crutchfield.

Cuando él salió con el Capitán Decker, algo que dijo el jefe hizo que

apareciera esa cálida y espontánea sonrisa que era tan encantadora, hasta para los sospechosos que estaba interrogando. Para sorpresa suya, al verla Jessie tuvo una reacción inesperada. En alguna parte de su estómago, apareció una extraña sensación que no había tenido en años: mariposas.

Hernández la divisó desde la distancia y le hizo un gesto de saludo mientras los dos hombres se le acercaban. Jessie se quedó de pie, molesta por ese sentimiento inesperado y confiada de que el movimiento lo adormecería. Forzando su cerebro a ponerse en plan profesional, intentó discernir de lo que habían podido estar hablando en privado en base a sus expresiones faciales. Pero los dos hombres llevaban máscaras que sugerían que preferían mantener el contenido de su conversación en secreto. Sin embargo, Jessie notó una cosa más: Ryan parecía cansado.

“Bienvenida de vuelta, Hunt,” dijo Decker con desinterés. “¿Confío en que tu etapa en Virginia fuera iluminadora?”.

“Muchísimo, señor”, respondió ella.

“Excelente. A pesar de que me encantaría escuchar todos los detalles, tenemos que dejar eso de lado por ahora. En vez de ello, vas a poner tus nuevas habilidades a prueba de inmediato. Tienes un nuevo caso”.

“¿Señor?”, dijo ella, ligeramente sorprendida. Había asumido que él querría hacer fácil su regreso y repasar sus nuevas responsabilidades como criminóloga no interina a tiempo completo.

“Hernández te va a explicar los detalles por el camino”, dijo Decker. “El caso es un tanto delicado y tus servicios fueron expresamente solicitados”.

“¿En serio?”, preguntó Jessie, lamentando su entusiasmo en el instante que lo dijo.

“En serio, Hunt”, respondió Decker, con un leve desdén. “Por lo visto, has desarrollado cierta reputación como la “Maga de los Suburbios”. No puedo entrar en más detalles por ahora. Baste con decir que los de arriba quieren que este caso se trate con delicadeza.

Espero que tengas eso en mente a medida que procedas con el asunto".

"Sí señor".

"De acuerdo. Luego nos ponemos al día", dijo. Entonces se giró y se alejó de ellos sin decir ni otra palabra.

Ryan, que había permanecido en silencio hasta ahora, habló por fin.

"Bienvenida a casa", le dijo. "¿Cómo estás?".

"Bastante bien", dijo ella, ignorando la sensación de revoloteo que había regresado de repente. "Volviendo a entrar en la corriente de los acontecimientos, ¿sabes?".

"En fin, meterte de lleno desde el primer momento debería ayudarte", le dijo. "Tenemos que salir de inmediato".

"¿Tengo tiempo para recoger el arma que me concedieron antes de irme a Quantico?".

"Lo comprobé esta mañana por ti", dijo mientras empezaban a caminar a través del patio de oficinas. "Por desgracia, ha habido alguna especie de fallo burocrático y todavía no lo han procesado. Resolví lo del papeleo, pero seguramente no recibirás tu arma hasta la semana que viene. ¿Crees que puedas sobrevivir utilizando solo tu cerebro como arma durante unos cuantos días?".

Le sonrió, pero Jessie notó algo que no había notado con anterioridad. Tenía sombras debajo de los ojos, que estaban un poco enrojecidos.

"Claro", dijo ella, asintiendo, intentando mantener el mismo ritmo acelerado. "¿Anda todo bien?".

"Claro, ¿por qué?", le preguntó, mirándole.

"Es solo que… pareces cansado".

"Sí", dijo Ryan, volviendo la mirada hacia el frente mientras hablaban. "He tenido problemillas para dormir últimamente. Shelly

y yo nos estamos separando".

CAPÍTULO NUEVE

Pasaron unos cuantos minutos en el coche antes de que las cosas se normalizaran de nuevo.

Jessie le había dado sus condolencias en la comisaría y Ryan le había dado las gracias, pero no se había mostrado dispuesto a hablar más de ello y Jessie no creía que fuera apropiado hacerle preguntas. Y como el caso que fuera que estaban manejando era demasiado delicado para hablar de ello dentro de comisaría, se redujeron a intercambiar tonterías incómodas sobre su vuelo de regreso y los peligros del sushi de supermercado. Iban a un ritmo distinto.

En principio, las cosas no mejoraron cuando se metieron en la carretera. Cuando salieron a la calle desde el aparcamiento subterráneo, un sin techo golpeó la ventana para pedirles algo de cambio. Jessie saltó en su asiento, golpeándose la cabeza con el techo.

"¿Estás bien?", le preguntó Ryan, lanzándole una mirada de refilón.

"Claro, supongo que he perdido práctica", dijo mientras se frotaba el punto donde le dolía. "No hay tantos sin techo en las calles de la Virginia suburbana".

Daba la impresión de que Ryan estuviera a punto de responder, cuando se lo pensó mejor. Las cosas mejoraron un poco más cuando empezaron a moverse entre el tráfico.

"Y bien, ¿qué resulta tan delicado sobre este caso que no podemos hablar de ello en comisaría?", le preguntó.

"Seguramente lo hubiéramos podido hacer", admitió Ryan, mientras se metía a la autopista que iba hacia el oeste. "Pero Decker puede resultar un poco paranoico y creo que es más fácil seguirle la corriente que contradecirle. Vamos a Pacific Palisades".

“Eso queda por fuera de nuestra zona, ¿no es cierto?”.

“Sí, como a unas veinte millas, pero aunque casi se trata de Malibú, técnicamente es parte de la ciudad de Los Ángeles, así que está dentro de la jurisdicción del L.A.P.D. Los chicos de la comisaría de West L.A. se encontraron con un caso con el que pensaron que podríamos ayudar. De hecho, pensaron que tú podrías ayudar. Yo solo voy por dar una vuelta en coche”.

“Espera… ¿cómo dices?”, preguntó Jessie, completamente confundida.

“Deja que te cuente algunos antecedentes”, dijo Ryan. “En algún momento de las últimas doce horas, una mujer llamada Penélope Wooten ha sido asesinada. Le apuñalaron al menos ocho veces en el tórax y el abdomen. Le dieron el caso a mi antiguo compañero, Brady Bowen. Resulta que Penélope está casada con Colton Wooten. ¿Te suena ese nombre de algo?”.

“No. ¿Debería?”.

“Quizá todavía no”, dijo Ryan. “Pero su perfil está a punto de dispararse mucho más. Wooten ha sido ayudante del fiscal del distrito y ahora dirige una mega-firma legal en Santa Mónica. Pero dicen los rumores que está a punto de hacer pública su candidatura para fiscal del distrito en unos cuantos meses. Y la mayoría de la gente piensa que tiene buenas posibilidades de ganar”.

“¿Es por eso que Decker dijo que tenemos que tratar con esto con delicadeza?”.

“Esa es una gran parte de ello. Obviamente, cuando muere una esposa en lo que parece ser un crimen de pasión, el marido es un sospechoso principal por definición. Así que ya estamos en una situación inherentemente delicada incluso antes de empezar a investigar”.

“No sé si estoy especialmente cualificada para navegar algo como eso”, admitió Jessie.

“No”, asintió Ryan. “De hecho, seguramente lo estés menos que la

mayoría”.

“Vaya, gracias”, dijo ella, sonriendo con sarcasmo.

“Lo siento, pero es verdad. Dicho eso, para lo que sí estás cualificada es para manejar crímenes que impliquen a gente adinerada de vecindarios de lujo. Y los residentes de las propiedades con vistas al océano en las colinas de Pacific Palisades sin duda forman parte de ese grupo”.

“Resolví un caso, Ryan”, dijo ella con escepticismo.

“Oficialmente”, le contradijo él. “Extra oficialmente, también has resuelto el caso que implicó a tu marido. Y tu vida hasta que pasó todo eso ha estado sumergida en ese mundo de mansiones, clubs de campo, gente que quema su dinero por diversión”.

“Puede que eso sea exagerar un poquito”, dijo ella, intentando no echarse a reír.

“Ya me entiendes”, presionó él. “Has vivido entre este tipo de gente. Tú has sido una de esas personas. Les entiendes. Entiendes cómo piensan. Eso es un don muy valioso”.

“Gracias, supongo”, dijo Jessie, incómoda con el cumplido. “Pero, ¿cómo es posible que los chicos de Pacific Palisades, que está tan lejos, oyeran hablar de una criminóloga interina en la zona centro?”.

“La fama se mueve rápido en la policía”, respondió él. “Además, puede que me haya tomado algo con Brady hace unas cuantas semanas y te haya mencionado de pasada”.

“Muy bien”, dijo Jessie, sin saber cómo responder.

“De todos modos”, dijo Ryan, cambiando de tercio lo más rápidamente que pudo, “cuando surgió este caso, pensó en ti. Y como ya he trabajado con él, tenía sentido que viniera a acompañarte. Su compañero más reciente se acaba de retirar así que me emparejaré con él para este caso y tú serás la criminóloga oficial. ¿Suena bien?”.

“Suena a como que no tengo mucha elección,” dijo Jessie.

“¿Estás molesta por tener que investigar un caso con vistas al océano y un ascensor en la casa?”.

“Es solo que… es cierto que conozco este mundo, pero mis recuerdos de todo ello no son geniales. Y si la gente que vive aquí se parece en lo más mínimo a los que conocí en Westport Beach, vamos a vérnoslas con algunas divas de mucho cuidado. Eso no me emociona”.

“Pues bien, tengo buenas y malas noticias”.

“Las malas primero”, insistió Jessie. “Dame siempre las malas noticias primero”.

“Las malas noticias son que, a partir de mi experiencia, puedo decir que sin duda alguna estamos entrando a territorio de divas”.

“¿Y cuáles son las buenas noticias?”.

“Conozco un excelente restaurante de mariscos donde podemos ir a comer”.

“Vamos de camino a una escena del crimen y estás pensando en lugares para almorzar?”, le preguntó Jessie incrédula.

“Siempre”, replicó Ryan con un nivel casi perturbador de entusiasmo.

*

La mansión de los Wooten se asentaba dentro de lo que solo podía denominarse como una finca. Tuvieron que pasar a través de una verja al pie de la colina, que estaba custodiada por un agente que comprobaba la identidad. El trayecto hasta la casa era un tramo de casi un cuarto de milla lleno de curvas de horquilla. Había una segunda verja junto al muro que rodeaba la casa, que también

contaba con un agente de guardia.

“Las dos verjas tienen paneles con códigos”, notó Ryan mientras pasaban a través de ellas. “Eso les pondría la entrada difícil a los extraños”.

“Sin duda”, asintió Jessie. “Y ni siquiera puedes ver que haya una casa aquí arriba desde la carretera. Además, sin haber visto el cadáver, que te apuñalen ocho veces no suena a que se deba a algún robo con allanamiento que haya salido mal. Resulta personal”.

El detective Brady Bowen les estaba esperando cuando entraron al masivo patio del garaje en forma circular. No era como Jessie se hubiera imaginado a un detective de una comunidad acomodada de la costa para nada. En cuclillas, con pectorales acolchados, de enorme barriga, bigote, sudor cayéndole de la frente y pedazos de camisa escapándose de sus pantalones, que parecían estar a punto de explotar, le recordaba a Andy Sipowicz, el personaje favorito de su padre adoptivo de la serie de los 90 titulada NYPD Blue.

Cuando salieron del coche, le dio un enorme abrazo a Ryan y entonces se volvió hacia Jessie. Tan de cerca, ella notó que sus ojos azules resplandecían con calidez y entusiasmo.

“Un placer conocerte, señorita Hunt. Tengo oído que eres de lo mejor”, le dijo, limpiándose la mano en los pantalones y estrechando la de ella con educación.

“Un placer conocerte a ti también. Y haz el favor de llamarme Jessie”.

“Solo si tú me llamas el Bradenator,” dijo, antes de añadir, “solo bromeaba. Brady me va igual de bien”.

“Ey, Bradenator,” dijo Ryan con no poco sarcasmo. “¿Qué es lo que tenemos aquí?”.

“Siempre directo al grano con este tipo”, dijo Brady, lanzándole un guiño a Jessie. “Muy bien, esta es la situación. Penélope Wooten, de treinta y cuatro años. Casada desde hace siete años con Colton Wooten. Dos hijos: Colt Jr., de seis años, y Anastasia, de cuatro. La

encontraron sobre las ocho de la mañana su profesora de yoga, Beth Copeland, y su vecina y mejor amiga, Eliza Longworth. Tenían una clase planeada para hoy. Había ocho heridas de cuchillo profundas en su tórax y abdomen, además de unas cuantas defensivas en las manos. Parece que se haya caído al tratar de defenderse de su atacante, y que le hicieran la mayoría de las heridas cuando ya estaba en el suelo".

"¿Hora de la muerte?", preguntó Ryan.

"Es demasiado pronto para nada definitivo, pero seguramente estamos mirando a una hora entre medianoche y las siete de la mañana. No hay señales de entrada forzada. Su mejor amiga dice que el cerrojo de la puerta principal estaba desbloqueado".

"¿Están ahí adentro la profesora de yoga y su amiga?", preguntó Jessie.

"La profesora de yoga, Copeland, está en la parte de atrás", le dijo Brady. "La amiga, Longworth, tuvo que ser trasladada al hospital. Cuando vio a la víctima, echó a correr donde ella para reanimarla y se resbaló en la sangre. Cayó al suelo bruscamente y se laceró la rodilla. También estaba cubierta de sangre por haber intentado reanimarla. Cuando llegaron los paramédicos, estaba bastante asustada y le recomendaron que fuera al hospital. Parece que pueda tener una conmoción. Un agente se fue con ella para tomarle la declaración".

"¿Estamos seguros de que toda la sangre que tenía encima provenía de su caída?", preguntó Jessie con escepticismo.

"Eso fue lo primero que yo pensé también", dijo Brady. "Pero la profesora de yoga dijo que no tenía ni una gota encima hasta que se cayó. Estaba allí mismo cuando sucedió".

"¿Ya ha llegado el señor Wooten?", preguntó Ryan ansiosamente.

"Ah, sí", dijo Brady con tono de poco entusiasmo. "El abogado está en la sala de estar en este momento. Creedme, no haría bromas Bradenator si él me pudiera escuchar. Un agente le hizo unas preguntas preliminares, pero todavía no he hablado con él. Supuse

que sería mejor esperar a que estuviéramos todos juntos para escuchar sus respuestas por primera vez".

"¿Y el agente tuvo alguna idea inicial?", preguntó Jessie.

"Describió a Wooten como afligido y agresivo. No es de sorprender, pero tampoco es muy divertido".

"En fin, supongo que deberíamos ir a examinar el cadáver", dijo Ryan. "Después podemos hablar con Beth Copeland mientras todavía tiene los hechos frescos en su memoria. ¿Se va a quejar Wooten si tiene que esperar?".

"Creo que podemos hacerle esperar un poco", le aseguró Brady. "El agente puede decirle que nos reuniremos con él una vez hagamos las debidas diligencias, la investigación de la escena del crimen, entrevistas con testigos, etcétera. Es un agente del tribunal. Incluso en estas circunstancias, debería entenderlo".

"También creo que deberíamos hablar con Eliza Longworth cuanto antes," añadió Jessie, "preferiblemente antes de que la limpien demasiado. Quiero sus respuestas honestas, antes de que tenga demasiado tiempo para recomponerse".

"Sin ningún problema", dijo Brady. "Solo se la han llevado hace veinte minutos. Enviaré instrucciones para que no se cambie ni se duche hasta que hablemos con ella. ¿Entramos?".

Jessie y Ryan asintieron y siguieron a Brady hacia la casa. A medida que se acercaban, Jessie elevó el cuello para otear todo el lugar. Era una mansión de estilo hispánico de tres plantas construida sobre la falda de una colina con vistas al Océano Pacífico, que resplandecía como a media milla de distancia. Otras casas situadas de manera similar salpicaban esta y otras colinas cercanas. Todas eran igual de impresionantes, pero, por lo que Jessie podía observar, la mayoría de ellas no tenía verjas.

Pasaron al vestíbulo. Casi de inmediato Jessie notó que había un ascensor en la base de las escaleras. Creía que Ryan solo estaba bromeando. Brady les guió por una expansiva sala de estar hasta la cocina, entregando a cada uno de ellos un par de guantes de látex

antes de entrar. Cuando Jessie se los puso, se endureció, consciente de que una vez doblara la esquina, estaría mirando a algo horrible.

Era peor de lo que se había esperado. La otra mujer célebre cuyo asesinato había resuelto, una filántropa de Hancock Park llamada Victoria Missinger, había muerto envenenada. No había señales obvias de violencia y daba la impresión de que estuviera durmiendo. Esto no era así en este caso.

Penélope Wooten yacía de espaldas en las baldosas de la cocina de estilo hispánico, rodeada de un gran charco de sangre, ahora medio congelado, que había manchado su cabello rubio. Llevaba puesto un conjunto para hacer yoga, que había sido agujereado en varios puntos de su torso por múltiples heridas de arma blanca.

Pero eso no fue lo que llamó la atención de Jessie. Ya había visto antes heridas de cuchillo y cuerpos sin vida muy de cerca. Fueron los ojos de la mujer. Estaban abiertos de par en par, congelados con las emociones gemelas que debía haber sentido en el momento de su muerte: miedo y confusión. Parecían estar pidiendo ayuda y preguntando por qué al mismo tiempo.

Jessie sabía que no podía hacer nada respecto a la primera petición. Pero, en silencio, se juró a sí misma responder a la segunda parte, ¿por qué había pasado esto? y no solo eso sino, ¿quién lo había hecho?

CAPÍTULO DIEZ

Cuanto más examinaba Jessie la escena del crimen, más segura estaba de que Penélope conocía a su asesino.

Mientras caminaba por la cocina, trató de utilizar las tácticas que acababa de aprender en los seminarios de ciencias del comportamiento de la academia de formación del FBI. Sus instructores le habían insistido hasta la saciedad en un principio que estaba por encima de todos los demás: deja que las pruebas te lleven a las conclusiones.

Parecía un consejo bastante lógico, pero requería de un cambio de mentalidad para Jessie. Siempre había dejado que sus instintos le guiaran. Parecía tener un don para leer a la gente, al menos a los desconocidos, pero había caído en la cuenta de que se había hecho demasiado dependiente de esa habilidad.

En más de una ocasión, había ignorado pruebas que podían haberle ayudado a resolver un caso porque su instinto le había enviado por una ruta diferente. Se dio cuenta de que era especialmente susceptible a darles el beneficio de la duda a la gente que le caía bien. En parte, a eso se debía que no hubiera percibido las señales de que su exmarido era un sociópata. Era también por lo que casi acaba siendo víctima de la asesina de Victoria Missinger, una encantadora dama de la alta sociedad llamada Andrea Robinson.

Afortunadamente, sus puntos ciegos no le habían supuesto demasiados estragos. Había sobrevivido a ambas situaciones y hasta había resuelto ambos casos, pero sabía que, en gran parte, se había debido a la suerte, que acabaría por agotársele. Su instinto podía seguir teniendo su papel en sus investigaciones, pero estaba decidida a no dejar que nublara su buen juicio o que se impusiera a las pruebas.

Y las pruebas que tenía ahora enfrente de ella eran bastante claras: quienquiera que hubiera matado a Penélope Wooten tenía graves resentimientos. Como les habían informado, había ocho heridas de

arma blanca, la mayoría bastante profundas. También había heridas defensivas en las palmas de las manos que sugerían que Penélope había visto a su atacante.

Jessie las apuntaba con el dedo a medida que hablaba.

“La persona que hizo esto podía haberle apuñalado por la espalda, pero por lo visto quería que estuviera asustada, que viera lo que estaba a punto de pasar. Eso sugiere que esto fue personal y no la obra de algún ladronzuelo al que le entró el pánico”.

“Estoy de acuerdo”, dijo Ryan. “Esto no da la impresión de que sea un robo que haya salido mal”.

“No forzaron la entrada, ¿verdad?”, comprobó de nuevo con Brady.

“Correcto.”

“Esa es otra señal de que probablemente Penélope conocía a su asaltante lo bastante bien como para dejarle entrar”, dijo pensativa, “asumiendo que el culpable no estuviera ya en la casa”.

“El arma parece ser el cuchillo grande de carnicero que falta del bloque de cubertería en el mostrador de la cocina”, dijo Ryan, asintiendo en esa dirección. “Eso me hace sospechar que el asesino sabía que podríamos encontrar su ADN o sus huellas digitales en él”.

“Una señal más de que esto fue un crimen pasional”, añadió Jessie. “Si hubiera sido planeado de antemano, sería más probable que el asesino se hubiera puesto guantes”.

“Hay una cámara Ring en la puerta principal”, dijo Brady. “Estamos tratando de desbloquear su teléfono para poder acceder a su información. Esas cámaras se activan con el movimiento así que no van a mostrarnos todo. Aun así, puede que haya algo ahí”.

“¿Y no puede mostrarnos el marido las cintas de seguridad?”, preguntó Ryan.

“No lo tiene en su teléfono”, dijo Brady. “Ella es la que dispuso todo el sistema”.

“¿Puede al menos darnos el código del teléfono de Penélope?”, quiso saber Ryan.

“Tampoco tiene eso. El código que tiene no funciona. Por lo visto, ella lo cambió y no se lo dijo”.

“Eso no tiene nada de sospechoso”, dijo Jessie sarcásticamente.

“No te precipites a sacar conclusiones”, le advirtió Ryan, “especialmente con este caso”.

“Jamás”, le aseguró ella, sonriendo con dulzura. “Bradenator, dijiste que los niños tenían seis y cuatro años, con lo que estarán en la escuela o la guardería ahora mismo. ¿Cómo llegaron allí?”.

“Papá les lleva pronto los martes por la clase de yoga. Dice que ella no podría regresar a tiempo si les tuviera que dejar ella misma”.

“¿Así que ella estaba aquí cuando él salió esta mañana?”, preguntó.

“Dice que estaba dormida cuando salió con los niños a las seis cuarenta y cinco”.

“¿La vio durmiendo?”.

“Todavía no he hablado con él”, dijo Brady. “Pero le dijo al agente que cuando él se levantó de la cama, ella estaba tumbada junto a él”.

“Entonces, si está diciendo la verdad”, pensó en voz alta Ryan, “eso quiere decir que la hora de la muerte fue algún momento entre las seis cuarenta y cinco y las ocho de la mañana”.

“Si está diciendo la verdad”, asintió Brady. “Por supuesto, podría habérsela cargado y después utilizado a los niños como coartada”.

“Eso es verdad”, acordó Jessie, “Pero tendría que haberlos mantenido lejos de la cocina toda la mañana. Suena complicado. Además, ¿mataría este tipo a su propia mujer con los niños en casa? Se trate de él o de otra persona, parece que el asesino hizo esto en un momento en que sabía que los niños no serían un factor añadido”.

“Eso contradice la teoría del ‘crimen de pasión’,” señaló Ryan.

“No necesariamente,” le contrapuso Jessie. “Es posible que el asesino viniera aquí por alguna otra razón y que las cosas escalaran. Si es así, la clave está en descubrir cuál fue esa razón”.

“Diplomáticamente”, le recordó Brady, “sin convertir esto en un circo para los medios de comunicación”.

“La diplomacia es mi segundo nombre”, le aseguró Jessie.

“Menos mal que no estás bajo juramento”, murmuró Ryan entre dientes, antes de añadir, “¡Vamos a entrevistar a algunos testigos!”.

CAPÍTULO ONCE

Jessie intentaba ocultar su frustración.

Beth Copeland, la profesora de yoga, no fue de gran ayuda. Estaba comprensiblemente alterada pero incluso tomando eso en consideración, no parecía saber gran cosa. Había llegado exactamente a las ocho de la mañana como era su costumbre. Vio a Eliza Longworth entrar a la casa mientras se metía al patio del garaje.

"¿Estás segura de que no estaba saliendo de la casa?", le había preguntado Jessie.

"Pensé que estaba entrando, pero ahora no estoy tan segura".

Había hallado el cadáver y se había puesto a gritar. Eliza, que estaba buscando a Penny en el piso de arriba, vino corriendo y se resbaló en la sangre. Intentó reanimarla, aunque era obvio que Penny estaba muerta.

"¿Parecía disgustada o es posible que lo estuviera fingiendo?", le había preguntado Brady, con mayor torpeza de la que le hubiera gustado a Jessie.

"Parecía estar totalmente aterrorizada", le había respondido Beth. "Sé que han sido las mejores amigas del mundo desde la escuela primaria. Eliza vive en la siguiente colina. Se sentía desolada. Quiero decir, siguió tratando de reanimarla todo el tiempo, mucho después de que la mayoría de la gente se hubiera dado por vencida".

Cuando tuvieron la confianza de que tenían todo lo que podían obtener, Brady le autorizó para que se fuera al hospital a que le echaran un vistazo. Mientras entraban a la sala de estar donde estaba esperándoles Colton Wooten, Jessie propuso una teoría.

"Es terriblemente conveniente que Eliza Longworth se resbalara en

esa sangre. Ahora tiene una excusa perfecta para tener el ADN de la víctima por todo el cuerpo".

"Vaya, pues sí que tienes una visión oscura de la humanidad", dijo Brady.

"Eres un detective con el Departamento de la Policía de Los Ángeles" le replicó Jessie con sorpresa. "¿Me estás diciendo que tú crees que la mayoría de la gente está rebosante de dulzura y de luz?".

"Por supuesto que no", le respondió a la defensiva. "Pero quizá hablamos con ella antes de sacar una conclusión como esa".

"No estoy sacando ninguna conclusión", dijo Jessie. "Solo estoy en medio de una tormenta de ideas. Todo es un proceso, chicos".

"Bien, pues quizá sea mejor que nos guardemos nuestras ideas mientras entrevistamos al potencial futuro fiscal del distrito", le sugirió Brady al tiempo que entraban al salón.

"Creo que el FBI te ha retorcido el alma", le murmuró Ryan en voz baja.

Estaba a punto de decirle lo que pensaba cuando vio una sonrisa maliciosa en su cara y se dio cuenta de que le estaba tomando el pelo. De todos modos, no tenían tiempo, ya que Colton Wooten se estaba incorporando para saludarles.

El hombre era exactamente lo que cabría esperar de un abogado de zapatos blancos con obvias ambiciones políticas. Impecablemente vestido con un traje azul marino de tres piezas, Wooten era al menos cinco centímetros más alto que Ryan y casi igual de cincelado. Su cabello moreno espeso y ondulado iba partido a un lado y su mandíbula cuadrada era imponente. Parecía un muñeco de Ken en versión morena.

Sin embargo, había unas cuantas fisuras en su rostro. Su cara tenía un bronceado demasiado perfecto, como si hubiera sido meticulosamente creado en un salón. Tenía manchas en las mejillas, ocultas por maquillaje, que Jessie reconoció eran debidas a Rosacea

leve, con frecuencia un síntoma presente en los grandes bebedores. Y sus ojos estaban extremadamente rojos. Podía deberse a llorar, a la falta de sueño, o quizá al estrés de haber matado a un ser querido. Parecía agitado, lo cual no resultaba irracional dadas las circunstancias.

"Soy el detective Brady Bowen," dijo Brady, extendiendo su mano a medida que se aproximaban. "Lamentamos muchísimo su pérdida, Mr. Wooten".

"Os ha llevado mucho tiempo llegar hasta mí," dijo Wooten, que no les estrechó la mano a propósito. "Llevo aquí sentado desde hace horas. Nadie me dice nada".

"Le pido disculpas por ello, señor", dijo Brady, ignorando el tono de Wooten. "Como estoy segura que usted sabe mejor que nadie, es importante hacerse una idea del crimen temprano en el proceso, antes de que se altere nada. Por desgracia, eso quería decir que usted tenía que esperar más tiempo del que nos hubiera gustado. Pero ahora estamos aquí. ¿Le importa si le hacemos unas cuantas preguntas?".

"Solo si yo os puedo hacer una primero", les contradijo bruscamente.

"Por supuesto", le dijo Brady, a pesar de que estaba claramente sorprendido.

A Jessie le sorprendió ver lo agresivo que se mostraba Wooten. No le dio la impresión de estar especialmente afectado por la pérdida, pero, se recordó a sí misma, la gente lidia con ello de diferentes maneras. Estaba decidida a no hacer juicios apresurados o dejar que solo su instinto guiara sus conclusiones. De lo contrario, esas diez semanas de formación del FBI no le hubieran servido de nada.

Deja que te guíen las pruebas más que la conducta torpe del marido.

"¿Por qué diablos le han asignado el asesinato de mi esposa a un detective junior?", demandó Wooten. "He visto tu historial, Bowen. No es que esté a rebosar de elogios a tu impecable servicio. Y a estos dos ni siquiera les reconozco".

Jessie tuvo ganas de soltar alguna barbaridad, pero consiguió reprimirlas tomando un gran trago de saliva.

“Señor,” respondió Brady, haciendo lo que podía por mantener su tono de voz, “me asignaron a este caso porque estaba disponible y, para ser honestos, porque tengo una reputación de discreción. El departamento sabe que esto es, además de una tragedia, una situación delicada que implica a una figura pública de alto nivel. Mi trabajo es evitar que esto se convierta en un circo”.

Wooten le miró durante un largo segundo y entonces, por lo visto satisfecho con la respuesta, se giró hacia Ryan y Jessie.

“¿Y qué hay de estos dos?”.

“Este es el detective Ryan Hernández. La verdad es que trabaja en el centro, pero le hemos traído aquí por su experiencia en casos de asesinatos de alto nivel. Tuvo un papel instrumental en la captura del asesino en serie Bolton Crutchfield, entre otros. Además, solíamos trabajar juntos. Tengo una gran confianza en él”.

“¿Y la chica?”, le exigió con desprecio Wooten.

La columna vertebral de Jessie se contrajo involuntariamente y solo una sacudida casi imperceptible de la cabeza de Ryan evitó que le diera un rodillazo en la ingle a ese hombre.

“Esta es Jessie Hunt, señor,” comenzó Brady. “Es una de nuestras mejores criminólogas forenses. Se ha formado con el equipo de ciencias del comportamiento del FBI y tiene un historial de arrestos impecable. Se especializa en este tipo de casos y se solicitó específicamente su asistencia en este. Es un recurso inestimable y tenemos suerte de contar con ella”.

Jessie se quedó allí en silencio, desconcertada ante lo que estaba escuchando. No solo apenas reconocía esa descripción de sí misma, sino que nada de lo que había visto de Brady Bowen le había llevado a creer que fuera capaz de pensar en algo como esto. Wooten hizo un gesto de involuntario conformismo antes de decir:

“Teníais preguntas”.

“Sí señor”, dijo Brady, metiéndose de lleno en ello. “Hemos repasado su declaración al agente inicial y solo queríamos asegurarnos de que confirma todo ello. Su mujer estaba durmiendo en la cama cuando se levantó a las cinco y media esta mañana y cree que seguía haciéndolo cuando usted se llevó a los niños a la escuela a las seis cuarenta y cinco, ¿es eso correcto?”.

“Así es”.

Ryan intervino.

“¿No cabe la posibilidad de que, en su estado adormilado justo después de levantarse, confundiera un edredón enrollado o unas almohadas por su mujer?”.

“No a menos que las almohadas ronquen”, respondió Wooten. “Anoche se tomó una pastilla para dormir y siempre duerme como un lirón después de eso. La dejo tranquila”.

“¿Su mujer tomaba pastillas para dormir a menudo?”, preguntó Jessie.

“A veces”, replicó él, claramente irritado por la pregunta, “si está estresada. Nuestro hijo es autista y de cuando en cuando los retos del día pueden acabar por afectarla. Todos tenemos nuestros mecanismos de confrontación”.

Su voz titubeó levemente en esa última línea, pero Jessie no podía decidir si era un momento genuino de emoción o si solo era por aparentar.

“¿En alguna ocasión mencionó su mujer que se sintiera amenazada por alguna persona?”, le preguntó Brady.

“No”.

“¿Había tenido alguna pelea recientemente?”.

“No que yo sepa”.

“Señor Wooten,” dijo Ryan, “es un secreto a voces que está considerando seriamente presentar su candidatura para fiscal del

distrito. ¿Cómo se sentía su mujer al respecto?".

"Si les soy perfectamente honesto, no estaba extática con la idea. Las cosas fueron estresantes cuando trabajé en la oficina del fiscal hace varios años. Se han tranquilizado desde que me metí al sector privado. Le preocupaba que el desgaste de un trabajo tan público fuera difícil para la familia, sobre todo con los retos que plantea Colt. Le va realmente bien desde que Eliza, su mejor amiga, encontrara su nueva escuela, pero cualquier cambio dramático es duro para él. Ella había empezado a sentirse más positiva acerca de la idea, pero esa era la razón de que todavía no lo hubiera anunciado. Quería asegurarme de que ella estaba genuinamente comprometida con ello".

"¿Discutían sobre ello?", le preguntó Jessie, mirándole de cerca.

"A veces", respondió Wooten, respondiendo a su mirada fija con la suya. "No fue una decisión fácil. Nada es fácil en un matrimonio. ¿Está casada, señorita Hunt?".

"Ya no, era demasiado difícil", dijo ella, y después añadió sin perder ni un segundo, "¿Por qué no sabe la contraseña de su teléfono?".

"¿Qué?".

"Cuando el agente le pidió el código del teléfono para poder acceder la grabación de seguridad de su puerta principal le dio uno antiguo. ¿Por qué no tiene el actual?".

"Debe de haberlo cambiado y se le habrá olvidado decírmelo", respondió receloso.

"¿Se le olvidó o se lo ocultó a propósito?".

"¿Qué es lo que está sugiriendo, señorita Hunt?".

"Solo le estoy haciendo una pregunta, señor Wooten. ¿Cree que no se lo dijo porque se le pasó por alto o que fue a propósito? ¿Guardaba su mujer muchos secretos?".

"Claro", espetó con beligerancia. "Era una loba a la que le encantaban las orgías, pero no me invitaba porque soy demasiado

formal. ¿Es eso lo que quiere oír?".

"¿Es esa su respuesta, señor?", le exigió Jessie, sin echarse atrás ni un milímetro a pesar de sentir la incomodidad en los detectives que tenía a su lado.

"No", dijo, cediendo levemente. "Vaya, no sé por qué la cambió sin decírmelo. Quizá uno de los niños la viera introduciéndolo y accediera al teléfono. Ya ha pasado antes. Cole lo ha convertido en una costumbre. Francamente, no me puedo acordar de la mitad de los códigos que tenemos en esta casa. Quizá ella pensara que solo iba a ser otro del que me iba a olvidar. Seguramente tuviera razón. Teníamos un buen matrimonio. No perfecto, pero bueno. No creo que me estuviera ocultando nada".

Le hicieron algunas preguntas más, pero todas las respuestas de Wooten eran las que ya habían escuchado antes. Mientras Brady concluía la conversación con las promesas habituales sobre mantenerle al tanto de las novedades, Ryan y Jessie salieron afuera.

"¿Qué piensas?", le preguntó.

"Creo que es un imbécil", replicó Jessie.

"Gracias por la perspicacia. ¿Qué piensas de su historia?".

"No lo sé. Estoy tratando de no permitir que su mala actitud influya en mi opinión de los hechos. En el pasado, puede que me haya dejado llevar por personalidades deslumbrantes. No quiero ir al otro extremo con este tipo. ¿Y tú qué piensas?".

"Quiero ver esa cinta de la cámara Ring. Creo que nos va a ayudar mucho a afinar la línea temporal. Y deberíamos obtener datos GPS de su teléfono. Quizá eso ofrezca alguna pista. Por lo que respecta a su credibilidad, es que no lo sé. Es difícil de creer que su mujer se olvidara de darle el código del teléfono. Si yo hubiera hecho algo así, antes de la separación claro está, Shelly me hubiera echado una bronca de mil demonios".

"Sí", dijo Jessie, sin desear revolver demasiado ese tema. "¿Sabes quién sabría casi con toda certeza si Penélope Wooten guardaba

secretos de su marido?”.

“¿Quién?”.

“Su mejor amiga desde la escuela primaria. Sugiero que nos pasemos por el hospital para hacerle una visita”.

CAPÍTULO DOCE

Eliza Longworth parecía estar agotada.

Para cuando Jessie, Ryan, y Brady llegaron a su habitación del Centro Médico UCLA de Santa Mónica, se había duchado y estaba descansando en una cama con un tubo metido en el brazo. Su pelo castaño claro, suelto y revuelto, le bloqueaba parte del rostro.

“Pensaba que habías solicitado que no se limpiara”, le dijo Jessie a Brady en un tono más acusatorio del que pretendía.

“Y lo hice”, dijo él, mirando al médico.

“Recibí tu petición, pero tomé una decisión de mando”, le dijo el médico mientras miraban a través de un pequeño ventanuco rectangular al interior de la habitación. “Estuvo muy histérica durante un tiempo, cubierta de la sangre de su amiga, hablando de cómo la hubiera podido salvar si le hubiera reanimado un poco más de tiempo. La tuvimos que sedar”.

“¿Podemos hablar con ella?”, le preguntó Ryan.

“Sí, solo está echando una siestecita. Pero en la medida de lo que podáis, tened cuidado con cómo la tratáis. Fue realmente duro conseguir que se calmara. Estaría bien que no la pusierais demasiado nerviosa”.

“Haremos lo que podamos”, le aseguró Brady mientras abrían la puerta para pasar adentro. El ruido hizo que Eliza se moviera ligeramente, aunque no se despertó.

“Haré los honores”, dijo Ryan, acercándose a la cama para hablar en voz baja. “Señora Longworth, ¿puede despertarse por favor? Necesitamos hablar con usted”.

Eliza se removió un poquito, pero sus ojos permanecieron cerrados. Ryan le miró a Jessie con una expresión que sugería que no tenía

claro si podía presionar más. Jessie se acercó y lo intentó.

“Señora Longworth”, dijo en una voz ligeramente más alta que la que había empleado Ryan mientras le tocaba con amabilidad en el hombro. “Por favor, despierte. Necesitamos hablar con usted”.

El contacto físico pareció dar resultado. La mujer se sobresaltó ligeramente y sus ojos se abrieron de golpe.

“¿Qué?”, murmuró, ligeramente desorientada.

“Señora Longworth”, dijo Jessie, “somos del Departamento de Policía de Los Ángeles. Necesitamos hacerle algunas preguntas respecto a lo sucedido esta mañana”.

Ante esas palabras, el reconocimiento iluminó la mirada de Eliza. Se recolocó en la cama, echando la cabeza sobre la almohada.

“Oh, Dios, fue real”, se quejó, cerrando con fuerza los ojos como si quisiera alejar los recuerdos.

“Lamento tener que repasar lo que sucedió con usted”, le dijo Jessie con delicadeza. “Pero necesitamos conseguir su declaración mientras esté todo fresco en su mente. ¿Cree que puede hacer eso?”.

Eliza Longworth apretó los ojos incluso más que antes, y entonces los abrió y asintió.

“Lo que sea necesario”, dijo, con la voz ahora más fuerte que antes.

“Muy bien”, comenzó Jessie. “Yo soy Jessie Hunt, criminóloga para el L.A.P.D. Y estos son los detectives Brady Bowen y Ryan Hernández. Estamos investigando el caso. ¿Puede decirnos lo que pasó en sus propias palabras?”.

Eliza se obligó a incorporarse ligeramente y tomó un momento para prepararse. Entonces les guió a través de todos los detalles de lo que había sucedido al llegar a casa de Penélope, desde el momento que llegó allí hasta que aparecieron los paramédicos. Tuvo que detenerse en unas cuantas ocasiones al describir la escena de la cocina, pero acabó contándoselo todo.

“¿Cuándo fue la última vez que la vio antes de la cocina?”, preguntó Ryan.

“El día anterior”, dijo Eliza. “Estuvo en mi casa para tomar café a media mañana”.

“¿Notó algo peculiar en esa ocasión?”, preguntó Brady.

Eliza se quedó en silencio durante varios segundos, como si estuviera sopesando una decisión importante. Entonces soltó un gran suspiro y asintió.

“Así es”, dijo en voz baja.

“Haga el favor de contárnoslo”, dijo Brady.

Eliza esperó un momento, como si estuviera reuniendo todo su valor. Entonces se lanzó de lleno a por ello.

“Estábamos en mi balcón. Cuando se fue a por más café, recibió un mensaje en su teléfono. Le eché una ojeada. Era de mi marido, Gray. Desvelaba que… que, en fin, demostraba que han estado acostándose a mis espaldas”.

Los tres agentes de la ley se le quedaron mirando fijamente con la boca abierta, atónitos ante la revelación. Jessie se daba cuenta de que o Eliza era sorprendentemente honesta o el sedante que le habían administrado estaba actuando como un insospechado elixir de la verdad.

“¿Durante cuánto tiempo?”, preguntó Ryan, el primero en recuperarse.

“Ella me dijo que como un mes”.

“¿Qué sucedió después de eso?”, le preguntó cautelosamente.

“Perdí los estribos. Me dijo que iba a cortar con él, pero le dije que había traicionado mi confianza y que nuestra amistad se había terminado. La eché de mi casa. Y después, cuando mi marido llegó a casa por la noche, también le eché a él”.

“Pero pasó por su casa a la mañana siguiente”, señaló Jessie.

“Sí, pero tiene que entender que somos amigas desde tercer grado. Fuimos a la misma universidad. Nuestras familias van juntas de vacaciones. Nuestras hijas son amigas íntimas. Así que, tras una noche en la que no pude pegar ojo, tomé una decisión. No podía tirar todo eso por la borda sin intentar encontrar la manera de perdonarla. Le envié un mensaje de texto, pero no me contestó. Entonces decidí pasar por su casa y enfrentarme a las cosas cara a cara. Teníamos planeada una clase de yoga para más tarde. Esperaba hablar con ella antes de que llegara Beth, para decirle que podíamos hablar de nuestros asuntos después de la clase. Pero no pude encontrarla y… ya saben el resto”.

“¿Así que iba a perdonarla sin más por acostarse con su marido el mes pasado?”, preguntó Jessie incrédula.

Eliza le miró con indignación.

“De ninguna manera”, insistió ella. “Sentí ganas de, en fin, para decir la verdad, sentí ganas de matarla. Ya sé que no debería decir eso, pero es cierto. Y, aun así, es como una hermana para mí. Soy hija única pero nunca me lo pareció gracias a Penny. ¿Qué se supone que tenía que hacer? ¿Pretender que los últimos veinticinco años de nuestras vidas que hemos pasado juntas no significaban lo más mínimo? Tenía que intentar encontrar la manera de perdonarlo”.

“Permita que le pida cierta clarificación”, dijo Jessie, negándose a darse el gusto de dejarse llevar por la emoción del momento. “Cuando llegó Beth, ¿estaba usted entrando a la casa por primera vez o saliendo?”.

“Estaba entrando. Vi a Beth entrar por la curva y quise entrar antes para hablar con Penny, aunque solo fueran unos cuantos segundos. De lo contrario, hubiera sido demasiado violento, compartir la clase de yoga con este asunto cargando el ambiente entre nosotras”.

“¿Pero no la pudo encontrar?”.

“No, solo llegué al salón antes de que entrara Beth. Estuvimos

llamándola a gritos. Pensé que quizá estaría arriba y empecé a subir cuando Beth empezó a gritar desde la cocina. Entonces… ahí es cuando…".

Perdió el hilo, incapaz de continuar. Ryan cambió de tópico rápidamente con la esperanza de evitar que lo perdiera del todo.

"¿Sabía su marido lo de la infidelidad?", le preguntó.

Eliza consiguió recomponerse. Sentada con la espalda recta, retiró la sábana de encima de su cuerpo para revelar que solo llevaba puesta una bata de hospital. Eliza tenía un moratón de muy mala pinta en la rodilla derecha en el lugar que había debido golpearse con las baldosas después de caer sobre la sangre.

Jessie no pudo evitar notar que el cuerpo de la mujer tenía una fibrosidad muscular que sugería que el yoga no era el único elemento en su rutina de ejercicio habitual. Penélope Wooten era mucho más alta, pero con una delgadez de modelo. Eliza era claramente una atleta. No era difícil imaginar a esta mujer más menuda pero más muscular sobreponiéndose a ella.

"De veras que no lo sé", dijo Eliza, deslizando sus piernas por el lateral de la cama. "Hace un día, hubiera dicho que me contaba todo, pero ahora no sé qué secretos guardaba de quién. Colton es un abogado bastante bien conocido. No sé si estoy pasándome de lista, pero tiene pensando presentarse a las elecciones. Estoy segura de que esto hubiera complicado las cosas. Puede que hubiera querido mantenerlo en secreto solo por esa razón".

"¿Acaso ella nunca hablaba de problemas en su matrimonio?", preguntó Brady.

"Me dijo que estaban yendo a terapia y que eso ayudaba. Pero me dijo que era por las cuestiones habituales, falta de comunicación, ese tipo de cosas. Hasta sugirió que Gray y yo fuéramos porque me quejé de que se había vuelto distante. Por supuesto, ahora entiendo todo bastante mejor".

"¿Dijo que Penélope iba a cortar el asunto con su marido, que no había estado en contacto con él en tres días?", dijo Jessie.

“Eso es lo que ella me dijo”.

“¿Sabe si realmente lo hizo? ¿Terminarlo?”.

“Sí. Cuando confronté a Gray esa noche, me dijo que ella le había dicho que se había terminado y que él se había mostrado de acuerdo”.

“¿Parecía enfadado por eso?”, preguntó Brady.

“¿Enfadado porque se terminara o porque le hubieran descubierto?”.

“¿Por cualquier cosa?”, dijo Brady.

“Estaba enfadado, en la medida en que él muestra este tipo de cosas. Gray no es exactamente de los que gritan como leones. Es muy… introvertido. Pero a su propia manera, sin duda estaba disgustado. No sé si fue porque le habían pillado, porque ya no podía tirársela más, o porque le eché de casa. Supongo que fue una combinación de todo ello”.

“¿Sabe adónde fue cuando salió de su casa?”, le preguntó Jessie.

“A un hotel, supongo. No he vuelto a hablar con él desde anoche”.

“¿Ni siquiera para decirle que Penélope ha muerto?”, presionó Jessie.

Eliza le miró estupefacta.

“He estado un tanto ocupada”, dijo.

Justamente entonces se abrió la puerta y entró una enfermera.

“Señora Longworth”, dijo, claramente perturbada, “le ruego que no intente salir de la cama. Está medicada y lleva una inyección intravenosa. No queremos que se acabe cayendo”.

“Lo siento”, dijo Eliza con aire despistado. Trató de izar sus pies de vuelta a la cama, pero le costó mucho así que Brady se acercó a echarle una mano.

“Ya sé que están realizando una investigación”, les dijo la enfermera a los tres agentes, “pero la señora Longworth realmente necesita tanto descanso como sea posible. ¿Creen que podrían continuar más tarde con su interrogatorio?”.

“Está bien”, dijo Brady. “Creo que tenemos lo que necesitamos por ahora. Sin embargo, puede que queramos hablar con usted más tarde, señora Longworth. Aquí tiene mi tarjeta de visita en caso de que se le ocurra alguna cosa más hasta entonces”.

Colocó la tarjeta en la mesita que había junto a la cama y todos salieron de la habitación mientras la enfermera cubría a Eliza con la sábana.

“¿Pensamientos iniciales?”, preguntó Brady mientras descendían por el pasillo hasta el ascensor.

“Tiene motivo”, dijo Jessie. “Su mejor amiga traicionó su amistad de toda la vida tirándose a su marido. Las cosas no se ponen mucho más claras que esto”.

“No lo sé,” contradijo Ryan. “También hay un marido agraviado, sobre todo uno que puede estar preocupado de que su candidatura para las elecciones estuviera a punto de descarrillarse debido a un escándalo personal. Eso también me resulta un motivo bastante acuciante”.

Brady sacudió la cabeza.

“Veo tu mano y subo con el marido infiel que acaba de ver cómo explota su vida y que no puede estar entusiasmado con la mujer que admitió la infidelidad ante su esposa”.

“Sí, quizá debiéramos hablar con ese tipo”, asintió Ryan. “Suena como que tenemos un potpurrí de sospechosos creíbles.”

“También tenemos que volver a hablar con Wooten”, dijo Brady. “O está mintiendo o no se entera de nada para ser un tipo que solía trabajar como fiscal. ¿Realmente se supone que hemos de creer que no tenía ni idea de lo que estaba pasando delante de sus narices?”.

“Te sorprenderías”, le advirtió Jessie. “A veces la gente puede estar

sorprendentemente ciega ante los secretos de los que tienen más cerca, de sus seres queridos".

Ni Brady ni Ryan respondieron, aunque ambos sabían a qué relación se refería. Jessie agradeció su sentido del tacto.

Mientras descendían en el ascensor, se le pasó una imagen por la mente en la que yacía despreocupada en la cama con su por aquel entonces marido, Kyle. Fue rápidamente reemplazada por otra imagen de él en traje de buzo gris, provocándola desde detrás de la partición de cristal en la cárcel donde estaba cumpliendo con su condena.

Todo el mundo tiene secretos. Es solo que a algunos de nosotros se nos da mejor ocultarlos.

CAPÍTULO TRECE

Habían dejado en minoría a Jessie.

Ella quería entrevistar primero a Gray Longworth, antes de que tuviera mucho tiempo para formular respuestas a las posibles preguntas sobre la muerte de Penny. Asumiendo que le iban a dar la noticia, quería estudiar su reacción al oírla. Cuanto más esperaran, más podría prepararse para su llegada.

Pero Brady se puso terco con que tenían que regresar donde Colton Wooten para dejar que clarificara su declaración. Si hablaba con la prensa antes de que tuvieran tiempo de confrontarle con la infidelidad de su esposa, el circo mediático que estaba tratando de evitar podía hacerse inevitable.

Ryan veía el mérito de ambos argumentos, pero al final se inclinó por Brady, que era el detective encargado del caso. Era él quien se enfrentaría a la presión de sus superiores si las cosas se desviaban así que parecía justo que él pudiera tomar la decisión final.

Como todos estuvieron de acuerdo en que no debían separarse, esto quería decir que su siguiente parada iba a ser la oficina de Wooten & Camby, LLC, donde por lo visto, estaba escondido Colton. Aparcaron en el garaje que había debajo de la torre de Santa Mónica donde estaba la sede de su firma. Mientras subían a su oficina en el piso veintidós en un ascensor de cristal, Brady recibió una llamada.

“Es de comisaría”, dijo al responderla. “Te pongo en altavoz”,

“¿Detective Bowen?”, preguntó una joven voz femenina en el teléfono.

“Sí”, respondió con una sonrisa mientras les decía con un gesto de la boca la palabra “novata”. “¿Es la agente Mueller?”.

“Sí señor. Tengo unas cuantas novedades respecto a los asuntos que

quería que investigara".

"Adelante, Mueller".

"Tenemos los datos de GPS del teléfono de Colton Wooten además del metraje de Ring de esta mañana".

"¿Qué hay de los datos de localización de Eliza y Gray Longworth?", preguntó.

"Todavía los estamos esperando", dijo ella. "Deberían estar disponibles en una hora. ¿Le gustaría que le enviara la cinta de la cámara ahora?".

"Eso estaría muy bien, Mueller", dijo al tiempo que se abría la puerta del ascensor y los tres salían al pasillo de la planta veintidós. "Entretanto, ¿qué mostró el GPS?".

"Según los datos de localización, el señor Wooten salió de su casa a las seis cuarenta y tres de la mañana. Se detuvo en el Preescolar de Palisades Friends a las seis cincuenta y dos y salió de nuevo a las siete cero uno. Su siguiente parada fue la Escuela Mendocino a las siete y trece. Y eso es todo".

"¿Qué quieres decir con que 'eso es todo'?", exigió Brady.

"Después de eso, la señal desaparece. No hay manera de saber si el teléfono se quedó sin batería o si fue apagado a propósito. Fue activado de nuevo a las ocho veintidós de la mañana".

"¿Dónde estaba él entonces?".

"En su oficina de Santa Mónica", dijo Mueller.

"¿Así que no conocemos su ubicación durante más de una hora?".

"Eso parece".

"¿Qué hay del GPS en su coche?", preguntó Jessie.

"Estamos trabajando en ello, pero eso requiere saltarse unos cuantos aros y el jefe quiere que seamos… delicados en la manera en que

manejamos las peticiones".

"Entendido", dijo Bowen. "Veo que la cinta de Ring acaba de llegar. Gracias, Mueller. Tenemos que irnos, pero mantenme al tanto de cualquier novedad".

"Sí, señor", dijo Mueller, que sonaba aliviada de que no le culparan personalmente por el retraso de los datos de ubicación del coche.

Después de colgar, Brady estaba a punto de reproducir la cinta de video de la puerta principal cuando pasó junto a ellos un hombre joven vestido con un traje elegante.

"Sabes", dijo después de que pasara el joven, "quizá sea mejor que vayamos a algún sitio más privado para mirar todo esto".

Se fueron al extremo opuesto del pasillo, dejando el despacho de Wooten atrás, y doblaron la esquina cerca de la salida de emergencia. Jessie y Ryan se arremolinaron sobre él mientras pulsaba en Reproducir.

La cinta que se activaba con movimiento mostraba a Eliza Longworth en la puerta principal de la casa.

"¡Penny!", le oyeron gritar. "Beth está aquí. ¿Sigue en pie la clase de yoga?".

Llamó al timbre y lo intentó de nuevo. La cinta no era de la mejor calidad, pero, al menos para Jessie, no parecía que ella estuviera actuando de manera sospechosa. Quizá estaba algo nerviosa, pero eso sería fácil de explicar por la naturaleza de la situación. Al fin y al cabo, estaba allí para hablar de superar el hecho de que su mejor amiga se hubiera acostado con su marido.

"Penny, ¿puedo entrar? Deberíamos charlar un momento antes de que llegue Beth".

Tras esperar unos cuantos segundos más, Eliza probó a abrir la puerta principal, que no estaba cerrada por dentro.

"Penny", le oyeron gritar desde alguna parte del interior, su voz alejándose a cada segundo. "Te dejaste la puerta abierta. Beth está

aparcando. ¿Recibiste mi mensaje? ¿Podemos hablar en privado un minuto antes de que empecemos?".

Unos pocos segundos después, Beth atravesaba la puerta principal, gritando, "¡Damas, estoy aquí!".

Las dos mujeres hablaron brevemente y, aunque era difícil captar el contenido actual de su conversación, ninguna de ellas sonaba especialmente alterada.

Unos treinta segundos después comenzaron los gritos.

"En fin", dijo Brady cuando terminó, "no sé lo útil que ha sido esto excepto para confirmar todo lo que ya sospechábamos."

"Obtuvimos claridad en una cosa", dijo Ryan. "Esto muestra que Eliza estaba entrando a la casa, no saliendo, cuando llegó Beth. No le absuelve por completo, pero, al menos, por ahora su historia está confirmada".

"Claro, pero sabía que la cámara estaba en el timbre de la puerta. Todo eso podría haber sido para aparentar", le contradijo Jessie, aunque se estaba haciendo cada vez más difícil defender ese punto.

"De verdad que le has pillado manía a esta mujer", dijo Brady. "¿Por qué?".

"No hago más que cubrir todas las bases", replicó Jessie, ignorando la mirada escéptica que le lanzó Ryan por el rabillo del ojo.

"Dejemos eso a un lado por el momento", dijo Ryan, sin comentar la veracidad de la afirmación. "Por ahora, enfoquémonos en el hombre al que hemos venido a ver. Él también tiene ciertas explicaciones que darnos".

Brady parecía satisfecho con ese plan y se dirigió por el pasillo hacia Wooten & Camby. Cuando Jessie empezó a seguirle, Ryan le puso la mano en el hombro y tiró suavemente de ella hacia un lado.

"Cuando tengamos algo de tiempo a solas, me vas a decir qué diablos pasa contigo".

Y, antes de que le pudiera responder, ya estaba a mitad de camino por el pasillo.

CAPÍTULO CATORCE

Wooten les hizo esperar durante veinte minutos.

Jessie pensó que resultaba extraño que tuviera inmovilizada a la gente que estaba investigando la muerte de su mujer, pero se guardó eso para sus adentros cuando por fin los escoltaron hasta su despacho. Por el camino en el pasillo, notó varias obras de arte de aspecto muy familiar detrás de cristales gruesos. Se preguntó si serían los originales y por un segundo, lamentó no haber prestado más atención en su clase de historia del arte. Cuando les guiaron hasta el rincón donde estaba el despacho totalmente acristalado de Wooten, estaba en una llamada, de pie sin su chaqueta y dándoles las espaldas. Su asistente consiguió su atención, señaló que había tres agentes de la ley en la habitación, y se marchó. Wooten habló durante otros treinta segundos antes de colgar.

"¿Alguna novedad?", les preguntó sin preámbulos.

"Lo cierto es que alguna", dijo Brady. "¿Le importa tomar asiento?".

"Prefiero quedarme de pie".

Jessie, vagamente irritada por su actitud, decidió tomar la iniciativa y sentarse en una de las sillas que había al otro lado del escritorio, donde él estaba.

"Me sorprendió escuchar que estaría en el despacho, señor Wooten", dijo ella. "Hubiera creído que querría tomarse un día por motivos personales".

"Por desgracia, no es tan fácil como suena. Hoy tengo una serie de clientes en procedimientos legales y el sistema de justicia no detiene su compleja maquinaria porque mi mundo se esté derrumbando".

"¿Y no pudo conseguir aplazamientos?".

"En la mayoría de los casos, sí", dijo él. "Pero tengo un caso

criminal que está con el jurado en este momento y tenemos que hacer una deposición en un caso civil muy célebre. Esos casos tienen que ser transferidos a la gente adecuada. No sé cuánto tiempo faltaré al trabajo y quiero asegurarme de que cada cliente esté emparejado con el reemplazo apropiado."

"Su dedicación profesional es admirable", dijo ella con apenas un toque de escepticismo.

Él no lo notó o fingió no hacerlo.

"Lo cierto es", dijo él, "que no hay gran cosa que pueda hacer ahora. Y de alguna manera extraña, me está manteniendo mentalmente estable. Concentrarme en los detalles legales evita que mi mente se vaya a lugares más oscuros. Además, este es mi único momento para hacer lo que hay que hacer. Cuando recoja a los niños más tarde, todo lo demás pasará a un segundo plano. No estoy seguro de cómo se lo voy a contar. Para Ana ya va ser bastante difícil, solo tiene cuatro años. Pero para Colt, no sé cómo le va a afectar todo esto. Olvidad la debacle emocional por un segundo. Su madre es central para su rutina. Y sin esa rutina, tiende a… pasarlo mal".

"Lo lamento muchísimo, señor Wooten", dijo Brady, sonando auténticamente compasivo. "Haremos lo que podamos para ser rápidos con esto para que usted pueda volver a cuidar de esos asuntos. Solo tenemos algunas preguntas adicionales para usted".

"Pensé que habíais dicho que teníais novedades", le recordó Wooten.

"Novedades y preguntas", dijo Brady sin intención alguna en la voz. "Lo primero es que estamos algo confundidos sobre dónde fue usted después de dejar a sus hijos esta mañana en la escuela".

"Vine directamente aquí. ¿Por qué?".

"¿Apagó su teléfono, señor?", le preguntó Ryan, sin responder a la pregunta de Wooten.

"No. Se quedó sin batería. Como no tenía mi cargador conmigo, no

lo pude enchufar hasta que llegué aquí".

"Pero su última parada, la escuela de su hijo, está a menos de veinte minutos de aquí", señaló Ryan. "Y sin embargo su teléfono estuvo apagado más de una hora".

Wooten le miró con una expresión de impaciencia, pero se obligó a responder la pregunta.

"Me acabaron metiendo en una reunión a primera hora y me olvidé del teléfono hasta que salimos. ¿De qué se trata todo esto?".

"Solo estamos tratando de establecer donde estaba todo el mundo durante la hora probable en que sucedió el asesinato", dijo Brady, interviniendo.

"¿Y a qué otra gente están examinando?", preguntó Wooten.

"Bueno, acabamos de hablar con Eliza Longworth en el hospital y obtuvimos su declaración", ofreció Jessie, sabiendo que lo que estaba a punto de decir podía tener graves consecuencias. "Mientras estábamos allí, también nos dijo que su mujer estaba acostándose con su marido. ¿Hay alguna razón por la que no nos ofreció esa información cuando habló con nosotros?".

Jessie le miró de cerca, en busca de cualquier reacción que pudiera desvelar alguna cosa sin querer. Wooten le miró de vuelta con ojos achinados, penetrantes. No parecía conmocionado por la pregunta.

"Sí, la hay, señorita Hunt. Además de estar devastado por su muerte, me sentía avergonzado. Ya sé que esa no debería haber sido mi prioridad esta mañana, pero jugó un papel. Acabo de enterarme de que mi mujer ha estado viéndose a escondidas no con alguien que conozco, no con nuestro vecino, sino con el marido de su mejor amiga. Había mucho que procesar. Y supongo que no supe hacerlo todo lo bien que podía".

"Usted nos mintió, señor Wooten", persistió Jessie.

"No, le dije que teníamos un buen matrimonio. Dije que no tenía secretos a mis espaldas, lo cual es verdad. Ya me había contado lo de la infidelidad antes de que sucediera esto, ayer de hecho. No os

conté toda la verdad, pero tampoco mentí".

"¿Cómo se sintió cuando se lo contó?", preguntó Ryan.

"¿Cómo cree que me sentí, detective? Me sentí desolado. Estaba enfadado. Me sentí traicionado. En general, sentí como si todo mi mundo estuviera derrumbándose".

"¿Debido a que esto dañaría su intento de sacar una candidatura para fiscal de distrito?", presionó Jessie.

Wooten volvió a mirarle con fuego en los ojos y de nuevo, permaneció calmado mientras respondía.

"No voy a negar que esto sea un factor", admitió. "Pero esa no era la cuestión principal, ni siquiera la infidelidad era lo más importante".

"¿Qué lo era?", preguntó Ryan.

"Fue tan… perturbador. Penny es el pilar de la familia. Paga los recibos. Hace de voluntaria en las dos escuelas de los niños. Diablos, como vieron, hasta se encarga de los códigos para las cámaras de seguridad. La idea de que pudiera hacer algo tan imprudente, que estuviera tan desatendida, de verdad que arruinó todo mi concepto sobre quién era ella".

"¿Pero le dijo que iba a terminarlo?", intervino Brady, que parecía querer alejarse de los sentimientos y regresar a los hechos.

"No solo me lo dijo, me lo demostró".

"¿Qué quiere decir?".

"Le envió un mensaje de texto mientras estaba con ella", replicó. "Vi cómo tecleaba el mensaje".

"¿Qué decía?", preguntó Brady.

"No recuerdo las palabras exactas. Puedes mirar su teléfono para eso, pero la esencia del mensaje era algo así como 'Se acabó. Se lo he dicho a Colton. Se lo dije a Eliza. Tenemos que enfrentarnos a las

consecuencias de lo que hemos hecho’”.

“¿Le respondió él?”, preguntó Jessie.

“Sí”, dijo Wooten, sacudiendo la cabeza al recordar. “Pensé que le enviaría alguna respuesta pusilánime, ya fuera para aceptar lo que ella decía o para intentar hacerle que cambiara de idea. Gray es un tipo bastante pusilánime”.

“¿Pero no fue así?”, dijo Ryan.

“No, le cantó las cuarenta. Exigió saber cómo podía haber hecho eso sin hablar antes con él. Le llamó perra. Dijo que le había arruinado la vida. Me sorprendió. Generalmente es un tipo muy tímido. Incluso dadas las circunstancias, me pareció muy atípico de él”.

“¿Ha hablado con él después de eso?”, preguntó Jessie.

“¿Qué? ¿Para defender el honor de mi mujer? Nada de lo que dijo es incorrecto, en mi opinión. Además, no es que fuera a pegarme con él. Ya sabía que tendría su merecido con Eliza. Le va a aplastar”.

“¿Es Eliza de las que ‘aplasta’?”, preguntó Ryan.

“Lo único que sé es que, lo enfadado que yo me sentí, será probablemente el doble en su caso. Penny y ella se conocen de toda la vida. Intercambiaban zumos en la primaria. Y entonces su propio marido se lía con Penny. No creo que haya sido bonito de ver”.

“¿Fue bonito de ver en su casa?”, se preguntó Jessie.

“No fue tan feo como se pueda creer. Debido a Colt, las discusiones a grito pelado no son una opción en nuestra casa. Si empezamos a chillarnos entre nosotros, él se derrumba. Escalar cualquier situación solo lo empeora. Y para cuando Ana y él se fueron a la cama, Penny se había tomado su pastilla para dormir. No se encontraba en el mejor lugar para solucionar las cosas. Decidí dejarlo reposar por un día. Me imaginé que las cosas estarían más claras hoy. Eso salió de maravilla”.

Los detectives se quedaron en silencio varios segundos, sin saber

cómo responder a la reacción de Colton Wooten ante la muerte de su mujer.

“Asumo que no le importará que miremos los datos GPS de su coche”, dijo Brady por fin, “para confirmar su ubicación esta mañana”.

“¿Mi coartada, quiere decir?”, replicó él con frialdad. “Asumía que ya lo habrían hecho”.

*

Diez minutos después, salían del ascensor de cristal y atravesaban el vestíbulo del edificio para ir al aparcamiento al otro lado de la calle.

“¿Acaso pensaste por un momento en arrestarle?”, le preguntó Jessie a Brady, incapaz de contener la frustración que se le había estado acumulando desde que salieran del despacho de Wooten.

“¿En base a qué?”, le preguntó con indignación.

“Su coartada es cuestionable como mucho. No fue honesto sobre la infidelidad de su mujer y tiene un motivo perfectamente válido”.

Brady le miró con una exasperación arrogante.

“Su coartada será comprobada o descartada en una hora. No mencionar la infidelidad en una entrevista inicial, aunque sea sospechoso, no es un crimen. No estaba bajo juramento. Y es una de al menos tres personas con un motivo sólido. Necesitamos algo más definitivo que eso para meterle en custodia”.

“¿Está seguro de que esas son las razones?”, le pinchó Jessie.

“Solo por ser claros, pareces estar sugiriendo que no le puse las esposas ahí dentro porque se presenta a Fiscal del Distrito, ¿no es cierto? ¿De verdad crees, después de lo que acabo de exponer, que

hacer eso hubiera sido la mejor ruta posible?".

"Solo traro de asegurarme de que tu principal prioridad sea resolver el caso y no evitar un escándalo".

"Con todo el respeto, Jessie, creo que puedo hacer ambas cosas", dijo, deteniéndose. "Voy a llamar a comisaría. Vosotros id por delante. Os veo en el coche".

Sacó su teléfono mientras Jessie y Ryan continuaban caminando hacia la zona de aparcamiento.

"¿Tienes algo en la cabeza?", preguntó Ryan cuando estuvieron lo bastante lejos como para que no les oyera.

"¿Qué quieres decir?", preguntó Jessie.

"Primero tratas a Eliza Longworth como si fuera una ex criminal en libertad condicional. Después presionas para que arresten a un previo fiscal en su despacho. Y ahora vas a por Brady. Parece que hoy estés dispuesta a meter a todo el mundo entre rejas".

Jessie se detuvo y se le quedó mirando, frustrada por sus comentarios.

"¿Y no crees que estoy utilizando algo de escepticismo profesional?".

"Creo que va algo más allá de eso", dijo Ryan. "El escepticismo está bien. De hecho, es esencial en nuestra línea de trabajo, pero tienes que permanecer abierta a la posibilidad de que, ocasionalmente, la gente te esté diciendo la verdad".

Jessie se puso a caminar de nuevo, intentando entender sus palabras sin absorber su condena.

"Supongo que me he metido en muchos problemas por asumir lo mejor de la gente", dijo lentamente. "Sucedió con Kyle y de nuevo con el caso de Andrea Robinson, así que solo trato de ser objetiva. Con Eliza Longworth, reconozco su situación. Qué diablos, yo he estado en su situación. Por eso siento una conexión con ella. No quiero que eso confunda mi juicio así que tengo que ser dura con

ella. Quizá fuera demasiado dura. Y después, para ser justos con ella, tenía que ser igual de dura con Wooten. Y como él era tan imbécil, eso resultó sencillo, quizá demasiado fácil. No sé. A lo mejor toda esa formación con el FBI me ha vuelto del revés".

"O", contradijo Ryan, "a lo mejor solo estás algo nerviosa y falta de práctica porque no has hecho esto en una situación en vivo en unos cuantos meses".

"Quizá," admitió Jessie.

"Date algo de tiempo. Pero trata de no acuchillar a cada persona que entrevistemos en el proceso. ¿Suena bien?".

"Suena bie…", empezó Jessie, pero le interrumpió el sonido de una explosión a menos de cien metros de distancia.

Echó la mano a su cadera en busca de su arma, y entonces recordó que todavía no tenía ninguna. Se tiró al suelo, echándose boca abajo en el cemento del suelo del garaje. Después de unos cinco segundos de silencio, miró a Ryan. Le estaba mirando con un aspecto desconcertado en su rostro.

"Estoy bastante seguro de que solo fue un coche", dijo Ryan.

"Seguramente tengas razón", dijo ella, poniéndose tímidamente de pie. "Aun así, mejor prevenir que lamentar".

"¿De verdad?", dijo Ryan, dudando. "Eso me pareció más que simple precaución. Has estado a la que salta todo el día. ¿Quieres decirme que es lo que te tiene tan alterada?".

"Serán los nervios del primer día de vuelta al trabajo, digo yo".

"No me creo eso ni por un segundo", dijo él.

En la distancia, Jessie vio cómo Brady se acercaba a ellos.

"Déjalo estar por ahora", dijo Jessie en voz baja. "Ya te contaré más tarde".

"Por favor", insistió Ryan, "porque esto no puede continuar así".

Jessie asintió, a pesar de que se preguntaba cómo iba a abordar el tema.

Claro, por qué no, quizá a la hora del almuerzo con un bocadillo de jamón y queso, te cuente que mi papi el asesino en serie está a la caza de mi dirección actual.

CAPÍTULO QUINCE

La lista de sospechosos de Jessie parecía estar en flujo constante.

Estaban llegando a la firma de corredores de bienes raíces comerciales de Gray Longworth en Venice cuando Brady recibió una llamada del Agente Mueller. Esta vez, no la puso en el altavoz. Después de unos treinta segundos, le colgó.

“Tengo noticias”, les dijo.

“Nos lo podíamos imaginar, Brady”, respondió Ryan. “¿Buenas o malas?”.

“Depende de quién seas. Supongo que Colt Jr. y Anastasia se alegrarán de ello. Recibimos los detalles de los datos del GPS del vehículo de Wooten. Muestran que llegó al trabajo a la hora que nos indicó. También comprobamos la cinta de seguridad de su edificio. Le muestra entrando, pero no saliendo”.

“¿Y no podía haberse escabullido por alguna salida alternativa y tomar un Rideshare de vuelta a su casa?”, preguntó Jessie.

“Supongo que es técnicamente posible”, respondió Brady. “Pero eso le da un periodo de tiempo realmente breve para llegar allí, matar a su esposa, y regresar al trabajo a tiempo para su reunión”.

“Suena razonable”, reconoció Jessie, notando la sorpresa de Brady ante su disponibilidad para ceder en la discusión. “Entonces, quizá le coloquemos en el balde de sospechosos ‘improbables’”.

“Claro”, asintió Ryan al tiempo que se metía a una plaza de aparcamiento. “Pero no le eliminemos del todo. Podía haber contratado a alguien. Un antiguo fiscal como él conoce a gente que realiza ese tipo de trabajos. Yo no estoy listo para borrarle de la lista por ahora”.

Se apearon del coche y caminaron media manzana hasta la oficina

de Longworth. Teniendo en cuenta que trabajaba en bienes raíces comerciales, el edificio era sorprendentemente común. Compuesto mayormente de cemento mate, de color de cáscara de huevo, resultaba especialmente fuera de lugar en medio de esta sección tan vistosa de Venice. A lo largo del breve paseo que habían dado desde el coche hasta su oficina, habían pasado un restaurante vegano, una tienda de ropa orgánica, y una farmacia de marihuana. Su edificio destacaba porque no destacaba.

Entraron al vestíbulo, donde Ryan le mostró su placa a la recepcionista.

“Necesitamos hablar con Gray Longworth”, dijo con firmeza.

La mujer tenía cara de desconcierto y miró a la libreta que tenía en el escritorio delante de ella.

“Parece que ahora mismo está en una reunión. Se lo diré cuando termine. Hagan el favor de tomar asiento”.

“Su reunión se ha terminado”, dijo Ryan con firmeza. “Haga el favor de llevarnos a su despacho ahora mismo”.

A pesar de sentirse obviamente nerviosa, la recepcionista hizo lo que le habían pedido. Ryan fue por delante. Mientras Jessie y Brady seguían por detrás, ella se inclinó un poco y le murmuró al oído.

“Supongo que ya sé quién hacía de poli bueno y quién hacía de poli malo cuando vosotros dos interrogabais a sospechosos”.

“Teníamos nuestros roles”, reconoció Brady. “Pero en este caso, creo que Ryan solo quiere meterse allí e interrogar a Longworth antes de que tenga oportunidad de prepararse”.

“¿Prepararse para qué?”.

“Para enterarse de la muerte de Penélope Wooten. A diferencia de ti, no soy un criminólogo, así que necesito pistas visuales bastante claras para poder decir si un sospechoso está genuinamente sorprendido o está fingiendo. Esto debería ayudar con eso”.

Llegaron a la oficina de Longworth, que estaba separada del largo

pasillo por un muro de cristal y una puerta. Estaba al teléfono y levantó la vista cuando la recepcionista abrió la puerta.

“Señor Longworth”, dijo ella, “estos detectives quieren hablar con usted”.

Él se les quedó mirando mientras los tres entraban en fila india al despacho, uno detrás del otro. Tras un momento de silencio mutuo, él se puso a hablar por teléfono.

“Tengo que volver a llamarte”, dijo. “Ha… ha surgido algo”.

Colgó y continuó mirándolos fijamente, con una expresión que combinaba la confusión con la aprensión.

Jessie le echó un primer vistazo general. Gray Longworth no era un hombre grande, quizá no era más alto que su mujer. Tenía un cabello rubio escaso y su piel pálida no parecía ser capaz de sobrevivir ni media hora al sol. Y aun así había algo en él que hizo que Jessie entendiera por qué Eliza podía sentirse atraída hacia él.

A pesar de la descripción que había hecho de él Colton Wooten como pusilánime, su comportamiento tenía un toque de picardía que resultaba intrigante. Se imaginó que era más pronunciado cuando estaba enfrentándose con tres miembros de las fuerzas de la ley.

“¿Podemos sentarnos?”, preguntó Ryan, aunque no sonó como si creyera necesitar ningún permiso.

Longworth asintió y los tres tomaron asiento enfrente de él.

“¿Qué puedo hacer por ustedes, agentes?”, preguntó dubitativo.

“Detectives, de hecho”, dijo Ryan. “Necesitamos hacerle unas cuantas preguntas sobre Penélope Wooten”.

Al escuchar su nombre, los ojos de Gray Longworth se abrieron de par en par.

“¿Qué pasa con ella?”, preguntó, con voz temblorosa, todo amago de su chulería anterior desvaneciéndose mientras hablaba.

“Antes de que comencemos con nuestras preguntas, ¿hay algo que nos quiera decir?”.

Jessie entendió lo que Ryan estaba haciendo. Longworth parecía trastocado. Si no sabía con exactitud de lo que la policía estaba enterada, quizá revelara algo inadvertidamente que ellos aún no sabían. Longworth parecía estar al borde del pánico, como si estuviera sopesando una decisión trascendental. Por fin, habló.

“No tuve intención de hacerlo”.

Hubo un momento de silencio en el que Jessie se preguntó si Ryan le iba a leer al hombre sus derechos Miranda. Si estaba a punto de confesar, querrían haberlo hecho antes de nada.

“¿Que no tuvo intención de hacer qué?”, le preguntó Ryan lentamente.

“Enviar ese mensaje”, respondió. “En el instante que lo envié, deseé poder volverme atrás. Tiene que entenderlo. Estaba disgustado. Me acababa de decir que le había desvelado todo el asunto a mi mujer. Podía sentir cómo mi mundo entero se derrumbaba a mi alrededor. Así que me puse furioso. Estuvo mal, lo sé, pero ¿realmente es un delito?”.

“Señor Longworth”, dijo Brady, hablando por primera vez, “¿nos está diciendo que su única admisión en este momento es la de enviar un mensaje desagradable?”.

“No”, contestó Longworth. “Quiero decir, también admito la infidelidad, pero ya sé que eso no es un delito. No pensaba que el mensaje tampoco lo fuera. ¿Solicitó una orden de restricción o algo así? Porque no es necesario”.

“Señor Longworth”, dijo Ryan, ignorando la pregunta, “¿dónde estaba usted esta mañana entre las seis y las ocho de la mañana?”.

“¿Qué? No lo sé. ¿Por qué?”, preguntó Longworth con nerviosismo.

“Solo responda a la pregunta, por favor”.

“¿No me tiene que decir de qué va todo esto?”, le exigió,

poniéndose de pie. El temblor había regresado a su voz, pero ahora estaba mezclado con pomposa indignación. “Da la impresión de que me están pidiendo una coartada. Me parece que no están siendo directos conmigo”.

“Solo le estoy haciendo una pregunta, señor Longworth”, dijo Ryan. “¿Se niega a responderme? Porque un hombre que no tuviera nada que ocultar seguramente no reaccionaría de esta manera a una sencilla pregunta”.

Gray Longworth salió de detrás del escritorio y atravesó el despacho para abrir la puerta de cristal.

“Por favor, márchense”, dijo, manteniéndola abierta.

Jessie no pudo evitar percibir que no estaba cumpliendo con su reputación de pusilánime.

“No funciona así, señor Longworth”, dijo Ryan, sin moverse ni una pulgada. “Si se niega a responder a nuestras preguntas, está en su derecho. De hecho, estoy a punto de leerle una lista con toda una serie de derechos, incluido su derecho a un abogado defensor. Pero si doy ese paso, quiere decir que estoy a punto de ponerle bajo custodia. ¿Es ese el paso que quiere que tome?”.

“¿Ponerme bajo custodia por qué?”, dijo Longworth desafiante, poniéndose peligrosamente cerca de Ryan. “¿Por no querer charlar sobre el hecho de que puede que mi matrimonio haya terminado porque me he estado cepillando a la mejor amiga de mi mujer?”.

“No, señor Longworth. Le pondría bajo custodia bajo sospecha de asesinar a la mejor amiga de su mujer”.

“Espere… ¿cómo dice?”.

Este era el momento al que había estado esperando Jessie. El rostro de Gray Longworth era la viva imagen de la conmoción. Su conducta hostil se transformó en profunda consternación. El problema era que Jessie no podía saber a ciencia cierta si estaba sorprendido de que Penélope Wooten estuviera muerta o de que potencialmente le estuvieran arrestando por ello, o si estaba

fingiendo todo ello.

“¿Necesito ponerle las esposas, señor Longworth”, persistió Ryan, “o está dispuesto a responder a mis preguntas?”

“¿Que Penny está muerta?”, preguntó, sonando como si no hubiera comprendido del todo.

“Así es”, le aseguró Ryan. “¿Le resulta eso una sorpresa?”.

De pronto, la expresión de Longworth cambió de la alarma a la rabia. Su rostro se enrojeció.

“Cómo se atreve…”, empezó a gritar mientras arremetía con ambas manos contra el tórax de Ryan.

Fue un error. Ryan le sacaba media cabeza y pesaba unos veinte kilos más que Longworth. También había sido entrenado en combate cuerpo a cuerpo. Le llevó unos cuatro segundos sacudirse de encima los brazos de Longworth, darle un rodillazo en la ingle, tirarle al suelo boca abajo, ponerle la rodilla en la zona lumbar, y colocarle las esposas.

“¿Necesitas que te eche una mano?”, preguntó Brady, divirtiéndose.

“Estoy bien”, replicó Ryan, antes de leerle sus derechos a Longworth. Cuando terminó, le puso de pie y le sacó de la oficina.

“No pueden hacer esto”, protestó Longworth. “No he hecho nada malo”.

“Ha atacado a un representante de la ley”, indicó Brady mientras bajaban por el pasillo. “Si no cree que eso está mal, me preocupa qué otras cosas puede considerar que se encuentran dentro de los límites de la conducta apropiada”.

Jessie se preguntaba lo mismo.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Jessie no sabía qué pensar sobre Gray Longworth.

Mientras le miraba fijamente a través del espejo unidireccional de una sala de interrogatorios de la Comisaría de West L.A., no podía asegurar si su transpiración nerviosa se debía a la ansiedad general que sentía ante su situación o al miedo de que le acusaran de algo mucho peor que asaltar a un policía.

"¿Estás lista?", preguntó Ryan, asomando su cabeza por la puerta. "Creo que ya le hemos dejado cocerse suficiente tiempo."

"¿Cuánto ha pasado, treinta minutos?", preguntó. "¿Y aún no ha solicitado un abogado?".

"No. Y se está ofreciendo a hablar también. Brady cree que espera conseguir que retire la acusación de asalto si me encandila".

"¿Puede hacerlo?", preguntó Jessie.

"A mí no me importa dejarle que piense eso si se va a transformar en un loro parlanchín".

"¿Entonces tenemos un plan de acción?".

"Propongo que le dejemos desahogarse un poco. Seguramente quiera justificarse a sí mismo. Brady se mostrará comprensivo con eso para que se sincere aún más".

"En ese caso", sugirió Jessie, "quizá debería quedarme un poco más por aquí. Si tiene ahí una mujer más o menos de la edad de su esposa, puede que se sienta más juzgado. Dadme una señal cuando estéis listos para ir a por él y me uniré a la fiesta. Quizás al verme entrar se ponga a sudar todavía más de lo que ya está haciendo".

"Suena bien", asintió Ryan, cerrando la puerta.

Jessie buscó una silla y se asentó como si se estuviera preparando

para ver una película. Solo que para esta proyección tenía un bolígrafo, un bloc de notas, y la certeza de que enseguida estaría hablando con el protagonista.

Unos segundos después, Brady y Ryan entraron y se sentaron enfrente de Longworth. Nadie dijo nada durante unos segundos. Finalmente, Ryan se inclinó hacia delante y habló casi en un susurro.

“Sabes, la manera en la que te lanzaste contra mí en tu despacho no parece encajar con la manera en que te describió Colton Wooten”.

Longworth se revolvió en la silla, como si estuviera decidiendo si responder o no. Enseguida quedó claro que no iba a ser capaz de controlarse.

“¿Qué es lo que dijo?”, preguntó por fin.

“Dijo que eras un tipo pusilánime”.

“Vaya, bueno, pues Colt se lo puede meter donde le quepa”.

“Vaya…”, dijo Ryan, fingiendo sorpresa. “Suena a que puede que haya algo de animosidad ahí. Eso debe de haber sido divertido en vuestros viajes con las dos familias”.

“Supongo que no tendremos muchos más de esos”, contestó Longworth.

El comentario se quedó intoxicando el aire durante un buen rato antes de que intentara sanearlo.

“Solo quise decir…”, empezó.

“Creo que sabemos lo que quieres decir, Gray”, interrumpió Gray. “¿No te importa que te llame Gray?”.

“De hecho, prefiero…”.

“Así que Gray”, continuó Ryan, ignorando la protesta de Longworth, “hemos establecido que no eres tan blandengue como cree Wooten, que no te cae demasiado bien, que te estabas

acostando con su mujer, y que no parece que su muerte te haya afectado en gran medida".

"Eso no es cierto", protestó Longworth, tratando de levantarse, pero sin que se lo permitieran las esposas que tenían atada su mano a una pata de la mesa.

"Acabas de gastar una broma sobre vacaciones familiares", indicó Ryan. "Eso me resulta bastante insensible".

"No quise decirlo de esa manera".

"Pero tienes que admitir", Brady intervino, sonando amable, "que ha sonado bastante frío. No pareces muy desolado por la muerte de Penélope".

"Todavía estoy conmocionado. Una persona con la que estaba involucrado está muerta y estoy sentado en una comisaría de policía, esposado, siendo interrogado al respecto. No he tenido mucho tiempo de procesar lo que le ha pasado, además de tratar de demostrar que no tuve nada que ver con ello".

"Me parece bien", dijo Brady con generosidad. "Entonces a lo mejor puedas contestar a la pregunta que estábamos intentando hacerte en tu despacho, ¿dónde estabas entre las seis y las ocho de la mañana?".

Longworth se quedó en silencio durante un momento, con la cara estrujada como si estuviera intentando recordar. A Jessie le pareció poco convincente que tuviera que esforzarse para recordar algo que había pasado hacía menos de ocho horas.

"Pasé la noche en un hotel. Esta mañana regresé a nuestro vecindario, aparqué en la calle a una manzana de nuestra casa, y fui a correr por un sendero cercano. Después de la carrera, cuando sabía que Eliza ya había llevado a los niños a la escuela, fui a casa para intentar ducharme, cambiarme, y coger algo de ropa limpia, pero Eliza había cambiado los cerrojos, así que me fui al gimnasio para lavarme. Después vine al trabajo".

"¿Llevaste tu teléfono contigo cuando fuiste a correr?", preguntó

Brady.

“No, no tenía la banda para el brazo que utilizo para guardarlo así que lo dejé en el coche”.

“¿Cuánto tiempo estuviste corriendo?”.

“No sé la distancia exacta”, dijo Longworth. “Pero supongo que corrí unas cinco millas. Sé que fue menos de una hora”.

“Señor Longworth”, preguntó Brady, casi disculpándose, “¿estaría dispuesto a entregarnos su teléfono para que podamos confirmar su ubicación a esa hora mediante los datos del GPS?”.

Jessie se puso de pie. Aunque Ryan no le había dado la señal, vio una oportunidad y no iba a esperar a que le dieran permiso para aprovecharse de ella. Mientras salía, escuchó responder a Longworth.

“No tengo problema en que lo hagan”, dijo.

Jessie se acercó a la puerta de la sala de interrogatorios, llamó, y asomó la cabeza.

“¿Os importa si me uno por un minuto?”, preguntó.

“Adelante”, dijo Brady, como si la estuviera invitando a una cena.

“Muchas gracias”, dijo Jessie mientras se acercaba. Ryan se levantó instintivamente y ella tomó su asiento, moviéndolo de tal manera que solo se encontraba a setenta centímetros de Longworth.

“Hola, señor Longworth”, dijo ella, con una voz llena de dulzura y claridad. “Todavía no hemos hablado, pero tengo una pregunta que hacerle. ¿Le parece bien?”.

“Desde luego”, respondió, aunque parecía incómodo con lo cerca que ella estaba.

“Genial. Me estaba preguntando ¿por qué, en ese mensaje de texto a Penny, le llama perra?”.

“Oh yo no… ¿lo hice?”, dijo, y entonces empezó de nuevo. “Escuche, estaba disgustado. Me acababa de enterar de que toda mi vida había saltado en pedazos. Me puse agresivo. Dije algunas cosas de las que ahora me arrepiento”.

“Así que estaba bastante enfadado con ella, ¿eh? ¿Por mandar al carajo toda su vida?”.

“En ese momento, claro, estaba disgustado, pero eso no quiere decir…”.

“Sabía que Eliza estaría muy disgustada, ¿verdad?”, dijo, acercándose todavía más e inclinándose para que sus cabezas solo estuvieran a unas pulgadas de distancia. “Sabía que lo que había hecho era bastante peor que saltarse las normas con una prostituta, ¿verdad? Esta era la mejor amiga de su mujer desde que jugaban con muñecas y tenían sus fiestas para dormir. Era imperdonable. No había manera de que pudiera repararlo. Eso debe de haber sido muy frustrante, ver cómo su perfecta vida se desintegra delante de sus ojos. ¿No es cierto, Gray?”.

Longworth respiró profundamente, como si estuviera intentando hacerse con una dosis extra de paciencia. Dio la impresión de que no le había funcionado.

“Podía simplemente haber terminado con ello”, le espetó. “No tenía que decírselo a todo el mundo. Ahora las vidas de dos familias están arruinadas por lo que hizo”.

“¿Por lo que ella hizo?”, repitió Jessie. “¿Es que le maniató y le obligó a engañar a su mujer? ¿No fue usted más que un observador pasivo en todo el proceso? ¿Fue usted la víctima, Gray?”.

Longworth sacudió la cabeza en frustración, golpeando sin darse cuenta la nariz de Jessie con la coronilla de su cabeza. Aprovechándose de ello, se lanzó hacia atrás y volcó la silla, para acabar en una bola en el suelo.

Jessie le miró, fingiendo conmoción y algo de miedo. Él parecía estar completamente confundido, como si no hubiera captado del todo lo que había sucedido.

“No quise…”

Ryan saltó entre ellos con agresividad.

“Acabas de asaltar a un agente de la ley por segunda vez en menos de dos horas, Longworth”, dijo. “Mientras el detective Bowen le atiende, voy a acompañarle a una de nuestras celdas, donde es menos probable que hiera a alguien más”.

En diez segundos, le quitaron a Longworth las esposas que le tenían esposado a la mesa y salieron a toda prisa de la sala. Ya estaba a medio camino por el pasillo cuando Jessie le escuchó suplicar claramente, “fue un accidente”.

“Piensa rápido,” dijo Brady. “Creo que hubiéramos tenido que dejarle marchar enseguida si no te hubiera ‘asaltado’ de esa manera”.

“Gracias, pero seguramente solo nos va a dar un día más. Mañana estará libre de nuevo. Necesitamos utilizar este periodo para ver si es más que un imbécil”.

“¿Qué piensas?”, preguntó Brady al tiempo que le ofrecía una mano.

“Creo que tiene mucha rabia acumulada”, dijo Jessie mientras él le ayudaba a incorporarse. “La cuestión es: ¿estaba lo bastante enfadado como para matar?”.

CAPÍTULO DIECISIETE

“Y bien, ¿ahora ya estás lista para decirme qué es lo que pasa contigo?”.

Ryan le estaba haciendo esa pregunta durante el trayecto de regreso a Comisaría Central a media tarde. Ambos agentes, tras perderse el almuerzo con marisco que él le había sugerido, se estaban zampando unos bocadillos que habían comprado en la gasolinera.

Mantuvieron a Longworth en custodia hasta el día siguiente. Los agentes que hacían un seguimiento tanto de Colton Wooten como de Eliza Longworth informaron de que ninguno de ellos estaba actuando de manera inusual. Colton todavía estaba en su oficina y Eliza, tras ser dada de alta en el hospital, había pasado a recoger a sus hijos y se había ido a casa. No estaba claro que supiera siquiera que habían arrestado a su marido.

Los datos GPS del teléfono y del coche de Gray Longworth confirmaron que ambos se encontraban en el mismo lugar entre las 6:18 y las 7:27 de la mañana. Después de eso, se trasladaron brevemente a su casa, y luego a su oficina. No hubo manera oficial de confirmar donde había estado durante esa hora. Sin embargo, unos agentes tenían pensando peinar la pista para correr al día siguiente para preguntar a otros corredores si le habían visto. Entretanto, podían mantenerle encerrado al menos durante veinticuatro horas.

El informe preliminar del forense tampoco estaría disponible hasta el día siguiente, así que no había razón alguna para quedarse en el lado oeste. Tras prometer a Brady que regresarían por la mañana, se pusieron a conducir de vuelta a la ciudad, momento en el que Ryan empezó su propio interrogatorio.

“¿Qué quieres decir?”, preguntó Jessie, ganando tiempo.

“Nada de jueguecitos, por favor”, insistió él. “Me prometiste que me contarías por qué llevas todo el día tan nerviosa. Casi sales

disparada por el techo del coche cuando ese vagabundo llamó a tu ventana por la mañana. Y después, te tiraste al suelo cuando un coche tiró un petardo. Algo te tiene al borde del ataque de nervios. Suéltalo".

Jessie le miró desde el asiento del copiloto y calculó en silencio lo sincera que podía ser. Ryan era una de las seis personas en todo el mundo que sabían la verdad sobre su historial familiar y su relación con un asesino en serie al que nunca habían atrapado. También conocía la conexión de su padre con Bolton Crutchfield, aunque no estaba enterado con tanto detalle como Kat Gentry.

No es que ella creyera que no pudiera entenderlo. Es que no quería agobiar a otra persona con las novedades de la pesadilla que era su historia personal. Aun así, merecía saberlo. Si iba a estar trabajando a menudo con él, puede que él también estuviera en peligro. Si su padre descubría dónde estaba, no había manera de decir a quién podía acabar hiriendo para llegar hasta ella.

"Esta es la versión abreviada", dijo, cediendo por fin. "¿Recuerdas cómo te dije el pasado invierno que mi padre, Xander Thurman, era el Ejecutador de los Ozarks?".

"Tengo un vago recuerdo de escuchar algo sobre eso", dijo Ryan, con un toque de sarcasmo en la voz.

"Y recuerdas", continuó, ignorando su tono, "que me he estado viendo de manera intermitente con Bolton Crutchfield, que consideraba a mi padre como su mentor".

"Eso también hace sonar la campana de reconocimiento".

"Y", presionó, impresionada de poder encontrar el sentido del humor considerando el tema de conversación, "mencioné que Crutchfield había dicho que mi padre me estaba buscando".

La sonrisa a medias en la cara de Ryan desapareció.

"Lo recuerdo", dijo en voz baja.

"Bueno, fui ayer a ver a Crutchfield y me dijo que, mientras yo estaba en Quantico, encontró la manera de hablar de nuevo con mi

padre para darle información sobre mi ubicación".

"¿Le dio la dirección de tu casa?", preguntó Ryan con incredulidad. "¿Conoce tu dirección?".

"Fue más misterioso que eso. Admitió que no sabía dónde vivía yo, pero indicó que le había dado bastantes detalles a Xander como para que pudiera descubrirlo".

Ryan guardó silencio durante un segundo.

"¿Cuándo tuvieron esta charla?", preguntó por fin.

"No estamos seguras. Kat está repasando el metraje de vigilancia de las últimas once semanas para intentar concretarlo".

"Así que ahora, potencialmente, ¿tu padre podría saber dónde vives? ¿Podría haberlo sabido durante semanas?".

"Es posible", admitió Jessie. "Pero tengo mis dudas de que ya lo haya averiguado. Cuento con medidas de seguridad bastante robustas, algunas de ellas instaladas por gente que tú recomendaste. Nada indica que hayan sido transgredidas o que nadie lo haya intentado siquiera. Tomo una ruta complicada para acceder a mi edificio. Mi correo no llega allí. En teoría, no sabe cuál es mi nombre actual, mi trabajo, o en qué ciudad vivo. Sé que descubrió que me habían metido a Protección de Testigos hace años, pero puede que todavía piense que vivo en alguna parte del sureste de Missouri".

"¿No crees que Crutchfield le diera nada de eso?"

"No puedo decir que no con certeza", concedió Jessie. "Pero, por alguna razón, no lo creo. Es raro decir esto. Pero no creo que lo considerara muy… deportivo".

"Muy bien, asumiendo que tengas razón, ¿qué sucede ahora?".

"Ahora, actúo con cautela. Me mantengo alerta. Espero a que Kat encuentre algo en la cinta de seguridad del DNR. Y vivo mi vida lo mejor que pueda".

“Esa es una actitud bastante saludable”, dijo Ryan con admiración. “¿Aprendiste eso en el FBI?”.

“Quizá no esto específicamente, pero aprendí a no sufrir por las cosas que no puedo controlar. Físicamente, me siento más fuerte que nunca. He desarrollado capacidades para la investigación de las que antes carecía. No me parece que sea una impostora… como antes. Si mi padre viene donde mí, estoy tan preparada como se pueda estar. Más allá de esto, no puedo dejar que me consuma la existencia. Aunque no me importaría tener esa arma que solicité”.

“Estoy en ello”, le aseguró Ryan. “El papeleo se aclarará enseguida”.

“Eso sería genial”, dijo Jessie con aspereza. “Porque las clases de autodefensa están muy bien, pero una bala es un recurso sólido de verdad”.

*

“Noticias para ti. Llama en cuanto puedas”.

Eso era todo lo que decía el mensaje de Kat.

Había llegado en medio de la reunión en la que Jessie y Ryan estaban poniendo al capitán Decker al día sobre el estado del caso. En cuanto salieron de su despacho, Jessie se fue derecha a un rincón del patio exterior de la comisaría y le llamó de vuelta.

“¿Qué pasa?”, preguntó en cuanto Kat le respondió.

“No estaba mintiendo”, dijo su amiga de inmediato. “Sin duda alguna, se vieron”.

“¿Cómo sucedió eso?”, preguntó Jessie con incredulidad.

“Se disfrazó como un detective de la División Rampart llamado Joe Capsione, un detective que ya se había visto antes con Crutchfield. Llevaba una peluca y un bigote postizos y lo que parece algún tipo

de acolchado para hacerle parecer más gordo. Y lo más importante, llevaba la placa de identificación de Capsione".

"Oh Dios," murmuró Jessie.

"Así es. Hemos informado a su capitán y han enviado un equipo a su apartamento, pero obviamente, no tiene buena punta. Capsione está soltero y vive solo y se supone que estaba de vacaciones durante una semana. Nadie le estaba buscando".

"Así que puede que mi padre haya planeado todo esto y haya esperado hasta que comenzaran las vacaciones del detective para maximizar su ventaja".

"Eso es muy probable. Esto no ha sido cosa del azar".

"¿Cuándo se reunieron?", preguntó Jessie.

"El viernes pasado", dijo Kat. "Solo hablaron unos diez minutos".

"¿Y qué dijeron?", preguntó Jessie.

"No tengo ni idea. De manera conveniente, la reunión tuvo lugar un día en que los técnicos estaban actualizando los sistemas de audio debido a las nuevas celdas, así que no hay ninguna grabación de la conversación. Iba a hacer que una amiga que lee los labios le echara un vistazo, pero Cortez se dio cuenta de que ambos hombres se cubrían la boca durante la mayor parte de la conversación, así que eso es un callejón sin salida".

"Pero Crutchfield dijo que tuvieron que hablar en clave porque había gente escuchándolos", le recordó Jessie. "Así que, ¿por qué cubrirse la boca?".

"No estoy segura. Es posible que Crutchfield no supiera que el audio no funcionaba", sugirió Kat. "Pero tomando en cuenta de quién estamos hablando, creo que es más probable que te mintiera sin más para que tuviéramos dificultades para concretar cuándo tuvo lugar esa conversación".

"Eso no puede tratarse de una coincidencia, Kat".

“Ya lo sé. Cuando termine contigo, voy a revisar los archivos personales de todo el personal de seguridad hasta el nivel de los conserjes. Odio admitirlo, pero no cabe duda de que tenemos un chivato. ¿Qué vas a hacer?”.

“No estoy segura. Hoy es martes”, dijo Jessie. “Así que ha tenido la información que sea que le diera Crutchfield durante más de cuatro días. Uno pensaría que eso sería suficiente tiempo para seguirme la pista hasta encontrarme si la información fuera específica”.

“Claro, pero solo llevas de regreso en la ciudad unas veinticuatro horas, Jessie. Quizá pasara por tu casa cuando no estabas allí. Aunque se hubiera quedado plantado allí todo el fin de semana, no te hubiera encontrado”.

“Supongo”, concedió Jessie. “Pero algo me hace pensar que lo que fuera que le dijo Crutchfield fue tan enigmático como todas las pistas que me da a mí. En el momento que le dé mi nombre o mi trabajo, pierde toda su ventaja. Xander Thurman es su héroe, pero Crutchfield no es un ignorante. Sabe que él tiene las cartas en la mano y no creo que las pusiera todas sobre la mesa, incluso para el Ejecutador de los Ozarks”.

“Estás haciendo una suposición más que enorme”, notó Kat.

“Ya lo sé, pero hay algo en lo que me dijo a mí, sobre que ‘el auténtico hogar reside donde están los tuyos’ que me hace pensar que no ha terminado con sus jueguecitos. Creo que quiere darme una posibilidad de luchar”.

“Espero que tengas razón, Jessie”, dijo Kat con escepticismo. “Porque puede que tu vida dependa de ello”.

CAPÍTULO DIECIOCHO

Además de un dolor de cabeza brutal, a Jessie le palpitaba todo el cuerpo.

Había regresado a su apartamento, ya había terminado de cenar y trataba de relajarse, pero nada parecía servir de ayuda. No estaba segura de si eso se debía al entrenamiento especialmente intenso de la noche pasada o al largo, emocionalmente agotador, día de interrogatorios, pero le daba la sensación de que le hubieran pasado por una trituradora. Decidió tomarse una aspirina y darse una ducha caliente para relajar sus músculos y quitarse de encima el hedor del caso.

Cuando salió de la ducha, notó que había perdido una llamada de su madre de hacía una hora. Debía de haber ido directa al buzón de voz cuando estaba en Palisades, donde la cobertura era precaria. Lo escuchó mientras se secaba y se ponía algo de ropa.

“Hola, cariño, soy tu madre. Tu padre me dijo que llamaste ayer. Lamento no haber hablado contigo. Estoy muy orgullosa de que hayas pasado esa cosa del FBI. Él no te lo va a decir, pero lleva todo el día hinchado de orgullo. Se lo contó a todos los chicos del grupo de la policía con los que juega al póker. También quiero que sepas que, a pesar de sus bromas, no vomité ni una vez durante la cena de anoche. Ahora que digo esto en voz alta, resulta una manera extraña de terminar este mensaje. Así que, ¿qué tal con esto? Te quiero. Hablemos pronto”.

Jessie pensó en devolverle la llamada, aunque solo fuera para echarle la bronca a su madre por llamar al programa de la Academia Nacional “esa cosa del FBI”.

Echó una ojeada a la hora. Aquí eran las 7:30 de la tarde, lo que significaba que eran las 8:30 en Las Cruces. En circunstancias normales, no sería demasiado tarde para llamar, pero con todo lo que había pasado su madre físicamente, decidió esperar al día siguiente, cuando estaba segura de que se sentiría más fresca.

Se puso una sudadera, se acomodó en el sofá, y encendió la televisión. La ducha le había ayudado y la medicación para el dolor había empezado a hacerle efecto hasta el punto de que ahora ya no sentía más que una leve incomodidad. Se quedó mirando a la pantalla mientras su mente se desviaba a otra parte.

Hizo un esfuerzo por no pensar en la reunión entre Bolton Crutchfield y su padre, y lo que podía haber transpirado. Ese sendero solo le llevaba a una noche de insomnio.

En vez de eso, intentó distraerse concentrándose en el tema comparativamente alegre del asesinato de Penélope Wooten. Tal y como estaban las cosas en este momento, no estaba segura de los progresos que podrían hacer en el caso al día siguiente.

Los tres sospechosos principales parecían atrincherados en sus historias y a menos que uno de ellos confesara de repente, tenían que esperar a las pruebas forenses para tener más pistas. Probablemente, eso no estaría disponible hasta algún momento del día siguiente. Se encontraban en una pauta de espera.

Jessie se acomodó en el sofá, intentando imaginar los últimos momentos de Penny. En base a las heridas defensivas en las palmas de sus manos, era obvio que había visto cómo le atacaban. ¿Qué terrorífico tuvo que ser ver ese cuchillo enorme al tiempo que se daba cuenta de que la amenaza provenía de alguien que conocía, alguien en quien confiaba?

Jessie retrocedió mentalmente, acordándose de emplear las tácticas que había aprendido en la academia y de no hacer suposiciones que no estuvieran basadas en las pruebas. No sabía a ciencia cierta que ella conociera a su asaltante. Aunque fuera improbable que hubiera dejado que un desconocido entrara en su casa, no era imposible. O el culpable podía ser un conocido al que conocía lo bastante como para no desconfiar de él.

Se había encontrado con un callejón mental sin salida así que dejó que sus pensamientos vagabundearan de imaginarse la cocina como una escena del crimen a verla como un lugar de reunión. Era donde la familia comía y cenaba, donde los niños hacían sus tareas escolares. ¿Sería eso posible de nuevo? ¿Cómo manejarían el

pequeño Colt Jr. y Anastasia la noticia de la muerte de su madre? ¿Qué les iba a decir Colton Wooten?

Al principio, sospechó que querría llevárselos a un hotel a pasar la noche, pero entonces se acordó de que, con el autismo de Colt, alterar su rutina podía acabar haciéndole más daño que permanecer en la residencia. Era posible que tuvieran que pasar la noche en la misma casa en la que habían apuñalado a su madre.

La idea de que el lugar que estos niños llamaban hogar fuera distorsionado de una manera tan horrible era perturbadora. Se preguntó si serían capaces de sentirse cómodos de nuevo. ¿Decidiría Wooten que tenían que mudarse? Claro está, asumiendo que no estuviera en la cárcel por el asesinato de su madre.

De repente, un pensamiento, efímero y lejano, rebotó dentro de la cabeza de Jessie como una bola de pinball. Desapareció antes de que se pudiera agarrar a él. Se levantó y caminó hasta la cocina en busca de un poco de agua, esperando que, al moverse un poco, retornara.

Ahí estaba de nuevo, un recuerdo de palabras más que de imágenes, deslizándose con fluidez por su cerebro, visibles pero demasiado resbaladizas como para atraparlas. Intentó recordar en qué estaba pensando antes de que le llegara esa ráfaga. Era algo respecto a los niños mudándose, dejando atrás el lugar al que llamaban hogar. ¿Por qué le resultaban tan familiares esas palabras?

Y entonces se acordó. Esas eran las palabras exactas que había utilizado Bolton Crutchfield cuando le había dicho lo que le había contado a su padre.

“Le hablé de la ubicación del lugar al que llamas tu hogar”, le había dicho tras mencionar, aparentemente al azar, que “el auténtico hogar reside donde están los tuyos”.

Se le ocurrió que quizá Crutchfield no se hubiera estado refiriendo a su residencia actual. Quizá estuviera hablando del lugar que Jessie consideraba su hogar, el lugar donde se sentía más segura y más amada. Y si él la conocía tan bien como ella se temía, solo podía tratarse de un lugar: Las Cruces.

CAPÍTULO DIECINUEVE

Mientras se montaba en un taxi, Jessie llamó a su padre por cuarta vez.

“Al aeropuerto”, le ladró al conductor del taxi mientras escuchaba los interminables tonos de llamada. Después de un minuto, se rindió y llamó de nuevo a su madre por la que debía de ser la tercera o cuarta vez.

Cuando no obtuvo respuesta, intentó llamar a la línea fija de nuevo. Había perdido la cuenta de cuántas veces había llamado a ese número sin resultado.

Repasó su lista de contactos, en busca de la oficina de administración del complejo de apartamentos o de uno de los colegas retirados de su padre, pero no podía encontrar ninguno de ellos y le temblaban los dedos. Al final, lo dejó y decidió llamar a la oficina de campo del FBI en Las Cruces.

Tuvo que atravesar un árbol telefónico que parecía interminable antes de que le conectaran con una persona de verdad. Cuando por fin lo hizo, se identificó como criminóloga del L.A.P.D. en vez de como una hija preocupada y pidió hablar con el agente que estuviera al mando. Le transfirieron de inmediato.

“Agente Pearsall”, dijo un hombre de voz juvenil.

“Agente, me llamo Jessie Hunt. Trabajo como criminóloga para el Departamento de la Policía de Los Ángeles, Comisaría Central. Le llamo porque hay un asesino suelto al que he estado haciendo un seguimiento que se ha enterado de la dirección de la casa de mis padres, y me preocupa que quiera hacerles daño. Uno de ellos es un agente especial retirado del FBI de vuestra oficina, Bruce Hunt. No he conseguido ponerme en contacto con él ni con mi madre, Janice, en ninguno de sus teléfonos. Necesito que paséis por allí cuanto antes”.

Le dio la dirección al agente de voz temblorosa, además del código para acceder al edificio, la ubicación de la llave oculta de su puerta de entrada, y el código de seguridad del interior del apartamento.

“Está bien, voy a enviar alguien de inmediato”, le aseguró el agente Pearsall.

“No envíes simplemente a ‘alguien,’ agente”, dijo Jessie con firmeza. “Envía a todo el mundo. Si ese asesino está ahí, es extremadamente peligroso. Ha asesinado a un sinfín de personas y ha evitado que le capturen durante más de veinte años. No puedes enviar solamente un agente u ordenar que pasen con un coche patrulla. Además, estos son los padres de alguien que trabaja en otro departamento de la ley y uno de los que está en peligro es un veterano del FBI de veinticinco años. Vamos a echarle algo de cortesía profesional. ¿Está claro?”.

“Sí, señorita Hunt. Haré un llamado general en cuanto colguemos”.

“Gracias. Me dirijo al aeropuerto en este momento. Debería estar allí en unas cuantas horas. No dudes en llamarme con cualquier novedad”.

Le dio su número y colgó. Pensó en llamar a Ryan, pero decidió no hacerlo. No tenía sentido crear ansiedad para nadie más por el momento. Podría tratarse de una falsa alarma, aunque en el fondo supiera que no era así.

*

Se le dio prioridad de embarque en el primer vuelo que salía de Los Ángeles y estaba en el aire antes de que le pudieran llamar con ninguna novedad. Como no había vuelos directos a Las Cruces, tomó el primer vuelo disponible hacia El Paso, que estaba a un trayecto por carretera de cuarenta y cinco minutos.

Acabó aterrizando después de las 11 de la noche. Había pasado las tres horas más largas de toda su vida, atrapada en un tubo metálico,

sin saber lo que estaba pasando debajo de ella, incapaz de hacer nada por ayudar. Intentó matar el tiempo leyendo, después viendo una comedia en la pequeña pantalla que tenía delante suyo. No le ayudó nada. Llena de temor, acabó pasándose las últimas dos horas del vuelo mirando fijamente el respaldo del asiento que tenía delante.

Cuando salió de la pista de aterrizaje y entró a la terminal, miró a su alrededor en la zona casi vacía de la zona de embarque y vio a dos hombres vestidos con unos trajes aburridos y cortes de pelo sin gracia parados junto al puesto de periódicos con aire incómodo. Supo que estaban allí para recibirla y se acercó.

Uno de ellos era alto y cuadrado, de pelo moreno y ojos oscuros que indicaban que había visto algunas cosas durillas en su vida. El otro era más delgado, con pelo de color paja, pecas, y unos modales nerviosos que sugerían que todo esto le resultaba más nuevo.

“Soy Jessie Hunt”, dijo. “Creo que estáis esperándome a mí”.

“Así es”, dijo el que obviamente tenía más experiencia. “Soy el agente especial Miles Gerard y este es el agente Keith Pearsall, con quien hablaste hace un rato. ¿Puede venir con nosotros, señorita Hunt?”.

Jessie hizo lo que le pidieron. Aunque sentía la tentación de pedir que le pusieran al día, se mordió la lengua. Había algo en la manera en que se conducían ambos hombres que le decía que tenían información para ella, pero que quería contársela en un entorno más privado. Al darse cuenta de eso, sintió cómo le invadía un creciente pavor.

Llegaron a la oficina de seguridad del aeropuerto. El agente Gerard les guió a una sala privada en la parte de atrás que parecía ser de las que se utilizan para interrogatorios. Cuando todos estuvieron sentados, respiró profundamente, levantó la cabeza, le miró fijamente a los ojos, y empezó a contarle lo que ella ya sabía.

“Lamento muchísimo decirle esto, señorita Hunt, pero esta tarde, fuimos al apartamento de sus padres y los hallamos muertos a los dos. Les han asesinado. Creemos que sucedió a media tarde de hoy”.

Jessie asintió levemente, tragó saliva, y se las arregló para dejar salir una sola frase, abreviada.

"¿Estado de la investigación?".

Ambos hombres mostraron sorpresa ante su respuesta, pero Gerard le siguió la corriente y le respondió.

"Tenemos equipos de investigación y forenses en la escena en este momento. Parece que mataron a tu madre primero, y rápidamente. Tu padre murió más tarde. Parece que previamente… le interrogaron".

"Torturaron, quieres decir", clarificó Jessie.

"Sí, parece que sufrió algún tipo de trauma antes de su muerte".

Jessie asintió. Estaba a punto de decir algo cuando sintió como crecía una ráfaga ascendente de náuseas dentro de ella.

"¿Puedo tomar prestado vuestro servicio?", se las arregló para decir entre dientes.

"Está justo afuera a la izquierda", dijo rápidamente el agente Gerard.

Jessie asintió una vez más mientras se incorporaba y salía de la sala lo más rápido de lo que era capaz. Cuando ya estaba en el servicio con la puerta cerrada, tomó varias respiraciones largas, lentas, esperando exhalar el mareo que estaba haciendo que se le formaran gotas de sudor en la frente.

Imágenes de los rostros de Bruce y Janine Hunt revoloteaban en los confines de su mente, intentando meterse como fuera en el medio. Gritó involuntariamente al darse cuenta de que nunca volvería a ver esas caras con sus sonrisas en toda su vida. Sintió otro grito, más parecido a un sollozo, elevándose en su pecho, pero lo reprimió.

Ya habrá tiempo para esto, pero ahora no es el momento.

Tomó varias respiraciones profundas más hasta que se sintió segura de estar en control, hasta que sintió la certeza de que podía salir de

nuevo afuera y hablar con los agentes sin perderlo.

“Tenían una cámara de seguridad en el timbre de entrada, como la mayoría de los vecinos”, dijo Jessie al volver a entrar a la sala de interrogatorios, sorprendiendo a ambos agentes. “Toda la comunidad consiste de agentes de la ley retirados. El complejo tiene múltiples cámaras en varios puntos de entrada. ¿Ya han revisado todas esas cintas de seguridad?”.

“Todavía las estamos revisando”, dijo el agente Gerard, sin comentar su breve ausencia. “Pero la revisión inicial sugiere que el sospechoso utilizó un dispositivo láser para cegar las cámaras que él ya sabía dónde estaban. Todavía tenemos esperanzas de que se pueda haber saltado alguna y podamos obtener unas cuantas imágenes. Aún no hemos podido acceder la cinta de seguridad personal de tus padres”.

“Os puedo dar el código para eso. Llevadme allí, por favor. Cuanto antes estemos en el lugar de los hechos, menos se habrá comprometido la escena y más exacta será la imagen que podemos conseguir de lo sucedido”.

Los agentes se le quedaron mirando durante un segundo. Para sorpresa suya, fue Pearsall quién habló primero.

“Con el debido respeto, señorita Hunt”, dijo, “es una escena bastante dura ahora mismo. Quizá sea mejor que espere hasta después de que el CSU haya tenido la oportunidad de limpiar un poco”.

Jessie se puso en pie y miró a los dos hombres con fría certidumbre.

“Llevadme allí ahora mismo”.

CAPÍTULO VEINTE

Mientras Jessie se aproximaba a los escombros de lo que había sido el "hogar dulce hogar" de sus padres, se obligó a sí misma a recordar su formación. Si había alguna situación en que necesitara depender de ella, era esta.

Sigue las pruebas. Deja que te cuenten la historia de lo que pasó aquí. No intentes encajarla dentro de una teoría existente. No te precipites a sacar conclusiones. No dejes que se convierta en algo personal.

Esa última iba a ser difícil.

Se quedó de pie fuera de la puerta principal unos cuantos segundos, ordenando a su mente que se convirtiera en una página en blanco para que pudiera absorber la escena que estaba a punto de examinar sin emoción ni prejuicios. Sabía que casi era una tarea imposible, pero si iba a obtener justicia para Bruce y Janine Hunt, sus verdaderos padres, tendría que dejar de lado sus propios sentimientos el mayor tiempo posible.

Se puso los guantes de forense, cubrió sus zapatos con unas bolsas de plástico holgadas, tomó varias respiraciones profundas, y atravesó la puerta principal. Lo primero que notó fue que había dos equipos trabajando en lo que parecían ser dos escenas separadas del crimen.

Descendió por el pasillo hasta donde estaba reunido el grupo más reducido, en el dormitorio de sus padres. Los agentes Gerard y Pearsall le seguían desde una distancia respetuosa, listos para responder cualquier pregunta que pudiera tener.

Entró al dormitorio y vio a Janine Hunt tumbada en la cama. Llevaba unos pantalones deportivos y una camiseta de algodón de manga larga que se había comprado en Cancún hacía unos años. Decía "Margarita es mi segundo nombre. Sí, en serio".

Tenía los ojos abiertos y su cabeza estaba girada de manera

antinatural hacia la izquierda, como resultado de que le rompieran el cuello. Jessie desvió la mirada un segundo, parpadeó unas cuantas veces, se tomó un momento para recomponerse, y entonces volvió la vista hacia la cama.

Además de la herida que le había matado, en general su madre parecía tranquila. Su fino cabello castaño, donde asomaba la calvicie en algunos puntos, estaba expuesto y su peluca descansaba sobre la mesita de noche. Las arrugas en los extremos de sus ojos parecían menos pronunciadas.

Una de dos: o ella no había sido consciente de lo que estaba a punto de suceder o Xander Thurman había recolocado su cuerpo para que pareciera estar en paz después de matarla. Sus brazos reposaban a ambos costados. Llevaba puestos unos calcetines gruesos, porque se le quedaban los pies fríos y temblorosos después de las sesiones de quimio.

Jessie dejó vagar la mirada por la habitación, en busca de cualquier cosa fuera de lo normal. No había nada. La puerta del armario estaba cerrada. La puerta del cuarto de aseo estaba ligeramente entreabierta. La televisión estaba apagada y el control remoto reposaba sobre ella. El video anticuado VCR estaba a la derecha. El panel de mandos, donde se leía Reproducir, estaba tan cubierto de polvo que apenas se podía leer la palabra. No parecía que se hubieran llevado ninguna foto familiar. Parecía todo normal, excepto por la mujer asesinada sobre la cama.

Jessie salió afuera y bajó por el pasillo hasta donde se había congregado el grupo grande de investigadores en el estudio. Cuando estuvo más cerca, vio lo que era de tanto interés. Se le ocurrió que su madre había tenido algo de suerte. Se arrodilló, fingiendo atarse los cordones de los zapatos, aunque los llevaba cubiertos por las bolsas. Mientras estaba de rodillas, se permitió exhalar sigilosamente el sollozo que se había materializado en sus pulmones. La imagen que tenía delante era brutal, dolorosamente familiar.

Bruce Hunt estaba sentado en una silla del comedor, con los antebrazos atados con cinta adhesiva a los reposabrazos de madera. Y había un corte largo, profundo, de cuchillo, que le cruzaba el

pecho desde su hombro izquierdo hasta justo debajo del cuello.

La mano de Jessie se movió involuntariamente al punto en su pecho donde tenía una cicatriz que encajaba perfectamente con la herida de su padre, del mismo modo que lo hacía todo lo demás en esa escena. Cuando Xander forzó a la pequeña Jessica Thurman a que viera cómo mataba a su madre, también le ató sus brazos y piernas a una silla y le puso cinta adhesiva en los ojos para que no pudiera parpadear.

También le hizo un corte largo en la parte superior de su tórax. Era todo igual, excepto por una cosa.

Su padre tenía una segunda herida de cuchillo en su pecho. El arma no se veía por ninguna parte, pero debía de haber sido grande porque el agujero que había sobre su corazón era tan grande como una pelota de golf.

La sangre, ahora mayormente reseca, había goteado de su cuerpo y se había acumulado en un charquito entre sus pies.

Parecía muy frágil. Su pecho fornido estaba enroscado sobre sí mismo. Sus brazos, previamente fibrosos, colgaban lacios. Ya no era el hombre que ella respetaba tanto como ocasionalmente resentía, que le había mantenido a salvo todos esos años. Era solo un viejo, empujado hasta su punto de ruptura antes de que le mataran.

Alejando la ola ascendente de dolor a un lado, Jessie se obligó a sí misma a echar un vistazo por el estudio, en busca de algo inusual, algo sustancialmente diferente desde su visita hacía menos de tres meses. No había nada que le llamara la atención, pero no es que confiara mucho en sus poderes de observación en este preciso momento.

“Asegúrate de que tomen muchas fotografías de la habitación”, murmuró, hablando a Gerard y Pearsall por primera vez desde que entraran al apartamento. “Voy a querer estudiar los detalles más a fondo después”.

Los dos asintieron mientras Jessie salía de nuevo al aire fresco, de última hora, de la noche de New Mexico. Dio varios pasos y se

sentó en un banco cerca de un pequeño jardín junto al sendero. Su mente estaba nadando.

Habían hecho todo esto por ella, ya fuera como castigo o como advertencia. Era un recordatorio de lo que Xander le había hecho hace años a la persona que ella más quería en el mundo. Era un recordatorio de que todavía podía llegar hasta la gente que a ella le importaba, la gente que le hacía sentir a salvo.

De un modo extraño que no podía explicar del todo y en el que no quería pensar, esto también era una manera de volver a presentarse en su vida después de muchos años alejados. Estaba diciendo, “he vuelto”.

*

Jessie se quedó sentada fuera del apartamento otra hora mientras los distintos equipos realizaban su trabajo, procesando pruebas y retirando los cadáveres de sus padres. Por fin, Gerard se le acercó.

“Queremos que vengas a la oficina del examinador médico para firmar oficialmente las identificaciones”, le dijo en voz baja. “Tendrán que conservar los cadáveres unos cuantos días para la investigación, pero deberían poder entregártelos para el fin de semana como muy tarde”.

“Gracias”, le dijo, sin elevar la vista.

“John Brode, el agente encargado de nuestra oficina, esperaba hablar contigo esta noche o mañana. Quería saber lo que tú le pudieras decir respecto a tu sospechoso”.

“Le daré mi declaración esta noche. ¿Puede reunirse con nosotros en la oficina del examinador médico?”.

“Claro, se lo diré”, prometió Gerard. “¿Tienes algún sitio donde quedarte? Te puedo recomendar unos cuantos sitios si quieres”.

“Está bien. Una vez tengamos todo organizado esta noche, tengo pensado volver directamente a Los Ángeles. Tomaré tus recomendaciones de alojamientos para cuando regrese por el funeral, quizá este fin de semana”.

“¿Te vas mañana de aquí?”, le preguntó con incredulidad.

“Sí, estoy en medio de un caso. Además, tengo la sensación de que el tipo que ha hecho esto se dirige ahora hacia allí. Esto no fue más que su acto de apertura”.

Su teléfono vibró. Se alejó del boquiabierto agente del FBI, miró el mensaje y soltó un grito. El mensaje era de su padre, Bruce Hunt.

CAPÍTULO VEINTIUNO

A Jessie le costó unos cuantos segundos entender lo que debía de haber pasado.

El mensaje no consistía, como había esperado, en alguna declaración de amor desde el otro lado del velo. En vez de eso, simplemente era una confirmación de que el pedido que había realizado con Amazon había sido procesado. El pedido, que debía entregarse a Jessie, era de un CD de un álbum titulado The Best of Bobby McFerrin.

Comprobó la hora a la que se había hecho el pedido, las 4:17 de la tarde, y se dio cuenta de que estaba justo en medio de ese periodo de tiempo en el que le habían estado torturando. Se le ocurrió que debía de haber realizado el pedido mediante el dispositivo Alexa mientras estaba atado a la silla. Y como se lo estaba enviando a ella, estaba casi segura de que encontraría algún tipo de mensaje en código para ella.

Hizo clic en el enlace del álbum y descendió hasta encontrar la lista de pistas, esperando descubrir de qué se trataba el mensaje. Solo recordaba vagamente el nombre de Bobby McFerrin, así que no le venían a la mente ninguna de sus canciones.

Entonces lo vio. La primera canción del álbum era una que le resultaba familiar, aunque nunca supo quién la cantaba. Se titulaba "Don't Worry Be Happy."

Los recuerdos le inundaron de repente, abrumándola. Esta era la canción que su padre le había cantado más a menudo como nana cuando era una cría. Se la cantaba durante los primeros meses después de que se fuera a vivir con ellos, cuando todavía estaba conmocionada por lo que había pasado y no podía dormir. Se la cantaba cada vez que se despertaba gritando en medio de la noche. Y le ayudaba.

Se acordó de que, en cierto momento, solo tenía que tararear los

primeros compases de la canción para calmarla. Lo hizo justo antes de que descendiera esquiando su primera montaña intermedia, antes de que saliera al escenario en la obra de la escuela primaria, y antes de que le volviera a colocar su dedo dislocado en su sitio en un entrenamiento de softball.

Tenía una capacidad pavloviana para calmarle. Era su manera de decirle "Estoy aquí y todo va a ir bien". Pero en este caso, Jessie entendió de repente, quería decir algo ligeramente diferente. Quería decir "te protegeré". Era su manera de decirle que daba igual lo que le torturaran, Bruce Hunt no iba a desvelar nada sobre su vida o su ubicación.

Jessie amaba a su padre por eso. Le encantaba que, en su momento de mayor dolor, hubiera seguido siendo el Bruce Hunt de siempre. Había utilizado su inteligencia. Se le había ocurrido un plan. Había hecho todo lo que había podido para proteger a su pequeñina.

Sin embargo, Jessie sabía que había sido un gesto inútil. Su padre no podía mantenerle a salvo de Xander Thurman. Como mucho, había retrasado lo inevitable. Ahora pertrechado con su nuevo nombre y tras ver fotos suyas por todo el apartamento, el Ejecutador de los Ozarks acabaría por encontrarla.

Mientras miraba fijamente la pantalla de su teléfono, se le ocurrió otra idea a Jessie. Volvió la vista hacia Gerard y Pearsall, que estaban de pie a un lado, mirándola llenos de aprensión.

"¿Alguna razón por la que no pueda regresar al apartamento?", preguntó Jessie.

Gerard sacudió la cabeza de un lado a otro.

"Ya han procesado la escena", le aseguró. "Claro que no."

Entró de nuevo a la casa y examinó en detalle la sala de estar. La silla a la que habían atado a su padre estaba a unos buenos cinco metros del dispositivo Alexa, que reposaba en la barra de desayunos entre la sala de estar y la cocina. Para asegurarse de que pudiera escuchar el pedido de este CD, tendría que haber hablado muy alto. Difícil de imaginar que Xander le hubiera permitido hacer eso. Eso

quería decir que debía de haber hecho el pedido mientras Xander estaba en alguna otra parte.

¿Dónde en el apartamento se habría ido Xander el suficiente tiempo como para que Bruce se sintiera confiado de que podía hacer el pedido?

Tendría que haber sido lo bastante lejos como para que Bruce estuviera seguro de que no le escucharía. Jessie descendió de nuevo por el pasillo, tratando de recrear los probables movimientos que habría realizado Xander. Miró al servicio de invitados, reconociendo que era posible que hubiera entrado allí, dejando que Bruce hiciera el pedido. Sin embargo, por alguna razón, eso no le encajaba del todo.

Volvió a entrar al dormitorio de sus padres. Ahora la cama ya estaba vacía y le habían quitado las sábanas. Todo lo demás estaba como había estado un rato antes, pero tenía una sensación, no basada en análisis forense, de que aquí era donde había estado Xander mientras Bruce hacía el pedido. Y estaba haciendo algo aquí que hizo que Bruce estuviera seguro de que podía hacer el pedido sin que le oyera. Un pensamiento horripilante apareció en su mente.

“A mi madre no le asaltaron sexualmente, ¿correcto?”, le preguntó a Gerard, que estaba rondando a mitad del pasillo.

“No”, dijo. “Van a hacer un examen completo en la oficina del examinador médico, pero no había indicación inicial de ningún otro trauma más que el de la herida en el cuello”.

Jessie asintió y volvió la atención hacia el dormitorio, dejando que sus ojos la escanearan sin fijarse en nada concreto. Como le había sucedido antes, nada parecía fuera de su lugar. Su mirada reposó en la televisión.

Casi nada.

Vio el control remoto, apoyado sobre el aparato, y se dio cuenta: no había ninguna justificación para que el control estuviera ahí. En su estado debilitado, su madre tendría el control junto a su cama. Su padre no tenía razón para moverlo de sitio. Aunque él lo estuviera usando, lo hubiera dejado en su lado de la cama. No había razón

para ponerlo sobre la televisión.

Xander lo había movido.

¿Por qué?

Se acercó un poco más a la pantalla, y entonces echó un vistazo al video y registró algo que se le había escapado en la primera ocasión. Sus padres no eran muy adeptos a la tecnología, como probaba el hecho de que aún tuvieran un reproductor de video en casa. Y durante todo el tiempo que ella recordaba, siempre titilaba ese familiar "12:00" en la pantalla.

Pero ahora, por debajo de una gruesa capa de polvo, la pantalla decía: Reproducir. Esto quería decir que alguien había metido una cinta al dispositivo. Y estaba esperando a que alguien la viera.

Miró hacia atrás por encima de su hombro para asegurarse de que ninguno de los dos agentes del FBI había entrado a la habitación. Entonces presionó el botón Expulsar. Surgió una cinta de video de la ranura. Con una sola mirada, pudo confirmar sus sospechas de que provenía de Xander.

Pegado con cinta adhesiva al lomo del video había un pequeño Post-it con una palabra escrita a mano con tinta negra: BICHO DE VERANO.

Ese era el apodo por el que su padre le llamaba de pequeña. La cinta iba destinada a ella. Sin pensarlo, la sacó del aparato y se la metió al bolsillo de la chaqueta.

"Vámonos", les gritó a los agentes en el pasillo. "Aquí no hay nada".

CAPÍTULO VEINTIDÓS

Jessie tenía que recordarse a sí misma que no estaba en peligro inminente.

Mientras esperaba fuera de la terminal del aeropuerto de Los Ángeles a que viniera Kat Gentry a recogerla, se dijo a sí misma que, ahora mismo, su padre no querría descuartizarla, al menos no hasta que supiera con certeza que ella había visto lo que fuera que hubiera en esa cinta. Hasta que no viera su mensaje, estaba casi con toda certeza a salvo.

Jessie miró su reloj. Eran las 10:51 de la mañana. Había estado en Las Cruces menos de doce horas. Después de identificar oficialmente los cadáveres de sus padres en la oficina de examinador médico y de darle al agente especial a cargo Brode una descripción detallada, aunque intencionadamente incompleta, sobre quién era el Ejecutador de los Ozarks, reservó un vuelo de vuelta a Los Ángeles y le pidió al agente Pearsall que le llevara al aeropuerto.

Se prometió regresar el fin de semana para el funeral y para responder a cualquier pregunta adicional que pudieran tener. No había razón para que se quedara en Las Cruces y había varias para que regresara a L.A. Necesitaba advertir a los chicos de la Comisaría Central de que había un peligroso asesino en serie suelto. Tenía que confrontar a Bolton Crutchfield sobre lo que había sucedido. Y necesitaba encontrar un lugar tranquilo donde ver el video que Xander le había dejado.

Cuando vio a Kat entrar por la curva y saludarla, Jessie sintió una repentina ráfaga de emoción al verla. Tras toda una noche esforzándose por parecer impenetrable y profesional, por fin vio un rostro amigable. Sabía que su sistema estaba desesperado por bajar las defensas, por sentir de manera auténtica el impacto de los eventos de la noche anterior. Pero todavía no podía hacer eso, así que reprimió el sentimiento.

Kat salió y caminó al otro lado del coche, extendiendo los brazos para envolver a Jessie en un gran abrazo.

“Lo siento muchísimo”, le susurró mientras le estrujaba con fuerza.

“Gracias”, dijo Jessie, impresionada ante lo equilibrada que sonaba su voz. “Salgamos de aquí”.

Afortunadamente, Kat no la machacó a preguntas de camino a la comisaría, que la recibió mayormente en silencio. Jessie ya le había puesto al día cuando le había llamado desde el aeropuerto de El Paso para pedirle que le viniera a buscar al aeropuerto. También le había pedido a Kat que se pusiera en contacto con Ryan Hernández para ponerle al día. No tenía ningunas ganas de repetir la misma historia multitud de veces.

“Ryan me dijo que el capitán Decker ha reservado un tiempo para reunirse contigo cuando llegues. Le dijo lo más esencial, aunque seguramente tengas que completar tú la historia”.

“Eso no me hace ninguna gracia”, admitió Jessie. “Va a querer saber por qué no fui más sincera con él antes”.

“No tienes ninguna obligación en ese sentido”, insistió Kat. “Hasta ahora, no sabíamos si Crutchfield hablaba en serio o no. No sabíamos lo que tu padre estaba planeando. No había nada que contar”.

“No estoy segura de que él lo vea de esa manera”.

“Jessie, me sorprendería mucho que te echara a los leones por rebelde dadas las circunstancias. Él ya sabe que tú… has pasado por mucho. ¿Cómo lo llevas por cierto? ¿Has dormido?”.

“Me quedé frita unas cuantas horas durante el vuelo”, dijo Jessie. “Por lo demás, básicamente he blindado mis sentimientos de los hechos acontecidos”.

“¿Y es eso saludable?”, preguntó Kat.

“Probablemente no lo sea”, admitió Jessie, “pero si me permito ponerme a navegar los recuerdos o a llorar, voy a derrumbarme. Y

ahora mismo no puedo dejar que eso suceda. Xander todavía está suelto y tiene alguna clase de plan que todavía no entiendo. Necesito permanecer concentrada y determinada para poder atraparle. El funeral por mis padres será este fin de semana. Procesaré mis sentimientos por ellos entonces, pero, por ahora, no puedo bajar la guardia".

"¿Puedo ir al funeral?", preguntó Kat en voz baja.

"Eso estaría bien", dijo Jessie.

Ambas ignoraron la contracción en su garganta

*

El patio de oficinas se quedó claramente en silencio cuando ellos entraron. Jessie fingió no notarlo y se acercó a su escritorio con Kat caminando por detrás suyo. Ryan le vio acercarse y se levantó. Cuando llegó Jessie, le dio un abrazo rápido.

"Dime si hay algo que pueda hacer", le dijo en voz baja al oído. "Si necesitas alguien que te escuche, un chófer, un chico de los recados, o una bolsa para pegar puñetazos, aquí estoy".

"Gracias, Ryan", le dijo. "Por ahora, lo que necesito es atrapar al hombre que hizo esto. Todo lo demás es secundario".

"Entendido. Vamos a hablar con el capitán para ver cómo podemos hacer que eso suceda".

Empezaban a caminar hacia el despacho del capitán, cuando Ryan miró hacia atrás y vio a Kat de pie detrás de Jessie.

"Tú también deberías venir", dijo. "Considerando tu línea de trabajo, es posible que puedas tener alguna información que pueda ser de ayuda".

Kat asintió y los tres se dirigieron al despacho del capitán Decker.

Estaba al teléfono, pero les hizo un gesto para que tomaran asiento en el sofá grande que había contra la pared de atrás. Colgó mientras se acomodaban y se quedó de pie con incomodidad. No se le acercó, pero le hizo un gesto de condolencia con la cabeza.

“Hernández me puso al día sobre lo que ha sucedido, Hunt. Lamento muchísimo tu pérdida”.

“Gracias, capitán”.

“Quiero que sepas que el departamento está para apoyarte de cualquier manera que sea posible. Tienes acceso completo a los recursos de salud mental, entre ellos un terapeuta del luto. Contamos con un periodo generoso para hacer duelo en el plan de beneficios. Hay a tu disposición grupos de apoyo. Todos estamos aquí para ti”.

“Se lo agradezco, capitán”, reiteró Jessie.

“Muy bien, esta es la parte difícil. Estoy seguro de que estás agotada y no quiero abrumarte. Como dije, Hernández me contó un poco. Y no necesito que repases lo que ha sucedido en New Mexico. Pero esperaba que pudieras elaborar respecto a tu conexión con este Thurman. Sé que hay algo ahí, pero me resulta todo algo confuso. Tiene que estar todo mucho más claro si queremos mantenerte a salvo”.

Jessie le miró a Ryan, sorprendida.

“No le hablé de la parte personal”, dijo en voz baja. “Pensé que no debía hacerlo”.

Ella asintió. En parte, le agradecía la discreción, pero en este momento, casi deseaba que él le hubiera contado todo para no tener que hacerlo ella.

“Es una historia un poco larga”, dijo ella.

“Tengo tiempo”, le aseguró Decker.

Entonces, Jessie se lo contó todo. Empezó por hablarle de sus principios en el sureste de Missouri y de que su nombre real era

Jessica Thurman. Siguió hablando de cómo su padre le había secuestrado a ella y a su madre, para llevárselas a una cabaña aislada en los Ozarks y cómo, al llegar allí, les había revelado que llevaba años matando a gente. Contó cómo asesinó a su madre mientras ella observaba y después la abandonó, dándola por muerta.

Jessie ignoró sus ojos cada vez más abiertos cuando le informó de que, posteriormente, su padre se había ganado el apodo del Ejecutador de los Ozarks y había desaparecido del sistema del todo. Habló de cómo a ella la metieron en Protección de Testigos y la colocaron con un agente del FBI de New Mexico y su mujer. Habló de cómo, después de eso, había llevado lo que en teoría era una vida razonablemente normal como Jessie Hunt. Claro está, hasta que su propio marido había tratado de matarla.

Finalmente, con algo de apoyo por parte de Kat, le informó de cómo se había enterado de que su padre había estado en contacto con Bolton Crutchfield y cómo, a pesar de estar encerrado, de alguna manera Crutchfield se las había arreglado para pasarle información sobre la familia adoptiva de Jessie.

“Y ya sabes el resto”, concluyó Jessie.

Decker se quedó sentado en su butaca en silencio durante todo un minuto antes de responder. Jessie podía asegurar que quería abordar el hecho de que se hubiera guardado todo eso para sí misma hasta ahora, pero, galantemente, decidió no tocar ese tema. En vez de ello, le dirigió su primera pregunta a Kat.

“¿Puedes filtrar imágenes de Thurman para que las distribuyamos?”.

“Por desgracia, la segunda vez que visitó a Crutchfield, iba bien disfrazado como un detective de la división Rampart cuyo cadáver fue hallado ayer, apaleado y abandonado en una bañera. Puede que la primera visita de hace dos años sea más útil. También iba disfrazado, pero en menos detalle, probablemente porque no pensábamos que teníamos que buscarle en ese momento. ¿Qué te parece, Jessie?”.

“Sí, en la primera visita, cuando asumió la identidad de un profesor de psicología, se parecía bastante a como creo que es ahora”.

“Muy bien”, dijo Decker. “Entonces empezamos con eso, quizá hagamos que nuestros chicos técnicos le alteren digitalmente para tener varias versiones con las que trabajar. Al menos, es un comienzo. Entretanto, vamos a concederte una escolta de protección, Hunt”.

“¿Qué? ¿Por qué?”.

“Estás bromeando, ¿no es cierto?”, le dijo, incrédulo. “Este tipo ha matado a tus padres y parece que ahora vaya a por ti. ¿No crees que deberíamos tomar algunas precauciones?”.

“No estoy segura de lo que quiere”.

“No estoy seguro de que importe”, le contradijo él. “Hay un asesino en serie suelto. Y si no sabe todavía tu ubicación, la sabrá muy pronto. Necesitamos estar preparados para esa eventualidad”.

“Pero necesito moverme con libertad para trabajar”, protestó ella. “Quiero ir a ver a Crutchfield. Es la razón de que sucediera todo esto. Quiero mirarle a los ojos y enfrentarme a él”.

“¿Estás segura de que esa es la mejor elección dadas las circunstancias?”, preguntó Decker, dubitativo.

“Lo cierto es que no es mala idea”, intervino Kat. “Crutchfield siente algo por Jessie. Es difícil de explicar. No le llamaría enamoramiento tanto como… admiración. Thurman es su mentor y creo que, en un principio, planeaba hacer lo que el asesino en serie al que ha estado imitando le pidiera. Sin embargo, cuando conoció a Jessie, le empezó a caer bien. Empezó a respetarla. Ha desarrollado un extraño afecto por ella. Creo que sus lealtades se encuentran en conflicto. Si ella entra a su celda y le reta sobre su culpabilidad en las muertes de los Hunt, puede que tenga cierto impacto".

“¿Crees que va a sentir remordimientos?”, preguntó Decker, con incredulidad.

“No”, dijo Kat. “Es un asesino en serie. No siente remordimientos.

Pero se ve a sí mismo como un practicante de la justicia. Puede que sienta que, como le dio a Thurman cierta información que acabó con la muerte de los Hunt, está en deuda con Jessie, aunque solo sea por mantener el espíritu deportivo".

"Eso suena a él", asintió Jessie. "Si podemos apelar a su retorcido sentido del honor, puede que me ofrezca algo útil".

Decker seguía teniendo aspecto de escepticismo, pero acabó por encogerse de hombros.

"Francamente, estoy abierto a casi cualquier cosa en este momento. Estamos en un lugar difícil".

"Entonces, nos vamos para Norwalk ahora mismo", dijo Jessie.

"Bien, pero después de eso, estás de baja oficial. Quiero que vayas a casa y descanses. Tienes un aspecto terrible. Y te voy a signar esa escolta de protección. Se unirán a ti en tu viaje para ir a ver a Crutchfield y te llevarán a casa, donde permanecerán hasta futuro aviso".

Jessie estaba a punto de protestar cuando vio que Ryan sacudía imperceptiblemente la cabeza. A pesar de sus dudas, se mordió la lengua y asintió. Con la reunión terminada, todos empezaron a salir por la puerta.

"¿Tenemos algún viejo reproductor de video en este lugar?", le preguntó a Ryan mientras salían del despacho de Decker. "Yo no tengo uno y esperaba poder tomar prestado un aparato".

"Claro, tienen un montón de ellos sin reclamar cerca de la sala de pruebas. ¿Por qué?".

"Encontré una vieja cinta de video en casa de mis padres. Esperaba verla más tarde. Puede que tenga algún recuerdo de otros tiempos mejores en familia, y podría sentarme bien, ¿sabes?".

"Me haré con uno", le dijo. "¿Por qué no vas a rellenar tu papeleo para la baja? No te llevará mucho tiempo. Entretanto, me haré con un video para ti".

“Gracias, Ryan”, dijo Jessie.

Mientras le veía alejarse, sintió una pequeña punzada de culpabilidad por engañarle, pero se desvaneció rápidamente cuando se acordó de por qué lo había hecho. El Ejecutador de los Ozarks tenía un mensaje privado para ella. Y tenía que verlo, cuanto antes.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

Cuando llegaron al DNR, Jessie y Kat se libraron de la escolta de protección.

Los dos hombres que les había asignado Decker, los agentes Beatty y Nettles, les habían seguido hasta Norwalk en un coche patrulla. Beatty, desgarbado y de cabello rubio, era un novato lleno de entusiasmo. Había cometido algunos errores en su tratamiento de un sospechoso en un caso que llevaba Jessie, pero era diligente y con mucha energía. Era improbable que se quedara dormido mientras custodiaban su apartamento.

Nettles, más mayor, tosco, y más canoso, tenía mechones de pelo gris en su cabello moreno. Jessie nunca había trabajado con él antes, pero Ryan le había dicho que era todo un profesional que podía ser de lo más duro cuando hacía falta. Ryan también le había advertido de que tenía mujer y dos hijos en casa, por lo que seguramente no estaría encantado con su puesto. Su ademán taciturno cuando hicieron las presentaciones lo dejó bastante claro.

Se permitió a los dos agentes que merodearan por la pequeña sala de espera junto al mostrador frontal de la instalación del DNR. Pero cuando Kat llevó a Jessie a la sala de Preparación, se quedaron atrás.

“No tenéis autorización de seguridad”, les había dicho Kat, dando por zanjado el asunto.

Pasaron rápidamente por la comprobación rutinaria de seguridad y llegaron a la unidad de confinamiento en menos de diez minutos. Cuando Kat abrió la puerta, Ernie Cortez volvió la mirada hacia ellas.

En el instante que vio a Jessie, se acercó a ella. Ahora no tenía ni pizca de su chulería conquistadora. Simplemente le envolvió con sus brazos masivos y le dio un apretón. Cuando la soltó, tenía los ojos húmedos. Parecía como si quisiera decir algo, pero no pudiera

encontrar las palabras adecuadas.

“Gracias, Ernie”, le dijo Jessie, librándole de la presión.

Él asintió y regresó a su puesto, sorbiéndose los mocos. Jessie le miró a Kat, que sonrió levemente y se encogió de hombros.

Dos minutos después, Jessie entraba a la celda de Bolton Crutchfield. A pesar de que llevaba la llave electrónica en su mano izquierda, estaba determinada a no utilizarla. Crutchfield yacía sobre su espalda en su cama de marco metálico, leyendo un libro machacado, con las esquinas de las páginas dobladas. Cuando entraron Jessie y Kat, se incorporó, con una expresión de ligera sorpresa en su cara.

“¿A qué debo el hon…?”, comenzó a decir antes de que Jessie le cortara en seco.

“Están muertos”, dijo bruscamente. “Bruce y Janine Hunt están muertos”.

Con delicadeza, Crutchfield colocó el libro sobre su colchón, y entonces elevó la vista, para encontrarse con la de Jessie.

“Eso es inesperado”, dijo con lentitud.

“¿Le dijiste a mi padre dónde encontrarlos y creíste que solo quería charlar con ellos?”, exigió Jessie incrédula.

Crutchfield no dijo nada durante unos cuantos segundos. Cuando por fin lo hizo, habló en un susurro.

“En primer lugar, no le dije dónde encontrarles. Le di una pista, que asumí que, si era capaz de utilizar, le llevaría a tu antiguo hogar. Pensé que podía deducir tu ubicación actual en base a dicha información. En segundo lugar, pensé que sería posible que quisiera pasar desapercibido, reunir los detalles necesarios para encontrarte, y salir de allí sin dejar que nadie se enterara de su presencia. En retrospectiva, veo que erré al hacer esa suposición”.

“¿Tú crees?”.

“Claramente”, continuó, ignorando su sarcasmo, “no consideré apropiadamente el nivel de animosidad que tu padre tendría contra la gente a la que veía como los usurpadores de su rol parental. Por lo visto, también sobreestimé su preocupación con que le pudieran atrapar”.

“Sí, parece que hayas cometido muchos errores de juicio”, asintió Jessie furiosa. “Y ahora hay dos personas inocentes muertas como consecuencia de ello”.

“Lamento eso”, dijo con sequedad.

Jessie respiró profunda, lentamente, obligándose a permanecer tranquila. Por muy disgustada que se sintiera, no servía de nada ponerse a gritar. Necesitaba cualquier información que pudiera ofrecer y atacarle, aunque le resultara satisfactorio, probablemente no acabaría siendo lo más productivo.

“Quizá haya alguna manera de mitigar el daño que has hecho”, dijo por fin.

“Parece que es tarde para eso, señorita Jessie”.

“Para mis padres, sí lo es”, asintió Jessie, manteniendo un tono suave de voz. “Pero Xander Thurman todavía está suelto. Está buscándome a mí. Y está bastante claro que tiene malas intenciones. A menos que desees que se salga con la suya, ayúdame. De lo contrario, es muy posible que esta sea la última vez que hablamos. Puede que no dure con vida mucho más tiempo”.

“¿Cómo puedo ayudarte en algo?”, le preguntó él. “Estoy encarcelado”.

“Te has visto con él dos veces en tiempos recientes. Sabes cómo piensa. Dame algunas herramientas para que pueda protegerme. Me debes eso”, le imploró.

“Mucho me temo que tu padre fue muy reservado conmigo. Sabía que yo estaba eufórico de estar en su presencia y que consideraría todo un subidón poder servirle de ayuda, aunque no hubiera nada de ganancia para mí en todo ello”.

“Ha debido de darte alguna sensación de por qué está buscándome”, insistió Jessie.

“Nada en concreto, por desgracia. Creo que no confiaba demasiado en mí”.

Jessie estaba sentada al escritorio que había al otro lado de su celda acristalada, pensando en silencio. Por primera vez en su interacción, no tenía la impresión de que Crutchfield estuviera jugando con ella. Parecía sincero cuando afirmaba que no conocía las intenciones de su padre.

“Hubo una cosa”, concedió por fin. “Dudaba en mencionarlo porque no estoy seguro de que sea de ninguna importancia, pero si te ayuda a entender mejor cómo funciona la mente de tu padre, quizá sirva de ayuda. No dejaba de hablar de la familia”.

“¿Qué quieres decir?”.

“Dijo que quería reunirte con la familia. Quería que la familia estuviera reunida. No sé si lo decía como una metáfora, como que te quisiera matar y reunirte con tu madre muerta. O si lo decía en el sentido de un deseo literal, secuestrarte y llevarte a alguna isla que solo esté poblada por miembros del clan Thurman, pero parecía importante para él. ¿Le daba mucha importancia a la familia cuando eras pequeña?”.

“No”, recordó Jessie. “Conocí a unos cuantos parientes por el lado de mi madre cuando les fuimos a visitar. No creo recordar donde vivían, pero no era cerca de nosotros. No creo que conociera a un solo miembro de la familia de mi padre”.

“Entonces, resulta extraño que fuera algo tan importante para él ahora”, dedujo Crutchfield. “¿No crees?”.

Jessie se le quedó mirando con los ojos achinados.

“¿Cómo sé que esto es genuino y que no me estás tomando el pelo?”.

Crutchfield pareció ofenderse levemente.

“Supongo que no puedes”, admitió. “No puedo demostrar que lo que digo sea verdad. Solo puedo decirte lo que él me dijo. Puedes elegir si me crees o no. Ni siquiera estoy seguro de que te pueda servir de algo, pero es todo lo que tengo que ofrecer”.

Sin saber muy bien por qué, lo cierto es que Jessie le creía. Aun así, se levantó y echó la silla hacia atrás, lista para marcharse. Para su sorpresa, Crutchfield también se puso de pie y se acercó hasta que estuvo delante del separador de cristal, a solo dos metros de ella.

“Señorita Jessie”, le dijo en voz baja, “ya conoces mis delitos. No puedo fingir que sea capaz del tipo de empatía que cabe esperar en esta situación, pero puedo decirte que, en el tiempo que hemos tenido para conocernos, he desarrollado, muy a mi pesar, un respeto hacia ti. Poner mi mente a prueba contigo ha sido estimulante. Espero que creas que jamás fue mi deseo que los que te quieren acabaran pagando este precio. No hubiera sido mi elección”.

“¿Es esto una disculpa?”, preguntó Jessie.

“Es un reconocimiento de mis fallos. Y si tu padre te encuentra y te rebana en pedacitos, me alegraré de haberlo dicho”.

“Gracias”, dijo Jessie sarcásticamente, dirigiéndose hacia la salida.

“Una cosa más, señorita Jessie”, le gritó Crutchfield. “Ya casi eres libre.”

“¿Qué?”

“No vas a querer escuchar esto, pero deberías verte a ti misma como a una paciente psiquiátrica involuntaria a la que han atado a una mesa. Tu familia de New Mexico te tenía atada. Eran una fuente de autoridad, una que te vinculaba con percepciones tradicionales de la moralidad. Sus muertes, por dolorosas que te resulten, te han liberado parcialmente de esas restricciones. Ahora solo queda tu padre. Te vincula con algún sentido de la lealtad al pasado. Una vez te liberes del enganche que todavía tiene sobre ti, serás finalmente liberada, libre de ir en pos de tu misión de verdad, sin que te acosen las figuras de autoridad que han definido tu vida

hasta ahora".

Jessie se le quedó mirando boquiabierta, paralizada ante la cornucopia de locuras que acababa de vomitar verbalmente.

"Sabes", le contestó por fin, "a veces, con toda esa actitud educada y ese acento caballeresco, se me olvida".

"¿Se te olvida qué?", preguntó Crutchfield, con la mirada ardiendo de prepotente intensidad.

"Que estás como una auténtica regadera".

Entonces, sin decir una palabra más, se dio la vuelta y se marchó.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

Jessie miraba fijamente la pantalla de la televisión, con el dedo suspendido justo encima del botón Reproducir, debatiendo consigo misma si presionarlo o no.

Estaba en el dormitorio de su apartamento, sola de verdad por primera vez en las últimas veinticuatro horas. Kat y ella se habían separado en el DNR y los agentes Beatty y Nettles le habían escoltado de vuelta a la ciudad. Jessie les había convencido de que se deshicieran de sus coches patrulla, tomaran un vehículo menos llamativo, y se vistieran de calle.

“La meta es evitar la atención, no llamarla”, les dijo.

Así que, después de hacer eso, se fueron los tres de compras al supermercado y regresaron a su apartamento. Les mostró la ruta que tomaba “para despistar” a través del complejo comercial adyacente, y aunque Nettles pareció captarla, Beatty pareció sentirse desconcertado.

Cuando llegaron al vestíbulo del edificio de apartamentos, Nettles se fue a charlar con Fred, el guardia de seguridad, mientras Beatty subía al apartamento con ella. Mientras él comprobaba las diversas medidas se seguridad, Jessie metió una pizza al horno para los tres. Unos cuantos minutos después, Nettles se les unió y les puso al día.

“Le dije a Fred, tu amiguito el guardia de seguridad, que estoy ayudando a una residente que ha interpuesto una orden de alejamiento contra un exnovio. No le di detalles sobre quién y él tampoco me los pidió. Sabe que tiene que llamarme al móvil si ve algo sospechoso”.

Tras la pizza y unas cuantas reposiciones de Top Chef, Jessie les dijo que estaba agotada y que se iba a acostar. Les dio algunas mantas y almohadas y les dejó que decidieran por sí mismos dónde iban a dormir. Solo había un sofá así que sospechaba que Beatty, el agente sin experiencia, pasaría la noche en el suelo.

Se dio una ducha, se puso algo de ropa cómoda, cerró la puerta del dormitorio, y se acercó al reproductor de video que había estado preparando. Podía escuchar cómo los chicos habían cambiado de canal para ver alguna película de acción con Jason Statham y supo que el volumen estaba lo bastante alto como para disimular el de la cinta que estaba a punto de ver.

Por fin, irritada ante sus propias dudas, dejó de titubear y apretó el botón de reproducción. La pantalla cambió de color azul a una de interferencias, para finalmente mostrar una toma de lo que reconoció como el dormitorio de sus padres.

La imagen permaneció inmóvil durante varios segundos, lo suficiente como para que Jessie pensara que se había congelado. Entonces, un hombre entró al campo visual. La verdad es que tenía el aspecto con que ella le recordaba del video de la prisión y de su infancia. Alto y delgado, con brazos fuertes y fibrosos, y manos del tamaño de un guante de béisbol.

Llevaba una máscara de esquí negra puesta sobre la cara, y solo se le veían los ojos y la boca. Creyó ver algo de vello facial alrededor de sus labios, pero no podía estar segura en esa habitación tan tenuemente iluminada. Sus ojos, del mismo tono verde que los suyos, también eran igual que en sus pesadillas, fríos y penetrantes.

En el video de hacía dos años con Crutchfield, tenía canas en su cabello negro. Ahora, con la máscara, no sabía si eso habría avanzado o si se la habría afeitado sin más. El hecho de que escondiera su rostro le sugería que él había sufrido alteraciones que no quería que ella supiera. Y se lo confirmó con sus primeras palabras; la primera vez que oía su voz desde que tenía seis años.

“Perdona por la capa y la espada, bicho de verano”, le dijo, señalando su máscara. “Solo quiero que te sorprendas cuando nos veamos. No puede ser si sabes de antemano lo que va a pasar, ¿verdad?”.

Su voz sonaba baja y arenosa, como si alguien le hubiera raspado las cuerdas vocales con papel de lija.

¿Era así cómo siempre había sonado? ¿O es que lo bloqueé todos estos

años?

“Para cuando veas esto, los viejitos encantadores que viven aquí estarán fríos. Parte de mí lo lamenta. Intenté convencer a Bruce de que me contara algo sobre los años que pasaste aquí, porque me he perdido muchas cosas, pero no ha sido muy hospitalario. Tiene el pico cerrado ese hombre… Imagino que eso cambiará cuando le presente el cuchillo. No importa demasiado de todos modos. Podremos ponernos al día en persona muy pronto. De eso es de lo que realmente quería hablarte, Bicho de Verano”.

Se ajustó la máscara, que se le había movido y ahora le cubría la boca, y continuó hablando.

“Te llevo buscando demasiado tiempo, Jessica. Nuestra familia ha estado separada demasiado tiempo. Claro que enseguida voy a ponerle remedio a eso. Ese Bolton es todo un bribón, negándose a darme tus detalles actuales. Pero he estado rebuscando por aquí y, a pesar de que tus padres casi no tienen papeles sobre ti, capté unos cuantos detalles”.

Sonrió a través de la máscara, disfrutando claramente de lo dramático del momento.

“Ahora que sé que eres Jessie Hunt y que eres una criminóloga forense, no me llevará mucho descubrir dónde cuelgas tu sombrero estos días. Y cuando lo haga, vas a tener que tomar una decisión”.

Paró un segundo de hablar y salió del campo visual de la cámara. Cuando regresó, estaba secándose los labios como si se acabara de tomar un trago de algo. Curiosamente, parecía ligeramente nervioso, como si se estuviera demorando en decir la siguiente parte.

“Esto es lo que hay, bicho de verano. Tu formación fue interrumpida. Cuando regresé a la cabaña para recogerte hace todos esos años, ya no estabas allí. No te puedes imaginar lo decepcionado que me sentí, todo ese esfuerzo para nada, aunque ahora vamos a tener una oportunidad de retomar las cosas donde las dejamos. Ya ves, estaba disgustado al principio cuando me enteré de que tu nuevo nombre era Hunt, pero ahora sé que se debe

a que vamos a ir juntos de caza, bicho de verano. Es hora de que reclames tu herencia familiar".

"Vamos a volver al negocio de quitarles la vida a los injustos, solo que ahora lo haremos juntos. Hay demasiadas almas indignas ahí fuera. Es el deber de la familia Thurman reducir el rebaño. Y ya es hora de que tú subas a la palestra".

Alguien llamó a la puerta del dormitorio. Jessie saltó ligeramente y presionó el botón de Pausa.

"¿Sí?", gritó.

"Es solo que he escuchado voces ahí dentro y quería asegurarme de que estás bien", dijo Nettles desde el otro lado de la puerta.

"Todo bien", respondió rápidamente. "Solo estoy viendo un poco la tele antes de cerrar los ojos por esta noche".

"Muy bien", le dijo a través de la puerta. "Aquí vamos a bajar el volumen. Dinos si nos necesitas para cualquier cosa, ¿de acuerdo?".

"Lo haré", le aseguró Jessie. "Gracias, agente Nettles".

"No hay problema", dijo él mientras Jessie escuchaba sus pisadas alejándose de la puerta.

Para estar segura, bajó el volumen y se acercó a la pantalla del televisor antes de presionar Reproducir una vez más. La imagen estacionaria de su padre volvió a moverse.

"Los dos sabemos la auténtica razón por la que te hiciste criminóloga, bicho de verano", le dijo en voz baja. "Lo llevas en la sangre, chica. Tienes los mismos instintos que tu padre. Tienes un gusto por los asesinatos. Y esperabas que, al perseguir a estos asesinos, podrías sumergirte en sus mundos sin convertirte en uno de ellos. Es como la euforia del contacto".

"Pero sabes tan bien como yo que eso no es suficiente. Una vez desarrollas el gusto por ello, no puedes tomar solo un aperitivo. Tienes que dar un mordisco bien grande. Es hora de morder con fuerza, bicho de verano. Es hora de aceptar tu verdadera naturaleza

y cruzar al otro lado".

Jessie, que estaba de pie, se estremeció involuntariamente. Era como si Xander se hubiera metido dentro de su cerebro y hubiera activado una parte que ella había mantenido latente durante años. Todas sus inseguridades sobre si la progenie de alguien que vivía para matar heredaba ese instinto resurgieron dentro de ella. Tragó saliva con fuerza, como si eso fuera a contener su incomodidad.

"Entonces, esto es lo que va a suceder", continuó con alegría. "Tienes una opción, cariño. Puedes aceptar tu derecho de nacimiento y unirte a la causa familiar. O te puedes convertir en el primer sacrificio en el altar del nuevo mundo que estamos creando aquí. Ya ves, de la manera que yo lo veo, si no estás dispuesta a unirte y hacer que tu familia se sienta orgullosa, no hay razón para permitir que ocupes espacio. O eres parte del problema o parte de la solución, bicho de verano. Y si eliges ser un problema, entonces estoy aquí para ser tu solución.

"Pues bien, esta es mi propuesta. Estoy grabando esta cinta el martes por la tarde. Me imagino que, en algún momento de esta velada, hallarán a esta buena gente y contactarán contigo. Digamos que más o menos cuarenta y ocho horas. Espero que te pongas en contacto conmigo para el jueves por la noche, digamos a las ocho de la tarde. Si miras el lado opuesto del Post-it en la cinta con tu nombre, he incluido una dirección de email. Puedes utilizarla para ponerte en contacto conmigo".

Jessie hizo una anotación mental para encargarle al equipo técnico que se enteraran de todo lo posible sobre esa dirección de email y vieran si podía ofrecer alguna pista.

"Una cosa más, pequeña", añadió, pareciendo leer su mente. "Sigue mis instrucciones y estarás bien. Desobedece y… no tanto. Ya sé que eres una chica lista pero no te pases de lista. Puede que no sea joven y ágil, pero me he enterado de un par de cosas sobre cómo funcionan las interredes. Si intentas jugar conmigo o sorprenderme siguiendo mi huella digital o preparando algún tipo de encerrona, lo sabré. Y no me hará ninguna gracia. Habrá consecuencias para aquellos que te ayuden. Solo pregúntales al señor y la señora Hunt cómo le va a la gente que se interpone entre mi progenie y yo. Estás

advertida”.

Jessie no sabía si estaba echándose un farol o no, pero la idea de poner en peligro a sus compañeros de trabajo para salvar su propia piel era algo que no creía poder encajar. Su padre continuó, ignorando por completo su conflicto interno.

“Tengo muchas esperanzas de que tomes la decisión correcta en esta ocasión, bicho de verano. Si lo haces, podemos conseguir cosas increíbles juntos. Si no lo haces, en fin, recuerda cómo le fueron las cosas a tu mamá. Hablamos pronto”.

Salió del marco de nuevo y un momento después, la pantalla volvió a oscurecerse. Jessie se sentó al borde de su cama, intentando entender todo lo que había dicho su padre. Era simplemente demasiado. Le parecía que su cerebro estuviera borboteando.

Por el momento, como un modo de cortocircuitar el pánico que veía como se le venía encima, dejó de lado sus afirmaciones sobre su “auténtica naturaleza”, y se enfocó en la cuestión más inmediata, la cuenta atrás que había establecido para ella. Miró el reloj que había sobre su mesita de noche. Eran poco más de las 9 de la noche del miércoles. Eso quería decir que tenía algo menos de veinticuatro horas hasta el momento en que él esperaba algún tipo de respuesta.

Y, tal y como él lo veía, ella solo tenía dos opciones: unirse a él en una carrera homicida o ser su primera víctima.

CAPÍTULO VEINTICINCO

Había un factor positivo en el ultimátum de Xander.

Significaba que Jessie estaba a salvo hasta la hora límite, lo que quería decir que se podía ir a dormir sin temor a que allanara su apartamento y matara a todos los que estuvieran allí. El segundo en que cayó en la cuenta de ello, entró en un estado de profunda relajación del que no se despertó hasta que el agente Beatty llamó a su puerta a la mañana siguiente.

"¿Estás bien ahí dentro?", le gritó.

Jessie miró el reloj, adormecida. Eran las 7:04 de la mañana. Había dormido casi diez horas, sin interrupciones.

"Estoy bien", le gritó de vuelta. "Saldré en un par de minutos".

Tras refrescarse rápidamente, salió a la sala de estar donde se encontró a los dos agentes completamente vestidos y sorbiendo un café.

"Nettles te preparó unos huevos", dijo Beatty, haciendo un gesto con la cabeza hacia un plato que había sobre el mostrador. "Su mujer dice que es lo único que no puede arruinar".

"Cierra el pico, Beatty", dijo Nettles. "Te dije eso en confianza. Recuérdame que no te recomiende jamás para trabajar de incógnito".

"Gracias", dijo Jessie, ignorando su diatriba al tiempo que se acercaba. "¿Habéis dormido bien?".

"Hemos dormido", dijo Nettles sin entusiasmo. "¿Qué hay de ti?".

"Sorprendentemente bien", admitió. "Anoche se me ocurrió algo que me calmó un poco".

"¿De qué se trata?", preguntó Beatty.

“Chicos, no sé cuánto os ha contado el capitán, pero mi padre, ya sabéis, el famoso asesino en serie…”.

“Somos conscientes”, dijo Nettles con sequedad.

“En fin, pues le dijo a otro asesino en serie con el que ha estado en contacto que quiere que nuestra familia se reúna de nuevo”.

“¿Cómo sirvió eso para calmarte?”, preguntó Beatty. “A mí me asustaría”.

“No dijo que quisiera descuartizarme”, indicó Jessie, con cuidado de solo compartir el mínimo necesario para expresar su opinión. “Dijo que quería reunirse. Solo con esa distinción, me ayudó a relajarme un poco. Y eso es todo lo que necesité para caer frita como un lirón”.

“Lo que funcione, supongo”, dijo Nettles, obviamente no convencido. “Entonces, ¿qué tenemos en la agenda para hoy? Porque estaba pensando que no podía hacer daño añadir unas cuantas cámaras exteriores a este edificio, quizá colocar alguna al otro lado de la calle”.

“La verdad es que tengo un plan diferente”, le dijo Jessie. “Estaba pensando en ir a trabajar.”

Aunque sabía que no debería, Jessie se regocijó mucho al ver cómo se abrían de par en par las mandíbulas de los dos agentes.

*

Una hora después, sintió la misma ráfaga de endorfinas.

Sucedió cuando le repitió su petición a Decker en su despacho y obtuvo una reacción similar de mandíbula floja.

“¿Qué quieres hacer qué?”, le exigió Decker mientras Ryan se retorcía incómodo en el sofá junto a ella.

“Mira”, dijo Jessie con voz calmada, “no puedo meterme a mi apartamento sin más durante días y días. Me volvería loca. Además, soy un blanco fácil allí, esperando a que aparezca cuando él quiera”.

“Pensé que habías dicho que el lugar era como un búnker, nada a tu nombre, las puertas no están numeradas, el correo se envía a un apartado de correos, tomas una ruta tortuosa para llegar, cámaras por todas partes, sistemas de seguridad múltiples”.

“Todo eso es cierto”, reconoció Jessie. “Pero aun así estoy sentada en una caja de dos habitaciones, cociéndome en mi propia ansiedad. ¿Por qué no me dejas ser productiva y trabajar en el caso de Penélope Wooten? Así no me volveré loca y estaré haciendo algo bueno. Además, como dije, ni siquiera estoy segura de que Thurman me quiera muerta. Creo que quizá solo quiera volver a ser parte de mi vida”.

“Claro”, intervino Ryan, “pero no es que se trate de un padre ausente que solo quiere llevarte al partido de béisbol. Su versión de ‘volver a ser parte de tu vida’ puede consistir en secuestrarte y torturarte”.

“No me dio esa impresión durante mi conversación con Bolton Crutchfield”, dijo Jessie.

“¿No te dio esa impresión?”, repitió el Capitán Decker, rayando en lo apopléjico. “¿Quieres que te dé el alta de vuelta al trabajo en base a una impresión?”.

“No estabas allí, capitán”, insistió Jessie, cauta de no desvelar sin querer la verdadera razón de que sintiera confianza en su seguridad temporal. “Crutchfield dejó bastante claro que pensaba que mi padre estaba deseando tener una especie de reunión de carácter sentimental”.

Claro que era una mentirijilla, pero dudaba que el capitán fuera a comprobarlo. Ryan, sin embargo, era otra historia.

“Es un asesino en serie, Jessie”, le dijo, con una mirada perpleja en su rostro. “Mató a tus padres adoptivos. La idea de que solo quiera

reconectar de algún modo inofensivo es… difícil de aceptar.”

“Mira”, concedió Jessie, “no estoy diciendo que quiera llevarme a Disneyland. Solo digo que la combinación de que sus intenciones no estén claras y de que yo me esté subiendo por las paredes si no puedo hacer algo constructivo con mi tiempo justifica que me pongas de vuelta en el caso.”

Ambos hombres parecían poco convencidos, pero Jessie presentía una fisura y siguió presionando.

“Estaría rodeada de policías, capitán. Ryan estaría allí, y también Brady Bowen de la Comisaría de West L.A. El agente Beatty podría hacer de mi sombra. Y estaríamos en los Palisades, lejos de mi jurisdicción habitual. Seguramente hoy voy a estar más segura allí lejos que por aquí cerca. Vamos, déjame ayudar a resolver esto. Hay dos niños que se quedaron sin madre hoy. Si puedo ayudar a llevar al responsable ante la justicia, tienes que dejar que lo intente”.

Decker la miró con desdén, pero Jessie podía ver en sus ojos que se estaba suavizando. Después de un momento, habló.

“Ponle al día en el caso, Hernández”, murmuró a regañadientes.

“Señor”, dijo Ryan, “solo quiero que quede claro que pienso que esta es una idea terrible”.

“Anotado. Lo primero, tuvimos que soltar a Gray Longworth anoche. Obtuvo la libertad bajo fianza y no podíamos tenerle encerrado a menos que le acusáramos formalmente de algo sustancial y todavía no tenemos lo suficiente como para hacer eso. Sin embargo, le estamos vigilando para ver a donde va ahora que está libre”.

“¿Dónde piensas que podía ir?”, preguntó Jessie.

“No estoy seguro”, admitió él. “Pero te puedo decir un lugar al que no va a ir, a tirar el arma del crimen. La encontramos ayer”.

Jessie no pudo ocultar su sorpresa.

“¿Dónde estaba?”.

“Tiene gracia que lo preguntes. Estaba junto a un sendero para corredores, no muy lejos del límite de la propiedad de los Wooten. Un agente la encontró cuando estaba preguntando a otros corredores si le habían visto la mañana previa. Nadie le había visto. Longworth dice que fue por otro camino, el sendero de Los Leones, en vez de por la más transitada carretera de East Topanga Fire, donde encontraron el cuchillo. No tenemos manera de verificarlo o descartarlo por el momento.”

“¿Alguna suerte con el cuchillo?”, preguntó Jessie. “¿Quizá una o dos huellas en condiciones?”.

“No. La habían limpiado de arriba abajo. También la habían rociado con una sustancia similar a la lejía, así que ni siquiera había residuos de sangre en él. La única manera en que pudimos verificar que fue el cuchillo que se empleó es porque la forma de las heridas coincide.”

“Quizá los chicos de CSU puedan identificar la marca de la lejía”, sugirió Jessie. “Puede que eso ayude”.

“Ya lo hicieron. Es una marca bastante desconocida llamada Green Clean. Se supone que es más amable con el medio ambiente. Pensamos que podría ayudarnos a reducir nuestra lista de sospechosos. Incluso en un sitio como Pacific Palisades, no es fácil de encontrar”.

“¿La tenían los Wooten?”, preguntó Jessie.

“No”, dijo Ryan. “Buscamos por todas partes”.

“Eso es interesante”, ponderó Jessie. “Sugiere que incluso aunque esto fuera un crimen de pasión, el encubrimiento no lo fue. El asesino tuvo que llevarse el arma a otro lugar para limpiarla, y después librarse de ella en el sendero. ¿Ha mirado alguien en la casa de los Longworth para comprobar si ellos la usan?”, preguntó Jessie. “La encontraron en el sendero, ¿cierto? Da que pensar que, si Gray es nuestro asesino, podía haberla limpiado y llevársela cuando se fue a correr para tirarla”.

“Sin duda es una posibilidad”, asintió Ryan. “Eso es parte de la

razón por la que tenemos a alguien detrás suyo; en caso de que intente tirar una garrafa de lejía que haya escondido en alguna parte. La búsqueda de la casa no dio resultado alguno".

"Entonces, ¿adónde vamos desde aquí?", preguntó Jessie.

"Estaba pensando en regresar y hablar con la esposa traicionada, Eliza Longworth."

"¿Así que ahora empiezas a compartir mis dudas sobre ella?", preguntó Jessie, incapaz de evitar un tono de triunfo en su voz.

"No dije eso", le contradijo Ryan. "Solo pensé que deberíamos hablar con ella cuando no esté medicada en un hospital. Quizá no resulte tan enternecedora cuando no lleve una bata de hospital puesta".

"No me resultó tan enternecedora cuando llevaba la bata puesta", dijo Jessie.

"Vaya, realmente la tienes manía, ¿no es cierto?", se maravilló Ryan.

"Solo creo que puede que una mujer traicionada tanto por su marido como su mejor amiga tenga mucha rabia que soltar. Sé que yo me sentí bastante disgustada cuando me enteré de que mi marido me estaba engañando. Le daría más crédito si lo admitiera y no se hiciera la mártir".

"Bien", dijo Ryan, "quizá lo reconozca un poco más cuando hablemos hoy con ella. También espero que nos pueda contar más cosas sobre su marido. Por alguna razón, no creo que tenga demasiadas ganas de proteger sus secretos después de lo que ha hecho".

"Eso es verdad", asintió Jessie.

"Está bien, vosotros dos", dijo el capitán Decker, concluyendo la conversación. "Podéis seguir hablando de la estrategia de camino hacia allá. Dios sabe que tenéis suficiente tiempo. Y no tienes que llevarte a Beatty contigo. Hernández, tú y el detective de West L.A. deberíais ser suficiente. Ahora largaos de aquí. Tengo más

reuniones”.

Se puso de pie y les indicó la salida de su despacho; sus dudas sobre el bienestar de Jessie tomando ahora un segundo plano para seguir con lo planeado. Entraron al patio de oficinas mientras la puerta se cerraba detrás suyo.

“¿Descanso para ir al baño y salimos en cinco?”, sugirió Ryan con brusquedad.

“Suena bien”, dijo Jessie. “Te veo en el vestíbulo principal”.

Mientras se alejaba, no pudo evitar notar la frialdad que se palpaba entre ellos, algo que no había sentido nunca hasta ahora.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Durante la primera mitad de su trayecto a Pacific Palisades, condujeron en silencio la mayoría del tiempo.

Jessie se alegraba de ello, ya que estaba navegando una complicada confluencia de emociones. Una parte de ella se sentía sorprendentemente ligera y contenta dadas las circunstancias. Sabía que se debía casi por entero a la certeza de que su padre no iba a suponer una amenaza activa para su seguridad, al menos durante diez horas más.

Con esto en mente, fue capaz de mantener una actitud positiva. Claro está, siempre y cuando no permitiera que sus pensamientos vagaran hasta el asesinato de sus padres o la acusación de Xander: que solo se hizo criminóloga para dominar su propia sed de sangre.

La verdad es que esta no era la primera vez que se le había pasado esa idea por la cabeza. En más de una ocasión, se había preguntado a sí misma por qué sentía la necesidad de trabajar en un campo en el que interactuaba habitualmente con asesinos malvados e inmorales.

Su respuesta siempre había sido que se debía a que había visto a uno de cerca, le había sufrido en su piel, y no quería que otros pasaran por lo mismo, pero en alguna parte, en el fondo de su alma, siempre se había preguntado si todo eso no era más que una excusa para pasar tiempo en ese mundo oscuro.

Después de todo, había otras maneras de ayudar a los que habían sobrevivido delitos mortales. Se podía haber convertido en una defensora de las víctimas o una terapeuta de salud mental o una fiscal criminal. Todos ellos luchaban del lado bueno, del lado de las víctimas. Y, aun así, había elegido una profesión que requería que se metiera en las mentes de los asesinos más trastornados del orbe.

Siempre había creído que se debía a que tenía una intuición especial sobre cómo detenerles. Pero ¿puede que en realidad fuera

porque sentía una afinidad especial con ellos, porque les entendía de una manera distinta a la mayoría de las personas?

Jessie alejó el pensamiento de su mente, decidiendo que era preferible dirigir sus pensamientos a otra parte, aunque eso significara que su atención se centrara en la frialdad que se había desarrollado entre Ryan y ella. Sabía que estaba irritado por su opinión sobre Eliza Longworth, pero presentía que esa no era la principal razón de que pareciera inquieto.

Aunque el capitán Decker no se hubiera dado cuenta, él sabía claramente que ella no estaba siendo del todo sincera sobre por qué quería trabajar en este caso. Por fin, incapaz de contener los pensamientos que se arremolinaban en su cabeza, habló.

“Suéltalo ya”, le exigió Jessie, más alto de lo que pretendía.

“¿Qué?”, le preguntó, sorprendido por el final del silencio entre ellos.

“Tú no crees que debería estar trabajando en este caso”.

“Creo que lo dejé bastante claro en comisaría”, le señaló.

“Ya lo sé, pero no por la misma razón que Decker. No te crees mi explicación”.

Ryan le miró, examinándola rápidamente antes de volver la vista hacia la carretera.

“¿Estamos hablando en serio, Jessie?”, le preguntó. “¿Estamos en el punto de nuestra relación profesional en el que podemos ser sinceros el uno con el otro sin preocuparnos de herir nuestros sentimientos?”.

“Así es”, le dijo con certidumbre.

“Muy bien, vale. Tienes razón. No me creo tu historia ni por un segundo. Creo que te podrías volver loca en ese apartamento. Eso sin duda encaja con lo que sé sobre ti, pero ni en un millón de años puedes creer que tu padre solo está pensando en tener una reunión familiar y que no te quiere hacer daño. Hay una pieza gigante,

ruidosa, de información, que tú tienes, y que no estás compartiendo, que hace que estés segura de que no quiere matarte. De lo contrario, estarías sentada en tu sofá con un arma apuntada a tu puerta principal".

"Todavía no tengo un arma", notó Jessie con petulancia, "gracias al estilo burocrático del Departamento de Policía de Los Ángeles".

"No cambies de tema", le contradijo Ryan. "Querías hablar en serio, pues este soy yo hablando en serio. No tienes por qué decírselo a Decker, pero ¿no crees que me merezco saber qué es lo que ha cambiado? Han asesinado a tus padres hace menos de dos días. Y, aun así, pareces más relajada de lo que te he visto desde aquel día que os di una clase en vuestro master. Algo ha cambiado".

Jessie se quedó callada unos cuantos segundos, dándole vuelta a sus palabras en la cabeza. Por fin, llegó a una decisión.

Tiene razón. Le debo la verdad. Solo tengo que confiar en que no me queme viva.

"Me dejó una cinta," dijo en voz baja.

"¿Qué?".

"Xander Thurman. Me encontré una cinta de video dirigida a mí en el apartamento de mis padres. Me la llevé y la traje aquí. Y pude verla por fin anoche".

Ryan tenía aspecto de tener un millón de preguntas para ella, pero se acabó decidiendo solo por una.

"¿Qué había en ella?".

"Te daré la versión abreviada porque todavía estoy teniendo problemas para procesar la larga. Básicamente, quiere que me una a él y que nos convirtamos en una especia de comando familiar de super asesinos en serie. Cree que el mundo necesita de algo de selección no natural y ha decidido que la progenie Thurman tiene que encargarse de la tarea. Supongo que cree que estoy genéticamente dispuesta a ser como él. De hecho, me dijo que la única razón por la que me hice una criminóloga era para poder

estar más cerca de la muerte y seguir siendo considerada como alguien normal".

"Muy bien", dijo Ryan con lentitud. "Primero, eso no es más que el discurso de un psicópata. Segundo, no entiendo por qué estás más relajada ahora que lo has oído".

"Porque me dio un límite temporal. Se supone que he de enviarle un email para decirle si me apunto para las ocho de esta noche, lo que significa que, hasta entonces, tengo una razonable confianza de que no intentará matarme. Y tengo eso a mi favor, lo cual está muy bien".

"¿Alguna posibilidad de rastrear la dirección de correo?", preguntó Ryan, que notablemente ni siquiera abordó la posibilidad de que ella dijera que sí.

"Poco probable. Es una cuenta genérica de Gmail. Podría leer mi respuesta desde cualquier biblioteca o café y largarse en dos minutos. Podría utilizar un teléfono habilitado para Internet imposible de rastrear. No se le hubiera ocurrido utilizar este método si no lo hubiera pensado todo muy bien".

"Entonces pensaremos en otra manera de atraparle", le dijo Ryan con optimismo. "Después de todo, tenemos diez horas enteras para entender qué es lo que pasa".

Jessie tuvo una enorme sensación de alivio al escuchar esas palabras. Le alegraba no tener que seguir acarreando la carga de ser la única que sabía esto. Y la aparente convicción que había mostrado Ryan sobre la noción de que ella pudiera aceptar la oferta de Xander le reconfortaba de una manera que le hacía sentir culpable por siquiera dudar de él.

"Claro", dijo Jessie. "Tenemos todo el tiempo del mundo".

*

Veinte minutos después, entraban a la propiedad de Eliza Longworth. Brady Bowen ya les estaba esperando en la puerta principal.

Estaban a punto de bajarse cuando Jessie recibió un mensaje de texto.

“¿Todo bien?”, le preguntó Ryan.

“Claro, solo era un mensaje del director de la funeraria en Las Cruces. Todo está listo para el domingo. Lo único que tengo que hacer es acto de presencia”.

Ryan iba sentado al volante, sin decir ni una palabra. Después de un momento, extendió la mano y le dio un pequeño apretón. Le miró y vio que le estaba sonriendo.

Les interrumpió Brady tamborileando los dedos en la ventanilla de Ryan.

“¿Vamos a hacer esto o qué?”, les preguntó.

Jessie no pudo evitar reírse ante el estilo de Brady, tan galante como el de un elefante en una tienda de porcelana china. Ryan asintió y abrió la puerta mientras Jessie se limpiaba una lágrima que había hecho aparición en la comisura de su ojo.

“¿Qué es lo que tenemos aquí, amigo?”, preguntó Ryan.

“Eliza Longworth está esperando dentro”.

“¿Y tiene un abogado con ella?”, preguntó Jessie.

“No”, dijo Brady. “Quería que esto fuera más bien una conversación casual. ¿Tenías otra cosa en mente, Jessie?”.

“No contaría con que esto fuera casual”, le murmuró Ryan lo bastante alto como para que lo oyera Jessie.

Ella no respondió. En vez de ello, se concentró en examinar la casa de los Longworth mientras se acercaban a la puerta principal. Era la primera vez que había visto el lugar. Y aunque no fuera tan

opulenta como la residencia de los Wooten, no se le podían hacer ascos.

También estaba construida sobre un lateral de la colina y tenía tres pisos de alto, aunque el nivel inferior parecía más pequeño y de techo más bajo que en la casa de los Wooten. Y aunque no se trataba de una mansión de primera, tenía bastante extravagancia como para poner celosos a la mayoría de los vecinos, incluidos unos pilares estilo plantación y un porche con adornos de mármol. A medida que se acercaban, pudo divisar una piscina en el patio de atrás que tenía una decoración que parecía una miniatura de las cataratas del Niágara.

Brady llamó a la puerta. Mientras esperaban a que les abrieran, Ryan se inclinó para susurrar en voz baja a Jessie.

“Recuerda, estamos aquí para obtener información, no para tirar bombas”.

Jessie le sonrió de vuelta, pero no dijo palabra.

Obtendré lo que sea necesario, muchas gracias.

CAPÍTULO VEINTISIETE

En cuanto abrió la puerta, Eliza supo que se le venía una buena encima.

Apenas recordaba esas caras de su visita al hospital el otro día, aunque todo lo que tenía que ver con aquel periodo, incluidos sus nombres, existía en alguna neblina producto de los medicamentos.

Sin embargo, ahora, más consciente y más aprensiva, podía ver que esto iba a ser toda una pelea. Ambos detectives masculinos tenían expresiones bastante neutrales, pero el rostro de la mujer estaba endurecido, en forma de algo parecido a una mueca.

“Pasen por favor”, le dijo, intentando no sentirse intimidada.

“Gracias, señora Longworth”, dijo el hombre más corpulento, de bigote. “Puede que no se acuerde, pero soy el detective Brady Bowen de la Comisaría de West L.A. Este es Ryan Hernández de la Comisaría Central. También es un detective. Y esta es Jessie Hunt, una criminóloga que nos asesora. ¿Se acuerda de hablar con nosotros en el hospital?”.

“Más o menos”, dijo Eliza. “Está todo algo borroso”.

“Lo entendemos”, dijo el detective muscular, atractivo, llamado Hernández. “Por eso queríamos reunirnos de nuevo con usted, cuando estuviera con la mente más clara. ¿Le importa que le hagamos unas cuantas preguntas adicionales?”.

“No, haré lo que pueda por ayudar”, le prometió mientras les llevaba a la cocina y les indicaba que se sentaran a la barra para desayunos.

“Muy bien, genial”, dijo el Detective Hernández. “¿Nos puede hacer un repaso de sus movimientos durante la mañana del incidente?”.

Eliza intentó no reaccionar por llamarle a la muerte de su mejor

amiga “el incidente”. Sabía que solo trataba de ser diplomático, pero aun así le pareció feo.

“Claro”, comenzó. “Supongo que nuestra mañana fue típica. Bueno, no del todo típica. Había echado a mi marido de casa la noche anterior por acostarse con mi mejor amiga, pero por lo que se refiere a la rutina diaria, era típica. Los niños no sabían nada de lo que estaba pasando. Les desperté, Millie tiene cuatro años y Henry dos, serían sobre las seis de la mañana, les ayudé a vestirse, y preparé el desayuno. Salimos sobre las seis cuarenta y cinco hacia su escuela. Está a unos diez minutos en coche. Les dejé y regresé aquí poco después de las siete”.

“¿Qué hizo después de regresar?”, le preguntó la criminóloga que se llamaba Jessie. Eliza notó una tensión en la voz que no tenían ninguno de los detectives.

“Preparé un proyecto de arte para la clase de Millie”, dijo, señalando a un montón de papeles que había sobre la mesa de la sala de estar en la habitación adyacente. “Soy la profesora de arte voluntaria. Hacemos un proyecto todos los meses y se supone que iba a ir ese día más tarde. Me estaba apresurando para tener todos los detalles listos”.

“¿Y entonces qué?”, preguntó Hunt, todavía cortante.

“Cuando terminé, me acerqué caminando hasta casa de Penny. Le había enviado un mensaje esa misma mañana para decirle que iba a pasarme por allí antes de nuestra clase de yoga, pero no me había contestado. Quería hablar, las dos a solas, para que no resultara incómodo una vez Beth estuviera por allí”.

“Sí”, dijo Hunt con dureza. “En el hospital mencionó que le iba a decir que no quería tirar por la borda años de amistad por una infidelidad con su marido. Eso es increíblemente generoso por su parte”.

Eliza podía ver que la otra mujer estaba tratando de analizarla y que lo que veía no le convencía demasiado. Intentó mantener la calma, y no mostrar su inquietud a un grupo de agentes de la ley. Le daba la impresión de que Hunt le estaba poniendo un anzuelo,

para ver si perdía el control y revelaba que era capaz de explosiones inesperadas de furia. Además de ser mezquino, Eliza pensaba que también era insultante.

“Mira”, dijo, negándose a que le manipularan, “creo que ya te lo dije en el hospital, somos amigas desde siempre. Y no podía tirar eso por la borda. Quiero decir, la noche anterior quizá lo quisiera, pero cuando me desperté a la mañana siguiente estaba menos enfadada que triste. Me sentía como si me hubieran amputado un pedazo de la que soy. Y no estaba lista para arrojar todo eso al traste para siempre. ¿Puedes entender eso?”.

“Lo intento”, dijo Hunt, con tono de poco convencimiento.

Finalmente, Eliza decidió atacar.

“Mire, señorita Hunt, entiendo que tengan que investigar todos los ángulos, pero ¿tiene que hacerlo con un desprecio tan obvio por mí? Estaré encantada de responder a todas sus preguntas. Le proporcionaré cualquier verificación que pueda para confirmar lo que le diga. Pero, ¿cree que puede intentar ver las cosas desde mi perspectiva durante medio segundo?”.

“Señora Longworth…”, empezó a decir Hunt.

“No, un momento”, le interrumpió Eliza. “Estos últimos días, me enteré de que mi vieja amiga del alma se estaba acostando con el hombre con el que me he comprometido a pasar el resto de mi vida. Entonces, cuando trato de encontrar una manera de superar esto y salvar nuestra amistad, descubro que la chica a la que he querido como a una hermana desde que tenía ocho años ha sido brutalmente asesinada. Fui yo quien la encontró, señorita Hunt. Me caí en su sangre. Intenté reanimarla. Tuve su cuerpo entre mis brazos. Y ahora venís vosotros, los picatostes de la ley, con esos comentarios despectivos y esa expresión de superioridad. Entiendo que haya que interrogarme. Entiendo que ser escéptica sea parte de su trabajo. Pero, ¿tiene que disfrutarlo tanto?”.

Se detuvo y respiró profundamente, preguntándose si había ido demasiado lejos. Para alivio suyo, Hunt parecía estar al menos un poco escarmentada.

“Mira”, continuó Eliza con más calma ahora, “si quieres, pasaré el detector de mentiras. Te pasaré mi teléfono y mis emails, lo que sea por ayudar. Pero, ¿puedes entender lo frustrante que resulta intentar defenderme de tus insinuaciones al tiempo que trato de evitar que mi vida se derrumbe del todo? Mi marido, a quien eché de nuestra casa, pasó recientemente una noche en la cárcel porque le están investigando por la misma causa por la que me están interrogando. ¿Entienden lo estresante que es todo esto? Mi marido es sospechoso en el asesinato de mi mejor amiga, con la que me estaba engañando. Esa no es una frase que pensé que tendría que decir en toda mi vida, señorita Hunt”.

“Ah, y a propósito, todavía tengo dos niños que criar. No tienen la menor idea sobre todo esto. Piensan que papá está en viaje de negocios. Millie, mi hija mayor, es la mejor amiga de la hija de Penny, Ana. No deja de preguntarme cuándo pueden quedar de nuevo para jugar juntas. ¿Cómo se supone que he de responder a eso? Y entretanto, la vida continúa. Movieron ese curso de arte que se suponía que iba a impartir del martes a hoy. Se supone que he de ir y actuar como si todo fuera normal para un grupo de niños de cuatro años. Y eso va a suceder… oh por Dios, se supone que tengo que estar allí en menos de una hora”.

“Está bien, señora Longworth, tranquilícese”, dijo el detective Bowen, sin querer sonar condescendiente, pero sin conseguirlo. “No queremos estresarle y no queremos que llegue tarde a la clase de arte para su hija, pero tenemos unas cuantas preguntas más, si no le importa hablar con nosotros un poco más de tiempo”.

Eliza se dirigió al armario, agarró un vaso, y se sirvió algo de agua. Después de tomarse el vaso entero, se sintió lo bastante serena como para responder.

“Adelante”, dijo.

“Gracias”, contestó él. “¿Hay alguien más que pudiera haber querido hacerle daño a Penny? ¿Alguien que no esté conectado con su… situación personal?”.

Eliza se había apostado detrás de tal trinchera emocional que la pregunta le pilló por sorpresa. Un pensamiento se deslizó a través

de su mente, uno que no se le había ocurrido antes. Sentía resistencia a mencionarlo, pero por la expresión en la cara de Jessie Hunt, podía adivinar que ella había captado su titubeo, así que les contó algo que jamás pensaba contar.

“Quizás”, dijo. “No quise decir esto porque no parecía relevante. Y, si les soy honesta, porque, a pesar de todo, no quería mancillar su memoria, pero Penny tenía más amantes”.

Ambos hombres se le quedaron mirando anonadados. Hunt parecía menos sorprendida.

“¿Cómo mancillaría eso su memoria más de lo que ya lo está?”, preguntó Hunt, claramente haciendo un esfuerzo por mantener su tono de voz neutral. “¿No había sido ya irreparablemente dañada al acostarse con su marido?”.

“Sí, así era para mí”, admitió Eliza, “pero desde fuera, quizá no. Cuando salgan todos los detalles de esto, puede que el público considere lo que me hizo a mí perdonable. Imagine los titulares: Mujer se lía con el marido de su mejor amiga, cede a la tentación en un momento de debilidad. Pero si se acaba sabiendo que era una cornuda en serie, entonces el mundo entero la consideraría una puta”.

“¿Y no hay algo de cierto en ello?”, preguntó Hunt, con cautela.

“Probablemente”, concedió Eliza con cierta resistencia. “Pero no lo ve, esa no es la cuestión. Escuche, admito que, cuando me enteré de todo eso, les odié a los dos. Quizá no debiera decir eso. Sé que me hace parecer culpable. Pero es cierto. Me sentí traicionada. Aún me siento así. Es como si estuviera debatiéndome en unas arenas movedizas y a pesar de que me pone en peligro, me apetece atacar.

“Pero, cuando tengo unos cuantos segundos para pensar claramente, me doy cuenta de que no es así como quiero que se recuerde a Penny, a pesar de lo que me hizo a mí. Pasamos muchos años estupendos las dos juntas. Quiero aferrarme a ellos. Tengo que creer que más de dos décadas de amistad definen quién era de verdad, y no el último mes de su vida. Además, sus hijos no necesitan tener que vivir con esa carga. No necesito que le pongan a su madre el

estigma de la letra escarlata. Lo van a pasar bastante mal solo intentando vivir sin ella, sobre todo ahora que Colton Wooten se va a encargar de lo que necesiten".

Nadie dijo nada durante varios segundos. Finalmente, el detective Hernández planteó la pregunta a la que Eliza sabía que llegarían en algún momento.

"¿Cree que Colton sabía que le era infiel?", le preguntó.

Eliza se planteó lo sincera que podía ser, pero entonces decidió que, en este punto, podía poner las cartas sobre la mesa.

"Penny siempre me dijo que no, pero creo que, en el fondo, él puede haberlo sospechado y simplemente no quería saberlo. Es un tipo ambicioso, con aspiraciones políticas y todo. Si supiera la verdad, tendría que enfrentarse a ella. Si solo la sospecha, puede fingir que no lo sabe y tratar todo como si fuera normal".

"¿Y cree que alguna de esas aventuras pudo terminar de malos modos?", le preguntó Hunt.

"No lo sé, tampoco es que habláramos de ello. Yo no quería darle la impresión de que aprobaba lo que ella estaba haciendo, a pesar de que Colton sea un imbécil. Pero me han preguntado si podía haber otras personas que pudieran pensar en hacerle daño, y tenía que mencionarlo, por si acaso".

"¿Hay alguna prueba de esas infidelidades?", preguntó el detective Bowen. "¿Cuántas hubo? ¿Con quién?".

"Sé que se comunicaba con ellos por mensajes directos, utilizando una cuenta anónima en Twitter. La veía a veces en su teléfono, pero no me acuerdo del nombre de usuario que utilizaba".

"Eso es un problema", dijo el detective Bowen. "No podemos acceder a su teléfono y su marido no sabe la contraseña".

"Oh, eso es fácil", dijo Eliza. "Su contraseña es 265262. Es el número que sale al marcar "ColAna" en el teléfono, por Colt y Anastasia".

“Gracias”, dijo el detective Bowen. “Lo investigaremos”.

“Una pregunta más para usted, señora Longworth”, dijo el detective Hernández, “y después nos vamos para que pueda llegar a su clase a tiempo”.

“¿Sí?”, le preguntó ella, sintiendo cómo se le encogía el estómago.

¿No es ahora cuando te hacen esa pregunta “con la que te pillan” que manda al hombre erróneamente acusado a su pena de muerte?

“Su marido dice que estaba corriendo por el sendero a la hora del asesinato, y que aparcó por aquí cerca. ¿Le vio?”.

“No”, respondió Eliza, aliviada de que por fin pareciera que le estaban creyendo, pero inquieta porque lo estuvieran utilizando en contra de su marido. “Pero eso no quiere decir nada. Depende de dónde aparcara y cuándo. Podría haberlo pasado por alto sin más”.

“Él dice que se dejó el teléfono sin querer en el coche y que tomó la ruta de Los Leones. ¿Cree que esas afirmaciones son creíbles?”.

Eliza pensó en ello.

“Puedo imaginármelo olvidándose el teléfono. Normalmente, se va a correr directamente desde casa. Si estaba saliendo a correr desde su coche, puede que se haya alterado su rutina y se le haya olvidado sin más. Además, la recepción es bastante mala en los cañones de ahí atrás. No hubiera podido utilizarlo para llamadas de emergencia. Así que a menos que tuviera pensado utilizar la aplicación que usa para correr, no tendría razón alguna para llevarlo encima.”

“¿Y qué le parece eso de que se fuera a correr por la ruta de Los Leones?”, inquirió Hernández, notando que ella no había respondido a esa parte de la pregunta.

“¿No hay alguna norma en contra de hacer que una esposa diga algo incriminatorio en contra de su marido?”, le preguntó. “¿Incluso si es un cornudo de mierda?”.

“¿Tiene algo incriminatorio que decir?”, le preguntó Hernández,

con las cejas arqueadas.

“Creo que es posible que tomara esa ruta”, dijo ella.

“Suena escéptica”, notó Hunt.

“Bueno, es que a él no le gusta el sendero de Los Leones porque tiene cuestas y le duelen las rodillas. La ruta de East Topanga es más llana así que la prefiere. No quiero decir con eso que no fuera a Los Leones. Claro que, conociendo a Gray, no la tomaría a menos que pudiera quejarse de ello después. Ese es su gran talento, quejarse. Quiero decir que este es un hombre que se quejó cuando le pedí que lavara su ropa, diciéndome que no sabía cómo hacerlo. Y considerando que acabo de echarle de casa, no tenía ese incentivo para ir a correr por la ruta más complicada. Saquen sus propias conclusiones”.

Los tres interrogadores intercambiaron una mirada que no pudo interpretar. No sabía cuánto daño le había hecho a la coartada de Gray. Pero en este momento, lo cierto es que no le importaba. Tenía a veinte críos de cuatro años esperándola para hacer dibujos a tiza y no tenía la menor intención de hacerles esperar.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

Jessie, Ryan, y Brady estaban en medio de un infierno digital.

Después de que Brady llamara a Gray Longworth para hacerle saber que querían que regresara para interrogarle de nuevo, regresaron a comisaría, donde el equipo técnico ya había accedido al teléfono de Penélope Wooten. Los tres agentes, sentados a una mesa redonda grande, empezaron a repasar su cuenta alternativa de Twitter. Resultó ser una tarea larga, complicada, y confusa.

“No me importa nada salir y traer yo mismo a Longworth”, dijo Brady después de unos treinta minutos examinando los mensajes, cargados de lenguaje vulgar.

“De ninguna manera”, dijo Ryan. “No te vas a librar tan fácilmente de esta tarea. Además, Longworth ya sabe que queremos hablar con él. Vamos a dejar que surja la ansiedad dentro de él antes de ir a por él de nuevo”.

Jessie levantó la vista de su pantalla.

“¿No os preocupa que intente huir?”, preguntó. “Tiene que saber que no podemos verificar su coartada. Si es él el que arrojó el cuchillo, seguramente esté preocupado de que lo encontremos. Y ya estaba estresado perdido después de que su vida familiar explotara. ¿De verdad confiáis en que aparezca?”.

“Todavía tenemos a un agente siguiéndole”, le aseguró Ryan. “Si intenta algo escurridizo, le pueden encontrar. Vamos a sacarle más jugo si viene voluntariamente”.

“No lo sé”, dijo Brady. “Puede que Jessie tenga razón. Realmente creo que debería ir a echar una mano a ese agente”.

“No te vas a librar de repasar los mensajes de Penélope Wooten”, dijo Ryan con firmeza. “Ya sé que la tecnología moderna hiere tu sensibilidad de viejo, pero vas a tener que superarlo. Además, este

es tu caso. Nosotros solo estamos ayudando".

"Pero estos tipos con los que se comunica son unos asquerosos", protestó Brady.

"Guau", le contradijo Ryan. "Para que tú digas que un tipo es un asqueroso, realmente tiene que ser terrible. Después de todo, tú eres algo así como la repugnancia en persona".

"No seas cruel", intervino Jessie. "Brady no es tan repugnante. Si se afeitara ese bigote, tendría mucha menos pinta de pedófilo".

"Gracias por tu apoyo, Jessie", dijo Brady sarcásticamente.

Uno de los chicos del equipo técnico, alto y desgarbado, de piel pálida y cabello moreno que le caía por encima de los ojos, se acercó y colocó en la mesa una pila de papeles. Llevaba unos vaqueros puestos y una camiseta negra desgastada de un concierto de System of a Down. Por lo visto, no estaba preocupado en absoluto por la formalidad del vestuario.

"¿Más trabajo, Gregor?", se quejó Brady.

"La verdad es que menos", contestó Gregor. "Utilizamos un algoritmo para filtrar los mensajes directos de Penélope Wooten. Eliminamos todos aquellos que se comunicaron menos de tres veces. Imaginamos que menos que eso sería solo para tantear el material".

"Eso es bastante astuto", notó Jessie.

"Gracias, lo intentamos", dijo Gregor con sequedad. "Pero como a nuestra unidad le gusta hacer siempre algo de más, tomamos otra decisión. De los mensajes restantes, extrajimos los que incluían una fecha, hora y dirección específicos. Eso redujo dramáticamente las comunicaciones relevantes".

"¿En cuánto?".

"Solo queda este fajo", dijo Gregor, señalando a los papeles que había depositado sobre la mesa. "Parece que tuvo 'encuentros' con unas nueve personas desde que se unió a Twitter en 2015. Pero de esas nueve, nos hemos percatado de que seis solo fueron historias

de una noche".

"Me estás empezando a aterrorizar un poco ahora mismo, Gregor", dijo Brady.

"No tienes nada que temer si no tienes nada que ocultar, detective Bowen", le disparó Gregor de vuelta.

"Entonces eso nos deja con tres infidelidades a largo plazo", dijo Jessie, devolviéndoles a su tarea.

"Así es", asintió Gregor. "Depende de vosotros, los profesionales muy bien formados, sacar conclusiones sobre los candidatos restantes. Aquí tenéis su correspondencia".

Gregor dio una palmadita sobre la pila de papeles y se alejó, aparentemente sin necesitar ni esperar a que le dieran las gracias.

"¿Vamos allá?", preguntó Ryan, agarrando los papeles y distribuyéndolos a partes iguales.

Cada uno de ellos tomó dos historias de una noche y una aventura de las largas. Jessie empezó repasando los suyos y descartó rápidamente a los dos hombres con los que Penélope solo había estado en una ocasión. Uno de ellos había muerto de cáncer en 2017 y el otro se había mudado a Indianápolis el año pasado.

La relación más larga de su lista, con un agente de bienes raíces de Sherman Oaks que se llamaba Matt Stokely, también parecía ser un callejón sin salida. Por lo que Jessie podía intuir, habían estado viéndose de abril a julio de 2018 y se habían encontrado entre seis y ocho ocasiones.

Sin embargo, en base a sus cuentas en redes sociales, parecía que Stokely había estado en una convención para agentes de su gremio en Santa Bárbara desde el pasado jueves hasta el domingo, fin de semana que había acabado extendiendo para tomarse unas vacaciones en las que todavía se encontraba.

Había multitud de fotografías con marca de hora que le mostraban en un restaurante del lugar el lunes por la noche y en Goleta Beach el martes sobre las 1 de la mañana. La ventana temporal no le

eliminaba del todo, pero, al menos tras una primera inspección, Jessie dudaba de que fuera su hombre.

A juzgar por sus gruñidos intermitentes, parecía que Brady estuviera teniendo la misma mala suerte. Pero, después de unos quince minutos, Ryan levantó la vista con una llamarada en sus ojos que sugería que había encontrado algo importante.

“Creo que puede que hayamos encontrado uno vivo. Se llama Jeff Percival. Y no parece ser un tipo de calidad”.

“¿Qué quieres decir?”, preguntó Brady.

“Lo primero es lo primero”, dijo Ryan. “Parece que Penélope se estuvo viendo con él desde después de Acción de Gracias hasta finales de enero de este año”.

“Eso todavía está bastante fresco”, notó Jessie.

“Y parece que Jeff estaría de acuerdo contigo”, dijo Ryan. “Porque a pesar de que no hay más comunicación por parte de Penny con él desde el veintinueve de enero, él siguió enviándole mensajes en repetidas ocasiones hasta bien entrado este mes. Y eso es solo en Twitter. Esto no incluye sus emails o sus llamadas de teléfono”.

“Suena como que se enfrentó a su rechazo de una manera caballerosa”, dijo Jessie.

“Sí, no tanto. Digamos que a Jeff no le gusta que le dejen con las ganas. Deduzco eso del hecho de que tenga una orden de alejamiento activa interpuesta por otra mujer. También le condenaron por un delito de acoso a otra mujer hace cuatro años.”

“¿Dónde está Percival ahora?”, preguntó Brady.

“Actualmente, vive en un apartamento de un dormitorio a las afueras de Wilshire en Santa Mónica. ¿Te apetece ir conmigo a visitarle?”.

“Yo quiero ir”, dijo Jessie, lanzándose a la posibilidad de librarse de las tareas de escritorio.

“¿Sabéis qué?”, dijo Brady. “Os lo voy a dejar a vosotros dos. Solo estaba bromeando, pero estoy realmente enfadado porque Gray Longworth no me haya vuelto a llamar. Voy a ir a su oficina y le voy a decir que su presencia no fue tanto solicitada como exigida”.

“Muy bien”, dijo Ryan. “La cosa tiene buena pinta. Tenemos dos perdedores a los que encontrar por sospechosos potenciales de asesinato. Eso es más prometedor de lo que teníamos al empezar el día”.

Mientras salían de la comisaría, Jessie se inclinó y le hizo una pregunta a Ryan.

“¿No es extraño que los dos estemos emocionados por ir a visitar a un acosador misógino que puede que haya matado a alguien? Me parece que estamos más contentos de lo que deberíamos”.

“Podemos dejar eso para una sesión de terapia, Jessie. Ahora mismo, tengo la clase de subidón que solo me provocan los degenerados. No me bajes de mi nube”.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

Mientras aparcaban en la esquina de Wilshire Boulevard con Stanford Street, Jessie revisó los antecedentes de Jeff Percival. Eran bastante parcos desde su último roce con la ley, una orden de restricción que había presentado el verano pasado una mujer que trabajaba en un restaurante al que Percival solía ir a comer. No tenía ningún trabajo en la actualidad y tenía una disputa con el propietario de su casa por unos pagos atrasados de la renta.

"¿Lista?", preguntó Ryan.

"Claro. Vamos a decirle hola".

"Muy bien, pero como vas desarmada y no eres, ya sabes, una policía, te voy a pedir que esperes afuera hasta que verifique que no tiene un arma".

"Detalles, detalles", bromeó Jessie mientras se acercaban al complejo de apartamentos donde vivía Percival.

Se obligó a tomar unas cuantas respiraciones profundas y a relajarse. Esta era su primera situación de campo real desde que asistiera a la Academia Nacional y se recordó a sí misma que no podía hacerse demasiado la valiente solo porque hubiera aprendido unos cuantos movimientos.

La casa donde vivía Percival no pondría celosos ni a los Wootens ni a los Longworths. El edificio de apartamentos tenía fácilmente cincuenta años, con puertas que daban al exterior y una destartalada escalera de hormigón que llevaba hasta el segundo piso y su apartamento. Los apartamentos tenían barrotes en las ventanas y el hedor de los basureros cercanos hizo que los ojos de Jessie se humedecieran. Se preguntaba si Percival habría traído alguna vez a Penélope a este lugar.

No es que sea precisamente un imán para las chicas.

Cuando llegaron a su puerta, Ryan hizo que Jessie esperara unos cuantos pasos por detrás mientras él aporreaba la puerta, con la mano sobre la funda de su arma.

“Jeff Percival”, gritó. “L.A.P.D. Tenemos que hablar con usted. Abra la puerta”.

No hubo respuesta alguna desde el interior. Ryan le llamó de nuevo.

“Percival, somos del L.A.P.D. Abra la puerta ahora”.

Seguían sin obtener respuesta.

Unos cuantos segundos después, Jessie oyó a alguien llorando a lágrima viva y se giró sobre sí misma. Después de un instante, se relajó. A media manzana de distancia, una mujer empujaba un carrito con un bebé que parecía muy descontento. Acababa de volver la atención a la puerta de Percival cuando se le ocurrió una idea.

“Ryan”, susurró en voz alta. “¿Escuchas a ese niño llorando?”.

“Sí”, dijo él, sin darse la vuelta. “¿Qué hay de ello?”.

“¿Estás seguro de que no proviene de dentro del apartamento? ¿Podemos estar seguros de que este tipo no secuestró a uno de los niños de Penélope Wooten?”.

Él la miró de nuevo y volvió la vista al cielo, pero al hacerlo, también sonrió.

“Jeff Percival, estamos escuchando a alguien llorar”, gritó Ryan al tiempo que le guiñaba el ojo a Jessie. “Si tienes un rehén, ahora sería el momento de liberarlo. De lo contrario, vamos a tener que entrar. Tienes cinco segundos”.

Mientras decía eso, puso tres dedos en alto para señalar el momento en que entrarían a la fuerza. Jessie asintió con complicidad y se preparó para seguirle.

“Uno”, empezó Ryan. “Dos, tres…”.

Ryan le dio una patada a la puerta justo después de decir “tres” y entró como un vendaval. A pesar de las instrucciones que le había dado Ryan antes de que esperara afuera hasta que le diera la luz verde, Jessie le siguió, sintiéndose desnuda sin ningún tipo de arma. Escaneó la habitación lo más rápido y eficazmente de lo que fue capaz. No había gran cosa que ver en la habitación principal.

Percival tenía una butaca contra la pared con una mesita de café desgastada y una televisión por todo mobiliario. La pequeña barra para desayunos contaba con una mesa para jugar a las cartas y dos sillas plegables. La cocina, estrecha y abarrotada, no contenía ninguna sorpresa.

Para cuando terminó de examinar la habitación, Ryan ya estaba entrando al dormitorio. Se apresuró a ir detrás de Ryan y llegó a la entrada justo cuando él estaba examinando el cuarto de baño.

“El armario está limpio”, gritó Ryan, que por lo visto había pasado por alto el hecho de que ella hubiera entrado antes de que él le dijera si estaba a salvo. “Mira debajo de la cama”.

A pesar de que solo había unos quince centímetros de espacio entre la cama y el suelo, Jessie se arrodilló y miró debajo de ella. Había montones de cosas allí, envoltorios de comida, ropa sucia, polveros, pero no había nadie.

Se levantó y le echó una mirada más integral al dormitorio. Era tan patético como el salón, con una cesta de ropa sucia a rebosar en una esquina, un bate de béisbol junto a la cama, y un poster enmarcado, gigantesco, de Nickelback, por todo arte.

El póster estaba sobre la pared junto a la ventana con barrotes y ni siquiera resultaba kitsch. La habitación era demasiado oscura como para verlo de verdad y estaba colgado unos sesenta centímetros por debajo de la línea de visión.

¿Por qué lo colgaría tan bajo?

Se acercó al marco y notó un sorprendente número de arañazos en la pintura de la pared cerca de los bordes del marco, como si lo hubieran retirado y lo hubieran vuelto a colocar en muchas

ocasiones.

Siguiendo su instinto, retiró el marco de la pared. Lo que vio detrás le hizo soltar un grito ahogado.

“¿De qué se trata?”, preguntó Ryan, corriendo al cuarto de baño.

Jessie no tuvo necesidad de responder para que lo entendiera claramente. Ryan se acercó y ambos se quedaron mirando, haciendo lo que podían por integrarlo.

En la pared había diversas fotos de Penélope Wooten, algunas para las que había posado, y otras que obviamente habían sido tomadas sin su permiso. Una le mostraba saliendo del supermercado. Otra era de ella en el parque con Colt y Anastasia. Una tercera era de ella vestida de gala en un evento formal con Colton. Había fácilmente dos docenas de fotos pegadas a la pared con adhesivo, y todas tenían notas ilegibles escritas a lápiz a un lado. Había una foto de la casa de los Wooten, con la dirección postal escrita debajo.

“De veras creo que tenemos que encontrar a Jeff Percival”, dijo Jessie en un susurro.

“Ya estoy en ello”, dijo Ryan, sacando el teléfono del bolsillo. “Voy a llamar desde afuera. La recepción es terrible aquí.”

Cuando salió de la habitación, Jessie se acercó más al inquietante collage, intentando determinar si había alguna pauta más amplia en todo ello. Podía escuchar cómo Ryan llamaba para iniciar una búsqueda y captura mientras ella se ponía de puntillas, intentando captar una palabra que estaba escrita en letra grande cursiva debajo de una foto que Percival había tomado de Penélope mientras dormía. Le costó un segundo entender lo que decía, pero estaba segura al noventa y cinco por ciento de que decía “Mía”.

Estaba a punto de sacar el teléfono para tomar una foto de la pared cuando notó algo extraño. Aunque no había terminado de crear la alerta, Ryan se había detenido en seco. Entonces lo escuchó, algo que sonó como un gruñido desesperado y dolorido.

Se metió el teléfono de vuelta al bolsillo y echó un vistazo alrededor

de la habitación. Sus ojos recayeron en el bate de béisbol que había junto a la cama. Lo más sigilosamente que pudo, se apresuró a llegar hasta él, lo agarró y se fue hacia la puerta del dormitorio.

Con el bate firmemente en sus manos, atisbó al otro lado del rincón. Para horror suyo, que no para su sorpresa, vio a Jeff Percival detrás de Ryan, con el brazo derecho agarrándole por el cuello mientras le daba multitud de puñetazos en los riñones con su puño izquierdo.

Sin pensar, Jessie entró a la habitación, sacudiendo el bate por detrás. Percival, que le daba la espalda, percibió movimiento por el rabillo del ojo y miró justo a tiempo para ver cómo Jessie se le venía encima con el bate. Antes de que tuviera tiempo para reaccionar, le dio en la parte de atrás de su rodilla izquierda. Se escuchó un sonido muy alto mientras se caía de rodillas, y Jeff gritó a viva voz al tiempo que soltaba el cuello de Ryan.

Jessie echó el bate hacia atrás de nuevo, esta vez lista para golpearle a Percival en la nuca, pero mientras lo hacía, Ryan, que todavía no podía hablar, levantó la mano en el aire para indicarle que se detuviera. Jessie detuvo el bate en seco mientras el detective le daba la vuelta a Percival de una patada, poniéndole las esposas rápidamente, ignorando sus aullidos.

“No hay por qué pasarse”, dijo Ryan con voz áspera. “Ya le has dado bastante bien la primera vez. Va a estar cojeando durante un año”.

Jessie asintió y soltó el bate, cayendo en la cuenta en ese instante de que le temblaba todo el cuerpo. Intentó ignorarlo mientras salía a toda prisa junto a los dos hombres, murmurando casi inaudiblemente.

“Necesito algo de aire fresco”.

CAPÍTULO TREINTA

Regresaron a la ciudad lo más rápido que pudieron sin tener que recurrir a la sirena.

Ryan y Jessie ya estaban listos para seguir al coche patrulla que iba a llevar a Percival al hospital cuando recibieron una llamada del capitán Decker. El reconocimiento facial tenía un posible impacto en el padre de Jessie. Quería que regresaran para mirar la cinta en el monitor de alta definición y que Jessie viera si se trataba de él.

Ryan hizo que una unidad del CSU examinara el apartamento de Percival y les pidió a los agentes que le llevaran al hospital. Entonces llamó a Brady. Dio con el buzón de voz así que le contó lo que había sucedido, le explicó por qué no podían quedarse en la zona, y le sugirió que fuera a visitar a Percival al hospital para interrogarle. Ya era la última hora de la tarde, por lo que le prometió que volverían a la mañana siguiente para hacer un seguimiento.

Mantuvieron silencio la mayor parte del camino, ambos perdidos en sus propios pensamientos. Finalmente, Ryan habló.

“Gracias por derribar a este tipo. Lo estaba pasando mal. La verdad es que me pilló por sorpresa”.

“No te preocupes. Estuve encantada de hacerlo. Y quiero decir encantada”.

“Creo que puede que le hayas roto todos los ligamentos de la rodilla con ese golpe”, se maravilló Ryan. “Deberían llamarte de los Dodgers”.

“Qué va, soy demasiado cara”, dijo Jessie, sonriendo por primera vez desde el incidente. “Imagínate lo que podría hacer si algún día tengo un arma”.

“Sigo trabajando en ello”, le contestó Ryan.

“Lo creeré cuando la tenga en la mano”, dijo Jessie, que, al darse cuenta de lo cínica que había sonado, cambió rápidamente de tema. “¿Crees que es nuestro hombre?”.

“Parece encajar con ello”, dijo Ryan. “Es muy posible que hubiera visto a Gray Longworth corriendo por ese sendero por la mañana, que hubiera plantado el cuchillo en una zona donde sabía que lo encontraríamos, y lo conectaríamos con el marido infiel”.

“Claro”, dijo Jessie. “Encaja”.

“Entonces, ¿por qué suenas escéptica?”, preguntó Ryan, mirándole.

“Es que parece encajar demasiado perfectamente. Lo caótico me resulta más creíble”.

“Parece lógico”, dijo él. “Veamos en qué resulta. Y, a propósito, ¿cómo te encuentras?”.

“Estoy bien”, dijo Jessie. “Estaba un tanto asustada en un primer momento, pero ahora ya estoy bien”.

“No es eso lo que quise decir. Son casi las cinco de la tarde, solo tienes tres horas más antes de que tengas que responder a tu padre. ¿Se empieza a disipar ese ánimo tan confiado que tenías antes?”.

“Digamos simplemente que no diría que estoy tan alegre y confiada como hace unas pocas horas”, concedió Jessie.

“¿Has decidido qué vas a hacer?”.

“Sí, le voy a decir que se vaya al carajo”.

“Bueno, esa es una alternativa”, dijo Ryan con cautela. “¿Has pensado en decirle que sí y quedar para veros? A lo mejor le podemos poner una trampa”.

Por supuesto, esta era una buena idea que encajaba perfectamente con la investigación en circunstancias normales, pero estas no lo eran. A Jessie hasta le parecía que estaba poniendo a Ryan en peligro solo con hablarle del video.

Pero, si hacía exactamente lo que Xander le había prohibido e intentaba montar algún tipo de operación encubierta, le daba la sensación de que les saldría el tiro por la culata. No solo sospechaba que él habría tomado sus medidas para desvelar una decisión como esa y contrarrestarla, sino que haría algo que pondría a los miembros del comando en peligro. Había amenazado las vidas de todos los que le ayudaran. Si dejaba que otra gente le ayudara y les acababan matando, se sentiría responsable de sus muertes.

“Lo cierto es que he considerado eso”, le dijo Jessie, decidiéndose por contarle una verdad a medias. “Pero lo descarté enseguida. Xander no es un idiota. Sabría que estoy mintiendo. Puede que espere que me calme con el tiempo y tome en serio su proposición psicópata. Pero jamás se va a creer que, unos días después de que se haya cargado a mis padres adoptivos, me voy a apuntar a lo de formar un clan de asesinos en serie. No, cualquier cosa que no sea rechazo total resultaría sospechosa”.

“Muy bien, y entonces, ¿qué pasa cuando le rechaces?”.

“Espero que le siente mal y que intente convencerme en persona”.

“¿Ese es tu gran plan?”, le preguntó Ryan, incrédulo.

“Mira, no tengo ningún gran plan”, contestó Jessie, frustrada. “Pero ya me he hartado de jugar al gato y el ratón con él, y esta es mi manera de dejárselo claro. Es más probable que aparezca si le desprecio. Y nunca voy a estar en mejor posición para atacarle que ahora. Mi apartamento es seguro. Tengo a dos policías montando guardia, cubriéndome las espaldas. El departamento está utilizando sus recursos para encontrarle. Ahora es el momento de atraparle”.

“Pero, si él es tan listo como tú dices, ¿no sabe ya todo eso?”, señaló Ryan. “¿No preferirá esperar a que se calmen las cosas para venir a por ti?”.

“No estoy segura de que sea capaz de reprimirse, especialmente después del email que pienso enviarle. Va a ser de lo más… irrespetuoso”.

“¿Puedo hacer una sugerencia?”, preguntó Ryan, que sonaba casi

nervioso.

“Por favor”.

“Cuéntale a Decker lo de la cinta de video. Si se entera de que la amenaza contra ti es inminente, puede que proporcione recursos adicionales. Deja que te ayude”.

“Ryan, no le puedo hablar de la cinta”, dijo ella. “Lo que hice puede ser interpretado como sustracción de pruebas”.

“No necesariamente. No tienes que ser completamente sincera. Pon una sombra por aquí y por allá. Dile que viste una cinta de video en el reproductor, pensaste que se trataría de alguna película familiar, y te la llevaste como recuerdo. No fue hasta más tarde, cuando la sacaste de nuevo para verla, que notaste el Post-it y te diste cuenta de donde provenía. Eso es perfectamente factible”.

“Quizás”.

“Jessie”, dijo Ryan con delicadeza. “Creo que ambos sabemos que hay otra razón por la que estás dudando de enseñarle la cinta a Decker, por la que ni siquiera me has invitado a mí a verla”.

“¿Qué razón es esa?”, preguntó Jessie, sonando más defensiva de lo que pretendía.

“Vamos, Jessie”, dijo él, exhortándole en silencio.

“Está bien”, dijo Jessie con resistencia. “Quizá no quiera que mi jefe y mis compañeros de trabajo escuchen lo que me dijo Xander Thurman. Quizá no quiera que los que me rodean piensen que solo me hice criminóloga para poder estar cerca de la violencia y la muerte”.

“¿Realmente crees que tus compañeros de trabajo pensarían eso?”, preguntó Ryan.

“¿Y quién puede culparles por ello?”, le espetó Jessie. “Lo llevo en la sangre, ¿no es cierto?”.

“Si funcionara así, entonces todos los hijos de criminales también lo

acabarían siendo".

"No estamos hablando de un ladrón de bancos", le recordó Jessie. "Estamos hablando de un tipo que se excita torturando y asesinando otros seres humanos".

"Jessie", dijo Ryan en voz baja, pero con convicción. "Tú no te defines por quienquiera que sea tu padre. No dejes que intente convencerte de lo contrario. Solo intenta meterse en tu mente. Ninguno de los que trabajamos contigo pensamos que seas como él. La pregunta de verdad es, ¿lo crees tú?".

Antes de que pudiera responder, sonó el teléfono de Ryan. Pasó la llamada al altavoz.

"Eh, chicos", dijo Brady. "¿Cómo van las cosas? Parece que tuvisteis que largaros a toda prisa".

"El capitán nos necesita en otro caso urgente", le dijo Ryan, dejando los detalles de lado. "Disculpa que te dejáramos solo con ello".

"Está bien", contestó Brady. "Por desgracia, básicamente solo tengo malas noticias que daros".

"No te cortes", dijo Ryan. "Llevamos todo el día recibiendo malas noticias".

"Muy bien. Primero, hablé con Jeff Percival, que va a tener que utilizar una escayola durante seis semanas, por cierto. No negó su obsesión con Penélope Wooten. Sin embargo, dice que estaba en México desde el sábado pasado. Era hasta incómodo lo mucho que hablaba. Hasta me contó que, mientras estaba en México, contrató a numerosas prostitutas que se parecían a Penélope, pero me dijo que no regresó hasta hoy, que acababa de volver a L.A. cuando se encontró con un intruso en su apartamento".

"Ah, genial… ¿así que este tipo nos va a querer demandar?", dijo Ryan.

"No me preocuparía por ello", le aseguró Brady. "Es cierto que tenía una colección de fotos de una mujer que ha sido asesinada recientemente en su pared. Creo que te llevas el beneficio de la

duda en este caso".

"¿Y la historia es cierta?", preguntó Jessie.

"Por el momento, sí. Tenía una bolsa de viaje con ropa sucia en su coche, junto con varios recibos en el suelo. Eran de Tijuana y algunos tienen marca de hora y fecha de esta semana. También hemos contactado con el servicio de Protección de Fronteras. Además de comprobar los permisos de conducir, también hacen un seguimiento de las matrículas que pasan por el cruce de San Ysidro cerca de San Diego. Llevará unas cuantas horas, pero deberían ser capaces de verificar si cruzó y cuándo lo hizo. Le mantendremos retenido en base al delito de agresión contra Ryan, pero parece que va a tener coartada para el asesinato. Y, para ser honestos, cuando mencioné la muerte de Penélope Wooten, pareció sentirse realmente sorprendido por la noticia".

"Maldita sea", dijo Ryan. "Pensé que teníamos a nuestro hombre".

"Si sirve de algún consuelo", ofreció Brady, "suena a que Percival estaba muy cerca de acabar haciendo lo que otro ha hecho antes".

"No sirve de consuelo", dijo Jessie. "Todavía hay un asesino suelto ahí fuera".

"A propósito de asesinos, hemos perdido a Gray Longworth".

"¿Cómo?", dijeron Jessie y Ryan al unísono.

"Cuando pasé por su oficina en Venice, me dijeron que había acabado su día temprano, pero, por alguna razón, el agente que le vigila no le vio salir. Quizá no estuviera prestando la mayor atención porque no esperaba que saliera tan pronto. Sea como sea, cuando pasé por allí, Longworth se había ido y el agente no tenía ni idea adónde".

"¿Qué hay de rastrear su teléfono?", preguntó Jessie.

"Es lo primero que intenté. Está apagado, lleva horas así. Puede que se le haya acabado la batería o que lo haya hecho a propósito para evitarnos. Estamos comprobando sus últimas coordenadas de GPS e intentando obtener una orden del juez para acceder a sus

comunicaciones. Quizá enviara un email o un mensaje que dieran alguna pista sobre a dónde se dirigía. De todos modos, hace muchas horas que se largó. Tenemos a varias unidades en busca de su coche y los técnicos están comprobando cualquier movimiento en sus tarjetas. Por lo demás, estamos en plan de esperar a ver qué pasa".

"Quizá deberíamos pasar sus datos a la patrulla fronteriza", sugirió Ryan, bromeando solo a medias. "Puede que tengamos a un sospechoso saliendo de México mientras que otro intenta escaparse allí".

"No es ninguna tontería, la verdad", señaló Brady. "Cuando termine de hablar con vosotros, creo que les llamaré".

"Nosotros ya estamos casi de vuelta en la Comisaría Central", le dijo Ryan. "Así que te dejaremos marchar, pero cuéntanos cualquier novedad, ¿de acuerdo?".

"Trato hecho, pasad una buena noche", dijo Brady antes de colgar.

Tomaron la curva final antes de entrar al aparcamiento de la comisaría. Ryan volvió la mirada hacia Jessie.

"Casi se ha terminado el tiempo", dijo. "¿Has decidido? ¿Le vas a contar a Decker lo que está pasando?".

Jessie suspiró y asintió.

"¿Qué tengo que perder? Mi carrera profesional nada más, ¿no es cierto?".

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Decker no estaba tan disgustado como ella había anticipado.

No estaba del todo claro si le había convencido su excusa de que "me llevé una cosa que resultó ser una prueba crucial sin darme cuenta", pero no le hizo más preguntas. Cuando le confirmaron que el rostro de Thurman no era visible en el video, decayó su interés.

"Puedes traerla mañana y haremos que los técnicos le echen un vistazo para ver si pueden averiguar algo que se te haya podido pasar por alto a ti. Te sorprendería saber lo que pueden sacar de un pedazo de cinta aparentemente inútil. Entretanto, quiero que le eches una ojeada a las capturas de pantalla del tipo que hemos identificado y veas si se trata de tu padre".

Una técnica llamada Nora reprodujo la cinta. Se veía a un hombre saliendo de la estación de metro en la 7a Calle a las 10:19. Llevaba una gorra y gafas de sol y mantenía la cabeza gacha la mayoría del tiempo que estaba delante de la cámara, pero en cierto momento, alguien que pasaba por allí accidentalmente se tropezó con él, haciendo que elevara la vista por un segundo.

Era ese momento el que había sido seleccionado por el programa de reconocimiento facial. Habían aislado la captura más clara de su rostro, la habían limpiado un poco y ahora le estaba mirando de frente a través del monitor del ordenador. Según la lectura en la pantalla, encajaba con fotografías antiguas de Thurman con un 28% de exactitud. Se le quedó mirando durante largo tiempo antes de responder.

"Es que no lo sé, capitán", admitió Jessie. "Podría tratarse de él. Obviamente, el programa piensa que podría ser así. Y tiene sentido. ¿A qué distancia está esa estación de metro de donde nos encontramos en este momento, cerca de una milla? Pero no he visto al hombre más que en una cinta borrosa donde lleva puesto un disfraz en más de dos años. Los pómulos parecen similares, pero no puedo decir, con toda sinceridad, cuánto de esto es juicio objetivo y

cuánto son mis propias suposiciones".

Decker parecía frustrado, pero no dijo nada.

"¿Pudiste rastrear dónde fue después de eso?", le preguntó Ryan a Nora.

"No", dijo ella.

"No recibimos la alerta de las imágenes hasta hace unas dos horas así que no pudimos seguirle los pasos de inmediato. Desde ese momento, hemos enviado a unos chicos a repasar todas las cintas de seguridad de la zona, pero nuestra cobertura tiene huecos en ese sector. No contaría con obtener mucho de vuelta".

"Entonces, ¿qué hacemos ahora?", preguntó Jessie.

"Lo que tú vas a hacer es irte a casa", dijo Decker con firmeza. "Nettles y Beatty te acompañarán esta noche de nuevo. Una vez envíes tu respuesta al email de Thurman desde la seguridad de tu apartamento, haremos que nuestros amigos los técnicos intenten rastrear su ubicación cuando lo abra. Seguramente, aumentaremos el número de coches patrulla en tu vecindario desde ya mismo como precaución adicional. Puede que añadamos un par de agentes de paisano en tu edificio a partir de mañana. Solo necesito que me den la autorización, pero dudo que sea difícil. Entretanto, continuaremos repasando las cintas de seguridad para ver si aparece de nuevo".

Jessie abrió la boca, lista para quejarse, cunado Ryan, que la estaba mirando de cerca, intervino.

"Creo que ese es un buen plan, capitán", dijo, mirando a Jessie mientras hablaba. "Estoy seguro de que Jessie se sentirá un poco frustrada de estar encerrada en su casa, pero sabe que es el movimiento correcto en este momento. Me puedo encargar del papeleo del arresto de Jeff Percival para que pueda irse a casa ahora mismo".

"Entonces, ¿estamos de acuerdo?", dijo Decker, mirando a Jessie para ver si le parecía todo bien.

Jessie tragó saliva con fuerza, diciéndose a sí misma que todo lo que estaba sugiriendo era razonable. Solo porque le convirtiera en una participante pasiva de su propia vida no quería decir que no fuera el curso de acción más inteligente. Aun así, ella pondría todo en marcha al enviar su email. Es solo que no iba a controlar lo que pasara después de eso.

“Sí señor”, dijo finalmente, forzando una sonrisa.

“Genial”, dijo Decker. “Les notificaré a Nettles y a Beatty que pueden dar el día por terminado. Puedes irte a casa en los próximos diez minutos. ¿Cuándo planeas enviarlo?”.

“Estaba pensando en hacerlo a las siete y cincuenta y nueve, solo para fastidiarle”.

“Siempre es inteligente antagonizar a un asesino en serie”, contestó Decker secamente antes de dejarles marchar. Cuando se deshizo la reunión, Ryan le hizo un gesto a Jessie para que se le uniera en el patio.

“Siento haberte acorralado allá dentro”, le dijo cuando estuvieron afuera. “Pero Decker ya estaba decidido. Y me preocupaba que, si protestabas ante su plan, empezaría a preguntarse por qué. No quieres eso, especialmente después de decirle lo que quiere hacer Thurman”.

“Pensé que dijiste que nadie creería que yo pudiera siquiera considerar aceptar la proposición de mi padre”.

“Y así es”, le aseguró Ryan. “Pero puede que él piense que estás emocionalmente implicada, lo que tampoco es una locura. Y que tú le exijas hacer algo arriesgado, como hacer de cebo, puede que le haga plantearse si estás bien de la cabeza”.

“No iba a sugerir hacer de cebo”, protestó Jessie.

“¿No te cruzó la mente ni por un instante?”, dijo Ryan, elevando las cejas.

“Casi en absoluto”, dijo ella, intentando reprimir la sonrisa que sentía aparecer en las comisuras de sus labios.

“Bueno, entonces es mi error, supongo”, contestó Ryan, sonriendo de oreja a oreja.

“Sí que lo es”, le dijo con fingido desprecio.

“Escucha”, dijo él, poniéndose serio de nuevo. “Quería contarte mi plan para la noche. Después de que termine con este papeleo, voy a ir al gimnasio un rato. Necesito una buena sesión de boxeo para recuperar la confianza después de que Percival me atacara hoy. Un poco más tarde, cuando me duche y me cambie, pensaba pasarme por tu casa para ver cómo lo llevas, y quizá darle a uno de los chicos un descanso. ¿Te parecería bien eso?”.

“Claro”, dijo ella. “Encantada de tener la compañía extra. Nettles y Beatty son estupendos, pero ninguno de ellos es el mejor conversador. No te olvides de esa ducha. No me hace ninguna falta que vengas a atufar mi nueva celda, quiero decir, casa”.

Dio la sensación de que él le iba a responder, cuando pareció cambiar de idea mientras se le sonrojaba ligeramente el rostro. Jessie se preguntó qué estaría pensando, pero decidió no hacer preguntas.

“Hasta luego entonces”, dijo y se alejó, antes de darse la vuelta y añadir, “ten cuidado”.

Jessie vio cómo se alejaba, confundida por lo que acababa de suceder.

Ojalá me hubieran enseñado a perfilar eso en el FBI.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

En esta ocasión, tanto Nettles como Beatty parecían sentirse más cómodos encontrando su camino a través de la laberíntica ruta desde el centro comercial a su edificio de apartamentos. Beatty solo se pasó la puerta de la sala de calderas una vez en esta ocasión, por lo que Jessie le dio un cachete en bromas. Él le devolvió la torta por respuesta. Llegaron al vestíbulo del edificio poco antes de las siete de la tarde.

"Tomaré el primer turno aquí abajo", dijo Nettles. "Hablaré con los de seguridad para ver si ha habido novedades. Beatty, escolta a Jessie arriba. Dime que está todo bien cuando estés dentro a salvo con las puertas cerradas con llave y el sistema de seguridad activado".

"Suena bien", dijo Beatty. "¿Cuándo planeas subir?".

"Seguramente no me quede por aquí más de un par de horas. Quiero estar en modalidad de encerrona para las nueve de la noche a menos que haya alguna objeción. Quizá pueda hablar con mis hijos por FaceTime antes de que se vayan a dormir".

"Ninguna objeción por mi parte", dijo Jessie. "El detective Hernández dijo que a lo mejor se pasaba más tarde para ver cómo estaba. Por lo demás, me parece genial irnos pronto a dormir por una vez. Fue un día duro".

"Muy bien entonces", dijo Nettles. "Os veo en un rato".

Se dirigió hacia el pequeño tramo de escaleras para reunirse con Fred el guardia de seguridad y Jimmy el portero. Le vieron venir, ambos con aspecto de estar visiblemente contentos de tener alguien nuevo con quien interactuar. Jessie y Beatty descendieron por el pasillo de atrás para tomar el ascensor de servicio.

Mientras subía del primero al cuarto piso, Beatty desenfundó su arma y la agarró en posición de disparar. Jessie se le quedó

mirando. Él vio su expresión y sonrió.

“Medida de precaución”, le dijo con voz reconfortante.

“Oye, yo no me quejo”, dijo Jessie.

Se abrieron las puertas y Beatty salió primero. Ambos escanearon el largo pasillo en busca de cualquier cosa sospechosa, pero estaba vacío.

“Vamos”, dijo Beatty en voz baja. “No tiene sentido demorarse”.

Bajaron a toda prisa por el pasillo. Cuando llegaron a la puerta de Jessie, miró en la mirilla para ver si alguien había tratado de entrar. Era de color verde. Abrió el cerrojo de la puerta y entró al interior del apartamento con Beatty justo detrás suyo.

Cuando cerró la puerta y repasó el proceso entero de desactivación y reactivación de sus códigos de seguridad, él se movió con rapidez por el apartamento, encendiendo las luces, mirando detrás de puertas, armarios, el baño.

“Todo bien”, dijo mientras Jessie volvía a encender la alarma del apartamento.

“Está bien saberlo”, dijo ella, atisbando por la mirilla una vez más.

“Nettles”, dijo Beatty por la radio que había detrás. “Aquí Beatty, cambio”.

“Adelante, Beatty”.

“Estamos bien aquí arriba. El apartamento está vacío y estamos en modo de encerrona”.

“Excelente”, llegaba la voz de Nettles. “Todo vacío aquí abajo por el momento. Los de seguridad no me informaron de nada inusual. Estoy repasando cintas de las entregas de hoy para ver si alguien me resulta familiar. Por lo demás, está todo tranquilo”.

“Muy bien. Vamos a acomodarnos aquí arriba. Te aviso cuando Jessie envíe ese email”.

“Recibido”, dijo Nettles.

“Entonces”, dijo Beatty, volviéndose hacia Jessie. “¿Te queda más de esa pizza?”.

*

Jessie cambió de idea a las 7:28 de la tarde.

Aunque sabía que alteraba el plan original, la idea de esperar otra media hora para enviar un email en el que le mandaba al carajo a su padre le estaba poniendo cada vez más ansiosa. Era mejor quitárselo de encima de una vez. Le dijo a Beatty lo que estaba pensando y se fue a su habitación para redactar el mensaje.

Se sentó delante de su portátil y trabajó en varias versiones antes de llegar a tener una con la que se sintiera satisfecha. La versión con la que acabó quedándose era breve y concisa. Decía:

Deja que sea muy clara. Eres un asesino que ha asesinado a la única familia de verdad que he tenido jamás. No nos parecemos en nada y jamás me uniría a tu perversa misión. Haz lo correcto. Entrégate a la policía.

Lo releyó unas cuantas veces. No era literatura, pero comunicaba claramente sus intenciones. Llamó a los técnicos en comisaría para decirles que estaba a punto de apretar la tecla Enviar. Hizo lo mismo con Ryan, pero dio con su buzón de voz. Debía de estar boxeando todavía.

“Estoy a punto de enviarlo”, le gritó a Beatty en la otra habitación. “¿Quieres avisarle a Nettles?”.

“Lo haré”, le gritó de vuelta, regresando a la puerta mientras hablaba por la radio. “Nettles, aquí Beatty, cambio”.

“Adelante, Beatty”.

“Jessie está cansada de dar vueltas. Va a enviar el email ahora mismo”.

“Entendido”.

“Ya te diremos si tenemos respuesta”, dijo Beatty.

“Entendido. Buena suerte, Jessie”.

Jessie sonrió.

“Ella te da la ‘gracias’”, dijo Beatty.

Jessie repasó el mensaje una vez más. Satisfecha, pulsó en Enviar.

“Ya está”, dijo, elevando la vista.

“¿Quieres una porción de pizza de celebración?”, preguntó Beatty. “Está casi lista para salir del horno”.

“No estoy muerta de hambre”, contestó ella. “A cierta parte de mí no le importaría tomarse un chupito de whiskey de celebración, pero eso no parece buena idea”.

“Quizá cuando le atrapemos”, sugirió Beatty. “Entretanto, no me dejes comer solo. Al menos quédate a pasar tiempo conmigo”.

Jessie se levantó, trayendo consigo el portátil hasta la mesa de desayunos. Se sentó al tiempo que él sacaba la base de pizza del horno y la empezaba a cortar. Entonces buscó un plato para poner sus tres porciones.

Aunque sabía que no había razón para ello, Jessie no hacía más que refrescar la página de su email. Por supuesto, aún no había ninguna respuesta. Habían pasado dos minutos, apenas el tiempo suficiente para siquiera abrir y leer un mensaje, mucho menos para responder.

“Me siento mal”, dijo Beatty mientras le daba un mordisco enorme a su porción de pizza, intentando absorber un hilo suelto de queso fundido. “El pobre Nettles está viendo cintas de seguridad mientras yo estoy aquí masticando de lo lindo. Pensé que siempre era el agente más novato el que se llevaba los peores trabajos”.

“Bueno, invítale a que suba”, sugirió Jessie. “Si ya ha terminado de mirar las cintas, no hay razón de que se quede abajo hasta las nueve. Esa parece una hora al azar”.

“Muy bien, lo sugeriré, pero él es de los que no cambian fácilmente de idea así que mejor que esperes sentada”.

Jessie asintió, echando una ojeada a la pizza al tiempo que se decía a sí misma que no le hacía falta nada de eso.

“Nettles”, dijo Beatty por radio con la boca a rebosar, “aquí Beatty, cambio”.

No hubo respuesta. Tras esperar unos cuantos segundos, Beatty tragó su comida y lo volvió a intentar.

“Nettles, aquí Beatty; cambio”.

El único sonido que había al otro lado de la radio era de interferencias mezcladas con un chisporroteo intermitente.

“Nettles, soy Beatty. Haz el favor de responder. Cambio.”

Nada por el momento.

Beatty le miraba a Jessie. Sus ojos sugerían que no pensaba que esto fuera un problema de la radio.

“Inténtalo de nuevo”, le dijo Jessie con urgencia.

“Nettles, soy Beatty. Necesito que respondas ahora. Confirma tu estado, por favor. Cambio”.

Esperaron unos buenos diez segundos. Nada.

Beatty, que se había quedado mirando a la radio como si quisiera hacer que le respondiera, miró a Jessie.

“Voy a bajar”, dijo él.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

Jessie no intentó convencerle de lo contrario. A pesar de sus recelos, sabía que era inútil.

“Llamaré a comisaría”, dijo ella.

“Seguro que no es nada”, dijo Beatty sin mucha convicción. “Apuesto a que solo se fue al servicio y se olvidó de la radio”.

“Eso no me suena a Nettles”.

“No, es cierto”, acordó él.

“Ve con cuidado”, dijo ella. “Si se trata de Thurman, es un experto en disfraces. No confíes en nadie con quien te puedas cruzar, da igual lo inofensivo que parezca, ¿de acuerdo?”.

“Créeme, no voy a correr ningún riesgo. ¿Quieres comprobar esas cámaras por mí antes de que salga al pasillo? Prefiero no salir a ciegas”.

Jessie sintonizó su televisión con el canal de su grabación de seguridad. Según las diversas cámaras que había afuera, el pasillo estaba vacío.

“Puedes salir”, le dijo.

“Muy bien. Cierra de nuevo en el instante que yo salga. Y llama a comisaría cuanto antes. Mejor lidiar con una falsa alarma que… con otra cosa”.

Destrabó el cerrojo de la puerta y salió al pasillo mientras Jessie lo volvía a cerrar y a introducir el código de seguridad. Agarró su móvil y marcó el número de comisaría mientras veía cómo Beatty descendía por el pasillo, con su arma apuntada. Se saltó el ascensor y se fue a la escalera, empujando la puerta con lentitud. Cuando desapareció detrás de ella, alguien apareció en su línea de visión.

“Comisaría central”, le decía una brusca voz femenina.

“Soy la criminóloga Jessie Hunt. Por favor ponme con el capitán Decker. Es una emergencia”.

“Conectando ahora mismo”, dijo la voz sin titubear. Debían haberla alertado sobre la situación de esta noche porque no puso ninguna pega.

La llamada fue directamente al buzón de voz del despacho de Decker. Por lo visto, no habían informado al agente en recepción sobre la naturaleza de la situación en absoluto. Jessie le dejó un breve mensaje explicándole sus preocupaciones, esperando que le reenviaran la llamada a su móvil, como tienen dispuesto muchos policías.

Intentó llamar a la línea técnica y también dio con el buzón de voz. En vez de dejar otro mensaje, colgó y decidió ir al grano, llamando al 9-1-1. De inmediato, le pusieron en una cola de espera. Mientras esperaba, puso la llamada en el micrófono, se puso sus zapatillas, y agarró la barra luminosa que tenía junto a la puerta.

De repente, la línea se quedó muerta. Se acercó y miró la pantalla del teléfono. No había ninguna barra de cobertura. Le echó un vistazo a su portátil y vio que la pantalla decía ahora “conexión a Internet perdida”. Miró la televisión.

Las imágenes del pasillo, en cuatro marcos que mostraban otros tantos ángulos, todavía estaban a la vista. Como precaución, esa conexión iba por cables y era independiente de la web por esta misma razón. Cambió de canales y solo encontró pantallas en blanco. El único canal que funcionaba era el que no estaba conectado a Internet.

Estaba empezando a cuestionarse si esto podía tratarse de una coincidencia cuando vio movimiento al final del pasillo en la pantalla. Mirando más de cerca, vio a alguien salir a trompicones del ascensor. Era Nettles.

Iba arrastrándose por el pasillo con las dos manos aferradas a su garganta. La sangre se desparramaba visiblemente de entre sus

dedos. Jessie echó a correr hacia la puerta, y entonces se obligó a detenerse. Volvió su atención a la pantalla, en busca de movimiento adicional en el ascensor. ¿Estaba allí escondido Thurman, esperando que ella abriera la puerta para poder atacarle?

Aunque le dolía hacerlo, esperó hasta que Nettles estuvo casi junto a su puerta para destrabar el cerrojo, manteniendo la vista en el monitor todo el tiempo. Estaba levantando la mano para llamar cuando abrió y le metió al apartamento. Echó una mirada rápida a ambos lados del pasillo antes de cerrar y trabar la puerta y volver a activar el sistema de seguridad.

Nettles parecía estar tratando de decir algo, pero todos sus esfuerzos eran en vano.

“No intentes hablar”, le dijo ella mientras le recostaba en el suelo y se iba corriendo a la cocina para agarrar un rollo de toallitas de papel.

Le quitó las manos de la garganta para echar un vistazo en más detalle. Le llevó varios segundos extraer suficiente sangre como para ver lo que estaba pasando. Le habían cortado la garganta con un cuchillo grande y afilado. La incisión era ancha, pero no especialmente profunda. Aunque no era experta en ese tema, no parecía que le hubieran cortado la carótida.

“¿Fue Thurman?”, preguntó.

Nettles asintió con debilidad.

Mientras le presionaba la garganta con un puñado de toallas de papel, Jessie sintió cómo encajaban los engranajes en su cabeza. Fuera lo que fuera, Xander Thurman no era un principiante. Si hubiera querido matar a Nettles, lo hubiera hecho. Así que, ¿por qué le había dejado con vida?

Nettles tosió y un chorro de neblina rojiza salió disparado de la apertura en su cuello. Ahora la herida sangraba todavía con más fuerza.

“Aguanta”, le dijo a Nettles. “Voy a por algo para sujetarlo”.

Fue corriendo al armario de los abrigos y sacó una bufanda. En su camino de regreso, vio el teléfono de la línea fija y lo agarró para llamar al 9-1-1. No había tono de línea. ¿Acaso Thurman también había cortado la línea telefónica?

Mientras envolvía el cuello de Nettles con una bufanda, notó que su arma no estaba con él. Al sentir movimiento por el rabillo del ojo, miró de nuevo al monitor de la televisión. La puerta de la escalera al final del pasillo se estaba abriendo lentamente. Y entonces fue cuando se dio cuenta de la razón por la que había decidido dejar a Nettles con vida.

Él no sabía en qué apartamento vivía. De alguna manera, había encontrado su edificio, pero no podía estar seguro de qué apartamento era el suyo. Así que dejó que Nettles “se le escapara” para poder ver dónde iba por el monitor de seguridad del vestíbulo. Y ahora que lo había encontrado, venía a por ella.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal a Jessie.

Jessie estaba observando el monitor del televisor, congelada de miedo, cuando una silueta cruzó la puerta de la escalera y entró al pasillo. Caminaba lenta y metódicamente por el pasillo. Una máscara de esquí le cubría el rostro excepto por la boca y los ojos, pero ella sabía que era él. Reconocía su complexión alta y delgada.

De pronto, le atravesó la imaginación un recuerdo informe de su infancia, de su padre acercándose a ella, que estaba amarrada a esa silla de madera en la cabaña. Este hombre caminaba del mismo modo, inclinándose levemente hacia adelante al moverse, como si una fuerza externa más potente que él le estuviera impulsando, guiándole por su sendero de brutalidad.

Otra tos de Nettles le sacó de su inquietante ensoñamiento. Jessie le miró bien. Aunque no podía hablar, sus ojos parecían estar diciéndole "sal de aquí". Quería que le dejara y se escapara, pero no había lugar donde ir. Xander ya estaba casi en su puerta. No podía saltar por la ventana desde quince metros de altura. Incluso aunque sobreviviera, simplemente acabaría en el pavimento con las piernas rotas esperando a que él bajara y terminara con ella. Estaba atrapada.

Eso no es cierto.

Ahora se acordó de algo que no hubiera podido recordar momentos antes, cuando estaba demasiado asustada como para pensar. Había otra salida, el hueco con la escalera de soga oculto detrás del armario de su cuarto de baño. Había sido diseñado exactamente para este tipo de situaciones.

Miró de nuevo a Nettles, cuyos ojos revoloteaban de un lado a otro. Apenas parecía consciente. No había manera de que le pudiera meter por ese hueco tan estrecho. Incluso aunque se sintiera con fuerzas, nunca sobreviviría a todos esos golpes y roces.

Volvió a mirar al monitor. Su padre estaba justo al otro lado de la puerta. La estaba mirando fijamente, inmóvil. Sabía que iba a ser necesario algo más que una buena patada para abrirla. Jessie todavía tenía tiempo, si empezaba a mover el culo de inmediato.

Jessie se alejó de la puerta y miró de nuevo a Nettles, que tenía los ojos abiertos de nuevo, aunque no parecía ver bien.

“Voy a tener que dejarte aquí”, dijo en voz baja. “Pero te prometo que regresaré”.

Jessie no esperó a su confirmación, le agarró por los brazos y le arrastró hasta su dormitorio. Le movió hasta el lado opuesto de la cama, donde no se le podría ver desde la puerta del dormitorio, y después regresó a la sala de estar.

Xander ya no estaba mirando fijamente a la puerta. En vez de ello, parecía estar presionando algo contra ella. Jessie se acercó más al monitor y vio que era cierta clase de masilla. Cuando sacó varios cables de su bolsillo, se dio cuenta de lo que estaba haciendo: preparando una bomba. No iba a tirar la puerta abajo. La iba a hacer saltar en mil pedazos.

Jessie sabía que no le quedaba mucho tiempo. Agarró la barra luminosa de la mesa de desayunos, se metió su todavía inutilizable teléfono al bolsillo, y estaba a punto de regresar al dormitorio cuando tuvo una idea.

Quizá no podía llamar para pedir ayuda, pero había otra manera de hacer que se presentara. Tan rápidamente como pudo, movió una de sus butacas al centro de la sala de estar. Entonces enrolló un montón de toallas de papel, encendió uno de los quemadores, y le prendió fuego. De inmediato, el extremo estalló en llamas.

Se apresuró a ir hacia la butaca, se subió a ella y sostuvo el extremo en llamas cerca de los aspersores. Les llevó unos siete segundos activarse y empezar a rociar agua por toda la habitación. Al mismo tiempo, saltó la alarma de incendios, lanzando un eco lacrimógeno por todo el edificio.

Miró de nuevo a la pantalla de la televisión y vio que su padre

estaba sonriendo. No sabía si estaba orgulloso o solo entretenido. De todos modos, incluso mientras le caía agua encima, volvió a ponerse manos a la obra con su explosivo. Parecía que casi había terminado.

Apagó la televisión, agarró la barra luminosa, y corrió al dormitorio, donde cerró la puerta, la atrancó con un candado y una cadena, y después colocó la barra de seguridad. Después de esto, se fue al cuarto de baño y repitió la rutina, preguntándose por un momento cuánta gente tendría cadenas, candados, y barrotes de seguridad en las puertas de sus cuartos de baño.

Abrió la puerta del armario, desenganchó la hebilla oculta a la izquierda, giró el pestillo, y tiró de la estantería, que se abrió de par en par para revelar el pozo y la escalera de soga pegada a la pared de ladrillos que había detrás.

Se metió la barra luminosa en el bolsillo de atrás, salió a la escalera, y empujó la estantería hasta que pudo escuchar un clic. Ahora totalmente rodeada de oscuridad, descendió por la endeble escalera rápidamente y con la mayor cautela que pudo. A cada paso, el sonido de la alarma de incendios se alejaba más. Podía ver la tenue iluminación de la lavandería debajo suyo y había llegado casi al final cuando escuchó la explosión. Casi con toda seguridad, Thurman había entrado a su apartamento.

Se tiró al suelo para recorrer los últimos dos metros y se escabulló a través del diminuto espacio por el que podía gatear hasta la lavandería.

Un chico de treinta y tantos años que estaba echando detergente líquido a una lavadora soltó un grito cuando la vio aparecer de la nada. La alarma de incendios no se podía escuchar desde aquí y no había agua saliendo del techo. Por lo visto, los que estuvieran lavando la ropa dependían de sí mismos en caso de incendio.

“Hay un intruso en el edificio”, dijo Jessie mientras pasaba junto a él a toda prisa. “Ve al edificio de al lado a la cafetería y llama al 9-1-1”.

El chico se la quedó mirando atolondrado.

“Hazlo!”, chilló antes de salir corriendo por la puerta y subir las escaleras hasta el nivel del vestíbulo. Cuando surgió, vio que todo el piso estaba empapado del agua de los aspersores. Los residentes estaban saliendo de los ascensores y de la escalera y abandonando el edificio, confundidos por la combinación del agua, el ruido, y los cristales rotos, probablemente provocados por la explosión que acababan de oír.

Jessie corrió hasta el puesto de seguridad, abriéndose paso a empujones entre los atónitos inquilinos. Cuando llegó al escritorio, vio a Fred el guardia de seguridad tumbado en el suelo en medio de un charco de sangre que provenía de su garganta. Por lo visto, Xander no había sido tan delicado a la hora de tratar con él.

En el suelo junto a él estaba Jimmy el portero. No estaba sangrando tanto pero el pedazo de víscera que le salía de la nuca le indicaba que no le había ido mucho mejor. Parecía que Xander le hubiera clavado el cuchillo en la nuca.

Volvió la vista a otro lado rápidamente, intentando alejar todo el horror que le rodeaba de su mente. Ya lamentaría las muertes de estos hombres más tarde. Ahora mismo, tenía algo que hacer. En el suelo, junto al cadáver de Jimmy, había un arma. La reconoció como el arma habitual que se asignaba a los agentes de uniforme de la policía de Los Ángeles. Debía de haber sido la de Nettles. La recogió del suelo.

Un grito procedente de la multitud le hizo levantar la vista. Había dos mujeres inclinadas sobre un hombre que yacía de espaldas, inmóvil.

¡Beatty!

Jessie echó a correr a través de la multitud para llegar hasta él. Estaba sangrando de la parte de atrás de su cabeza, como Jimmy. Jessie sintió como un grito de dolor se empezaba a elevar dentro de su pecho, cuando de repente él soltó un gruñido.

“¡Beatty, estás vivo!”, dijo, estrujando sus manos con las suyas. Le miró la cabeza. Parecía que la sangre era el resultado de un golpe con un objeto contundente y no de un corte de cuchillo.

“Jessie”, murmuró rayando en lo ininteligible.

“Estoy aquí”, le dijo ella.

“Thurman está aquí”, murmuró.

“Lo sé. Está en mi apartamento. Voy a volver a subir. ¿Estás bien?”.

“Espera…”, susurró. “Espera a los refuerzos”.

“No puedo hacerlo”, dijo Jessie. “Nettles está allí arriba. Está malherido. Xander le va a matar cuando le encuentre. Tengo que subir”.

Beatty trató de agarrarle por la muñeca mientras se ponía de pie, pero ella se libró de él. Se giró para hablar con una de las mujeres que habían gritado poco antes.

“Es un policía”, dijo ella. “Sacadle afuera. Cuidad de él. Llamad al 9-1-1. Cuando lleguen refuerzos, díganles que vayan al cuarto piso. Y adviértanles que vayan con mucho cuidado. Hay un asesino allí arriba”.

La mujer abrió la boca para decir algo, pero Jessie se había ido antes de que pudiera articular palabra.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

A Jessie le faltaba al aire.

Como los ascensores no funcionaban, tuvo que utilizar las escaleras. La combinación de ir a la carrera y de su corazón latiendo casi hasta salírsele del pecho la había dejado sin aliento.

Abrió de par en par la puerta de la escalera al cuarto piso y atisbó al interior. A primera vista, allí no había nadie, pero una gruesa nube de humo dificultaba mucho la visibilidad. Se puso en cuclillas, intentando recordar su formación de la academia.

La mayoría de ello todavía estaba algo borroso, pero sabía que se suponía que tenía que buscar lugares potenciales de escondite en caso de amenazas, mantenerse consciente de lo que había detrás suyo, y no disparar su arma hasta que tuviera la certeza de que su objetivo era una fuente de peligro.

Se movió cuidadosamente, con los ojos disparándose hacia todos lados al tiempo que su espalda reposaba en la misma pared donde se encontraba la puerta de su apartamento. Una sombra emergió del humo y ella elevó el arma de Nettles, soltando el enganche de seguridad. Su dedo osciló sobre el gatillo mientras intentaba determinar qué es lo que se le venía encima.

Estaba a punto de disparar cuando una mujer mayor, una vecina que veía de vez en cuando, pero con la que nunca había intercambiado más que un saludo, surgió de la humareda. Llevaba a un perrito en los brazos y parecía desconcertada. Jessie bajó su arma y le hizo un gesto para que se le acercara.

“Vaya abajo al final del pasillo y salga del edificio”, le susurró. “Los ascensores están fuera de servicio. ¿Me entiende?”.

La mujer asintió e hizo lo que le había indicado, desapareciendo una vez más dentro de la cegadora humareda.

Jessie acababa de volver su atención a su apartamento cuando una segunda explosión le derribó, haciéndole caer al suelo.

Le zumbaban los oídos. Cuando se incorporó para sentarse, intentó orientarse. Tras unos momentos, empezó a ponerse de pie, utilizando una mano para mantener el equilibrio apoyándose en la pared mientras que con la otra agarraba el arma con firmeza.

¿Por qué había habido otra explosión?

Se imaginó a Xander en su apartamento y se preguntó qué es lo que le habría llevado a utilizar un segundo explosivo. Solo le llevó un segundo entenderlo. No había podido acceder a su dormitorio y había empleado la misma técnica que para la puerta principal.

Al darse cuenta de esto, sintió una ráfaga repentina de esperanza, la primera que había sentido desde que viera por primera vez a Nettles con las manos en su cuello ensangrentado. Si acababa de hacer explotar la puerta de su dormitorio, entonces ella contaba con una ventaja importante, aunque fuera breve. Xander pensaba que estaba en su dormitorio y ella sabía dónde estaba él. Él no tenía la menor idea de su ubicación mientras que ella sabía la suya con exactitud.

Corrió hacia la entrada del apartamento, moviéndose lo más rápido que podía mientras se sentía medio cegada por la nube tóxica y gris que le rodeaba. Cuando llegó a lo que quedaba de ella, básicamente un enorme agujero que se extendía unos cinco metros de diámetro, se detuvo, se dio un mínimo segundo para recomponerse, y entonces giró su cuerpo hacia la derecha con lo que estaba enfrentándose a los restos de su apartamento, con el arma en alto, y los ojos en busca de cualquier movimiento.

Estaba demasiado lleno de humo como para ver gran cosa, pero se agachó de todas maneras, corriendo a lo largo de la barra chamuscada de desayunos hasta que fue capaz de atisbar al otro lado de ella en dirección de su dormitorio. Entonces es cuando le vio.

Xander Thurman atravesó las ruinas de su dormitorio para entrar a la sala de estar. Ya no llevaba la máscara de esquiar y le podía ver

con claridad. Sostenía un cuchillo largo de caza en su mano derecha. Su pelo, en otro tiempo moreno, estaba salpicado de canas. Su rostro, todavía sorprendentemente juvenil, solo estaba empezando a desarrollar las arrugas que le correspondían a su edad. Sus brillantes ojos verdes centelleaban con la misma energía frenética que ella recordaba de cuando era niña, cuando le consumía el entusiasmo por lo que estuviera haciendo. Parecía… feliz.

Jessie se puso de pie y le apuntó con la pistola. Él la vio y se giró para mirarle directamente. No pudo evitar darse cuenta de que el hombre que en su día había considerado un gigante ahora solo era unos cuantos centímetros más alto que ella.

“Tira el cuchillo, entrelaza tus dedos detrás de tu nuca, y ponte de rodillas”, le ordenó, con voz clara y firme.

Él le sonrió, aparentemente preparado para recibirla.

“Bicho de verano”, le dijo afectuosamente, sin perturbarse en absoluto por el hecho de que su hija le estuviera apuntando con un arma. “Ha pasado demasiado tiempo. No tienes ni idea de cuánto tiempo llevo buscándote. Y ahora, por fin, ¡reunión!”.

“Me alegro de que estés de tan buen humor”, dijo Jessie. “Estaré encantada de recordar viejos tiempos una vez estés esposado y en la cárcel. Lo único que tienes que hacer es arrojar el cuchillo, entrelazar tus dedos detrás de tu nuca, y ponerte de rodillas. ¡Hazlo ahora!”.

“¿Acaso es esta la manera de tratar a un padre al que has perdido hace tantos años?”, preguntó Thurman, dando un paso hacia donde estaba ella. “¿Cómo podemos ser una familia feliz y grande de nuevo si así es como tratas a un ser querido?”.

“Voy a terminar rápidamente con esta reunión de un balazo en tu frente si no haces lo que te ordeno. No te lo pediré de nuevo, cuchillo, dedos, rodillas. ¡Ahora!”.

“Está bien, está bien”, le contestó, tirando el cuchillo para que su punta acabara clavándose en el suelo. “Supongo que no debería

sorprenderme que quieras ver masa cerebral esparcida por todas partes. Es esa sed de sangre que hay en nuestra familia asomando su fea cabeza, supongo. Ves, bicho de verano, no somos tan diferentes".

"No me parezco en nada a ti", le dijo Jessie.

La sonrisa se desvaneció de sus labios y la siguiente vez que habló, su voz sonó dura.

"Eres exactamente como yo", dijo, con voz fría como el hielo.

Se oyó un pitido muy alto que llegaba del dormitorio y que hizo que ambos giraran sus cabezas. Entonces Xander volvió su atención a Jessie de nuevo y sonrió.

"Oh, claro", dijo él. "Supongo que no estás en el baño, después de todo. Será mejor que te agaches".

Jessie tuvo medio segundo para procesar el hecho de que Xander había preparado otro explosivo en la puerta de su cuarto de baño antes de que todo explotara a su alrededor en un tornado de llamaradas y escombros.

*

Cuando Jessie se orientó de nuevo, Xander Thurman no estaba por ninguna parte. Con algo de suerte, habría explotado en mil pedazos.

Se agarró a lo que quedaba de la barra para desayunos y se obligó a ponerse de pie. El arma ya ano estaba allí y las llamas lamían el techo y las paredes del apartamento.

Quería entrar al dormitorio y agarrar a Nettles, pero el intenso calor que emanaba de la habitación era demasiado como para soportarlo. Se acordó de que había un extinguidor de incendios en la pared en el pasillo, asumiendo que el pasillo todavía siguiera allí.

Salió a trompicones al pasillo y se movió hacia la derecha, utilizando la memoria más que la vista para encontrar el

extinguidor. Estaba más cerca de lo que ella había calculado y casi se da de bruces con él cuando se tropezó en la moqueta destrozada, pasto de las llamas.

La mayoría del cristal en la caja metálica se había roto, dejando solo unas cuantas esquirlas sueltas, colgantes, haciendo que el extinguidor fuera difícil de acceder. Jessie se acordó de la barra luminosa que todavía llevaba en sus pantalones y la sacó, alejando con ella el resto de las piezas. Al hacerlo, vio movimiento por detrás suyo reflejado en la esquirla más grande que todavía colgaba de la caja.

Se giró de un golpe, blandiendo la barra luminosa delante de ella. Hizo contacto firme con el antebrazo derecho de su padre, que llevaba agarrado el cuchillo en su mano para lanzarse a por ella. El cuchillo salió por los aires. Ahora sin el cuchillo, se lanzó contra ella, tirándola al suelo.

Jessie sintió cómo se le escapaba el aire cuando se golpeó contra el suelo y después sintió su peso aterrizando encima suyo. Le miró, por lo visto inconsciente de la quemadura masiva en el lado derecho de su rostro y de la sangre que se le derramaba de la frente de lo que parecía ser un pedazo de yeso incrustado en ella.

“Has traicionado a la familia, bicho de verano”, le gruñó. “Igual que hizo tu madre. Quería que tú fueras la salvación de la familia Thurman, pero parece que vas a ser el sacrificio”.

Ahora capaz de aspirar algo de aire, Jessie agarró con fuerza la barra luminosa y se lanzó a por su cabeza. Hizo contacto con algo sólido, porque ella escuchó el sonido de un crujido repugnante. Gritando furiosamente, él la puso de pie y la golpeó contra la pared. Se le cayó de la mano la barra luminosa. Intentó cambiar de posición para darle un rodillazo en la entrepierna, pero estaba demasiado acerca y no podía ganar terreno.

Vio cómo movía su mano detrás de su espalda y sacaba algo del bolsillo de atrás. Lo sostuvo en la palma de la mano para que ella lo viera. Era una navaja de muelle. Abrió la cuchilla y la elevó por encima de su cabeza, con la mirada encendida. Entonces, repitió las mismas palabras que le había susurrado al oído hacía veintitrés

años mientras le ataba a una silla, a punto de ver a morir a su madre.

“Tienes que mirar, pequeño bicho de verano. Tienes que saber la verdad”.

Y entonces bajó la cuchilla con fuerza, a toda velocidad, al tiempo que se escuchaba el sonido de un disparo en la lejanía.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

Jessie seguía apoyada contra la pared, pero su padre ya no estaba delante de ella. Miró a su izquierda y le vio tumbado en el suelo, enrollado en una bola. Entonces miró al lado derecho del pasillo y vio a alguien con un arma apuntada en su dirección. El humo se dividió y se dio cuenta de que se trataba del agente Tim Beatty.

“¡No te muevas!”, gritó él.

Jessie no tenía intención alguna de moverse. Sin embargo, al hacer un seguimiento de su línea visual, se dio cuenta de que no era a ella a quien le estaba gritando. Volvió a mirar a su izquierda y vio como su padre se ponía lentamente de pie. El brazo izquierdo le colgaba sin vida a un costado, y un agujero enorme, viscoso, ocupaba gran parte de su hombro izquierdo.

Dio otro paso tambaleante hacia Jessie y sonó otro disparo. Esta vez el tiro le dio en el lado izquierdo del abdomen. Se dobló sobre sí mismo, se tambaleó hacia atrás, adentrándose en la neblina de humo de la puerta del apartamento que tenía más cerca.

Un par de segundos después, cuando Beatty se le acercó, Jessie escuchó como algo se rompía en pedazos.

“Quédate aquí”, le dijo el agente mientras le pasaba de largo y se adentraba en la niebla del apartamento hacia donde había ido Xander.

Incapaz de mantenerse de pie un segundo más, Jessie se deslizó por la pared hasta que se quedó sentada en el suelo. Unos momentos después, Beatty surgió del apartamento.

“Se ha ido”, dijo. “Arrojó una silla por la ventana y saltó”.

“¿Está muerto?”, preguntó Jessie.

“No lo sé, no veo ningún cadáver. Los ornamentos del edificio están

justo debajo de ese apartamento así que puede que haya interrumpido su caída. Pero, incluso aunque sobreviva, no puedo imaginarme que vaya muy lejos con esa herida en el estómago. ¿Cómo estás tú?".

"Estoy bien", dijo Jessie con una mueca de dolor. "Deberías ir tras él, solo por estar seguros. No podemos dejar que se nos escape".

"De acuerdo", dijo él. "¿Estás segura de que estás bien?".

Jessie asintió y él empezó a descender por el pasillo, pasando junto a lo que quedaba de su apartamento. Eso le revolvió la memoria.

"Espera", chilló, a pesar del dolor. "Nettles. Tienes que sacarle de ahí. Está en mi dormitorio en el suelo junto a la pared. Está muy malherido. Mi padre le cortó el cuello".

"¿Qué?", gritó Beatty mientras entraba corriendo al apartamento, sin esperar a su respuesta.

Jessie esperó varios segundos, intentando recomponerse. Acabó arreglándoselas para ponerse de pie y tambalearse en dirección a su apartamento. Justo cuando llegó allí, salió Beatty. Llevaba a Nettles envuelto en algo de ropa con la cabeza hacia abajo sobre su hombro derecho.

"¿Está vivo?", preguntó Jessie con aprensión.

"Tiene pulso", dijo Beatty. "Claro que no estoy seguro de cuánto más le durará".

"Yo cuidaré de él. Tú ve a por Thurman", dijo ella.

"De ninguna manera", le rebatió Beatty. "No podemos dejarle aquí. A los de la ambulancia les va a llevar otros diez minutos llegar hasta aquí. No durará tanto. Tenemos que ir donde ellos. Y es muy pesado como para que tú le acarrees".

"Llevémosle abajo", dijo Jessie, dándose cuenta de que él tenía razón. "Tenía que haber una ambulancia aquí ya. Si puedes acarrearle, yo te abro las puertas".

Beatty asintió, aunque su mueca silenciosa sugería que le iba a suponer todo un esfuerzo. Él mismo había estado inconsciente unos minutos antes y seguramente, su cabeza todavía le estaba gritando. Empezaron a descender por el pasillo y casi habían llegado a la escalera cuando la puerta se abrió de par en par y entraron al unísono tres hombres vestidos con uniformes de SWAT.

"¡Que no se mueva nadie!", chillaba el que iba por delante mientras les apuntaba con su arma. "Identifíquense".

Jessie miró a Beatty, que ya parecía estar pasándolo bastante mal para sujetar a Nettles, como para decir nada. Jessie decidió tomar la iniciativa.

"Soy Jessie Hunt, una criminóloga para el departamento. Estos son los agentes Beatty y Nettles de la Comisaría Central del L.A.P.D. Este es mi edificio de apartamentos. El capitán Roy Decker asignó a estos hombres para que me protegieran de mi padre, el asesino en serie Xander Thurman. Nos ha atacado hace unos momentos".

"Voy a necesitar identificación", ladró el agente de SWAT, interrumpiéndola con brusquedad.

"No tengo ninguna pega en mostrarle mi identificación", le contestó ella, manteniendo el tono tranquilo pero resuelto. "Aunque hay dos asuntos más urgentes. Primero, este agente ha sido gravemente herido por Thurman. Le han cortado el cuello. Necesita atención médica de inmediato. Segundo, Thurman saltó por una ventana que está encima del ornamento que hay delante del edificio. El agente Beatty le disparó en el abdomen y el hombro y creo que le fracturé la nuca con una barra luminosa. Pero sigue siendo extremadamente peligroso. Deberíais poner a unos cuantos hombres ahí fuera en su busca antes de que se escape".

Antes de que el agente de SWAT pudiera responder, Beatty gruñó de dolor. Jessie le miró y pudo adivinar que estaba a punto de perder el conocimiento.

"Necesito ayuda", les exigió. "Ya no puede sujetar más a Nettles. O le ayudo yo o lo hace uno de vosotros".

Como ninguno de los agentes de SWAT se movió, lo hizo ella, acercándose a Beatty para ayudarle a poner a Nettles en el suelo. Las armas del equipo SWAT seguían apuntadas hacia ellos.

“Lo siento”, resoplaba Beatty. “Pensé que podía con él, pero tengo mareos”.

“Está bien. Te golpearon en la cabeza. Seguramente tienes una concusión”, dijo ella antes de volverse al líder de los agentes SWAT y suplicarle. “¿Puedes hacer el favor de llamar a una ambulancia y pedir a alguien de abajo que estén al tanto de un hombre alto de unos cincuenta años con un agujero de bala en las tripas?”.

Eso pareció cambiar el ritmo de la marea.

“Llama a comisaría”, ordenó a uno de sus compañeros. “Ambulancia primero, entonces la descripción. Voy a ayudar aquí. Jeb, mantén tu arma apuntada a estos dos. Cualquier movimiento brusco y les das un tiro en la espinilla”.

Jessie no se ofendió, contenta de que le pegaran un disparo en la espinilla, si eso significaba que Nettles podía sobrevivir.

*

Diez minutos después, Jessie iba sentada en la parte trasera de una ambulancia, viendo cómo el paramédico atendía a Beatty.

Nettles había sido estabilizado y transportado de inmediato al Dignity Health Hospital, a menos de cinco minutos de distancia, donde le iban a someter a cirugía de emergencia. Los coches patrulla estaban afuera, peinando el vecindario en busca de cualquier señal de su padre. Por el momento, no habían dado ninguna señal de alarma y ella se temía que seguiría siendo así.

El paramédico que le había tratado por varias quemaduras como resultado de la explosión y por lo que sospechaba era una concusión se acercó.

“Tu capitán quiere que os llevemos a los dos al hospital. Se va a reunir allí con nosotros. Saldremos en un minuto. Otros agentes están haciendo unas comprobaciones para asegurarse de que no hay otra gente con heridas lo bastante importantes como para que hagan el viaje con nosotros”.

Jessie asintió. Cuando se alejó, vio cómo la furgoneta del CSU aparcaba allí para procesar la escena. El examinador médico llegaría enseguida para encargarse de los cadáveres de Fred y de Jimmy, dos hombres que ahora estarían con vida si ella no se hubiera mudado a vivir a este edificio. Un cóctel amargo de culpabilidad y angustia se estaba formando en sus tripas cuando le sonó el teléfono. Era Brady Bowen.

“Hola, Brady”, respondió ella, impresionada con lo normal que sonaba su voz.

“Hola, Jessie. Perdona que te moleste por la noche, pero esperaba que pudieras echarme una mano”.

Su voz sonaba ansiosa, pero ella tuvo la clara impresión de que no tenía ni idea de cuál era su situación actual. Estaba bien. Si eso significaba alejar su atención de lo que acababa de suceder, estaba más que dispuesta a dejar de lado su pesadilla personal y enfocarse en la de otra persona.

“¿Cómo puedo ayudar?”.

“Hemos perdido definitivamente a Gray Longworth”, dijo. “Es como si hubiera desaparecido del mapa. Hemos repasado sus datos financieros y hemos descubierto que tiene una unidad de almacén en Venice, no muy lejos de su oficina. Hemos asignado un equipo para que lo allane en caso de que esté allí acucharado. Voy a unirme a ellos”.

“De acuerdo”, dijo Jessie, sin saber hacia dónde se dirigía esto. “Suena a que tienes las cosas bajo control. ¿Para qué me necesitas?”.

“Porque una de las últimas comunicaciones que envió Longworth antes de desaparecer fue un mensaje de texto que envió a su esposa

diciendo que todo lo que estaba pasando era por su culpa y que iba a lamentar haberle tratado de esta manera".

"Eso suena nefasto", dijo Jessie.

"Estoy de acuerdo. Le llamé hace un rato, pero no le dije lo que pasa. Le dije que solo quería hablar con ella. Está en casa y sonaba como si todo fuera normal. Pero pensé que merecería la pena que alguien fuera a su casa y comprobara que está bien, que se quedara un rato por allí hasta que resolvamos esto".

"¿Y quieres enviarme a mí?", preguntó Jessie, sorprendida. "Ya sabes que no soy una policía, ¿verdad? Además, no es que nos entendiéramos muy bien desde un principio".

"Ya lo sé, pero pensé que se asustaría menos si te enviamos a ti que si le enviamos a un par de agentes uniformados a que aparquen en su puerta. Además, no puedo dar con Ryan. Mis llamadas van todas al buzón de voz".

"Se ha ido a entrenar", le informó Jessie. "Se estaba sintiendo inadecuado después de que Percival le pillara por sorpresa. Debería terminar enseguida. ¿No estás seguro de si solo me estás llamando porque crees que una nena sería mejor para consolar a otra nena?".

"En primer lugar, eso duele", dijo Brady, fingiendo ofensa. "Soy un hombre moderno y jamás haría suposiciones tan anticuadas. En segundo, como dijiste, os he visto interactuar a las dos. De ninguna manera puedo describir tu estilo como de 'consuelo.' Solo necesito que alguien que ella conoce cuide de ella hasta que acabemos con este asunto".

Jessie quería decir que no. Las quemaduras que había sufrido durante la explosión requerían atención médica y la cabeza todavía le dolía levemente, pero dejar tirado a un detective del L.A.P.D. que le estaba pidiendo directamente su ayuda parecía el movimiento equivocado. Y lo más importante, si Gray Longworth acababa matando a Eliza y ella podía haber estado allí para prevenirlo, sabía que jamás sería capaz de perdonarse a sí misma.

"Muy bien, iré".

“Gracias”, dijo él, sonando genuinamente agradecido. “Veré si Ryan puede reunirse contigo cuando consiga hablar con él. Debería advertirte, puede que pasen unas cuantas horas. Estamos un poco cortos de personal para esta operación. Se montó una pila masiva de coches en la autopista de la costa hace como una hora. Hubo varias fatalidades y la mitad de nuestras unidades se encuentran allí. ¿Todavía estás de acuerdo con ello?”.

“Ya me he comprometido, Brady. Parecería bastante patética si me echara atrás ahora”.

“Sí, así es, la verdad. Gracias de nuevo. Te mantendré informada sobre el avance de la operación”.

Colgó sin decir ni una palabra más.

El paramédico se le acercó, sujetando el antebrazo de una mujer de veintitantos años que cojeaba ligeramente.

“Vamos a llevar a esta jovencita como precaución”, dijo, claramente irritado. “Puede que se haya hecho un esguince en el tobillo. Si hace el favor de subir, señorita Hunt, saldremos de inmediato”.

“Que tome ella mi asiento”, le dijo Jessie. “Ha surgido algo. Tendré que ir más tarde al hospital”.

“No me parece una idea muy acertada. Esas quemaduras se podrían infectar y me gustaría que alguien te examinara la cabeza. Estoy casi seguro de que tienes una concusión. Además, tu capitán se disgustaría mucho si no aparecieras”.

“Aprecio tu preocupación”, dijo Jessie mientras saltaba al exterior de la ambulancia. “Prometo hacer que me revisen en cuanto termine con este otro asunto. Y prometo llamar a Decker para contarle lo que pasa. Tú te libras de todo”.

“Por alguna razón, dudo mucho eso”.

Teniendo en cuenta que no tenía intención alguna de llamar al capitán, probablemente el pobre pimpollo tenía razón.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

Jessie casi se sale de la carretera.

Para cuando llegó a Pacific Palisades, ya había oscurecido. Y con la limitada iluminación en la aislada comunidad frente al océano, era difícil navegar las carreteras serpenteantes, incluso sin tener una herida en la cabeza. Al menos en dos ocasiones, tuvo que girar su volante violentamente para evitar caerse por un acantilado.

Se metió a la casa de los Longworth y se bajó. Mientras se acercaba a la puerta principal, envió dos mensajes de texto a Ryan y a Brady para decirles que había llegado. No obtuvo respuesta de Ryan, pero Brady le respondió al instante.

Su mensaje decía: Almacén de Venice un fiasco. Mirando la oficina de nuevo. Comprobando sus tarjetas para ver algún movimiento. Enviando un coche patrulla para que se reúna contigo como precaución. Mantente alerta.

Mantenerse alerta era una cosa. Hacer algo respecto a una amenaza potencial era otra. Estaba a solas con una mujer y sus hijos en una casa aislada sin un arma reglamentaria. No es que proyectara una imagen de fuerza y confianza.

Finge, Jessie. Si parece que tú sientes confianza, ella se sentirá a salvo.

Llamó a la puerta. A Eliza le llevó casi un minuto venir a abrir. En el instante que lo hizo, Jessie supo que estaba borracha.

“¿Qué quieres?”, preguntó Eliza, rayando en la hostilidad.

“¿Están aquí tus hijos?”, preguntó Jessie antes de poder detenerse a sí misma.

“No, están en casa de mi madre en Orange County. Necesitaba una noche para mí. En caso de que no lo hayas notado, he estado sometida a mucho estrés últimamente. ¿Estás aquí para echarle más

leña al fuego?”.

Aunque no arrastraba las palabras, Jessie podía escuchar los leves efectos de la lubricación líquida en su manera de hablar. Decidió que, si quería convencer a esta mujer de que le dejara pasar adentro, su mejor curso de acción era reducir la situación.

“Espero que no”, le dijo con ligereza. “Lo cierto es que estoy aquí para ayudar, si me dejas. ¿Puedo pasar?”.

“¿Prometes no interrogarme de nuevo?”, preguntó Eliza.

“Lo prometo”, le aseguró Jessie.

“Muy bien”, dijo Eliza y regresó al fondo del pasillo, dejando sola a Jessie para que cerrara la puerta y echara el pestillo.

“¿Te importa si activamos el sistema de seguridad?”, preguntó lo más despreocupadamente que pudo.

“¿Y no debería sentirme segura con el L.A.P.D. en mi casa?”, gritó Eliza desde el fondo del pasillo.

“La verdad es que no soy una policía”, le dijo Jessie. “Y más vale prevenir que lamentar, ¿no es cierto?”.

“Supongo. El código es nueve-ocho-siete-seis. Lo cambié después de echar a Gray a la calle”.

Jessie lo introdujo y siguió a la otra mujer por el pasillo hasta la sala de estar, donde Eliza ya se había recostado en el sofá con una copa y una botella de vodka sobre la mesa de café que tenía delante.

“¿Cambiaste el código la noche que se fue?”, preguntó Jessie.

“Así es. También hice que viniera un cerrajero y que cambiara las cerraduras. Costó bastante dinero”.

“¿Estabas preocupada por tu seguridad?”.

“Qué va”, dijo Eliza con desprecio. “Solo quería evitar que se

escabullera dentro de la casa para agarrar algo de ropa o dormir en el sofá o algo así. Se merece sufrir en un hotel con las cuatro cosas que consiguió poner en su maleta".

"¿Es por eso que no denunciaste el mensaje que te envió esta tarde?", preguntó Jessie, sentándose en una silla de madera dura enfrente de Eliza. "Tú no le consideras una amenaza, ¿incluso después de lo que le ha pasado a Penélope?".

"Quizá fuera una amenaza para ella, pero no para mí. Tienes que sentir pasión por alguien para hacerle lo que le hicieron a ella. Y él ya no siente eso por mí. De alguna manera extraña, creo que ambos amábamos más a Penny de lo que nos amamos el uno al otro. De todos modos, creo que a lo que se refería en ese mensaje con lo de que me lo haría lamentar era más bien una cuestión financiera".

"Ha desaparecido", le dijo Jessie con sequedad.

Los ojos adormecidos por el vodka de Eliza se emocionaron un poco al oír eso.

"¿De verdad?", preguntó. "Eso no es típico de Gray. ¿Es por eso que estás aquí, para protegerme en caso de que venga a hacerme pagar por mi delito de sentirme ofendida?".

"Algo así, la verdad. ¿No estás preocupada?".

"No lo estaba hasta hace como diez segundos, pero ahora has conseguido asustarme un poco".

"¿Sabía él que los niños no iban a estar aquí esta noche?", preguntó Jessie.

"Sí, me llamó esta mañana y me dijo que quería llevarlos a cenar esta noche. Le dije que estaban en casa de mi madre y que no se iba a acercar a ellos o yo llamaría a la policía y le denunciaría por intento de secuestro".

"Seguro que eso le encantó", dijo Jessie pensativa.

"Digamos que ese mensaje es muy suave comparado con lo que me dijo por teléfono después de que le dijera eso", admitió, y después

frunció el ceño. “¿Y a ti qué te importa de todas maneras? Por la manera en que me entraste el otro día, sonabas a que me querías meter en prisión más que él”.

“Solo estaba haciendo mi trabajo, señora Longworth”, dijo Jessie. “Que sea cordial no significa que sea inocente. Mi trabajo es seguir todas las pistas, incluso si una es de una mujer a la que traicionaron su marido y su mejor amiga”.

“Claro, la verdad es que pensaría que tú sabes algo de maridos infieles”, murmuró Eliza.

“¿Qué quieres decir?”.

“Como ya te dije, mi madre vive en Orange County. Cuando le hablé del caso y mencioné tu nombre, ella supo exactamente de quién hablaba, de la esposa del marido infiel que trató de matarla. Hubiera pensado que entenderías mejor mi posición en todo esto”.

“Y la entiendo”, insistió Jessie. “Es por eso que tenía que examinarte con más dureza, porque me siento inclinada a favorecer tu posición”.

“Ya, en fin, lo que para ti es examinar con más dureza, para mí es ser una perra. Pero dejémoslo así”.

“Mira, no quiero meterme en una discusión ahora mismo”, dijo Jessie, intentando mantener la calma a pesar de que le palpitaba la cabeza, probablemente una consecuencia del golpe que le habían dado. “El detective Brady me pidió que viniera hasta que puedan localizar a tu marido y tener el asunto bajo control. Eso es lo que me gustaría hacer. ¿Te importa si echo un vistazo por la casa?”.

“Haz lo que te plazca”, dijo Eliza, rellenando su copa medio vacía.

Jessie dio una vuelta por todo el piso principal, comprobando que todas las puertas y ventanas estuvieran cerradas. Entonces hizo lo mismo en el piso de arriba. Cuando volvió a bajar, Eliza estaba en la cocina, metiendo unas palomitas al microondas.

“Me iba a poner a ver algún programa de cotilleos”, dijo cuando vio a Jessie volver a entrar a la habitación. ¿Quieres unirte?”.

“Quizá en un minuto”, dijo Jessie. “Pero desde afuera, pensé que esta casa tenía tres pisos. Solo veo dos”.

“La puerta al piso de abajo está en la lavandería cerca del garaje,” dijo Eliza, señalando en esa dirección. “La casa resulta impresionante con los tres pisos y demás, pero lo cierto es que el piso inferior es más bien un sótano. Lo utilizamos para almacenar suministros y cosas así. Es un poco decepcionante”.

“¿Tiene ese nivel algún punto de acceso? ¿Ventanas? ¿Puertas?”.

La cara de Eliza cambió de repente, perdiendo su expresión de desinterés.

“A decir verdad, hay una ventana que da al patio de atrás”.

“¿Has comprobado que esté cerrada?”, preguntó Jessie.

“No, no he estado allí en varios días”.

“Muy bien”, dijo Jessie, con el corazón hundiéndosele en el pecho. “Voy a bajar y comprobarlo. ¿Tienes algo así como un atizador de chimenea o palo de golf que pueda tomar prestado?”.

“Los palos de Gray están en el garaje, justo al lado de la puerta, pero tú no crees realmente que entraría a escondidas, ¿verdad?”.

“Casi con certeza que no”, le dijo Jessie, reconfortándola. “Pero echaré un vistazo para asegurarme de que la ventana está cerrada y todo está en orden”.

“A lo mejor debería bajar allí contigo”, sugirió Eliza, “para enseñarte dónde está cada cosa. Es fácil tropezarse con montones de cosas por allí”.

“No. Mi prioridad es mantenerte a salvo. Prefiero que te quedes aquí arriba, pero quizás podías agarrar el teléfono y si escuchas algo… inusual, llama al 9-1-1”.

“¿Qué hay de eso de ‘la unión hace la fuerza’?” preguntó Eliza. “Puede que me necesites”.

“Eso de la unión puede ser cierto en general, pero cuando una de esas personas está empapada de vodka, la fuerza tiende a disminuir. Sin ofender”.

“Me siento parcialmente ofendida”, le contestó Eliza.

“Lo siento”, dijo Jessie, aunque era evidente para ambas que no era así.

“Tengo que decirte, señorita Hunt, que realmente te estás cargando mi subidón”.

Jessie no le contestó, y en vez de eso descendió por el pasillo hasta el garaje, agarró un palo bien grueso de la bolsa de golf de Gray, y abrió la puerta de la lavandería. Eliza asomó la cabeza en la sala de estar y entonces le hizo una ola con el teléfono para indicarle que estaba lista.

Jessie asintió, abrió la puerta que llevaba de la lavandería al nivel inferior, encendió una luz parpadeante, y dio el primer paso para bajar esa desvencijada escalera de madera.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Jessie no estaba segura de que esas escaleras aguantaran.

Cada escalón crujía fuerte, advirtiendo a cualquiera que pudiera estar debajo de su presencia y haciéndole temer que la madera se pudiera romper en pedazos de un momento a otro, enviándole de bruces al suelo.

A pesar de sus dudas, las escaleras no cedieron. Cuando llegó al fondo, encendió la luz que había en una viga de soporte. La luz que ofrecía no era nada del otro mundo, una luz tenue y parpadeante que enviaba unos rayos débiles y rezagados a través de lo que resultó ser una habitación grande, sin muebles, llena de cajas, suministros y piezas de mobiliario de repuesto. Jessie notó que la luz titubeante de la bombilla exacerbaba su dolor de cabeza.

Con el palo de lanzamiento bien sujeto detrás de su hombro como si fuera un bate de béisbol, Jessie se acercó a la única ventana del lugar, junto a la pared trasera que daba a la ladera. Se acercó y vio que el cerrojo de pasador único estaba en su sitio.

Dejó a un lado el palo de golf y trató de abrir la ventana de un empujón, por si acaso. No se movió ni un centímetro. Agarró el palo de golf de nuevo y giró sobre sí misma. Solo porque la ventana estuviera cerrada ahora, no quería decir que alguien no hubiera venido antes y la hubieran cerrado ellos mismos.

Se movió metódicamente alrededor del resto de la habitación, mirando detrás de las cajas grandes y del calentador. La habitación no parecía estar ocupada. Estaba a punto de volver arriba cuando notó que lo que en principio parecía ser un diseño decorativo junto a la pared de atrás era en realidad una puertecita estrecha que daba a un pequeño armario.

Se movió lentamente en esa dirección, intentando respirar silenciosamente para poder escuchar si había alguien haciendo lo mismo detrás de la puerta. Cuando estuvo cerca, agarró la manivela

con su mano izquierda al tiempo que sujetaba con firmeza el palo de golf con su mano derecha. Sin pararse a considerar nada, la abrió de un golpe y se echó hacia atrás.

Allí no había nadie. De hecho, el armario estaba escasamente ocupado por una vieja aspiradora, unas cuantas lámparas tambaleantes, una vieja escoba, y una maleta blanda de aspecto desgastado en el rincón de atrás.

Jessie estaba a punto de cerrar la puerta cuando sus ojos recayeron en la maleta de nuevo. Notó que estaba abultada en el centro, como si hubiera algo dentro de ella. Eso no era inusual. Jessie también metía bolsas y mochilas dentro de su equipaje para hacer espacio en su apartamento.

Sin embargo, había algo en la forma del bulto que resultaba familiar de una manera que no podía concretar. Utilizó la cuerdecita para encender la luz de techo del armario. Entonces sacó un pañuelo de su bolsillo y lo utilizó para abrir con lentitud la cremallera de la maleta.

Dentro de la maleta, había una garrafa de lejía. En la parte delantera se leía Green Clean, la misma marca ecológica que Ryan había dicho que se había utilizado para limpiar el cuchillo que había matado a Penélope; la marca que decía era difícil de encontrar, incluso en este vecindario.

Involuntariamente, Jessie agarró el palo con más fuerza. Cerró la puerta y empezó a ascender por las escaleras, intentando calcular las posibilidades de que esta marca particular de lejía apareciera sin más en el trastero de la gente sospechosa del asesinato de su vecina.

Se detuvo a mitad de camino por las escaleras para ver si su teléfono tenía servicio para poder enviar un mensaje de texto a Brady y a Ryan sobre su descubrimiento. No le sorprendió ver que no había barras de cobertura. Cuando llegó arriba del todo, estaba casi esperando encontrarse a Gray Longworth de pie con un cuchillo de cocina lleno de sangre en la mano, pero no había nadie.

Echó un vistazo por la zona de lavandería, en busca de otra garrafa de lejía Green Clean. No había ninguna a la vista. Abrió el armario

que había encima de la lavadora y tampoco encontró nada allí.

Cada vez más nerviosa y sintiéndose ligeramente mareada por el dolor de cabeza, volvió por el pasillo hasta la sala de estar donde se encontró a Eliza de pie en la cocina, picando de un bol de palomitas que tenía sobre el mostrador con una mano, mientras sostenía el teléfono con la otra.

“¿Anda todo bien?”, preguntó. “¿Necesito llamar al 9-1-1 o estaba la ventana cerrada?”.

“Lo estaba”, dijo Jessie. “No hay por qué preocuparse en ese sentido”.

“Entonces, ¿por qué sigues agarrando el palo de golf?”, preguntó Eliza, asintiendo con la cabeza hacia el palo de golf que Jessie tenía agarrado con todas sus fuerzas.

“Ah. Imaginé que tendría que servirme de arma. No te importa, ¿verdad?”.

“No”, dijo Eliza mientras ponía el teléfono de vuelta en su carcasa. “Pero ten cuidado cuando lo gires. Nuestro arte no es del caro, pero, aun así, me gusta”.

“No hay problema”, dijo Jessie mientras una serie de pensamientos empezaba a bombardear los límites de su cerebro. “¿Podría lavarme las manos? Se me ensuciaron un poco allí abajo. Y me encantaría tomar un ibuprofeno si tienes. Tengo un dolor de cabeza que me está matando”.

Eliza le pasó una taza y un frasco de pastillas que había sobre el mostrador, y después le hizo un gesto en dirección del fregadero con un ostentoso acabado de imitación. Jessie se acercó, dejó el palo de golf en el suelo contra el armario, y abrió el grifo. Se frotó las manos hasta que salió espuma mientras el sonido del agua le servía de ruido sordo, ayudándole a reorganizar sus pensamientos, que le saltaban para todos los lados.

La lejía es difícil de encontrar, pero los vecinos de la víctima la tienen en su casa. No la tienen en la zona de lavandería sino metida en una

maleta en un espacio poco utilizado en una especie de sótano al que no bajan a menudo.

Recordó su interrogatorio inicial con Eliza Longworth, cuando la mujer le había dicho que Gray ni siquiera sabía cómo poner la lavadora.

¿Qué probabilidades hay de que supiera que tenían lejía, mucho menos de dónde encontrarla?

Entonces se acordó de cómo había dicho Eliza, solo unos minutos antes, que había cambiado las cerraduras y el código de seguridad de la casa el mismo día que se había enterado de la infidelidad, cuando Penélope todavía estaba con vida. La limpieza del cuchillo con lejía no había tenido lugar hasta la mañana siguiente, cuando Gray ya no tenía acceso a la casa.

Una creciente sensación de ansiedad envolvía a Jessie. Mientras se secaba las manos, miraba a Eliza, que parecía ignorar su presencia, metiéndose palomitas a la boca mientras veía uno de sus episodios de Real Housewives.

Justamente en ese instante, su teléfono vibró varias veces seguidas.

“Vaya”, se sorprendió Jessie, sacándoselo del bolsillo.

“Seguramente serán todos tus mensajes llegándote a la vez”, dijo Eliza sin darse la vuelta. “Por alguna razón, la cobertura de los móviles es mejor en la cocina. Por eso me paso la mitad del tiempo allí”.

“Está bien saberlo”, dijo Jessie mientras repasaba rápidamente los cinco mensajes que le acababan de llegar a la vez. También vio que tenía varios mensajes en el buzón de voz.

El primer mensaje de texto era del capitán Decker, machacándole por no estar el hospital para reunirse con él. El segundo era de Ryan, y decía que la vería en su apartamento en veinte minutos. Por lo visto, todavía no sabía lo que había pasado a la hora de enviarlo. El tercero era de Decker de nuevo, amenazando con suspenderla si no le respondía de inmediato. El cuarto era de Ryan, que decía que

acababa de hablar con Brady y estaba de camino a casa de Eliza para ayudarle a mantener la vigilancia. No mencionaba el incidente en el apartamento, lo que quería decir que, o no lo sabía o había decidido dejarlo pasar. El mensaje final era de Brady. Decía:

Encontramos a Longworth. Estaba borracho en un bar. Teléfono sin batería. No es ninguna amenaza para su mujer. Puedes dejar tu puesto.

“Eres una chica popular”, dijo Eliza, mirándole.

Jessie tragó saliva en silencio, dándose cuenta de que casi con toda certeza, la mujer que tenía delante no era lo que aparentaba ser. Intentó responder con ligereza.

“Quizás demasiado”, dijo, notando un leve temblor en su voz. “Parece que alguien entró a la fuerza a mi apartamento anoche”.

“Oh, eso es terrible”, dijo Eliza, volviéndose para mirarle de frente. Ahora parecía estar más despejada que antes.

“Gracias. Malas noticias para mí, pero tengo buenas noticias para ti”.

“¿De qué se trata?”.

“El detective Bowen envió un mensaje. Parece que tu marido no te está persiguiendo después de todo. Le encontraron en un bar, ahogando las penas con unas copas. Su teléfono se había quedado sin batería, razón por la que no podían dar con él”.

“Eso es reconfortante”, dijo Eliza con sinceridad. “¿Entonces estoy a salvo?”.

“Parece que sí, lo que quiere decir que te puedo dejar tranquila. Puedes volver a tu programa de Real Housewives y yo me puedo encargar del allanamiento de mi apartamento”.

Eliza asintió. Ya no estaba mirando a Jessie, sino que miraba fijamente a algún punto en la distancia. Tras un momento, volvió su atención a Jessie. Tenía la mano que no estaba utilizando para comer palomitas apoyada sobre una toalla de cocina en el mostrador.

“Lo sabes, ¿no es cierto?”, dijo, con voz entre aprensiva y resignada.

Jessie la examinó sin decir nada. Eliza parecía alerta, a pesar de los diversos tragos de vodka. Tenía los ojos fijos en Jessie, que notó que parecía haber un bulto debajo de la toalla, como si hubiera algo debajo de ella y sobre el mostrador. Mirando a su alrededor, vio que al bloque de cubertería que había en un rincón le faltaba uno de los cuchillos.

Jessie volvió la vista hacia Eliza, cayendo en la cuenta de que sus siguientes palabras podían cambiar las vidas de ambas.

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

"¿Sabes qué?", preguntó, tratando de mantener un tono de ligereza mientras sentía cómo se le aceleraba el pulso.

Eliza parecía estar debatiendo la manera de responder. Había dejado de comer palomitas y todavía tenía la mano derecha sobre la toalla de cocina con el bulto sospechoso debajo de ella. Finalmente, contestó, en tono de resignación.

"En cuanto dijiste que ibas a examinar el sótano de la casa, supe que tenía un problema", dijo con toda naturalidad. "Esperaba que, si bajaba allí contigo, podría distraerte, pero estabas tan preocupada por mi seguridad que tuve que dejarlo pasar y confiar en que fueras algo descuidada. Pero no fue así, ¿no es cierto?".

"¿De qué estás hablando, Eliza?", preguntó Jessie inocentemente, obligándose a sí misma a no desviar la vista hacia el palo de golf que estaba apoyado sobre el mostrador a un par de metros de distancia. "Ya te dije que no había nadie allí".

Sabía que estos trucos dilatorios no funcionarían durante mucho más tiempo, pero necesitaba unos cuantos segundos para formular un plan antes de que Eliza se pusiera más agresiva y las cosas se salieran de control.

"Tienes que entender", insistió Eliza, ignorando las protestas de Jessie, elevando el tono y la intensidad en su voz. "Nunca planeé que las cosas salieran así. De veras que pensaba que podía superar lo que había pasado, pero entonces me vi con ella y no estaba tan arrepentida como me parece que debía de estar. Tenía que rezumar culpabilidad. Ella sabía todo por lo que yo he pasado. ¿Entiendes lo que te digo, señorita Hunt?".

"Sí, Eliza", dijo Jessie, que intentaba compensar la obvia angustia de la otra mujer actuando con la mayor tranquilidad que le fuera posible.

“Cuando estaba en la universidad”, continuó Eliza, que obviamente no se sentía apaciguada, “me… violaron. Penny me ayudó a superarlo. Fue mi roca. Imagínate que la persona que mejor entiende tus vulnerabilidades sea la que las ignora más cruelmente. Me dolió de verdad. Quiero decir, eso no llega a describirlo bien. Fue aplastante. Fue como un terremoto que solo yo pude sentir. ¿Tiene esto algún sentido en absoluto?”.

“Claro que sí”, le reconfortó Jessie. “Lo entiendo. Recuerda que yo he estado en tu lugar”.

Eliza respondió, aunque no estaba claro si siquiera había escuchado a Jessie.

“Pero no me dio la sensación de que ella sintiera alguna vergüenza o remordimiento”, dijo Eliza, su voz acallándose poco a poco. “Y no sé, surgió esta furia dentro de mí y tuve que someterme a ella”.

“Estás admitiendo ante mí que mataste a Penélope”, dijo Jessie, decidiendo que iba a cambiar de táctica y ser directa en vez de reservada.

“Pues ya que estamos, ¿por qué no?”, dijo Eliza, sincerándose de una manera que le resultaba inquietante a Jessie. “Ambas sabemos que viste la lejía exclusiva, ecológica, de lo más cara, que se pide en Amazon, y es tan fácil de rastrear. ¿Y quién guarda la lejía en el sótano en vez de en la lavandería? Quería deshacerme de ella, pero sabía que había agentes vigilándome. Incluso si vaciara la garrafa en el fregadero, tendría que deshacerme de la garrafa vacía de alguna manera. Nadie la vio cuando realizaron esa búsqueda rápida el otro día, pero sabía que acabarían volviendo. Aun así, esperaba poder hacerlo en unos cuantos días, cuando todo se calmara y no tuviera a nadie siguiéndome”.

“¿Así que limpiaste el cuchillo y decidiste tirarlo en el sendero para corredores para hacer que Gray pareciera culpable?”.

La mirada frenética que tenía Eliza en los ojos pareció disiparse un poco cuando recordó los detalles de todo el asunto.

“Ojalá pudiera decir que lo planeé todo”, admitió. “Después de

matar a Penny… es extraño decirlo en voz alta… me llevé el cuchillo a casa para limpiar mis huellas y comprobar que no estaba manchada de sangre. Lo cierto es que estaba sorprendentemente limpia considerando lo que acababa de hacer.

“Fui a su casa para la clase de yoga, esperando utilizarla como coartada y para colocar de nuevo el cuchillo en el bloque de cubertería antes de que llegara Beth. Ahora que lo pienso, es extraño lo tranquila y compuesta que estaba en ese momento. Era como si me estuviera viendo a mí misma desde arriba, como si no fuera yo la que estuviera haciendo todas esas cosas. ¿Es eso lo normal cuando matas a alguien? Esta es mi primera vez”.

“No lo sé,” dijo Jessie con suavidad, insegura sobre cómo responder, sin saber lo que podría hacer estallar a la mujer.

“De todas maneras”, dijo Eliza, continuando con su historia como si le estuviera hablando a una amiga de cómo le ha ido el día, “entonces vi el coche de Gray de camino y me di cuenta de que seguramente había salido a correr. Entonces pensé que merecería la pena arrojar el cuchillo en el sendero para correr. No sabía que ruta iba a tomar, pero eso resultaría sospechoso de todas maneras, ¿no es cierto?”.

Su voz sonaba clara, pero estaba hablando rápido, con un toque maniaco.

“Claro”, asintió Jessie, intentando ralentizar las cosas un poco. “¿Así que solo fue un crimen de pasión? ¿No planeaste nada de esto?”

“Oh Dios no”, dijo Eliza, genuinamente sorprendida ante esa idea. “Lo improvisé todo. Tuve que rezar para que Beth no me viera llegando desde la parte de atrás de la casa mientras se acercaba en el coche. Tuve suerte con eso. Y también tuve suerte de que hubiera tantos sospechosos adicionales: el marido baboso de Penny, mi marido baboso, los otros tipos con los que se ha acostado a lo largo de los años. Empecé a pensar que quizá podía salirme con la mía. Ya sabes, para que me desquiciara durante el resto de mi vida”.

“¿Y ahora?”.

“Creo que ya sabes lo que viene ahora”, contestó Eliza, con una voz repentinamente dura al tiempo que apretaba con su mano lo que fuera que tenía debajo de la toalla. “No puedo dejar que esto salga a la luz. No puedo ir a la cárcel y dejar que me arrebaten a mis hijos”.

Jessie intentó decir algo, pero Eliza levantó su mano libre en el aire. No había terminado.

“Estaba pensando un poco mientras tú estabas abajo. Y se me ocurrió que, si te mataban con un cuchillo y a mí también me herían, todo el curso de la investigación podía cambiar de rumbo. Podría decirle a la policía que fue obra de un asaltante enmascarado. Eso acabaría con las habladurías de que el asesino fue alguien que ella conocía. Empezarían a mirar a asaltos y crímenes violentos en la zona. Podría resultar todo un salvavidas; de la mía, claro está”.

“Pero hay un problema con eso”, dijo Jessie con cautela, intentando mantener el tono conversacional para que Eliza no apretara con más firmeza el cuchillo grande que tenía debajo de la toalla. “No va a funcionar”.

“¿Cómo puedes estar segura?”, exigió Eliza.

“No estás pensando con claridad. Lo entiendo, estás en una situación desesperada y estás buscando una salida. Pero Eliza, estos detectives son muy listos. No van a aceptar sin más la teoría de que fuera un ataque al azar. Mirarán los ángulos de las heridas de cuchillo que me hayas hecho. Podrán discernir que tus heridas han sido autoinfligidas. El detective Hernández se imaginará que descubrí algo en esta casa que te hizo reaccionar. Me conoce bien”.

“Realmente parece que quisiera conocerte mejor”, dijo Eliza, con tono mordaz.

“Sigamos concentradas en tu futuro, Eliza”, dijo Jessie con firmeza. “Porque todavía puedes tener uno”.

“¿Cómo es posible? Asesiné a mi mejor amiga”. La voz se le quebraba al decirlo.

“En un ataque de pasión”, le recordó Jessie. “Después intentaste encubrirlo tras los hechos. Todo eso es verdad. Pero no tiene por qué ser el final de la historia. Si vas a juicio, tu abogado podría montar un caso sólido basándose en la locura temporal. Tu mejor amiga de más de 25 años estaba acostándose con tu marido. Perdiste el control. Todo el mundo puede entender eso. Te garantizo que yo podría hacerlo. Quise retorcerle el cuello a mi marido. Y de no haber matado él mismo a su amante, puede que yo lo hubiera hecho. Podrías librarte”.

“Creo que ambas sabemos que eso es poco probable”, dijo Eliza, aunque su tono de voz sugería que no estaba totalmente convencida.

“Quizá sí, quizá no”, dijo Jessie, manteniendo la presión. “Nunca se sabe con los jurados. Incluso si te condenan, puede que sea por un delito menor. Eso no es inusual en los delitos de pasión. Puede que el fiscal ni siquiera decida llevarte ante el tribunal porque eres una acusada con una buena actitud. Puede que les preocupe que el jurado sea anulado y te ofrezcan un trato. Hay buenas posibilidades de que puedas salir libre en unos pocos años y puedas ver crecer a tus hijos”.

“Pero…”, dijo Eliza, presintiendo que había un “pero”.

“Pero no será así si agarras el cuchillo que tienes escondido debajo de esa toalla, porque entonces estarás cometiendo un atentado a un segundo asesinato. Y lo hagas o no, te atraparán. Y nadie se tragará la defensa de la ‘esposa traicionada’. Solo serás vista como alguien que atacó a un miembro de las fuerzas de la ley para cubrir su trasero, nada de circunstancias mitigadoras. Te arrojarán toda la fuerza de la ley encima”.

Jessie sintió cómo Eliza le daba vueltas a eso en la cabeza y continuó, para mantener la dinámica de la conversación.

“Si consigues matarme, que no lo harás”, dijo con una confianza que no sentía, “irás a la cárcel durante décadas. Gray, el hombre que te traicionó, criará a tus hijos y ellos tendrán sus propios hijos antes de que salgas. Y si lograras matar a una criminóloga del Departamento de Policía de Los Ángeles, seguramente te

enfrentarías a la pena de muerte, incluso en California. Si yo fuera tú, tomaría la salida número uno, me alejaría de ese cuchillo, me daría la vuelta, y me pondría de rodillas. Es la única manera de que veas de nuevo a tu familia desde alguna parte que no esté dividida por un cristal".

Eliza se le quedó mirando largo tiempo, con la mano paralizada sobre la toalla, y los ojos dándole vueltas de un lado a otro. Cuando por fin habló, lo hizo con una certidumbre que a Jessie le resultó desconcertante.

"Creo que me estás engañando, señorita Hunt", dijo. "Creo que estás describiendo el peor escenario posible que puede que nunca tenga lugar. No hay razón para que la historia del intruso no funcione. Gracias a tu consejo, me aseguraré de infligir heridas creíbles en mi cuerpo, que sean demasiado horribles como para que piensen que me las hice yo misma. Yo…".

En ese momento, Jessie tomó una decisión. Estaba claro que Eliza había tomado la suya, aunque todavía no hubiera actuado al respecto. No había razón para esperar a que diera el primer paso. Puede que esta fuera la única oportunidad que tenía Jessie para sorprender a la trastocada mujer que tenía delante.

Así que, mientras Eliza estaba a mitad de esa frase, Jessie agarró el palo de golf. Por desgracia, se movió demasiado deprisa y en vez de asirlo, golpeó el asa por accidente, tirando el palo al suelo y haciendo que se deslizara ruidosamente por el suelo de la cocina.

Eliza se la quedó mirando, boquiabierta, durante una fracción de segundo. Entonces agarró el cuchillo.

CAPÍTULO CUARENTA

Jessie no esperó.

Se lanzó hacia Eliza mientras esta levantaba el cuchillo de carnicero por encima de su cabeza. La otra mujer estaba empezando a lanzar el cuchillo en su dirección cuando Jessie hizo contacto con ella, golpeándola contra el mostrador con su hombro mientras bloqueaba el cuchillo que se le venía encima con el antebrazo.

La fuerza del impacto hizo que Eliza se tambaleara hacia atrás antes de que Jessie pudiera agarrar el arma que tenía delante suyo. Cuando la mujer recuperó el equilibrio, Jessie buscó desesperadamente con la mirada a su alrededor, ignorando las palpitaciones en su cabeza.

El palo de golf estaba a los pies de Eliza, inutilizable. No tenía ningún arma. Estaba indefensa.

La único que podía alcanzar con la mano era el bol de las palomitas. Lo asió y le tiró lo que quedaba dentro a Eliza. Mientras las palomitas esponjosas le rebotaban del cuerpo, la otra mujer sonrió ante lo absurdo de la situación.

“Esto es algo extraordinario”, se maravilló, sujetando el cuchillo cerca de su rostro. “No hubiera previsto esta situación al principio de la semana”.

“Eliza, no hagas esto”, le suplicó Jessie mientras agarraba el bol por el borde, poniendo por delante la parte cóncava. “¿Así es como quieres que te vean tus hijos? Si no tiras ese cuchillo, no estás simplemente destrozando tu vida. También estás arruinando sus futuros”.

“Es un poco tarde para preocuparme por eso, ¿no crees? Estoy decidida”.

Dicho esto, se echó de nuevo hacia delante, con el cuchillo en alto.

Era más pequeña que Jessie, pero con la complexión de alguien que había hecho atletismo y que seguía en buena forma, no iba a reducirla sin resistencia.

Jessie no tenía tiempo de recordar toda la formación de autodefensa que había aprendido en el FBI, pero le vino a la mente una de las normas. Dejar que tu asaltante realice el primer movimiento y contrarrestarlo. Mientras Eliza se lanzaba a por ella, Jessie se mantuvo quieta.

Deja que salga de su posición.

Una vez más, Eliza levantó el cuchillo y lo bajó con fuerza. Jessie levantó el bol para bloquear el golpe. La cuchilla conectó con la parte inferior del bol y se deslizó inofensivamente a un lado. En vez de retirarse, Jessie siguió avanzando con el bol firmemente. La base del bol se dio de frente con el rostro de Eliza, dándole en la boca y la nariz.

Parecía más conmocionada que herida, pero Jessie se aprovechó del momento para golpearle por segunda vez en la cara con el bol. Entonces, con toda la potencia que pudo reunir, atacó de nuevo con el bol, haciendo contacto con el asa del cuchillo y con la muñeca derecha de Eliza. El arma salió disparada de sus manos y acabó en el suelo.

Jessie no esperó a ver qué es lo que había pasado. Mientras Eliza intentaba localizar el cuchillo, Jessie volvió a atacar con el bol de las palomitas, conectando directamente con la mandíbula de la otra mujer antes de que pudiera levantar los brazos para protegerse.

Eliza se tambaleó hacia delante, claramente sorprendida. Jessie se mantuvo agresiva, arrojando a un lado el bol para dar un paso adelante y levantar la pierna para darle una patada a Eliza en el estómago. Salió volando hacia atrás y se golpeó con la pared de atrás de la cocina antes de derrumbarse en el suelo.

Jessie se acercó con cuidado. Eliza estaba consciente pero claramente desorientada. Jessie le agarró rápidamente por los tobillos, colocándola boca arriba de espaldas. Al caerse, la cabeza de Eliza rebotó con dureza en el suelo de la cocina. Jessie lo ignoró

y le dio la vuelta. Entonces se tiró al suelo, colocando su rodilla en los riñones de la otra mujer.

Buscó en el mostrador algo con lo que reducir a Eliza y vio una batidora en un rincón. Tiró del cable que estaba enchufado a la pared, cogió unas tijeras de cocina del bloque de cubertería, y cortó el cable. Asió a Eliza por las muñecas y se las ató a la espalda.

Cuando estuvo segura de que el cable estaba lo bastante apretado y sin retirar su rodilla de la espalda de Eliza, sacó el teléfono de su bolsillo.

“Ah mira”, dijo a pesar de que respiraba con dificultad, “la cobertura es mejor en la cocina”.

Entonces llamó a Ryan.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

Jessie llevaba tanto tiempo aguantándose las lágrimas que, cuando por fin hicieron aparición, no pudo detenerlas.

Solo empezó a recomponerse un poco cuando terminó el servicio en el cementerio, cuando ya estaban saliendo de allí.

En marzo, las temperaturas todavía eran bastante frescas en Las Cruces. Mientras caminaban de regreso a la limusina que le iba a llevar a la recepción de la ceremonia en el bar favorito de su padre, Kat Gentry y Ryan Hernández se pusieron a caminar a su lado. Nadie dijo nada durante un rato.

“Jamás he visto tantos tipos machacados de las fuerzas de la ley a la vez”, dijo Ryan por fin. “Pensaba que a lo mejor iban a proporcionar máquinas de oxígeno y sillas de ruedas”.

Jessie sonrió débilmente ante su intento de utilizar algún sentido del humor. Apreciaba su esfuerzo.

“Son un grupo maduro”, consiguió decir finalmente para responderle mientras se montaban en la limusina. “Tendremos que mantenernos vigilantes en el bar. Algunos de estos tipos tienen problemas para mantenerse de pie cuando están sobrios. Ebrios podrían resultar un problema”.

Jessie estaba algo sorprendida de lo emotiva que se había puesto mientras bajaban los ataúdes de sus padres para enterrarlos. Lo cierto es que no se acordaba de haber perdido así los papeles durante todos los años que había estado viviendo con ellos.

Siempre había tenido una costra dura a su alrededor, desde que viera cómo asesinaban a su madre. Era como si alguien hubiera adormecido esa parte de ella que le permitía sentir dolor de verdad porque si alguna vez lo sentía, sería demasiado abrumador como para procesarlo.

Supuso que hoy también sería así. Después de todo, los últimos días habían sido un torbellino de actividad que le había forzado a controlar sus emociones. Primero, tuvo que ayudar a resolver el caso del asesinato de Penélope Wooten, incluyendo todos los informes que tuvo que rellenar sobre su captura de Eliza Longworth.

Entre una cosa y otra, tuvo que realizar varias visitas al hospital para que le examinaran la cabeza después de ese altercado y del otro en su apartamento con su padre. Le habían tratado las quemaduras y habían confirmado que tenía una concusión. Le habían ordenado que se tomara las cosas con tranquilidad durante un tiempo y que volviera para que le dieran el alta antes de volver al trabajo. Eso le venía bien porque tenía otra tarea que realizar, encontrar otro lugar donde vivir. Ahora mismo, estaba viviendo en una habitación de hotel.

Todo ello había requerido de tanto tiempo y había agotado su atención de tal modo que lo cierto es que no había tenido ningún momento de calma para lidiar con lo que le había pasado a su familia o pensar en el hombre que les había hecho esto. Sin embargo, unos momentos antes en el cementerio, sin más responsabilidad que decirles adiós a las dos personas que le habían criado, y salvado, cuando su mundo se había hecho pedazos, no fue capaz de sostener los muros de protección ni un segundo más.

Intentó no castigarse, recordándose a sí misma lo que su padre siempre le había dicho: ellos sabían muy bien el riesgo que corrían al adoptarla hace todos esos años. Sabían quién era su padre biológico y que algún día podría encontrarle. Sabían que estaban arriesgando sus propias vidas al unirlas a la de ella. El hecho de que ese peligro se materializara más de dos décadas después no cambiaba eso.

Aun así, se permitió pensar que la amenaza, al menos para ellos, había pasado. Nunca se imaginó que Xander buscaría venganza matando a dos jubilados que estaban disfrutando de sus años dorados. Sin embargo, habían acabado pagando el precio por acercarse a ella, al igual que Fred el guardia de seguridad y Jimmy, el portero, habían pagado el precio por trabajar en el edificio donde ella residía. Los funerales por los dos hombres tendrían lugar a

principios de la semana siguiente.

Mientras conducían hasta el bar, Jessie se preguntaba cómo iba a superar esto. Las familias de esos hombres no sabían que sus muertes estaban conectadas con ella y no le guardarían rencor alguno cuando les ofreciera su pésame. Pero ella sí que lo sabría.

Con el agente Nettles, era otra historia. Estaba en vías de recuperación, los médicos le habían dicho que podría hablar de nuevo en unas semanas y que seguramente podría regresar al trabajo en unos meses. Pero su mujer estaba furiosa por casi haberlo perdido mientras protegía a Jessie, y le había prohibido que le visitara en el hospital. Jessie lo entendía.

El capitán Decker fue amable con ella, y le dio dos semanas libres para que se recuperara física y emocionalmente. Al haber sido atacada dos veces en una misma noche por otros tantos asesinos, él dejó pasar por alto que no se hubiera reunido en el hospital con él ni le hubiera avisado, aunque Ryan le advirtió que puede que no obtuviera muchas más ventajas.

Había otras cosas a las que tenía que atender, aunque no estuviera trabajando. Lo prioritario en su lista era determinar lo que le había pasado a su padre después de que saltara por la ventana de su edificio de apartamentos.

Estaba malherido, con heridas de bala en el abdomen y el hombro, múltiples quemaduras debidas a las explosiones que él había provocado y, estaba bastante segura, un cráneo fracturado. Y como no podía aparecer por un hospital de la zona para que le trataran, seguramente se estaría recuperando bajo tierra.

Decker parecía estar convencido de su muerte. Esa creencia se basaba en que unos detectives habían hallado un cadáver a una milla de distancia al borde de un campamento para sin techo. Estaba demasiado chamuscado como para identificarlo, pero el examinador médico había indicado que el hombre tenía cincuenta y tantos años, y que tenía metralla de bala en el hombro izquierdo y sus costillas. La hora aproximada de su muerte también encajaba con el momento en que le había disparado a Xander.

Sin embargo, Jessie no se lo tragaba. De ninguna manera iba a acabar Xander Thurman incinerado por un sin techo. Habría creado una historia ficticia y se habría metido bajo tierra para poder recuperarse y recomponerse sin que la policía pudiera encontrarle. Se mantendría oculto hasta que la presión amainara y se sintiera lo bastante fuerte como para cumplir con su misión. Jessie estaba bastante segura de que esa misión consistía en hacerle pagar por su rechazo, por no unirse a su empresa grandiosa de reducir el rebaño y librar al mundo de las almas más indignas. Puede que estuviera fuera de juego durante un tiempo, pero no sería para siempre.

Todavía estaban tratando de determinar cómo le había encontrado. Uno de los técnicos había descubierto una cinta de lo que parecía ser él en el aeropuerto de El Paso la mañana que Jessie estaba volando de regreso a Los Ángeles. Si le hubiera visto entrar a la terminal, aunque él no pudiera entrar por no tener un billete, no le hubiera resultado difícil reducir sus destinos potenciales.

Sin embargo, todavía resultaba misteriosa la manera en que había encontrado el edificio de apartamentos donde vivía. Jessie sabía que tenía que responder a esa pregunta si quería sentirse a salvo dondequiera que decidiera echar raíces. Y también decidió que su nueva casa debía de incluir otro elemento esencial. Tenía que ser un lugar donde no pusiera en peligro a nadie más, como había sucedido con Fred y Jimmy.

Al tiempo que buscaba otra casa, tenía otra responsabilidad importante. Tenía que ofrecer su testimonio en anticipación de la audiencia preliminar del caso de Eliza Longworth, en la que le acusarían de los delitos de asesinato y de intento de asesinato, entre otras cosas.

Brady Bowen, que se había disculpado más veces de la que podía contar por ponerle “en peligro”, había estado de acuerdo en que, si Eliza se hubiera entregado en vez de atacar a Jessie, podía haber salido de la cárcel en menos de diez años para ver cómo sus hijos se graduaban de la secundaria.

Ahora languidecería en prisión durante décadas, sabiendo que el hombre que le había traicionado estaba criando a sus hijos, pero ella había tomado su decisión y las reservas de simpatía que tenía

Jessie hacia ella estaban básicamente vacías.

En el bar, dio la impresión de que todos los agentes de la ley jubilados que había al sur de New Mexico quisieran ofrecer un brindis por Bruce y Janine Hunt. Si Jessie hubiera participado en todos ellos, no hubiera podido salir de pie por la puerta, mucho menos llegar hasta el aeropuerto para su vuelo vespertino de vuelta a Los Ángeles. Así que, tras el primer par de horas, empezó a tomar agua mineral, al igual que Kat Y Ryan.

Todas las canciones que sonaron eran las favoritas de Bruce o de Janine. En unas cuantas ocasiones, sobre todo durante la interpretación de Patsy Cline de "Crazy," pilló a Ryan mirándola cuando pensaba que ella no se iba a dar cuenta. Se pilló a sí misma haciendo lo mismo con él y se dio cuenta de que, en algún momento, cuando su vida se asentara, tendría que figurarse qué es lo que había entre ellos exactamente.

Los pensamientos sobre Ryan desaparecieron cuando empezó a sonar la siguiente canción. Era "Don't Worry Be Happy" de Bobby McFerrin. Una ola de recuerdos se le vino encima de repente. Vio a su madre esperándola en la puerta principal cuando volvía de la escuela, sosteniendo una taza de chocolate caliente coronada con una nube masiva de crema montada. Se acordó de cómo venían los dos corriendo a su habitación cada vez que se ponía a gritar mientras dormía y se quedaban con ella toda la noche, acurrucados en su camita, para que ellos fueran lo primero que Jessie viera al despertar por la mañana. Se dio la vuelta para que Ryan y Kat no le vieran y utilizó la manga de su camisa para secarse las lágrimas que le caían por las mejillas.

Llevaban allí cerca de una hora cuando Kat recibió una llamada. Jessie no podía escuchar de qué se trataba con el ruido del bar, pero vio cómo la cara de su amiga cambiaba de color y supo que se trataba de algo terrible. Kat hizo un gesto para llamar la atención del barman.

"¿Hay alguna habitación adicional donde pueda responder a esta llamada?", le gritó. "Es un asunto de la ley".

"¿No están todos aquí?", le chilló el chico con una sonrisa, antes de

añadir, “puedes utilizar la oficina que hay en la parte de atrás”.

Kat le dio las gracias e hizo un movimiento para que Jessie y Ryan le siguieran. Los tres descendieron por el pasillo que llevaba a la oficina de atrás y cerraron la puerta, con lo que acallaron los gritos y vítores de la parte delantera.

“¿De qué se trata?”, preguntó Jessie.

Kat levantó un dedo y le dio a un botón en su teléfono, que estaba apoyado en un escritorio.

“Administrador Phelan, ¿puedes oírme?”, le preguntó.

“Así es”, le dijo una voz de hombre mayor.

“Administrador, voy a pasar la llamada al altavoz. Estoy aquí con el detective del LAPD Ryan Hernández y con la criminóloga Jessie Hunt. Chicos—Paul Phelan es el supervisor de la administración de las instalaciones del DNR. Es mi jefe. Adelante, Phelan, me dijiste que tenías noticias prioritarias”.

“Eso es correcto”, dijo Phelan. “Te acabo de enviar la cinta de seguridad de un incidente que ha ocurrido hace menos de treinta minutos. Parece que Bolton Crutchfield se ha escapado del anexo de alta seguridad del DNR”.

“¿Cómo?”, exigió Kat. “¿Cómo es eso posible?”.

“Parece que tuvo asistencia. Puedes revisar la cinta, pero la versión breve es que cuatro de los agentes de seguridad interna de nuestra unidad han sido asesinados. Encontraron a otro inconsciente en la sala de descanso. También mataron a dos guardias externos y otro está en condición grave. Además, Crutchfield liberó a todos los demás prisioneros”.

“Al habla el detective Hernández, administrador”, intervino Ryan. “¿Se han desplegado recursos para encontrar a los prisioneros?”.

“Muchos recursos, detective. Tenemos al L.A.P.D., el departamento del alguacil, la patrulla de la autopista, y hasta al FBI ahí afuera. Por desgracia, hasta el momento solo hemos encontrado a un

prisionero”.

“Crutchfield lo hizo a propósito”, dijo Jessie, cuya mente ya iba a cien por hora. “Quiere que los recursos de la policía se dispersen, que tengan que buscar a múltiples fugitivos en vez de solamente a él”.

“En fin, le está funcionando por el momento”, dijo Phelan. “No ha habido señales de él desde que se largara de las instalaciones. ¿Cuándo puedes estar de vuelta, agente Gentry?”.

“Teníamos reservado un vuelo para esta tarde”, dijo Kat. “Pero voy a ir ahora al aeropuerto y ver si puedo montarme antes en otro vuelo”.

“Por favor, no dejes de hacerlo. Entretanto, te mantendré informada de cualquier novedad relevante”.

Le colgó sin decir otra palabra.

“Voy contigo”, dijo Jessie.

“No, deberías quedarte aquí para el resto de la vigilia. No hay nada que puedas hacer allí ahora mismo”.

“Deja que al menos vea la cinta de seguridad”, insistió Jessie. “Quizá haya alguna pista útil en el video”.

Kat buscó la grabación en su teléfono y lo colocó sobre el escritorio donde los tres podrían verla. No había sonido. Se abría con una captura amplia del principal puesto de seguridad en el centro de la unidad. Había tres agentes en el escritorio. Tras unos cuantos segundos, Ernie Cortez, el guardia simpático y masivo que siempre le estaba echando los tejos a Jessie, apareció en la pantalla.

Llevaba algo en su mano derecha mientras se acercaba por detrás al agente que tenía a su derecha, que estaba examinando un monitor que tenía delante de él. Con un movimiento diestro, Ernie sacó el artículo, que ahora pudieron ver se trataba de un cuchillo de caza, y le cortó el cuello al agente.

La agente que estaba junto a él volvió la vista justo a tiempo de ver

cómo Ernie le clavaba el cuchillo en la frente. Mientras se caía hacia atrás, el tercer agente, que estaba a su izquierda, se levantó, agarrando su arma. Antes de que pudiera sacarla de su funda, ya tenía a Ernie encima, agarrándole la mano que sostenía el arma al tiempo que aplastaba la cabeza del agente contra la pared detrás del escritorio del puesto. Los dos hombres salieron tambaleándose de la pantalla con lo que solo se les veían las piernas. Tras unos cuantos segundos, las piernas del otro guardia dejaron de moverse.

Ernie regresaba a la pantalla, para sacar el cuchillo de la frente de la agente y moverse alrededor del escritorio para ponerse cerca de donde una de las ramas del centro se unía a la zona central. Se quedó allí escondido, inmóvil, con la espalda presionada contra la pared. Unos segundos después, un cuarto guardia aparecía desde esa dirección con una mirada de desconcierto en su rostro. Estaba claramente confundido por la falta de personal en el puesto de seguridad.

Cuando pasó junto a Ernie, el hombre más grande le pasó el brazo izquierdo alrededor de los brazos de él al tiempo que le cortaba el cuello. El guardia se cayó al suelo, sacudiéndose levemente. Ernie, ignorándolo por completo, volvió al escritorio del puesto y tecleó algo en uno de los teclados. Después desapareció del marco de nuevo.

Cerca de un minuto después, reapareció. Solo que en esta ocasión no iba solo, Bolton Crutchfield estaba con él. Cuando Ernie salió de nuevo, por lo visto para liberar a los demás presos, Crutchfield se puso el uniforme del guardia que acababa de intentar sacar su arma. Mientras se cambiaba, habló. Jessie podía ver a los demás prisioneros moviéndose por el fondo, escuchando atentamente lo que estaba diciendo.

Entonces Bolton Crutchfield se giró y se puso frente a la cámara por la que le estaban viendo. Les sonrió y les hizo un gesto de saludo con la mano. Entonces se dio la vuelta y concentró su atención en el primer guarda cuya garganta había sido cercenada y que seguía sentado, desparramado sobre su butaca.

Jessie no podía ver lo que estaba haciendo, pero después de unos treinta segundos, se volvió a dar la vuelta y se puso frente a la

cámara. Tenía algo en las manos. Cuando se acercó a la cámara, lo sostuvo en alto.

Era un portapapeles que tenía una sola hola de papel. Sobre ella, había escrito algo. Cuando lo acercó más, Jessie se dio cuenta de que había escrito el mensaje con la sangre del guardia, utilizando su dedo índice a modo de bolígrafo.

Sostuvo el papel justo delante de la cámara para que pudieran leer claramente las palabras, aunque goteaban un poco.

Jessie lo leyó, incapaz de evitar que un revoltijo incandescente de temores le retorciera los intestinos. Extendió los brazos para apoyarse sobre ellos en la mesa, temiéndose que pudiera colapsar sin asistencia de nadie. Ryan le agarró por los hombros para ofrecerle su apoyo mientras ella miraba a Kat, cuyo rostro reflejaba el horror que estaba sintiendo.

El mensaje decía:

Ya nos veremos, señorita Jessie.

Tras sostener el cartel durante lo que pareció una eternidad, Bolton Crutchfield tiró el portapapeles al suelo, les lanzó una última, gélida, sonrisa, y desapareció de su vista.

¡YA DISPONIBLE A LA PREVENTA!

LA SONRISA PERFECTA

(Un Thriller de Suspense Psicológico con Jessie Hunt-Libro 4)

En LA SONRISA PERFECTA (Libro #4), le encargan a la criminóloga Jessie Hunt, de 29 años, recién salida de la Academia del FBI, un nuevo caso perturbador: han asesinado a una mujer de unos 30 años después de que utilizara una página de citas para acostarse con hombres casados.

¿Se ha acercado demasiado a alguno de esos hombres casados?

¿Ha sido víctima de un chantaje? ¿De algún acosador?

¿O hubo algún otro motivo mucho más nefasto en juego?

La lista de sospechosos lleva a Jessie a unos vecindarios acomodados, de diseño sofisticado, al otro lado del velo de unas vidas aparentemente perfectas, vidas que en realidad están podridas hasta el tuétano. El asesino, piensa Jessie, debe esconderse detrás de alguna de estas falsas sonrisas de plástico.

Jessie tiene que zambullirse en las profundidades de su psicosis mientras trata de atrapar a un asesino a la vez que intenta salvaguardar su frágil equilibrio mental, con su propio padre asesino todavía suelto, dispuesto a no detenerse ante nada hasta que consiga acabar con ella.

Un thriller psicológico de ritmo trepidante con personajes inolvidables y suspense que le hará latir fuerte el corazón, LA SONRISA PERFECTA es el libro #4 de una excitante serie nueva que le verá pasando páginas hasta altas horas de la madrugada.

El Libro #5 de la serie Jessie Hunt saldrá muy pronto a la venta.

LA SONRISA PERFECTA

(Un Thriller de Suspense Psicológico con Jessie Hunt-Libro 4)

¿Sabes que he escrito una multitud de novelas en el género de la novela de misterio?

Si no has leído todas mis series, ¡haz clic en las siguientes imágenes para descargar el primer libro de una serie!

Blake Pierce

Blake Pierce es el autor de la serie exitosa de misterio RILEY PAIGE que cuenta con trece libros hasta los momentos. Blake Pierce también es el autor de la serie de misterio de MACKENZIE WHITE (que cuenta con nueve libros), de la serie de misterio de AVERY BLACK (que cuenta con seis libros), de la serie de misterio de KERI LOCKE (que cuenta con cinco libros), de la serie de misterio LAS VIVENCIAS DE RILEY PAIGE (que cuenta con tres libros), de la serie de misterio de KATE WISE (que cuenta con dos libros), de la serie de misterio psicológico de CHLOE FINE (que cuenta con dos libros) y de la serie de misterio psicológico de JESSE HUNT (que cuenta con tres libros).

Blake Pierce es un ávido lector y fan de toda la vida de los géneros de misterio y los thriller. A Blake le encanta comunicarse con sus lectores, así que por favor no dudes en visitar su sitio web www.blakepierceauthor.com para saber más y mantenerte en contacto.

LIBROS ESCRITOS POR BLAKE PIERCE

SERIE DE THRILLER DE SUSPENSE PSICOLÓGICO CON JESSIE HUNT

EL ESPOSA PERFECTA (Libro #1)

EL TIPO PERFECTO (Libro #2)

LA CASA PERFECTA (Libro #3)

SERIE DE MISTERIO PSICOLÓGICO DE SUSPENSO DE CHLOE FINE

AL LADO (Libro #1)

LA MENTIRA DEL VECINO (Libro #2)

CALLEJÓN SIN SALIDA (Libro #3)

SERIE DE MISTERIO DE KATE WISE

SI ELLA SUPIERA (Libro #1)

SI ELLA VIERA (Libro #2)

SI ELLA CORRIERA (Libro #3)

SI ELLA SE OCULTARA (Libro #4)

SI ELLA HUYERA (Libro #5)

SERIE LAS VIVENCIAS DE RILEY PAIGE

VIGILANDO (Libro #1)

ESPERANDO (Libro #2)

ATRAYENDO (Libro #3)

SERIE DE MISTERIO DE RILEY PAIGE

UNA VEZ DESAPARECIDO (Libro #1)

UNA VEZ TOMADO (Libro #2)

UNA VEZ ANHELADO (Libro #3)

UNA VEZ ATRAÍDO (Libro #4)

UNA VEZ CAZADO (Libro #5)

UNA VEZ AÑORADO (Libro #6)

UNA VEZ ABANDONADO (Libro #7)

UNA VEZ ENFRIADO (Libro #8)

UNA VEZ ACECHADO (Libro #9)

UNA VEZ PERDIDO (Libro #10)

UNA VEZ ENTERRADO (Libro #11)

UNA VEZ ATADO (Libro #12)

UNA VEZ ATRAPADO (Libro #13)

UNA VEZ INACTIVO (Libro #14)

SERIE DE MISTERIO DE MACKENZIE WHITE

ANTES DE QUE MATE (Libro #1)

ANTES DE QUE VEA (Libro #2)

ANTES DE QUE CODICIE (Libro #3)

ANTES DE QUE SE LLEVE (Libro #4)

ANTES DE QUE NECESITE (Libro #5)

ANTES DE QUE SIENTA (Libro #6)

ANTES DE QUE PEQUE (Libro #7)

ANTES DE QUE CACE (Libro #8)

ANTES DE QUE ATRAPE (Libro #9)

ANTES DE QUE ANHELE (Libro #10)

ANTES DE QUE DECAIGA (Libro #11)

SERIE DE MISTERIO DE AVERY BLACK

CAUSA PARA MATAR (Libro #1)

UNA RAZÓN PARA HUIR (Libro #2)

UNA RAZÓN PARA ESCONDERSE (Libro #3)

UNA RAZÓN PARA TEMER (Libro #4)

UNA RAZÓN PARA RESCATAR (Libro #5)

UNA RAZÓN PARA ATERRARSE (Libro #6)

SERIE DE MISTERIO DE KERI LOCKE

UN RASTRO DE MUERTE (Libro #1)

UN RASTRO DE ASESINATO (Libro #2)

UN RASTRO DE VICIO (Libro #3)

UN RASTRO DE CRIMEN (Libro #4)

UN RASTRO DE ESPERANZA (Libro #5)